



**EXPEDIENTE  
BAGDAD**

**JOAN CAÑETE BAYLE  
EUGENIO GARCÍA GASCÓN**

**Lectulandia**

*Expediente Bagdad* transcurre a contrarreloj en los siete días transcurridos entre el comienzo de los combates terrestres entre las tropas de Estados Unidos y las de Sadam al sur de la ciudad, y su caída definitiva el 9 de abril de 2003.

El policía Rashid al Said se incorpora a su trabajo en el distrito de Karrada y allí le aguarda un mensaje de su superior citándole en una tetería cercana. El comisario Yalal le anuncia que está a punto de abandonar la capital y le entrega un sobre con varias fotografías del cadáver de una niña disminuida psíquica con heridas de arma blanca; Rashid no estaría obligado a coger el sobre y aceptar el caso, pero su sentido del deber le impulsará a hacerlo pese a las súplicas de su mujer para que huyan cuanto antes a Damasco. Rashid será el primer sorprendido cuando sus pesquisas le hagan cuestionarse sus principios y el mismo sentido de su existencia como cabeza de familia, nacionalista árabe educado en Occidente y creyente del Islam.

**Lectulandia**

Joan Cañete Bayle & Eugenio García Gascón

# **Expediente Bagdad**

ePub r1.0  
Titivillus 18.04.15

Título original: *Expediente Bagdad*  
Joan Cañete Bayle & Eugenio García Gascón, 2014

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Tomás, Martina y Mati*  
*A Sandra*

## MISIÓN CUMPLIDA

*Pancarta colgada en el USS Abraham Lincoln durante el discurso de la victoria en Irak del presidente de Estados Unidos George Bush el 1 de mayo de 2003.*

# Prólogo

## 3 de abril

En Bagdad, aquella noche, la segunda sin electricidad, la guerra sonaba diferente. Al estruendo de los misiles, al zumbido que presagiaba la llegada del caza y enmascaraba su huida, al ulular de las sirenas y al ladrido de los perros abandonados, esa noche, la decimoquinta de bombardeos, se le habían sumado largas ráfagas de detonaciones sordas, de menor intensidad, no tan imponentes como las grandes explosiones. El doctor Rashid al Said conocía bien ese sonido de otras guerras, de otras noches de insomnio: ametralladoras, artillería, tiroteos. El estruendo procedía del otro lado del Tigris, del sureste de la ciudad. De los barrios del sur. Del aeropuerto.

Las paredes del estudio vibraban de vez en cuando a causa de las explosiones. Su despacho era la habitación más pequeña de la casa. Tenía una mesa antigua, una silla y dos paredes con estanterías llenas de libros. En una de ellas guardaba todas las obras del filósofo Friedrich Nietzsche y muchos ensayos sobre su vida y su obra. Algunos títulos los tenía repetidos en distintas ediciones, en francés, alemán, inglés y árabe. En conjunto, la suya era una biblioteca cuidadosamente construida a lo largo de los años, gracias a una constante búsqueda en mercados de libros de segunda mano y librerías polvorientas de Edimburgo y Bagdad. Iluminado de forma precaria por una lámpara mortecina de gasolina y velas colocadas en candelabros, Rashid escribía con parsimonia en una gruesa libreta. Su caligrafía era confusa y sinuosa. Encima de la mesa se amontonaban varios libros abiertos, y un montículo formado por una decena de libretas de espiral de las que usan los escolares, con la cubierta de cartón azul y roja. Juntas formaban lo que el doctor Rashid al Said llamaba su manuscrito, el ensayo sobre la relación entre el pensamiento de Nietzsche y la tradición islámica al que había dedicado años de trabajo.

No solo el ruido de la guerra era diferente, constató el doctor mientras miraba furtivamente por la ventana a través de los visillos corridos. También su aspecto, su textura, se había modificado. Un manto de oscuridad impoluta había engullido Bagdad. Era una negritud total, tan solo punteada por las zanjas de petróleo en llamas que dibujaban unas sombras fantasmagóricas en el paisaje urbano y que elevaban al cielo de Bagdad unas insalubres columnas de humo, negro y compacto, que dificultaban la respiración. Esa noche sin luz y de acordes nuevos en la partitura de la guerra, a Rashid le resultaba muy complicado concentrarse en su manuscrito. Se lo impedía el estruendo de los combates y también el de las decenas de generadores del barrio, incluido el suyo, que alimentaba de electricidad el salón de la casa. Tampoco ayudaba el olor a gasolina que todo lo impregnaba, que se le quedaba prendido en la ropa y en la piel y que le embotaba el cerebro. Pero sobre todo no podía concentrarse

en el complejo pensamiento de Nietzsche porque sabía que si se esforzaba lo suficiente y lograba aislarse de su entorno, llegaría a sus oídos el llanto ahogado de Nada, su esposa, la corriente subterránea de la guerra en la casa de los Al Said. Desde el primer día de bombardeos Nada lloraba cada noche. Eran lágrimas de miedo por las bombas y lágrimas de preocupación por Adnan, el hijo mayor, el único varón, el soldado cuya unidad combatía en algún lugar entre Bagdad y Um Qasr y del que no habían tenido noticias en semanas. Pero Nada también lloraba de frustración, y ser consciente de ello es lo que agrietaba la muralla que el doctor pretendía levantar a su alrededor cuando trabajaba en su manuscrito.

«¿Es verdad que los americanos están ya en el aeropuerto?», le había preguntado Nada a modo de saludo cuando él llegó a casa. Sus dos hijas estaban sentadas a la mesa, los platos dispuestos para la cena. El doctor se quitó la chaqueta del uniforme militar y la depositó en el perchero junto con la sobaquera y la pistola. Admitir que no tenía respuesta a la pregunta, mentir o decir lo que pensaba; esas eran sus opciones. Rashid besó a Nada con suavidad en la mejilla.

¿Era verdad que los americanos habían tomado ya el aeropuerto? En el café Nayma, por donde se había dejado caer al acabar su turno antes de acudir a casa, cada parroquiano tenía una teoría al respecto. Algunos habían acudido al café —que permanecía abierto pese a las circunstancias, iluminado con unas cuantas velas y donde solo te servían té— con una radio que permitía sintonizar el servicio en árabe de la BBC. La emisora informaba de la ocupación del aeródromo internacional, situado justo a veinte kilómetros al suroeste de la capital. La televisión oficial había enmudecido ese día durante unas horas, probablemente a causa de los bombardeos, y cuando la señal regresó era en blanco y negro y de una calidad pésima, aunque suficiente para transmitir el diáfano mensaje de las autoridades iraquíes: los americanos, esas «alimañas del desierto», no habían ocupado el aeropuerto. Quienes esa noche habían acudido al café de la calle Nayma lo repetían sin saber si era cierto. No quedaba otra opción. Si el Gobierno lo decía, la gente corriente no podía discutirlo. Así había sido durante décadas. El doctor Rashid escuchaba pero procuraba no intervenir demasiado en las conversaciones, a pesar de que conocía a todos los clientes. Ellos, por su parte, de vez en cuando buscaban su opinión, confiando en que él dispusiera de más información debido a su condición de policía. Pero era una pretensión vana. Pese a su llamativo uniforme de color verde, que tanto respeto imponía a aquellos que no lo conocían, Rashid sabía lo mismo que ellos, es decir, lo que escuchaba por la radio y lo que veía en las calles.

«No lo sé —le había respondido finalmente a su mujer y a sus hijas—. Pero me extrañaría. Un aeropuerto es un objetivo militar difícil de conseguir. Nuestro ejército lo tendrá bien defendido». Y continuaron cenando, taciturnos, charlando de cuestiones en apariencia triviales, de si un nuevo comercio había cerrado, de si al día siguiente habría que ir a buscar más gasolina para el generador.

A través de los visillos de su despacho Rashid vio unas siluetas que pasaban

fugazmente por la calle. Iluminaban sus pasos con unas pequeñas linternas y llevaban el rostro oculto con la kufiya. El doctor no reconoció a aquellos hombres, y se preguntó quiénes serían. Desde hacía un par de días circulaba el rumor de que soldados de élite americanos, especialmente entrenados para hablar árabe como cualquier iraquí, se habían infiltrado en los barrios de Bagdad, vestidos como paisanos, escondidos entre la población. Su misión, decían los hombres en el café Nayma, repetían las mujeres en las tiendas, exageraban los niños cuando lograban escapar de la opresión de sus casas y se lanzaban a las calles a jugar a la guerra, era esparcir rumores para minar la moral de la población y llevar a cabo tareas de espionaje, localizar las defensas antiaéreas, vigilar a los cabecillas de las brigadas de milicias voluntarias para que el día que empiece la invasión de Bagdad los invasores sepan dónde y a quién atacar. «¿Tú crees que es verdad que los americanos están en Adamiya, papá?», había inquirido días atrás su hija pequeña. Y Rashid, que tampoco tenía respuesta a esa pregunta, le había dicho que no, que por supuesto que no.

Esa noche, en un tono que pretendía ser casual, su esposa le había comentado: «¿Sabes que los Abu Ramadan se van mañana?». Las niñas se habían acostado, ella estaba planchando y Rashid fumaba un cigarrillo mientras acababa de apurar un té. Le contestó que no.

«Han contratado tres coches de Abdo. Partirán de madrugada». Los Abu Ramadan vivían en el mismo edificio, en la planta cuarta, y mantenían excelentes relaciones con la familia de Rashid desde muchos años atrás. El doctor sabía hacia dónde se dirigía la conversación, y por eso optó por callarse. «Van a Damasco. Al parecer tienen parientes allí», insistió ella, sin apartar la vista de la plancha.

«Me voy al estudio —había zanjado la conversación Rashid, mientras apagaba el cigarrillo en el cenicero, intentando no sonar brusco—. Me gustaría trabajar un poco en el manuscrito».

Pero esa noche oscura el doctor Rashid al Said no podía concentrarse en su trabajo por mucho que se esforzara. Pasada la medianoche, las explosiones arreciaron y la casa vibró más que de costumbre. Con fastidio, cerró la libreta, se dirigió a la cocina y prendió una hornalla con el mechero. Era un fuego azul e irregular que iluminó levemente la estancia. Se preparó otro té mientras su gata Lulú merodeaba de un lado a otro, atusándose el pelo. Rashid se agachó y alargó la mano para acariciarla. Lulú maulló dos o tres veces. Parecía estar hambrienta y con ganas de descansar. A saber lo que habría estado haciendo durante horas, se dijo Rashid, que se la imaginó recorriendo las calles de Adamiya de arriba abajo en compañía de otros felinos. En una pelea callejera, unos meses antes, Lulú se había quedado tuerta del ojo derecho, con un color lechoso en la cuenca, una deficiencia que no había interferido en sus salidas nocturnas.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Rashid con cariño.

La gata respondió con un nuevo maullido y restregó el costado contra su pantalón. A veces, sobre todo cuando estaba en celo, la gata se ausentaba durante días

y regresaba en un estado lastimoso, cuando no malherida. Pero por lo general Lulú era una excelente compañera. Habitualmente pernoctaba a los pies de la cama de Adnan, que era quien solía encargarse de alimentarla y de sus necesidades. Pero Adnan hacía semanas que no estaba en casa. ¿Estaría combatiendo su hijo en el aeropuerto? Rashid no lo sabía. Adnan era un muchacho inteligente, de veinticuatro años, de natural tranquilo y reflexivo, que acababa de terminar la carrera de Medicina. Había decidido ser médico, como su padre, pero ahí se acababan las semejanzas. Físicamente se parecía a Nada y, a diferencia de Rashid, Adnan aspiraba a ejercer la medicina y prefería mantenerse a distancia de la política. Por eso, para muchos, empezando por su propia madre, fue una sorpresa que, llegado el momento decisivo, el momento de combatir, explicara que le resultaba imposible lo que él llamaba eludir su responsabilidad y se enrolase de buen grado en el Ejército. Para Rashid no fue una sorpresa, en su fuero interno sabía que su hijo estaba siendo consecuente. Ahora bien, a Rashid le costaba imaginarse a Adnan, tan poca cosa físicamente, muy alto pero también muy delgado, con un fusil en las manos, apostado en las dunas del desierto, a la espera de la llegada de un tanque americano. ¿Rezará Adnan en esos momentos de incertidumbre? Rashid creía que no, pero tampoco le extrañaría lo contrario. La guerra, él lo sabía por experiencia, extrae lo más profundamente enraizado en el interior de cada hombre.

Rashid sirvió a Lulú una cena de pienso y un platito con leche y desistió de obligarse a regresar a su manuscrito. Paseó por la casa, asegurando las ventanas y apagando con la yema de los dedos las velas que sus hijas encendían como un ritual cada anochecer desde el inicio de los bombardeos. Todas las ventanas estaban aseguradas con cinta aislante para evitar que las ondas expansivas dañaran los cristales. Comprobó que las chicas dormían plácidamente. Las dos muchachas se habían mudado a la habitación más resguardada de la casa, un cuarto sin ventanas, y allí continuarían hasta que terminara todo, hasta que los iraquíes expulsaran a los americanos o hasta que los americanos aniquilaran al ejército iraquí. Él y Nada, en cambio, continuaban en el mismo dormitorio para mantener al menos en ese aspecto un vestigio de lo que era su vida cotidiana antes de la llegada de la guerra.

Rashid se sentó en la cama, se desvistió y dejó su uniforme verde militar, doblado cuidadosamente, encima de la cómoda. Nada se movió en la cama. Sus ojos estaban hinchados e irritados. La almohada estaba mojada.

—En el edificio solo quedamos nosotros —reemprendió la conversación su esposa—. Si los americanos están en el aeropuerto...

—No sabemos si eso es cierto —la interrumpió Rashid.

—... Si los americanos están en el aeropuerto —continuó ella quizá mañana mismo ocupen Bagdad.

—No lo creo. Los soldados y los milicianos iraquíes están por todas partes. Los americanos no lo tendrán tan fácil para avanzar.

—Las niñas y yo hemos hecho las maletas. Lo tenemos todo preparado para

cuando te decidas.

Rashid emitió un sonido gutural que podía interpretarse en cualquier sentido y besó a su esposa en la frente. A oscuras, se tendió boca arriba en la cama y se acercó a ella para que reposara la cabeza en su pecho. La respiración de Nada pronto se relajó y se convirtió en un sonido rítmico, relajante. Rashid cerró los ojos con fuerza y se obligó a pensar. Pero no pensaba en las maletas que Nada y las chicas habían preparado, ni en el devenir de la guerra, ni en las explosiones, en ese momento más violentas y más cercanas. Tampoco pensaba en el aeropuerto, ni en los soldados americanos disfrazados de civiles escondidos en Adamiya, ni tan siquiera en su hijo Adnan, un soldado más en el frente. Esa noche oscura, la segunda sin electricidad, la decimoquinta de la guerra, Rashid pensaba en Nietzsche. Más exactamente en cómo el pensamiento de Schopenhauer había incidido en el joven Nietzsche, que se había quedado prendado de su filosofía pesimista justo cuando abandonó la fe. Hijo de un pastor protestante fallecido de manera prematura, Nietzsche dejó de creer en Dios en su juventud, y al dar este paso causó un dolor extremo a su madre. Tumbado en la cama, mientras el edificio entero vibraba a causa de las explosiones, Rashid reflexionaba sobre el deseo, sobre la tesis de Schopenhauer de que el ser humano es solo deseo, y que eso conduce necesariamente a una insatisfacción general, ya sea en forma de aburrimiento o frustración. El aburrimiento: si alguien desea un coche y se lo compra, a los pocos días volverá a sentirse insatisfecho y seguramente deseará un modelo más avanzado. De la misma manera, si alguien quiere mantener una relación sexual con otra persona y lo consigue, al poco de haberla consumado se sentirá vacío y embargado por una profunda tristeza. La frustración: si la persona, en cambio, no logra cumplir sus deseos, la frustración será enorme. Es decir, de un modo u otro, el ser humano está destinado a ser infeliz.

Sin hacer ruido, ahora que Nada por fin se había dormido, Rashid abandonó la cama y se encaminó hacia su despacho.

## 4 de abril

*Comisaría de Karrada. 18:30 h.*

El doctor Rashid barajaba una resma de fotografías de nueve por trece sin prestar atención al corrillo de agentes que se había congregado en animada conversación frente al televisor. Desde donde estaba, en la gran mesa de la sala de reuniones, podía apreciar a través de la ventana el trajín del barrio de Karrada, en el que estaba destinado como policía local. En la comisaría, cerca de la plaza Kamal Yumblatt, donde el Tigris hace un profundo meandro, un giro violento en forma de U primero hacia el oeste y luego hacia el este, en ocasiones parecía como si nada sucediera fuera de sus paredes; el buen humor de los jóvenes policías y un ambiente relajado mantenía apartado el espectro de la guerra. A primera vista, tal vez la única diferencia con respecto a unos días atrás era que los oficiales y agentes no vestían su tradicional uniforme azul sino uno verde oliva, pues cuando los americanos iniciaron la ofensiva en marzo el Gobierno decidió que la policía debía llevar vestimenta militar. Si todo Irak estaba en guerra, no era razonable que los agentes más próximos a la ciudadanía no mostraran su solidaridad con el resto del país, esgrimió el ministro del Interior. Así, todos debieron recuperar sus uniformes verdes. Sin embargo, una mirada más detenida pronto descubría los detalles que indicaban que en la comisaría no todo era normal. Los teléfonos, por ejemplo, no funcionaban, y la electricidad se iba y volvía a discreción, dependiendo del capricho de los generadores. Lo mismo sucedía en el resto de la ciudad, así que el ruido monocorde y molesto de los generadores se había incorporado a la vida cotidiana. Se notaba que las familias, las oficinas y los comercios todavía estaban bien abastecidos de combustible. El único ordenador de la comisaría estaba en el despacho del comisario Yalal, y no era accesible a los agentes de a pie, como era el caso de Rashid.

Encorvado, el doctor estudiaba un paquete que contenía una veintena de fotografías. La sala de reuniones era amplia y ruidosa, pues los agentes la utilizaban para pasar el rato en el cambio de turno. Eran en su mayor parte policías jóvenes, bastante más jóvenes que Rashid, desde luego, que estaban empezando la carrera y que intercambiaban información o simplemente comentaban sucesos de su vida cotidiana, a veces sentados alrededor de la gran mesa o de pie formando pequeños grupos. En un extremo de la sala había una máquina de café que también calentaba el agua para el té y, siempre que no había reuniones, estaba muy concurrida. Presidía la estancia una fotografía ecuestre de Sadam Husein en la que el dictador aparecía montado en un esbelto caballo blanco blandiendo un inofensivo rifle de época, con las manos enguantadas y un gorro ribeteado con piel. De otra pared colgaba un gran plano de Karrada sujeto con chinchetas de colores vivos y un mapa de Irak, así como

un tablero donde se enganchaban octavillas con información interna, con plazas que quedaban vacantes en otras comisarías o en otras provincias y con todo tipo de instrucciones. Barrio de gente relativamente acomodada, hogar de gran parte de la comunidad cristiana caldea de Bagdad, Karrada era conocido y apreciado en la ciudad por su pulso comercial, sus restaurantes, cafeterías, teterías, licorerías regentadas por cristianos, oficinas, tiendas de todo tipo y una veintena de iglesias donde la minoría cristiana acudía a rezar. Esas características lo convertían en un lugar en el que un policía local como Rashid siempre tenía algo que hacer: en una ciudad de conductores indomables, había que dirigir el tráfico de la zona, además de vigilar a los raterillos y pícaros que llegaban atraídos por la actividad comercial.

El doctor, como le conocían en la comisaría, y como también le llamaban casi todos sus parientes y amigos, era un hombre de cincuenta y cuatro años relativamente delgado y de estatura mediana, tirando a alta, que había visto truncada su brillante carrera en el cuerpo después de que sucediera lo que él, de forma elíptica, llamaba «lo de Basora», aunque eran pocas las ocasiones en que hablaba de ello. Con sus compañeros jamás sacaba el tema, y muy esporádicamente con su familia, pero curiosamente su entorno también se refería a su desgracia política y profesional como «lo de Basora». Un entorno que, en el ámbito profesional, era muy amplio: en la policía de Bagdad todos sabían que en Karrada estaba dirigiendo el tráfico el que en su momento fue uno de los investigadores más prometedores de Irak y jefe de investigación criminal de la policía de Basora, caído en desgracia por motivos que el paso del tiempo y el boca a boca habían deformado. De lo de Basora se daban por ciertos muchos detalles que en su gran mayoría eran falsos o exagerados, pero los hechos básicos que los reclutas transmitían de promoción en promoción no estaban mal encaminados: un desacuerdo con un responsable del Baaz en Basora, un grave encontronazo, degradó a Rashid a los estamentos más bajos del cuerpo, lo apartó de la cúpula policial y lo mandó a dirigir el tráfico en los concurridos cruces de Karrada, y a tratar con cacos de poca monta y delincuentes juveniles.

Muchos elementos de la historia fascinaban a los policías, y el que más tal vez fuese el hecho de que Rashid había pagado solo con su carrera por algo que a cualquier otro le hubiera costado, con casi toda seguridad, la vida. La conclusión lógica es que alguien de muy arriba había protegido a Rashid, y eso incitaba a más comentarios. La parte más sabrosa de la historia era otra: se afirmaba como un hecho demostrado que el enemigo de Rashid, el poderoso dirigente del partido en Basora, había exigido que el nuevo destino del doctor fuera Karrada porque poseía un lujoso apartamento en la zona, muy cerca de la universidad, donde se alojaba cuando visitaba Bagdad. El vengativo general, porque se aseguraba que se trataba de un militar de alto rango, seguía de cerca las vicisitudes de Rashid y estaba al tanto de todos los detalles de su vida privada a través, se decía, del comisario Yalal, el superior inmediato del doctor. En más de una ocasión se había dado la circunstancia de que Rashid y el causante de su desgracia se habían cruzado por las calles de

Karrada, el político en su GMC de cristales tintados con chófer, el doctor de servicio. Y ambos, se afirmaba, se saludaban con cortesía como si nada hubiera sucedido entre ellos.

Una nube de humo cubría la sala de reuniones, llegaba hasta los rincones más apartados y atravesaba los dinteles abiertos inundando el resto de la comisaría. El tabaco circulaba de mano en mano y de boca en boca a todas horas. Los policías, como el resto de la ciudadanía masculina del país, presumían de poblados bigotes semejantes a los del dictador. Los distintos grupitos que se habían formado a esa hora de la tarde hablaban sobre todo de la situación en el sur de Bagdad. Se comentaba con discreción que los americanos ya habían tomado el aeropuerto, aunque algunos lo dudaban, y se disponían a avanzar hacia la capital en cualquier momento, tal vez esa misma noche. No se sabía qué harían las unidades del ejército y de los milicianos que el régimen había movilizado para defender Bagdad. Era una incógnita. El comisario Yalal no había aparecido en todo el día y su asistente decía no tener noticias sobre su paradero. Esta situación había creado cierto desconcierto y confusión en la comisaría y algunos agentes habían preferido permanecer en la sala de reuniones y no salir a patrullar por Karrada, como era el caso del doctor.

Que Rashid recordara, esa era la primera vez que no cumplía con sus obligaciones desde que fue destinado a Bagdad en circunstancias muy diferentes de las que él hubiera querido. Por su edad y por su formación, Rashid debería ser un alto cargo de la policía pero en realidad se ocupaba de tareas que debían llevar a cabo los agentes de la última promoción. Sin embargo, nunca había protestado y siempre acataba las órdenes sin exteriorizar el menor disgusto. En ese sentido fue una suerte encontrarse en Karrada con el comisario Yalal, un lejano allegado de su misma edad cuyo padre había compartido con el de Rashid intrigas políticas contra los británicos. El comisario Yalal se limitaba a transmitir las órdenes que recibía desde arriba y nunca aportó su dosis de ensañamiento con el degradado para hacer méritos ante sus superiores.

—¿Qué miras con tanta atención? —le preguntó Faruq al Majid, un compañero veterano que lo había visto ensimismado.

—Nada en concreto. Estoy pasando el rato, como todos.

—¿No deberías estar patrullando?

—Sí.

—¿Sabes qué está pasando en el aeropuerto?

—No tengo más idea que los demás. Los rumores dicen que ha caído, pero nadie lo confirma.

—Iba a tomarme un té. ¿Te apetece uno?

Rashid asintió. Los dos fueron hasta la esquina donde estaba la máquina de calentar el agua. Faruq preparó el té en dos vasos de vidrio y le ofreció uno a Rashid.

—¿Te traes algo entre manos? —preguntó a la vez que señalaba la resma de fotos que Rashid estaba guardando en el interior de un sobre marrón.

Rashid titubeó unos instantes. Al Majid no caía simpático en la comisaría. El más sadamista de los sadamistas, el más baazista de los baazistas, sus compañeros lo tenían por un advenedizo y un chivato. Rashid apenas se relacionaba con él, más allá de tomar un té de vez en cuando, pero compartía los recelos de sus colegas.

—Nada —mintió—. Son unas fotos de una celebración familiar.

—Entiendo. ¿Dónde crees que está el comisario?

Rashid se encogió de hombros y mintió de nuevo:

—No lo sé.

En ese instante se hizo un silencio en la sala de reuniones y la concurrencia dirigió al unísono la atención hacia el televisor que colgaba de una esquina. La pantalla mostraba a Sadam Husein vestido de uniforme paseando en compañía de militares de alta graduación. El locutor decía con voz natural que las imágenes se habían tomado en Bagdad el día anterior, aunque en realidad podían haberse grabado cualquier día. El dictador caminaba despacio, con la solemnidad que le caracterizaba, mientras personas de distinta condición, en su mayoría varones jóvenes, le rendían tributo doblando el espinazo y besándole la mano. Sadam parecía satisfecho y seguro de sí mismo, incluso sonreía, y Rashid se preguntó qué motivos tenía para ello. Era difícil saber dónde estaba el presidente, aunque Rashid creyó identificar el barrio bagdadí de Al Mansur. En un momento, el *rais* Sadam Husein se subió ágilmente sobre un coche aparcado en la calle y arengó a la multitud, que coreaba el cántico habitual de tales ocasiones: «Con nuestra alma y nuestra sangre nos sacrificaremos por ti, Sadam». Faruq se sumó al canto, algunos policías se le unieron, y la sala de reuniones pronto se vio envuelta por una algarabía de voces masculinas que ofrecían sus vidas al presidente y a Irak. La televisión pasó a emitir un discurso previo de Sadam en el que, con la ayuda de esas gruesas gafas que los iraquíes tan bien conocían, leía una arenga dirigida al pueblo de Bagdad: «¡Golpead a las tropas enemigas con toda la fuerza de la fe y resistid, valientes ciudadanos de Bagdad!». Rashid comprendió entonces que era cierto que los americanos habían tomado el aeropuerto.

Instantes después algo sucedió con el generador, se interrumpió el suministro eléctrico y el televisor dejó de funcionar. La noche todavía no había caído sobre Bagdad, de manera que la luz natural iluminaba la sala de reuniones. Rashid aprovechó para despedirse de Faruq y salir de la comisaría sin llamar la atención. En su mano apretaba con fuerza el sobre con las fotografías.

*Mezquita Abu Hanifa al Numan. Adamiya. 12:00 h.*

Muchos de los valientes ciudadanos de Bagdad no tenían la menor intención de golpear con la fuerza de la fe a los invasores. A mediodía, camino de la mezquita Abu

Hanifa al Numan, en su barrio de Adamiya, para participar en la plegaria de los viernes, Rashid se cruzó con numerosos vehículos cargados de muebles y enseres de gente que se disponía a abandonar Bagdad. Cualquier medio de transporte servía: autobuses, camionetas con remolques, camiones repletos de maletas y electrodomésticos, coches con niños instalados en cuclillas en el maletero. Incluso había quien huía a pie o a lomos de mulos. Aquellos que tenían medios, y muchos que no los tenían, preferían que su familia pusiera tierra de por medio. Unos se iban al extranjero, mientras que muchos otros se dirigían a los pueblos del interior del país de donde eran oriundas sus familias. Circulaban rumores de que Siria había cerrado la frontera pero la mayor parte de los que desertaban tomaban la carretera de Damasco, que era más segura que la de Amán, donde había muchos controles de las tropas estadounidenses y bandas de delincuentes que robaban y desvalijaban a quienes huían de Irak antes de que llegaran a la frontera jordana. No obstante, se comentaba que desde Siria entraban muyahidines deseosos de frenar la invasión americana y británica. Eran jóvenes de otros países árabes que sentían el tirón de la religión y se mostraban dispuestos a sacrificar sus vidas por el islam. Su presencia convertía la carretera de Damasco en una salida de escape peligrosa, ya que los aviones estadounidenses podían confundir cualquier caravana de civiles con un objetivo militar. Pese a ello, su esposa, Nada, insistía en que la familia debía huir de la guerra a través de Damasco, ya que en Siria residían la tía Abir y otros conocidos. La opción de escapar a través de Irán estaba descartada ya que el doctor era suní y baazista. Por mucho que Irán e Irak, ironías de la historia, formaran parte del mismo eje del mal a ojos de Estados Unidos, el doctor Rashid sabía que allí no sería bienvenido.

La plegaria del mediodía lo serenaba y le daba fuerzas para vivir en tiempos difíciles. No siempre había sido así. Como su admirado Nietzsche, en su juventud el doctor Rashid se había alejado de la religión y había buscado cobijo y protección bajo las alas de las ciencias y las artes profanas. La rebelión de Rashid contra la religión, contra el islam, no había sido tan problemática como la de Nietzsche, para quien la teología se convirtió en una disciplina demasiado minuciosa y turbia de la que renegó por completo. A diferencia del filósofo, Rashid nunca estuvo muy seguro de que Dios estuviera muerto ya que afirmar eso en un país árabe es cuando menos aventurado. Por ese motivo su regreso a la mezquita, por decirlo de alguna forma, no había sido problemático. De forma natural y sin forzar convicciones profundas, en los últimos años el doctor Rashid había trenzado un compromiso con Alá que le resultaba positivo para la vida cotidiana y le permitía contactar mejor con el grueso de la población creyente, con el sustrato cultural de aquellos que no tenían ínfulas intelectuales. Algo parecido le había sucedido al país. La ideología del Baaz siempre fue laica, aunque en la última etapa la bandera de Irak se hubiera teñido con la inscripción «Dios es grande», en letras verdes y caligrafía cúfica. Sadam sabía que el pueblo árabe era creyente y que la ideología secular del Baaz no había conseguido impregnar lo suficiente a las capas más populares. Durante los doce años que había

durado el bloqueo impuesto por Estados Unidos después de la guerra del Golfo de 1991, el dictador había tenido a bien coquetear con la religión y eso era una muestra inobjetable de la precariedad del régimen, ya que probablemente no hubiera mayor traición que esa al ideario fundacional del Baaz.

En la mezquita el doctor se descalzó, realizó las abluciones y buscó un lugar apropiado para el rezo en la zona en la que siempre se postraba. Saludó a los vecinos que se le habían adelantado y, como todavía quedaba tiempo para la plegaria, se involucró en una pequeña tertulia en la que participaban otros cinco hombres. Todos se conocían de verse allí los viernes. Poco a poco la mezquita del barrio de Adamiya se fue llenando y al final estaba tan abarrotada que varios cientos de fieles se alinearon fuera, sobre esteras verdes, para seguir la oración y el sermón desde la calle. Rashid se imaginó a Nada y a sus hijas rezando en la zona reservada a las mujeres. Aquella mañana Nada y él habían mantenido la conversación de siempre. Era como si en las últimas semanas en realidad solo hablaran de lo mismo, un largo e infructuoso diálogo al que Rashid se refería para sus adentros como «la discusión interminable», que solo se veía interrumpido cuando no estaban juntos. Incluso cuando no hablaban explícitamente sobre abandonar Bagdad, parecía que lo estuvieran haciendo. Los gestos y las palabras de la vida cotidiana se le antojaban tan solo el camuflaje del único tema que realmente importaba: Nada quería irse de Bagdad; él se resistía.

El imán de siempre, Abdul Gafur al Qasi, comenzó su sermón. Recordó que Mahoma fue traicionado en Medina por ciertas tribus que le mintieron, y sin embargo, al final, salió victorioso y pudo regresar a La Meca al mando de un gran ejército y con la ayuda de Dios. Las alusiones religiosas del imán desaparecieron repentinamente en medio de un silencio pertinaz. El rostro del clérigo se encendió, parecía que estaba a punto de explotar y, efectivamente, su voz, amplificadas por los altavoces, tronó y resonó en el recinto sagrado y llegó con claridad hasta los fieles que no habían podido entrar en el edificio. Más allá de los fieles, la voz del imán se perdió por las calles de Adamiya, entre los milicianos armados hasta los dientes que patrullaban por el barrio.

—Dicen que han tomado el aeropuerto, pero no debéis hacerles caso. Nuestras fuerzas son más poderosas y han repelido a los ladrones —gritó el clérigo ante unos feligreses que le escuchaban con atención, ávidos de noticias.

Los temores de Nada, concedía Rashid, no eran infundados. El riesgo de que los combates se extendieran por Bagdad era grande y nadie sabía qué ocurriría en los próximos días. Además, el peligro no radicaba solo en las primeras semanas de la previsible ocupación, en los combates que habría y que eran inminentes, sino también en la situación posterior, cuando los americanos quisieran gobernar el país o transferir la autoridad a algún notable local, si es que llegaba ese momento. Irak estaba dividido y la división no aportaría calma sino deterioro. Las hostilidades entre los distintos grupos religiosos y étnicos constituían una gran amenaza y, en opinión de Rashid,

garantizaban una posguerra compleja. En cierto sentido, Nada temía más a los iraquíes que a los americanos. Si caía el Baaz, era probable que los baazistas fueran perseguidos y ajusticiados por los excesos que había cometido el régimen. Había muchos, principalmente islamistas, pero no solo ellos, que odiaban al partido y no dejarían pasar mucho tiempo sin ajustar las cuentas con quienes cometieron abusos e injusticias. Seguro que quienes tomaran el poder buscarían a los baazistas hasta debajo de las piedras. Y Rashid era miembro del Baaz, por mucho que hubiera sido represaliado.

—Los americanos son ladrones porque se comportan como tales, no solo en Irak sino en todo el mundo —prosiguió el imán—. Ahora quieren que nuestra unidad, la unidad de todos los iraquíes detrás del *rais* y guía Sadam Husein, se debilite y se resquebraje, y por eso envían mensajes falsos a través de sus medios de comunicación. Pero no hemos de hacerles caso. Los rumores que difunden forman parte de la guerra, y nosotros los vamos a desenmascarar y derrotar. Los infieles ponen en circulación noticias falsas. Los iraquíes solo hemos de atender y creer lo que escuchamos en los medios iraquíes.

A la mezquita de Abu Hanifa al Numan solía acudir cada viernes un ministro pero ese día no había aparecido. Tal vez era un mal presagio. A lo mejor el ministro tenía miedo. O tal vez había huido de Bagdad. El miedo de Nada no era injustificado. Y, sin embargo, el doctor albergaba dudas de que el régimen se derrumbara como un castillo de naipes. El partido era sólido y contaba con cientos de miles de miembros, y muchos de ellos se habían afiliado porque creían con sinceridad que el Baaz representaba el progreso y la igualdad. Pero si ocurría lo peor, si se desmoronaban el partido y el régimen, quienes les sucedieran necesitarían una élite, tecnócratas. No podrían prescindir de los cuadros del Baaz porque un país no se puede gobernar desde la nada. La policía tendría que trabajar, sería necesario perseguir a los delincuentes y dirigir el tráfico. Incluso era posible que él, con su formación, obtuviera un empleo mejor que el de perseguir a los rateros de Karrada. Hablaba inglés y era una persona culta, podría ofrecer sus servicios para la reconstrucción del país, como hizo años atrás, en su juventud, cuando creía en el ideario baazista y en la promesa, que acabó truncada, de un futuro mejor para todos los iraquíes.

El imán se detuvo de nuevo en consideraciones históricas y religiosas de la época del profeta, que eran al mismo tiempo comentarios políticos vinculados a la amenazadora actualidad. Rashid perdió el hilo e instintivamente se llevó la mano derecha al bolsillo de la chaqueta donde guardaba un voluminoso sobre con una resma de fotografías de nueve por trece. Sitió la necesidad de volver a verlas, de horrorizarse de nuevo con el mal que aquellas imágenes retrataban, pero ahora no podía sacarlas, debía atender al sermón. El imán siguió hablando desde el púlpito. El sermón estaba lleno de inflexiones que requerían la atención de los fieles, pero la mente de Rashid divagaba, se desconectaba, se dividía entre las fotografías, Nada y, como continuación lógica, Adnan, su hijo. Adnan, que antes de incorporarse a filas

solía acompañarlo a la mezquita los viernes, aunque siempre le aguardaba fuera, fumando, y no entraba a rezar. Adnan, del que ahora ni siquiera sabía dónde estaba o si continuaba con vida.

Adnan. Rashid entendía que Nada considerara prioritario ponerse a salvo lo antes posible, pero él no concebía la palabra seguridad si Adnan no estaba con ellos. A lo mejor quienes huían de Bagdad no tenían hijos en el frente, o si los tenían no les importaba dejarlos atrás. Pero a él sí le importaba. Él no era como los Abu Ramadan. O como el comisario Yalal. Y ahora, además, debía tener presentes esas fotografías que guardaba en el bolsillo de su chaqueta.

*Karrada Interior. 09:30 h.*

«Tú no eres como tantos otros en esta ciudad, en este país, Rashid. No eres de los que huye de sus responsabilidades».

El comisario Yalal había citado a Rashid en una de las teterías populares de Karrada Interior, no muy lejos de la comisaría. Un hombre barrigudo y con un poblado bigote regentaba la tetería al aire libre con la ayuda de dos de sus hijos. No se trataba de un establecimiento al uso, sino de dos grandes termos metálicos con ruedas, casi tan altos como Rashid, instalados en plena calle, en los que se preparaba y se mantenía caliente el té, dulzón, que se servía en pequeños vasos de cristal. Los clientes bebían sentados en largas bancadas de madera o en una decena de sillas de plástico blancas. En una de esas sillas aguardaba el comisario Yalal, un hombre corpulento, en la cincuentena, de bigote cano y al que el doctor no recordaba haber visto nunca sin uniforme. Poco antes, al llegar a la comisaría, Jaled al Hafiz, el asistente del comisario, le había entregado con disimulo a Rashid una nota con el lugar y la hora de la cita. Era la primera vez que el comisario se reunía con Rashid fuera de la oficina en los años que ambos habían compartido destino en Karrada.

Era un día radiante de primavera, con la luminosidad característica de Bagdad, tan solo mancillada por las columnas de humo de las zanjas de gasolina ardiendo. Cuando el estrépito de la guerra se tomaba un descanso, se escuchaba el piar de multitud de pájaros que anidaban cerca del Tigris. Se sentaron en un lugar apartado, el uno frente al otro, con las piernas muy juntas al no haber una mesa que los separara. Ambos fumaban, y el comisario Yalal miraba a su alrededor con aire distraído y taciturno. Rashid tampoco estaba de buen humor. De camino a la comisaría lo había abordado una mujer vestida con un chador negro muy sucio. Las sandalias que calzaba estaban cubiertas de polvo. Se colocó a su lado y le empezó a hablar, sin que al principio Rashid, ensimismado en sus pensamientos, le prestara demasiada atención. La mujer se llamaba Rukiya Mayid y vivía muy cerca de allí. De repente se echó a llorar. Rashid la consoló durante unos minutos, hasta que se calmó.

Ella le contó que su joven marido había muerto en 1986, en la guerra contra Irán, y que su hijo mayor había corrido la misma suerte en 1991, en Kuwait. Cuatro hijos vivos le quedaban, añadió la mujer, y ella se ganaba la vida limpiando casas, pero con la nueva guerra ya nadie quería pagar a una empleada del hogar. Rashid estaba un poco aturdido. Sacó del bolsillo algún dinero y se lo dio. Rukiya lo tomó y se lo agradeció. La limosna surtió cierto efecto. Hasta que llegó a la comisaría, la mujer siguió hablando de los suyos, de las necesidades que tenían y de las dificultades que acarreaba mantener a una familia sin la ayuda del marido. Rashid se sintió tentado de hablarle de su hijo en el frente, pero se reprimió. Aquel encuentro le había arruinado la mañana.

—¿Sabes de qué habla toda esta gente que nos rodea? —preguntó el comisario Yalal, sin molestarse en saludarlo.

—De la guerra, supongo.

—En efecto. De la guerra.

El comisario Yalal calló durante un largo tiempo, suficiente para que el propietario de la tetería les trajera dos vasos y un paquete de tabaco, que el superior de Rashid abrió con parsimonia antes de ofrecer al doctor un cigarrillo, que este aceptó.

—Somos una ciudad, una nación, acostumbrada a la guerra, como bien sabes. En las últimas tres décadas hemos combatido a Irán y, en dos ocasiones, a una coalición encabezada por Estados Unidos. Invadimos Kuwait, nos expulsaron de allí y bombardearon nuestras ciudades varias veces, por no hablar del bloqueo que casi ha arruinado nuestro milagro económico. Y aquí estamos, bebiendo té, cuando los americanos han tomado ya el aeropuerto. Porque los americanos ya están en el aeropuerto, lo sabes, ¿no? Es como si los iraquíes nos hubiésemos acostumbrado a la guerra, a convivir con la desgracia.

Rashid se limitó a asentir. Parecía obvio que el comisario necesitaba hablar.

—Hay incluso quien dice que hay fuerzas especiales de los americanos en nuestras calles, en nuestros barrios. Esos tiroteos que se escuchan, a lo mejor son ellos. ¿Quién sabe? ¿Quién puede saber nada con certeza estos días?

Como si los invasores pudieran escuchar al comisario, justo en ese momento se oyó el estruendo de aviones y de explosiones lejanas.

—No logro acostumbrarme a ese ruido —susurró el comisario—. De noche y de día, ya no recuerdo lo que es dormir una noche sin escuchar a los cazas.

—¿Por qué me ha citado aquí? —le preguntó Rashid.

Yalal meneó la cabeza en señal de cansancio, como si lamentara que el doctor interrumpiera el hilo de sus pensamientos. Rashid sabía que Yalal lo apreciaba; quizá si alguna vez le hubiera preguntado, su superior le hubiese dicho que consideraba injusto el prolongado castigo que estaba soportando. Al doctor le hubiera gustado mantener el trato de amistad con el comisario desde el principio, pero no había sido posible. Aun así, Rashid respetaba al comisario porque durante años le había tratado

correctamente y, aunque en algunas ocasiones le había forzado a morder el polvo de Karrada, no lo había hecho por iniciativa propia, sino por las circunstancias, y siempre desde el respeto.

—Mi familia y yo nos disponemos a abandonar Bagdad. En unas horas. Quería decírtelo en persona.

El doctor Rashid se puso en alerta. Conocía lo suficiente a Yalal como para saber que no daba puntada sin hilo, y no creía que su superior hubiera sentido súbitamente el impulso de compartir con él una confidencia tan peligrosa. Cuando uno se va, no se lo dice a nadie, pensó Rashid. A no ser que tenga otras intenciones.

—¿Me ha citado solo para decirme esto?

—Sí. Bueno, no, hay algo más. Pero antes, ¿quieres otro té?

—No, gracias.

El comisario hizo caso omiso a Rashid y encargó otra ronda.

—¿Qué más quiere decirme? —insistió el doctor, aunque en su fuero interno creía saber la respuesta: Yalal lo había citado para reconciliarse con él ante la previsible caída del régimen. En otras palabras, Yalal no quería tener al doctor por enemigo, no fuera que, por los giros que dan la historia y la vida, el represaliado de ayer se convirtiera en una figura importante en el Irak del mañana. Rashid sintió una enorme decepción. Después de tantos años, el comisario tenía que saber mejor que nadie que era justicia y no venganza lo que a Rashid le venía a la mente cuando recordaba lo de Basora.

—Verás... —dijo Yalal, pero se calló enseguida.

—Le agradecería que fuera directamente al grano —le animó Rashid.

—Es un asunto desagradable... —respondió el comisario, pasándole un sobre de cierto grosor.

El camarero barrigudo les sirvió los téis humeantes. Yalal echó un vistazo a su alrededor y vio entre la clientela a media docena de hombres que, como ellos, vestían uniforme militar.

—Antes de que abras ese sobre y veas el contenido, Rashid, quisiera pedirte disculpas. No soy culpable de tu situación. Nunca me he enemistado contigo ni participé en la decisión de degradarte, aunque es cierto que no moví un dedo para rehabilitarte y que envié informes sobre ti al general Abu Yehiya. Contigo se ha cometido una injusticia en la que yo he participado. Quería decírtelo para disculparme y dejar las cosas claras.

—No era necesario, comisario.

—A veces me he preguntado por qué no abandonaste la policía...

Esa misma pregunta se la había formulado a Rashid mucha gente. Al principio, cuando se vio degradado, el doctor consideró dejar el cuerpo y establecer un negocio por su cuenta. Oportunidades no le faltaron, y siempre le quedaba el recurso de ejercer la medicina, aunque se había apartado de ella cuando terminó los estudios en Edimburgo, antes de regresar a Bagdad. Pero fue una idea fugaz. Podría decirse que

para él ser policía no era solo una profesión, sino también una vocación, incluso una misión vital. Y si continuaba en la policía era porque a su edad se consideraba demasiado mayor para iniciar otra profesión y porque en el fondo confiaba en que en algún momento se levantaría el castigo que pesaba sobre él, que después de tanto tiempo la justicia se impondría.

—Porque soy un policía, y es mi obligación cumplir órdenes.

—Me imaginaba que dirías algo así.

—¿Qué hay en el sobre?

—Las fotos de un asesinato.

Rashid hizo un gesto de incredulidad.

—¿Me está encargando un caso?

—Solo si tú quieres aceptarlo. No puedo obligarte.

—Pero usted sabe mejor que yo que mi trabajo no es investigar asesinatos.

—Es cierto. Pero tú sabes tan bien como yo que las circunstancias están cambiando muy rápidamente. Puede que las órdenes que estaban en vigor ayer ya no lo estén hoy.

—¿Y de qué se trata?

Yalal miró en dirección al sobre. Rashid extrajo de su interior un taco de fotografías. Fue pasándolas de una en una. En algunas se detenía unos segundos más que en otras. Casi todas eran muy parecidas. Mostraban a una niña tumbada en una colchoneta, muerta, con atroces heridas de arma blanca. Las fotos se habían tomado desde distintos ángulos. La niña tenía el pelo largo y parecía que alguien lo hubiera extendido deliberadamente sobre la colchoneta. Otras imágenes se habían captado desde cierta distancia y mostraban la habitación donde se encontraba el cadáver. En el suelo había cuatro colchonetas más. Era una estancia de pequeñas dimensiones y modesta, propia de una familia sin recursos cuyos miembros usaban las colchonetas para dormir. Cuando Rashid las hubo visto, devolvió las fotografías al sobre.

—¿Qué es esto?

—El cadáver apareció anteayer en una casa del barrio de Shula. No se aprecia en las fotos, pero la niña tenía una discapacidad psíquica. No podía valerse por ella misma y apenas era capaz de andar.

—Shula no es nuestro distrito.

—No, pertenece al comisario Munir. Él me mostró las fotos y yo se las pedí. Ellos no van a investigar. Entre nosotros, Munir está a punto de irse de Bagdad, si no se ha ido ya.

—Como usted.

—Como yo. Pero me repugna que en estos tiempos a nadie le interese saber quién ha asesinado a esa niña. Me repugna que el asesino ande libre y no pague por sus actos.

—¿Violaron a la niña?

—No hay señales de violencia sexual.

Rashid devolvió el sobre al comisario. Yalal no lo tocó.

—¿Por qué me muestra estas fotos? ¿Por qué me explica esto a mí?

—Me consta que eras un investigador con buena reputación, uno de los mejores del país, si no el mejor, y estoy seguro de que lo sigues siendo —respondió el comisario—. Puedes evitar que el responsable del asesinato quede impune.

—Yo ya no investigo. No puedo, lo tengo prohibido.

—¿Crees que ahora, en estas circunstancias, a alguien le va a importar lo más mínimo que investigues un asesinato? ¡Si incluso el general Abu Yehiya ha huido de Bagdad!

Rashid encajó esta noticia como una bofetada. Aunque racionalmente sabía que la huida del responsable de su desgracia no tenía que afectarle lo más mínimo, saber que Abu Yehiya había abandonado Bagdad en una hora de máxima necesidad, si bien no le sorprendió, sí le entristeció e irritó.

—¿Por qué debería importarme encontrar al desalmado que ha matado a esa chiquilla? —preguntó.

—Porque eres un hombre decente.

—Y así usted puede irse con la conciencia tranquila...

Como respuesta, Yalal encendió un cigarrillo. Observaba a Rashid como si fuera capaz de ver en su interior cómo procesaba, incluso a su pesar, los pros y los contras de la oferta.

—¿Cómo sabe que no me voy a ir hoy o mañana, como usted, como el comisario Munir, como tantos otros? También tengo una familia que proteger.

El comisario sonrió por primera vez en toda la conversación.

—Tú no eres como tantos otros en esta ciudad, en este país, Rashid. No eres de los que huye de sus responsabilidades.

Los dos policías permanecieron en silencio durante algunos minutos sin mirarse. Finalmente el doctor se guardó el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta, se levantó y se marchó sin despedirse. El comisario lo vio alejarse y pidió otro té.

*Residencia de Huda Lufti. Shula. 20:00 h.*

Husein Lufti se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Huda —se limitó a decir cuando Rashid le preguntó con tacto por el nombre de la niña—. Tenía solo ocho años.

Husein recibió al doctor en la puerta y lo invitó a entrar a una habitación. Rashid reconoció la estancia por las fotografías. Unos días atrás, la esposa de Husein Lufti había encontrado allí el cadáver de Huda cuando se disponía a darle de comer. Era una habitación pequeña con varias colchonetas de espuma que ni siquiera tenían fundas y que servían de lecho a Huda y a sus cinco hermanos, que tras la llegada de

Rashid se habían refugiado junto a su madre en la cocina, donde aguardaban por modestia a que el doctor se marchara. No había rastro de la sangre que aparecía en las fotografías, y Rashid supuso que la madre había limpiado la estancia a conciencia, borrando los restos de la desgracia y, con ellos, toda prueba forense. Husein se disculpó un momento, fue a la cocina y volvió con un vaso de té humeante que Rashid agradeció. Era una familia sin apenas recursos que había vivido toda su vida en Shula, un barrio pobre y marginal de la capital, de mayoría chií. Husein se había quedado sin empleo después de que un bombardeo destruyera el puesto en el que trabajaba en el mercado de Suq al Naser. Huda no residía habitualmente con ellos. La pequeña había nacido con una deficiencia psíquica y la familia, con la ayuda económica del Gobierno, la había ingresado en un asilo llamado Al Amal cuatro años atrás. El propio Husein y su esposa la visitaban cuando podían. Viendo que la situación se deterioraba día a día en Bagdad, la directora del asilo pidió a las familias que se llevaran a los pequeños a sus casas. Así es como Huda había regresado al hogar de los Lufti hacía poco más de una semana.

—Huda nunca salía de casa —dijo Husein—. Anteayer mi esposa y yo fuimos al funeral de unos parientes y cuando regresamos nos encontramos a la niña muerta. Los otros niños estaban jugando en la calle.

Rashid le pidió que le mostrara el resto de la vivienda y los dos fueron pasando de habitación en habitación. La casa constaba de tres estancias sin apenas muebles ni más decoración que iconografía religiosa chií. Solo en el dormitorio del matrimonio había una cama de madera y un armario, inmenso, que estaba abierto y mostraba ropas y tejidos multicolores. En un cuarto se amontonaban juguetes nuevos y relucientes: un balón reglamentario de fútbol, varios muñecos de peluche, pistolas de juguete y un par de muñecas de ropa chillona y larga cabellera rubia. A petición de Rashid, Husein abrió la puerta de la cocina. El doctor entró. Era una cocina pequeña con una nevera blanca y desportillada, unas hornallas que funcionaban con gas y un generador con aspecto de haber sido comprado recientemente.

—¿Adónde da esa puerta?

—A un patio interior —dijo Husein.

—¿Y está siempre abierta?

—Sí, suele estar abierta. Es la ventilación de la casa.

—¿Los niños no vieron nada extraño?

—No, estaban jugando en la calle, solo estuvimos fuera tres horas.

—¿Cuántos hijos más tiene?

—Cinco.

—¿Todos varones?

—Sí.

—Las alabanzas son para Alá —susurró Rashid.

—*Alhamdulillah* —repitió Husein.

Rashid se acercó al chico de más edad y le preguntó cómo se llamaba. El niño

tenía la mirada clavada en el uniforme militar del doctor y parecía asustado. Gimoteó algunas palabras ininteligibles y buscó refugio en las faldas de su madre.

—No sabe nada —dijo Husein.

Rashid regresó a la habitación donde habían encontrado el cadáver y volvió a examinarla. La ventana estaba cerrada. Así se la encontraron los padres cuando regresaron y hallaron muerta a su hija. Nadie la había forzado. «El mal», susurró entre dientes el doctor Rashid mientras inspeccionaba el cuarto. El mal. Hacía años que no sentía con tanta intensidad la presencia del mal como en ese momento. Tal vez porque hacía mucho que no pisaba el escenario de un asesinato, le abrumó la sensación de que el mal lo rodeaba, de que nunca podría ser erradicado de la faz de la tierra. El mal existía, tal y como él mismo había presenciado en incontables ocasiones a causa de su trabajo. Lo había visto en acciones cotidianas, mezquinas por su insignificancia, y en la inhumana magnitud de la guerra. Esa certeza de que el mal existía era una de las causas de su inacabable discusión interna con el islam. En la religión, el mal no es la causa sino el resultado de las malas acciones del hombre, puesto que todo proviene de Dios. Esta concepción, sin embargo, entraba en colisión con su experiencia, que decía que el mal también podía ser causa. En el trasfondo de muchos criminales, como probablemente era el caso del asesino de Huda, anidaba la semilla del mal que empujaba a matar. El mal preexistía y se manifestaba de mil maneras y con mil caras, y existiría hasta el final de los días, hasta el Día del Juicio. Era una transgresión universal de las fronteras del bien y Rashid lo contrapuso fugazmente al conductor indolente que aparca su vehículo en doble fila o al ratero que delinque de una manera que hasta se podría calificar de infantil. Estos males son triviales y no inciden en el devenir de los seres humanos, pero la semilla era la misma de la que crecían los grandes males. Para Rashid, el concepto del mal adquiría un sentido oscuro más acuciante y personal en esos momentos en los que los americanos se disponían a ocupar Bagdad y solo Alá sabía cómo terminaría la aventura.

Antes de marcharse, Rashid anotó su número de teléfono en una hoja de la libreta y se la entregó al apesadumbrado padre.

—Le agradeceré que si recuerda algo importante me llame a este número.

—Pero los teléfonos no funcionan —observó Husein.

Rashid tomó la hoja y escribió también la dirección de la comisaría y la suya propia.

—Puede dejar un mensaje aquí.

Husein Lufti lo acompañó hasta la puerta de su casa y se despidió con un apretón de manos. En la calle, junto a su Kadett verde, Rashid vio otro coche aparcado, un Peugeot en cuyo capó un hombre estaba apoyado. Al doctor le costó unos instantes reconocer a Jaled al Hafiz, el asistente del comisario Yalal.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Rashid con frialdad.

—El comisario me ha pedido que te ayude... en el caso de que creas que necesitas ayuda, claro. Yalal no quiere que mi presencia aquí parezca una imposición.

Dice que si piensas así, te equivocas. Como sabes, él ya no está en disposición de imponer nada, ni a ti ni a nadie.

El asistente había hablado muy rápido y de forma atropellada, como si llevase esas frases preparadas. Jaled era un hombre corpulento, tan alto como Rashid, algo más grueso, en la frontera de la treintena. Sus facciones eran delicadas, casi aniñadas, y su bigote apenas dibujaba una sombra en su labio superior. En el tiempo que Jaled llevaba trabajando en la comisaría, cinco años, Rashid apenas había cruzado un par de palabras con él. Le constaba que el asistente era un joven responsable y trabajador a quien sus compañeros abiertamente menospreciaban porque su carrera había transcurrido en los despachos y no en la calle, y porque la desconfianza de los demás era inherente al trabajo de ser asistente del comisario.

—No es cierto —dijo Rashid—. Yalal no te envía.

El doctor pasó de largo con la intención de estudiar las casas vecinas a la de los Lufti. Ya era noche cerrada, así que Rashid sacó del bolsillo derecho del pantalón una linterna que había cogido en la comisaría. El haz de luz destacaba en la oscuridad. ¿Podrían verlo desde la distancia los soldados americanos, con su moderna tecnología militar? Imposible saberlo.

—Tienes razón —dijo Jaled a sus espaldas—. Yalal no me envía.

El asistente lo seguía a una distancia prudencial. Los pasos de los dos policías resonaban en las calles sin asfaltar del barrio. A pesar de la oscuridad, decenas de niños jugaban descalzos, corriendo entre los callejones que se abrían entre las casas bajas y baratas. Cuando los chiquillos vieron aparecer a los dos policías, se callaron y los observaron con curiosidad y temor. A la luz de la linterna, las imágenes de los mártires chiíes Alí y Husein que empapelaban muchas paredes parecían cobrar vida.

—Sé que te ha encargado un caso, he visto las fotos... Me gustaría ayudarte en la investigación.

—¿Ayudarme?

—Sí, ayudarte.

—A investigar.

—A investigar.

—Entiendo. ¿Quieres acompañarme?

—¿Adónde?

—A investigar, ¿adónde si no?

Sin esperar la respuesta de Jaled, Rashid llamó a una puerta. Una anciana abrió y el doctor la interrogó unos minutos. No sabía nada, no había visto nada, no había oído nada. Los vecinos permanecían encerrados en sus casas, iluminadas con velas porque no podían permitirse comprar un generador, atentos al estruendo de los cazas para buscar protección en caso de que las explosiones sonaran cerca. Durante casi una hora, Rashid se dedicó a hablar con los vecinos. Llamaba a la puerta con una sonrisa, no hacía el gesto de querer entrar en la vivienda, preguntaba con voz suave y pose educada y paciente. Pero, como la primera anciana, nadie sabía nada, nadie había

oído nada, nadie había visto a nadie entrar en la casa del vecino con la intención de apuñalar varias veces a una niña indefensa que no entendió nada del mundo ni siquiera en el momento en que se le fue la vida. Los uniformes militares que vestían Rashid y Jaled amedrentaban a los vecinos. Aquel no era un barrio que confiara en las autoridades del Irak de Sadam Husein. Una pérdida de tiempo, pensó Jaled, aunque se guardó el pensamiento para sí.

—Has visto las fotos, entonces —comentó Rashid, de regreso a los coches.

—Sí —dijo Jaled, que encendió los faros de su Peugeot para iluminarse.

—¿Qué te han parecido?

—No tengo palabras para describir lo que siento.

—Ya. ¿Y como policía?

El asistente sintió que se le aceleraba el corazón y se le humedecían las manos.

—Me parece muy aventurado llegar a conclusiones a partir de unas fotografías.

—También has participado en el interrogatorio de los vecinos.

—No ha sido muy fructífero, no han dicho nada de interés.

—¿No?

—¿Tú crees que sí?

—A veces no se trata solo de lo que la gente dice. Pero bueno, entre nosotros, algo te habrán sugerido las fotografías desde un punto de vista profesional...

Jaled se tomó cierto tiempo para responder.

—Creo que el asesino conocía a la niña.

—¿Por qué?

—La apuñaló varias veces.

—¿Y?

—Un encarnizamiento de este tipo suele indicar la existencia de un vínculo emocional entre la víctima y su asesino.

Rashid encendió un cigarrillo.

—Bien visto. ¿Algo más?

Pese a sus mejores esfuerzos, Jaled no pudo reprimir una ligera sonrisa de satisfacción.

—Ello indicaría que debemos investigar su entorno familiar. Su padre. Sus tíos. Algún primo. Alguna conducta desviada.

—Conductas desviadas.

—Sí.

—Interesante teoría. Conductas desviadas.

El entusiasmo de Jaled desapareció con la misma rapidez con que había aparecido.

—No estás de acuerdo.

—Es una teoría...

—... en la que no estás de acuerdo.

—Es demasiado pronto para estar de acuerdo o en desacuerdo.

—Pero tú tienes otra teoría.

—Más que una teoría, tengo otro punto de vista. Es una pena que hayan pasado más de cuarenta y ocho horas desde que se encontró el cuerpo y que no se pueda efectuar un mínimo trabajo forense, pero estas son las circunstancias, no puedo cambiarlas. Creo que el asesino o los asesinos actuaron con premeditación. No forzaron ninguna puerta ni ventana, así que podemos deducir que conocían la casa y que sabían que la familia de Huda había salido, lo cual implica que son parientes, como tú dices, o que habían estado vigilándolos. El asesino probablemente entró por la puerta del patio interior, y sin perder tiempo se dirigió a la habitación de la niña y la asesinó allí. No he podido ver el cadáver, pero es cierto que las imágenes muestran ensañamiento. La verdad, no creo que conociera de nada a la niña, aunque un encarnizamiento de este tipo suele indicar la existencia de un vínculo emocional entre la víctima y su asesino, como bien has señalado. Pero también puede indicar que el asesino o los asesinos no tienen nociones de anatomía y que querían dar a la niña una muerte rápida. Hay que tener en cuenta que la chiquilla se ha pasado gran parte de su vida internada en un asilo y que, por tanto, es bastante complicado establecer cuál es su círculo más cercano. ¿El familiar o el del asilo? Pero bien, teniendo en cuenta lo del asilo, si el asesino pertenece al entorno familiar probablemente sea porque conoce a alguien del asilo o a algún pariente de la niña. El padre dice que desde que la niña regresó a casa no les ha sucedido nada inusual o fuera de lo común, al margen del asesinato. Miente, por supuesto.

—¿Que el padre miente? ¿Por qué?

—¿Oyes ese ruido?

Jaled calló y escuchó con atención. Al cabo de unos segundos se dio por vencido.

—No oigo nada.

—Presta atención. ¿No oyes el ruido de un generador?

—Sí, ahora que lo dices, sí.

—Procede de la casa de los Lufti. Es el único generador de la calle. Y, por lo que he visto, es nuevo. Me pregunto de dónde habrán sacado el dinero y por qué, entre todos los enseres que son necesarios en esa casa, decidieron comprar un generador, nada menos.

—Un generador es muy útil estos días. Si yo tuviera que...

Pero Rashid no escuchaba las explicaciones de Jaled. Se acercaba a grandes zancadas a un grupo de niños congregados a unos metros de distancia. Los críos se dispersaron en la oscuridad cuando vieron al doctor dirigirse hacia ellos, pero uno, delgado, con el rostro sucio de polvo, descalzo, se quedó donde estaba. Rashid estimó que no debía de tener más de diez años.

—¿Eres amigo de los Lufti? —le preguntó el doctor.

El crío no respondió, así que Rashid rebuscó en sus bolsillos hasta que encontró un paquete de chicles abierto. Se lo ofreció, pero el niño se limitó a señalar el cigarrillo que fumaba Rashid. El doctor le mostró el paquete de tabaco.

—Te doy uno si contestas a mis preguntas.

El niño reflexionó unos instantes y asintió.

—¿Cómo te llamas?

—Mustafá.

—Mustafá, ¿has jugado con el balón nuevo de los Lufti?

El pequeño asintió de nuevo.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—¿Por Ramadán?

El niño rio y dejó ver una dentadura en la que faltaban algunos dientes.

—Hace mucho tiempo de la fiesta del final del Ramadán... —dijo como si lo que hubiera dicho Rashid fuera una ocurrencia extravagante.

—¿Antes de las bombas?

Mustafá negó con la cabeza.

—¿La semana pasada?

—No lo sé.

—¿Hace pocos días?

—Sí.

Esta vez fue Rashid el que sonrió.

—Solo una pregunta más, piensa muy bien la respuesta. ¿Has visto a alguien extraño últimamente en el barrio, a alguien cerca de la casa de los Lufti? ¿Un forastero?

—Sí —dijo Mustafá.

—¿A quién? ¿Puedes describírmelo?

—A un americano. Apuntaba con un lanzagranadas hacia la casa, hace unos días.

—¿Un americano? ¿Un lanzagranadas?

—Sí, así de grande, y apuntaba a la casa —insistió Mustafá, súbitamente más animado y locuaz, imitando con gestos a un soldado que dispara con un lanzagranadas.

—Anda, toma —le dijo Rashid, entregándole el paquete entero de tabaco.

El doctor regresó a los coches, donde le aguardaba Jaled.

—¿Le has dado un paquete de tabaco a ese niño? —preguntó Jaled.

—Mejor eso que robarlo, ¿no crees?

Rashid entró en su coche y encendió el motor. Jaled se quedó junto a la ventanilla, como si aguardara instrucciones.

—Mañana visitaremos el asilo —dijo Rashid antes de arrancar—. Quedamos en la comisaría a las nueve e iremos en tu coche. No me gusta conducir.

—¿Algo más? —dijo Jaled, con una nota de satisfacción en su voz.

—Sí. Ven vestido de paisano, sin uniforme.

—El Ministerio ordenó...

—Ya sé lo que ordenó el Ministerio. Pero asusta a la gente. Y necesitamos hablar

con la gente.

—De acuerdo, así lo haré. Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana, si Dios quiere.

—*Inshallah* —repitió Jaled.

El doctor esperó a que el coche de Jaled se alejase y se dirigió en sentido contrario, hacia Suq al Naser. En esa noche sin electricidad, los restos del bombardeo eran masas deformes y oscuras de hierros carbonizados y paredes derrumbadas, pero el aire aún estaba impregnado de un aroma inclasificable, de ceniza, gasolina y algo más que Rashid prefería no saber qué era. Por su mente deambulaban las profusas imágenes que había visto por televisión una semana antes, furgonetas cargadas a rebosar de cadáveres de todas las edades, mujeres llorando, desolación, tristeza. La tarde del 28 de marzo, Suq al Naser fue bombardeado por la aviación de Estados Unidos causando una sesentena de muertos y decenas de heridos. El Pentágono atribuyó la mayor masacre de la guerra hasta entonces a un error. Rashid estaba convencido de que eso también formaba parte del mal que campaba por el mundo.

*Adamiya. 23:00 h.*

—¿Ves esa cajetilla de tabaco? —preguntó Ibrahim, el dueño del café Nayma, en referencia al paquete nuevo que Rashid había dejado encima de la mesa—. Pues bien, mañana costará diez veces más, y el precio seguirá subiendo hasta Dios sabe cuánto...

Como el doctor no se inmutó, Ibrahim prosiguió con un tono sardónico mientras lo señalaba.

—... Y ese uniforme militar que llevas, tan bonito, representa un grave peligro para ti y para tu familia. Hay mucha gente en este país que te colgaría por los pulgares y que para nada tendrá en cuenta que seas un honrado policía que solo dirige el tráfico. ¿Crees que los americanos o los barbudos respetarán tu maldita integridad? ¿Que te convocarán amablemente y te preguntarán: «Señor Rashid al Said, ¿quiere usted colaborar con nosotros?»? ¿Crees que les importará algo que durante años hayas sido el último mono de la comisaría de Karrada?

Como Rashid permanecía sentado sin reaccionar, Ibrahim sintió más ganas de sacudirlo.

—No te engañes, Rashid. Desde el momento en que los americanos depongan a Sadam, nadie te dará un voto de confianza, de la misma manera que el régimen que ahora se está hundiendo tampoco te lo ha dado.

El doctor se removió en su asiento sin emitir ningún sonido.

—Escúchame —prosiguió, reprimiendo a duras penas su exasperación—, todavía estás a tiempo. Corre a casa y prepara las maletas. Cada día al amanecer parten

caravanas hacia Deir al Zur. Abdo te hará un buen precio, y yo tengo un contacto en la frontera, un primo mío vive desde hace años en Damasco y conoce a gente que conoce a gente. Te franquearán el paso sin dilación, sin hacer preguntas. Mañana por la tarde estarás en Damasco. Te ahorrarás muchos disgustos y se los ahorrarás a tu familia, a Nada y las niñas.

Por toda respuesta Rashid se limitó a encender otro cigarrillo, y después de exhalar la primera bocanada, cuyo denso humo se interpuso durante unos segundos entre los dos, el doctor tomó la palabra.

—No sabemos dónde está Adnan.

—No me extraña. Hay muchos padres que no saben dónde están sus hijos en estos momentos.

—No puedo marcharme sin Adnan.

—Creo que cometes un error —insistió Ibrahim, tomando él mismo otro cigarrillo—. Adnan ya reaparecerá. Tienes dos hijas y deberías hacer todo lo que esté a tu alcance para ponerlas a salvo.

—Será mejor que bajes la voz —le aconsejó Rashid—. Este derrotismo tuyo está muy cerca de ser considerado traición. Alguien podría denunciarte. Hay oídos del régimen en todas partes, aquí mismo, ahora, en este café.

Ibrahim rio. Él y Rashid se encontraban solos en el café, iluminados por una lámpara de aceite. La clientela se había marchado, atemorizada por la oscuridad y porque esa noche estaba siendo muy ruidosa. Desde las diez los disparos y las explosiones habían aumentado en intensidad y en frecuencia, aunque era imposible determinar si provenían de las avanzadillas de los americanos que, según los rumores, ya se estaban adentrando en el centro de la ciudad, o de los soldados y las milicias iraquíes. Los tertulianos se habían retirado en silencio y cabizbajos. Esa noche, las últimas noticias de los distintos aparatos de radio que convergían en el café hablaban de que los americanos habían cambiado el nombre de Aeropuerto Sadam Husein por el de Aeropuerto Internacional de Bagdad y de que oficiales del Pentágono habían llamado al número personal del dictador y le habían exigido que se rindiera. «¡Pero si no funciona ningún teléfono en Bagdad!», exclamó un vecino, y todos rieron.

Esa noche Rashid había detectado un sutil cambio en el estado de ánimo de la tertulia. Los clientes de Ibrahim solían discutir sobre la situación del país, pero no acaloradamente. Desde el inicio de la guerra había quien sostenía que la empresa de los americanos acabaría en fiasco. Una cosa había sido la ofensiva de Kuwait en 1991, cuando los americanos habían aplastado a los iraquíes sin encontrar una seria resistencia, y otra muy distinta era ocupar una ciudad de cinco millones de habitantes, con una población muy heterogénea y con miles de soldados y milicianos dispuestos a defenderla. Sería una empresa complicada. Unos pocos, en cambio, pensaban que a los invasores no les costaría ocupar la capital. Por supuesto, nadie expresaba abiertamente esta opinión, pero a través de alusiones vagas y de silencios medidos era posible entenderla. Sin embargo, esa noche ni siquiera el amenazador uniforme

militar de Rashid había amedrentado a los más miedosos o a los que no sabían nada de él. El aeropuerto se daba ya por perdido, y el ambiente era de derrotismo y desgracia inminente. Había unos pocos que callaban, y en sus ojos Rashid reconocía el deseo de que los americanos acabasen cuanto antes con el régimen. Rashid conocía a ese tipo de compatriotas, aquellos que en secreto (aunque cada vez menos) apoyaban la guerra porque era la condición *sine qua non* para la creación de un nuevo Irak que, para nacer, tenía que doler. No había mayor prueba de que los vientos ya soplaban en direcciones desconocidas que el hecho de que Ibrahim, buen amigo, exmilitar, remotamente vinculado al clan de los Tikriti y, por tanto, pariente muy lejano del mismísimo Sadam Husein y del propio Rashid, le animara de aquella forma a desertar, a huir, a abandonar Bagdad.

—Me marchó antes de que me vea obligado a detenerte por sedicioso.

Al llegar a casa Rashid se encontró cinco maletas alineadas en la puerta y a Nada y a sus dos hijas, Tahani, de diecisiete años, y Zeynab, de catorce, enfrascadas a su vez en una tertulia política. En realidad era Tahani quien hablaba. Era lo habitual; desde que la hija mayor había abandonado la infancia, la mesa de abedul donde conversaba la familia había sido testigo de acalorados debates políticos en los que casi siempre despuntaban la munificencia y la grandeza de espíritu de Tahani. Rebosante de vida, la muchacha cursaba el último año de secundaria hasta que las clases fueron suspendidas por los bombardeos. El curso siguiente tenía previsto matricularse en la universidad pero ahora, de repente, el futuro era frágil e incierto. La joven había decidido estudiar Derecho, pero no para abrir un despacho en el centro de Bagdad, como anhelaban algunos de sus compañeros, sino para asumir gratuitamente la defensa de la multitud de pobres y menesterosos que atestaban el extrarradio de la capital. Tahani solía participar en las acciones de solidaridad que llevaban a cabo las juventudes del Baaz en los suburbios de la capital. A sus diecisiete años, no veía relación entre las décadas de gobierno del partido Baaz liderado por Sadam Husein y esos pobres a los que quería ayudar.

—Pero ¿quién puede creerse lo que diga Colin Powell o lo que digan los americanos sobre los palestinos? —oyó Rashid que comentaba Tahani, indignada—. No es la primera vez que lo dicen, pero ya nadie puede creerles.

—No sé a qué te refieres, pero sí, estoy seguro de que es difícil creerles —dijo Rashid como saludo.

—¡Papá!

Tahani y Zeynab se levantaron para besar a su padre. Distante, Nada permitió que su marido la besara en la mejilla sin apenas moverse. Rashid tomó asiento mientras sus hijas le traían la cena.

—¿De qué estabais hablando? —preguntó el doctor cuando ya estuvieron todos de nuevo sentados alrededor de la mesa.

—He escuchado en tu radio que Powell ha declarado a *Al Hayyat* que la política de Estados Unidos respecto al conflicto árabe-israelí debe cambiar... —dijo Tahani.

Rashid sonrió. Tahani entendía perfectamente el inglés, y lo hablaba con un dulce acento que mezclaba la entonación árabe y el cerrado deje escocés que su padre había adquirido en Edimburgo, y que el doctor cultivaba con el esmero con el que se guardan los ecos lejanos de la juventud cuando se alcanza según qué edad.

—Sí, es difícil creerles —convino Rashid.

—No, papá, no es difícil, es imposible.

—Powell ha hecho esas declaraciones a un diario árabe. Es el doble discurso de siempre: cuando hablan para los occidentales dicen una cosa y cuando hablan para los árabes dicen otra, y da la casualidad de que ambas cosas son contradictorias —dijo Rashid para reforzar los argumentos de su hija.

Al doctor le divertía la juvenil indignación de Tahani cuando hablaba de los grandes temas de la política, pero aquella noche no estaba de humor. Su atención se centraba en las cinco maletas con las que se había tropezado al entrar y en Nada, que evitaba mirarle y mantenía las distancias con él.

—Esta mañana me han asignado una investigación —soltó Rashid cuando Tahani le dejó un respiro.

En Rashid confluyeron las miradas atónitas de su esposa y sus dos hijas. Nada sepultó su boca bajo la servilleta un instante pero se abstuvo de hacer comentarios.

—¿Quién te ha asignado la investigación? —inquirió Tahani.

—El comisario Yalal. En realidad es un caso de otro distrito, del distrito de Shula, pero por una serie de circunstancias ha caído en manos de Yalal y este ha pensado en mí —dijo sin detenerse a explicar que los comisarios Yalal y Munir y sus familias probablemente ya no se encontraban en Bagdad.

—¿Cuántos años hace que no investigabas un caso, papá? —preguntó Zeynab.

—Tantos que no me acuerdo —dijo Rashid, aunque era mentira. El último caso en el que había trabajado se remontaba a 1982. El doctor lo recordaba muy bien, hasta el último detalle, pese a los veintiún años que habían transcurrido.

—¿Y de qué se trata? —preguntó Tahani.

—Es un asesinato que se ha cometido en Shula. Una niña de ocho años ha sido asesinada en su casa...

—¿Quién la ha matado? —inquirió Zeynab.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Por ahora ni siquiera disponemos de pistas que permitan construir conjeturas verosímiles.

—Seguro que tú lo averiguas, papá —dijo Tahani con orgullo.

—¿Abu Yehiya no tiene nada que decir al respecto? —preguntó Nada.

—Abu Yehiya ha desaparecido. Yalal tiene la impresión de que ha huido y está en paradero desconocido. Quizá ha dejado Irak.

—Vete con cuidado. Estos son tiempos convulsos y cambiantes, y tus enemigos aún no han caído —dijo Nada con frialdad—. Niñas, es hora de acostarse.

Rashid dejó que sus hijas lo besaran y después se dirigió al despacho. Nada se acostó sin despedirse, y él se concentró con gusto en su manuscrito. Acabar el día

sumergido en la tóxica biografía de Nietzsche y en su complejo pensamiento filosófico era una satisfacción. Menospreciado y minusvalorado a lo largo del día, por la noche Rashid volaba hacia el reino al que íntimamente sabía que pertenecía, donde podía dedicar su esfuerzo y su talento a exponer el vínculo, huidizo, resbaladizo, peligroso, entre el filósofo que defendía la muerte de Dios y la tradición filosófica musulmana. Con los años, a medida que sus proyectos vitales iban desplomándose, aquel manuscrito se había convertido en su obra y en el motivo por el cual circulaba más o menos indemne por la insulsa cotidianidad de sus días, hasta el punto de que mientras dirigía el tráfico en Karrada su mente en realidad reflexionaba sobre el papel del determinismo y el libre albedrío en la obra de Nietzsche, o la influencia que tuvo en el filósofo la frustrante relación con Lou Andreas-Salomé. Hacía tiempo que su anciano tío Tareq, cansado del prolongado silencio de su sobrino, había dejado de reclamarle que le enviara el manuscrito a Edimburgo para buscar un editor. En ocasiones, Rashid pensaba que la obra de toda una vida, por definición, debe ser inconclusa.

Ya era bien entrada la madrugada cuando Rashid llenó el plato de Lulú con un poco de leche y se dirigió al dormitorio. Como se temía, Nada no dormía.

—Supongo que ese caso que te han asignado significa que nos quedamos en Bagdad —dijo sin preámbulos, en voz muy baja para no despertar a las niñas.

La conversación interminable, una vez más.

—No me parece buena idea irnos sin Adnan. Deberíamos aguardar hasta recibir noticias tuyas. Imagino que no tardará en contactar con nosotros. Esperemos unos días.

—¿Tú crees que eres el único que piensa en Adnan?

No, Rashid no creía eso. Sabía perfectamente que la ausencia de noticias de su hijo martirizaba a Nada igual o más que a él. La diferencia es que Nada estaba convencida de que tenían que marcharse. Pensaba que si no ponía a salvo a Tahani y Zeynab cuanto antes habría consecuencias terribles, y los tiroteos y explosiones que se escuchaban con claridad en ese preciso instante la ratificaban en su idea.

—Con respecto a Adnan, poco podemos hacer porque no está en nuestras manos —siguió hablando Nada—, pero deberíamos preocuparnos por las chicas. Tenemos que irnos de Bagdad. Si no quieres, tal vez podrían marcharse con algún conocido antes de que sea demasiado tarde.

—Tahani no quiere irse. Zeynab es una niña. Y yo no estoy dispuesto a dividir la familia.

—Las dos son unas niñas, no tienen nada que decir al respecto. —Nada se apoyó sobre un codo y lo miró fijamente a los ojos. Estaba muy enfadada—. ¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué una persona inteligente como tú se niega a tomar la decisión más racional que es irnos de esta ciudad, de este país? ¿Por qué? ¿No estás cansado ya de tanta guerra? ¿No hemos tenido ya suficiente guerra en nuestra vida?

—No me niego, ya te lo he dicho: esperemos noticias de Adnan. Si en un par de días no sabemos nada de él, volveremos a hablar. No creo que nada vaya a cambiar de forma radical en un par de días. Solo te pido eso. Te lo prometo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Nada reflexionó unos instantes.

—Hay rumores de deserciones en el ejército y la Guardia Republicana —susurró, en apariencia más tranquila.

—Lo sé.

—¿No conoces a nadie en el Ministerio de Defensa, en el Gobierno, que te pueda dar información sobre el paradero de Adnan?

Nada se había acurrucado en su pecho y Rashid le acariciaba, abstraído, un mechón de su cabello rizado.

—Mañana intentaré hacer algunas gestiones.

Los dedos de su esposa jugueteaban en su pecho. Rashid sabía que el dedo índice de Nada dibujaba un corazón imaginario encima del suyo.

—Cuéntame, ¿de qué va el caso que te han asignado?

Rashid cerró los ojos. «¡Resistid, valientes ciudadanos de Bagdad!», había dicho Sadam en su discurso.

## 5 de abril

*Restaurante Al Saah. Al Mansur. 14:00 h.*

—Siento no poder ayudarte, pero es imposible averiguar dónde está Adnan. Estamos inmersos en el caos. ¿Cuándo recibisteis noticias tuyas por última vez? —preguntó el teniente coronel Sumer Farsi, y se limpió las comisuras de los labios delicadamente con una servilleta de papel.

—Antes de empezar la guerra —respondió Rashid.

—Antes de empezar la guerra —repitió el militar—. Antes de empezar la guerra... ¿Y dónde iba a combatir su unidad?

—En el sur de la capital, no sé nada más.

—En el sur de la capital... ¡Todo el Ejército iraquí se encuentra en el sur de la capital! Decir eso es lo mismo que decir en cualquier parte. En el sur está el aeropuerto, por ejemplo. Si Adnan estuviese allí, todavía sería más difícil localizarlo.

—¿Por qué?

El teniente coronel Farsi bebía un refresco con pajita y le dio un sorbo enérgico. Por lo visto, el generador del Saah no tenía potencia suficiente para hacer funcionar la nevera de las bebidas y aquello ponía de mal humor al militar. Amigos desde que ambos coincidieran en Basora, Rashid había acudido a él en un momento en que todos los cuarteles en Bagdad y el propio Ministerio de Defensa estaban sumidos en el más absoluto de los desórdenes. «Necesito hablar de Adnan», le dijo, y solo así logró que su amigo accediera a dejar lo que estaba haciendo durante un par de horas para citarse en Al Saah, un popular restaurante que combinaba en el menú comida iraquí y occidental. Rashid había pedido un plato de habas hervidas con *hummus*, y Farsi tenía enfrente medio pollo asado al estilo americano. Al Saah se encontraba en el barrio de Al Mansur y era uno de los pocos restaurantes que todavía permanecían abiertos en Bagdad.

—Aquello ha sido un desastre. Después de lo que ha sucedido hoy, ruego a Dios que Adnan no estuviera en el aeropuerto —susurró Farsi.

—¿Qué ha sucedido hoy?

—¿No te has enterado? Los americanos han entrado en Bagdad. Tenemos la guerra a nuestras puertas.

«La guerra», pensó Rashid. «Otra vez». Para él la guerra siempre fue Adnan, con tres años, llorando por el estruendo durante la ofensiva iraní sobre Basora en 1982. Fueron días terribles, conviviendo con la destrucción que acabó con decenas de miles de muertos y heridos en ambos bandos. «Boom, boom», decía con su vocécita Adnan cuando jugaba en el salón de casa con un fusil de juguete. La guerra, la constante sobre la cual gravitaba la vida entera de Rashid. Y, sin embargo, Irak no estaba en

guerra cuando regresó de Edimburgo en 1977, un flamante doctor con el corazón en reconstrucción, una prometedor vida por delante y muchos y grandiosos proyectos en la maleta, para sí mismo y para un país con un enorme potencial y un puñado de patriotas dispuestos a aprovecharlo. Pero tres años más tarde, Sadam Husein, que había asumido la presidencia el año anterior, se enfrascó en una guerra sangrienta, dolorosa e inútil contra Irán. Rashid la sufrió en primera línea durante las repetidas ofensivas sobre Basora. Hubo un momento en que Rashid imploró a Nada que se llevara a Adnan a Bagdad, donde la situación era mucho mejor que en el sur pese a que la onda expansiva del conflicto llegaba hasta la capital. Pero, irónicamente, fue Nada la que rechazó la idea de abandonar la ciudad como tantos otros habitantes de Basora. Rashid ya había caído en desgracia y Nada no quería dejarlo solo, en plena guerra, con su vida amenazada y sumido en una rutina de humillaciones. Veinte años después, era su esposa la que quería irse y Adnan estaba, de nuevo, en la primera línea del frente, aunque en esta ocasión sostenía un fusil auténtico en sus manos. La guerra. «Boom, boom».

El joven matrimonio se había instalado en Basora nada más casarse, puesto que Rashid ya llevaba algún tiempo en la ciudad. El doctor pidió enseguida el traslado a Bagdad, la ciudad en la que planeaba llevar a cabo sus proyectos vitales, políticos y profesionales. Esos primeros años fueron tiempos felices para Nada y Rashid; él un prometedor y jovencísimo jefe de investigación criminal de la policía de Basora, ella una joven enamorada que soñaba con construir su propia familia. Al principio parecía que el traslado era inminente, dada la buena reputación y los contactos de Rashid dentro del partido. Pero no acabó de concretarse, y el inicio de la guerra lo retrasó de forma indefinida. Cuando los caminos de Rashid y el general Abu Yehiya, uno de los hombres fuertes del régimen en Basora, se cruzaron, del tremendo impacto el doctor salió maltrecho. Su amistad con el teniente coronel Farsi, un militar jovial y sanguíneo, excelente conversador, escritor en secreto de esforzada poesía, databa de esos años, cuando el entonces sargento se ofreció a mediar entre Rashid y el general. El doctor nunca lo autorizó, ya que su reacción de cara a la galería fue bajar la cabeza, aceptar la situación y acatar las órdenes que se le imponían con un estoicismo que sublevaba incluso a Farsi, un militar disciplinado y patriota como pocos.

En su fuero interno, sin embargo, su caída en desgracia supuso que empezara a distanciarse del partido. Si hasta entonces Rashid había admirado el idealismo de Michel Aflaq y del resto de intelectuales sirios que fundaron el Baaz, la realidad le mostró que detrás de una pantalla de altruismo y magnanimidad podía esconderse el mal. Algunos amigos le dijeron que salvó el cuello por su buena reputación en el partido, gracias a la cual sus enemigos se vieron obligados a perdonarle la vida. El doctor podía haber aparecido con un tiro en la nuca en una cuneta de Basora y nadie hubiese preguntado nada. Pero aunque el vengativo general le perdonó la vida, sí tuvo suficiente poder para frenar su traslado a Bagdad y degradarlo a una posición incolora y humillante para sus capacidades en el seno de la policía de Basora, entonces una

ciudad en el ojo del huracán. El único consuelo que tuvo el matrimonio en aquellos años fueron Adnan y, más tarde, Tahani y Zeynab. Rashid rechazó todas las oportunidades que se le presentaron de abandonar la policía y Basora, por orgullo, fidelidad a sus convicciones y su fe casi religiosa en la justicia, y Nada permaneció a su lado y fue su leal sostén durante tantos años de oscuridad.

—¿No has escuchado la radio? —insistió Farsi.

—He estado ocupado, en un caso.

El militar le miró, sonriendo, y se chupó un par de dedos. Rashid engulló una porción de pita con *hummus*. Farsi estaba destinado en el Ministerio de Defensa, inmerso en la burocracia. Hacía mucho tiempo que Rashid y él no charlaban, ya que la vida los había llevado por derroteros opuestos; Farsi en continuo ascenso, Rashid atrapado en el sur del país.

—Tú y estos camareros debéis de ser los únicos en todo Bagdad que trabajan hoy.

—¿Qué ha sucedido?

—Esta mañana, carros de combate americanos, cincuenta, cien, nadie sabe con exactitud cuántos, han entrado por la autopista y han llegado hasta el centro. Después —explicó a la vez que dibujaba una semicircunferencia en el aire— han virado hacia el este y se han dirigido al aeropuerto. Por si había alguna duda, el aeropuerto es suyo.

—¿Ha muerto mucha gente?

Aquella mañana el doctor había estado muy cerca del restaurante Al Saah, en la calle Al Ándalus. En su recorrido por Al Mansur, Rashid había visto tanques en la ciudad por primera vez desde el inicio de la guerra. Hacía días que entre los árboles y las palmeras de las grandes avenidas de Bagdad se ocultaban piezas de artillería de gran calibre y camiones lanzamisiles que apuntaban en la dirección por la que se suponía que llegarían las tropas estadounidenses. Las trincheras se sucedían a ambos lados del asfalto. En cada una de ellas, unos cuatro o cinco jóvenes armados con fusiles kalashnikov aguardaban la llegada de los americanos. Una escasa resistencia, pensaba Rashid cuando contemplaba a esos voluntariosos pero mal pertrechados soldados, cuyos rostros tenían la misma expresión que había visto durante la guerra de Irán en tantos y tantos otros, el semblante de quien sabe que difícilmente sobrevivirá cuando las sirenas ululen, los gritos se desaten y los proyectiles empiecen a caer.

—Lo de hoy ha sido solo el prólogo —dijo el teniente coronel, atusándose el bigote con una servilleta—. Lo único que pretendían es averiguar dónde están nuestras defensas y obligarnos a movernos. En realidad han destruido gran parte de nuestra infraestructura en esa zona, aunque es probable que no lo sepan. Ha sido una carnicería. Rashid, está siendo una carnicería ahí fuera, en todas partes, a todas horas, a ras de suelo y en el cielo, de día y de noche.

«¿No es hermosa una noche despejada?», le había preguntado Nada a Rashid el día de su compromiso, señalando el firmamento iluminado por un millón de estrellas

con distintas intensidades. Se encontraban en Bagdad, en el jardín de la vivienda de la familia de Nada en el acaudalado barrio de Amiriya, y ella, exultante a sus diecisiete años, alta y esbelta, causó una impresión excelente en su primo. Rashid dirigió la mirada hacia arriba y vio la bóveda celeste en todo su esplendor, puesto que no había luna. Los astros inmutables vibraban a lo lejos y Nada le señaló los más refulgentes en la noche aterciopelada de Bagdad. Rashid, que nunca había reparado en sus nombres ni en las constelaciones, siguió con atención las explicaciones de su prometida. Más tarde, después de la boda, Nada le confesaría que se había estado preparando la velada durante varios días con el fin de impresionarlo.

Los detalles de aquella noche permanecían indelebles en la memoria del doctor. Rashid había sido invitado a cenar por la familia de Nada. Aunque era bastante conservador, su padre, Yusuf, hermano de la madre de Rashid, permitió que los dos jóvenes pasaran unos minutos a solas en el jardín mientras se ultimaban los preparativos de la cena. Rashid ya estaba destinado en Basora, una ciudad estratégicamente vital, muy alejada de Bagdad, provinciana y hostil para los suníes y foco de intrigas del colectivo chií contra el régimen del Baaz. Al poco de instalarse en la ciudad, solo y adaptándose a su nueva vida después de tanto tiempo en Occidente, Rashid le comentó a su padre que tal vez fuera el momento de pensar en casarse. En el entorno de su familia surgió de una manera natural el nombre de su prima Nada, que era once años más joven. Los padres concertaron el casamiento con rapidez, y una soleada mañana de septiembre de 1978 contrajeron nupcias en Bagdad.

Poco podían imaginar ni Rashid ni nadie que al año siguiente se produjese la revolución islámica de Jomeini contra el *sha* de Irán, y que en 1980 las potencias occidentales incitarían a Sadam Husein a atacar Irán para resolver ciertos conflictos territoriales aprovechando la supuesta debilidad militar persa. Si el padre de Nada hubiera sido capaz de adivinar el futuro, tal vez no hubiera consentido el matrimonio de su hija con Rashid. Más tarde todo se complicaría aún más, cuando la solicitud de traslado se suspendió a causa de la guerra. Pero esa primera noche en el jardín Nada y él trazaron planes para mudarse a Bagdad tan pronto como fuera posible. Ella, le confesó, albergaba la ilusión de tener al menos tres hijos y darles la educación que ella no había podido tener debido al talante conservador de sus padres. Esa noche en el jardín Rashid aún creía en su país, y estaba convencido de que su estancia en Basora no sería larga. Rashid le habló a Nada de su vida cotidiana en Basora, donde básicamente se relacionaba con otros compañeros de la policía y no tenía mucho trato con la población chií, descontando a los chiíes del partido. La vida en esa ciudad era dura para un hombre solo, la soledad se le había hecho insoportable, le confesó, y al igual que ella deseaba formar una familia. Él mismo se había encargado de alquilar un apartamento en una zona residencial para ellos dos. Nada quería saberlo todo. Le formuló innumerables preguntas sobre la vivienda y mostró su agrado con las respuestas que él le daba. En ese momento salió al jardín la madre de Nada y les comunicó que la cena estaba lista.

A la mesa se sentaron los padres de Nada y la joven pareja. Los cinco hermanos de ella habían cenado antes y ya se habían retirado. El ágape discurrió en un ambiente agradable y los padres de Nada le preguntaron por sus años en Edimburgo. Yusuf, que se dedicaba a la venta al por mayor de especias en el área de Bagdad, le prometió que desde ese mismo día iba a ponerse a buscar un apartamento en la capital para ellos, contando con que el joven médico pronto obtendría el traslado. Rashid disfrutaba de un sueldo decente en la policía y su propio padre también les iba a ayudar a encontrar una vivienda apropiada. Yusuf se interesó por su trabajo, y preguntó a su futuro yerno por qué no había abierto una clínica en Bagdad, ya que un negocio propio le hubiera resultado más lucrativo. El doctor apeló a su vocación, sus ideales y su compromiso con el país. Mientras hablaba con su tío, por debajo del mantel Nada le dibujó un corazón en el dorso de la mano con la yema del dedo índice, y aquella inocente caricia le erizó el vello de los brazos, se sonrojó e hizo que él, siempre tan locuaz, tan hombre de mundo, se sintiera perdido, a contracorriente, incapaz de hallar las palabras adecuadas, varado entre el hoy y el ayer.

—Somos soldados del ayer luchando contra monstruos del mañana. ¿Sabes cuál es nuestra arma más eficaz contra los tanques? —preguntó Farsi, con cierta aceleración en su voz, como si hubiese deseado desde hacía tiempo mantener esa conversación y ahora las palabras se le agolparan, desordenadas, urgentes.

—No. Otros tanques, supongo. Los nuestros.

—¿Nuestros tanques? No tienen ninguna posibilidad contra los suyos. Cuando hay tormenta en el desierto, los tanques deben detenerse y esperar a que mejore la visibilidad. Nuestros tanquistas entonces encienden sus cigarros y fuman, tranquilos, convencidos de que al abrigo de la tormenta se encuentran a salvo. ¿Cómo no van a estarlo, si entre el polvo y la arena dos hombres separados por un par de metros no pueden ver la llama del cigarrillo del otro?

Con un gesto, el militar pidió otra bebida para él y Rashid.

—Pero los americanos reciben en sus tanques la información de sus satélites, o de los sensores de calor, o qué sé yo, y antes de que nuestros soldados acaben de fumar, su tanque ha saltado por los aires, y esos pobres diablos no pueden ni ver ni oír por dónde les llega la muerte. Y así uno tras otro. No, Rashid, los tanques no son nuestra mejor arma contra los americanos.

—¿Cuál es, entonces?

—El picop.

—¿El picop?

—Sí, el picop. O un camión. O, incluso mejor, un autocar. Cargados de hombres armados, los lanzamos contra los tanques americanos a toda velocidad mientras los mártires disparan sin parar.

—¿Y eso es eficaz?

Farsi rio cínicamente.

—Los americanos los repelen con facilidad, por supuesto. Es una carnicería, pero

así al menos tenemos la posibilidad de destruir algún tanque. De otra forma no hay nada que hacer.

—Exageras.

—Un poco, pero la verdad es que no tenemos ni aviación ni unas defensas antiaéreas efectivas. Las baterías antiaéreas están anticuadas, y nuestra mejor arma para evitar a los cazas y sus bombardeos quirúrgicos, así es como los llaman, quirúrgicos, qué te parece, tú que eres médico...

—Un eufemismo cruel.

—... pues nuestra mejor arma contra los cazas es el humo de las zanjas llenas de petróleo. Somos unos niños combatiendo a gigantes, locos disparando a sombras. Nos habíamos preparado para una guerra de guerrillas, queríamos evitar el enfrentamiento directo, miles de hombres divididos en pequeños grupos que atacaran y se retiraran, atacaran y se retiraran, ese era el plan. Pero no ha funcionado, y ahora ha llegado el turno de Bagdad.

—¿Crees que funcionará en Bagdad?

—No lo sé.

—Entonces ¿crees que Bagdad no resistirá?

—Nadie sabe lo que va a suceder. Si cada ciudadano da su vida y su alma por Sadam —dijo Farsi con un poso de ironía en su voz pero bajando el tono para evitar ser oído— esto será peor que Grozni o Yenín. Un motivo para no estar aquí. Pero si no hay resistencia, los americanos tomarán la ciudad y la escasa entereza de los mártires que luchan en el resto del país se desmoronará. Otro motivo para que no nos pillen en la ciudad. ¿Quién sabe lo que va a ocurrir? Yo no lo sé, solo sé que para los patriotas como nosotros esta ciudad ya no es segura.

—¿Y qué más sabes? —preguntó Rashid.

—Sé que en los ministerios y en los servicios secretos se están quemando los archivos. Sé que los principales dirigentes se han escondido, empezando por el Gobierno y el círculo más cercano a nuestro amado *rais*. Sé que ninguna de sus familias se encuentra en Bagdad, que yo mismo envié a la mía a Damasco hace ya varios días, y que mañana o pasado como mucho yo mismo me habré ido. De hecho, si pudiera, me iría hoy.

—¿Todo el mundo piensa como tú?

—Solo los más lúcidos —ironizó el amigo de Rashid—. El régimen está dividido entre los que cumplen órdenes porque están acostumbrados a cumplir órdenes, los que se han instalado en la negación, los que se han ido y los que están a punto de irse.

—¿Ya no hay patriotas en Irak?

«El lugar de un patriota hoy no está en Bagdad. El lugar de un patriota está en Basora», le dijo el general Abu Yehiya, entonces coronel, el primer día que coincidieron en el sur, cuando nada había sucedido aún entre ellos y el nuevo jefe de investigación criminal de la ciudad, siguiendo un consejo que le habían dado en Bagdad, se presentó ante ese militar que, decían, pronto sería ascendido a general. La

primera impresión que tuvo de Abu Yehiya fue excelente, un patriota con ideas claras de cómo llevar el país hacia la prosperidad, y rápidamente se mostró de acuerdo con él en que había mucho trabajo que hacer en Basora. Aun así, desde su compromiso con Nada y sobre todo después de su caída en desgracia, regresar a Bagdad se convirtió en una obsesión para el doctor. En cierta medida también para Nada, pero ella, prudente, no se atrevía a decírselo para no aumentar su desasosiego. El doctor optó por volcarse en su trabajo, por muy insípido y humillante que fuera, y en su familia. El tiempo libre lo dedicaba a mantener frescos sus conocimientos de medicina y a leer sobre Nietzsche. En alguna ocasión echó una mano como voluntario en los hospitales de campaña de Basora, para sentirse vivo entre tanta muerte, pero cuando llegó a oídos de Abu Yehiya este prohibió expresamente que prestara sus servicios, aunque estuvieran en plena contienda con Irán.

Inmune a las negativas, Rashid solicitaba su traslado a Bagdad regularmente y no se permitía desmoralizarse. En 1988 acabó la guerra con Irán, y la situación mejoró un poco en la ciudad pese a los frecuentes, y sangrientos, enfrentamientos entre la comunidad chií y las autoridades, una rebelión que Abu Yehiya reprimía con mano de hierro. Poco antes de la invasión de Kuwait y la subsiguiente guerra, Abu Yehiya fue trasladado a Bagdad. El ascenso de su enemigo fue percibido como una oportunidad por Rashid, pero incluso desde la distancia el general frenó las peticiones del doctor. La madrugada del 13 de febrero de 1991 Bagdad volvía a ser bombardeada y Basora estaba otra vez en primera línea, esta vez contra una coalición internacional encabezada por Estados Unidos. Dos misiles de casi una tonelada guiados por tecnología láser impactaron en un refugio antiaéreo del barrio de Amiriya, donde dormían sobre todo mujeres y niños. El refugio en realidad era un gran búnker levantado durante la guerra con Irán que tenía capacidad para alojar a centenares de personas, y donde además se había construido una mezquita y una escuela. Esa madrugada murieron más de cuatrocientas personas. La onda expansiva alcanzó la casa de la familia de Nada y aterrorizó a su madre, que dos noches antes había dormido en el refugio, asustada por las bombas. La mujer jamás se recuperó de lo sucedido y no descansó hasta que logró convencer a su esposo de que tenían que abandonar Irak. Un año después, los padres de Nada y sus cinco hermanos se marcharon a los Emiratos Árabes Unidos. El tío de Rashid vendió el negocio de especias, no sin antes ofrecérselo a muy buen precio a su sobrino, que declinó la oferta. Nada tenía miedo de no volver a ver a su familia y ese fue el motivo de su primera discusión con Rashid. El tiempo le acabaría dando la razón a ella: su padre murió de un infarto un año después y su madre se mudó a Alemania con dos de sus hermanos. El único contacto que mantenía con ellos, esporádico y muy irregular, era a través de la correspondencia y de dificultosas conversaciones telefónicas.

Una mañana Rashid besó a Nada en la mejilla y le informó de que se iba a Bagdad unos días. Su madre había enfermado y fallecido meses antes. La salud de su padre, consumido por la pena, se deterioró rápidamente. Pese a que el doctor no tenía

hermanos que pudieran cuidarlo, el anciano se resistía a mudarse a Basora. Era la primera vez desde lo de Basora que Rashid faltaba al trabajo. Regresó al cabo de cuatro días, cabizbajo, sin vida en la mirada. «Volvemos a Bagdad», se limitó a anunciar a Nada. Su esposa nunca le preguntó qué había sucedido en esos días en la capital, qué había hecho, a quién había visto. Tras casi veinte años de matrimonio, regresaron a Bagdad, instalados en la madurez, con un hijo ya adolescente. Los sueños de Rashid de contribuir a construir un país del que cualquier iraquí pudiera sentirse orgulloso se habían quedado en Basora, enterrados en la arena, sepultados junto a los muertos y heridos de la guerra con Irán. El doctor no regresó a ninguno de los destinos que había solicitado, sino a Karrada, a dirigir el tráfico en el barrio donde su enemigo vivía su opulenta vida de mandamás del régimen. Cuando la familia finalmente llegó a Bagdad, la casa de Amiriya en cuyo jardín Nada le había enseñado el nombre de las estrellas había sido malvendida y en su lugar había un edificio de tres plantas. El padre de Rashid falleció apenas unas semanas después del regreso de su hijo a la capital.

—Los patriotas de verdad se esconden bajo tierra para emerger y luchar cuando se den las circunstancias —dijo Farsi, levantándose y dando por acabado el almuerzo—. Ahora, viejo amigo, no es momento de heroicidades estériles. Mi consejo es que tú y tu familia os pongáis a salvo. Nadie puede saber dónde está Adnan ni si se encuentra bien. Si esperas a que dé señales de vida, correréis un riesgo extremo. Vete de Bagdad mientras puedas. Solo espero que ya no sea demasiado tarde.

Rashid miró a su alrededor y pidió la cuenta. El restaurante Al Saah estaba abarrotado pese a que muchos de los comensales sabían que los americanos estaban cerca, o precisamente por eso.

—Hablando de patriotas, me han dicho que el general Abu Yehiya ha abandonado la ciudad —comentó Farsi.

—Eso tengo entendido.

—Las ratas que más se llenaban la boca con Irak han sido las primeras en abandonar el país a su suerte —dijo el militar, con desprecio en su voz.

—Señor, señor, ¿es usted el doctor Rashid?

Una chiquilla se interpuso entre los dos hombres e interrumpió la conversación. Estaba sucia, muy sucia, y vestía la camiseta de un equipo de fútbol europeo encima de un vestido que antaño debía de haber sido bonito. La pequeña tenía los ojos muy grandes y oscuros, le faltaban algunos dientes y andaba descalza.

—¿Y tú quién eres, niña? —preguntó Farsi al ver que Rashid se había quedado petrificado, mirando a la chiquilla sin decir nada, como si no creyera posible que esa niña estuviera de pie allí, ante él.

*Residencia de Fátima Halabi. Al Mansur. 10:00 h.*

—¿Cuál es el nombre de la niña? —preguntó Rashid.

—Fátima —respondió Jaled por encima del estruendo de cláxones que acompañaba al tráfico en Bagdad y de la voz de Mohamed Abdel Wahab que sonaba en el radiocasete del coche—. Se llamaba Fátima. Tenía siete años.

—¿Quién encontró el cadáver?

—Su padre.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde, al regresar del trabajo. Mi informador, un primo mío que trabaja en el distrito de Al Mansur, me lo dijo anoche. Los teléfonos no funcionan, lo siento, no pude avisarte.

Rashid hizo un ademán exculpatorio con la mano.

—Es una familia acomodada —prosiguió el asistente del comisario Yalal—. El padre se llama Uzman Halabi, es ingeniero y trabaja como funcionario en el Ministerio del Petróleo, muy cerca de su domicilio. Es viudo, su esposa murió muy joven. La niña se quedaba sola en casa durante todo el día, una vecina la alimentaba. Ayer al mediodía esa mujer la encontró cuando fue a darle la comida. No vio nada inusual, todo estaba como siempre.

—¿Debemos sospechar de ella?

—No lo creo. Es una anciana.

—Por tanto, es obvio que el asesino o los asesinos mataron a la niña entre el mediodía y la llegada del padre.

—Así es.

—¿Y el padre? ¿Pudo hacerlo?

—No lo sé.

—¿Qué minusvalía tenía la niña?

—Síndrome de Down. Profundo.

Rashid miró por la ventana. Circulaban por el distrito de Al Mansur, en la zona alta de Bagdad. El área recibía el nombre del célebre guerrero Almanzor, el Victorioso por la gracia de Dios. En Bagdad se recordaba al combatiente andalusí porque los árabes orientales no querían olvidar a sus correligionarios occidentales, aunque hubieran transcurrido mil años desde que Almanzor había aterrorizado a la España medieval, y seguían considerando Al Ándalus como el lugar más floreciente de la historia musulmana, la joya siempre objeto de reivindicación y pendiente de un retorno al seno de la civilización islámica. En Al Mansur residían oficiales del ejército, dirigentes del régimen y empresarios. La casa frente a la cual aparcaron se encontraba en la calle Al Ándalus.

—¿Tú crees en el mal, Jaled? —preguntó Rashid cuando el asistente del comisario Yalal aparcó el coche.

Jaled apagó el motor y dejó a medias la canción de Mohamed Abdel Wahab.

—Es difícil no creer en el mal —dijo tras pensarlo un momento—. En esta ciudad se puede encontrar su huella en todas partes. En esta casa, por ejemplo.

—Ya, pero ¿crees que es causa o consecuencia de nuestras acciones? —insistió Rashid, con la mano en el tirador de la puerta.

—No he reflexionado sobre ello, pero supongo que es el resultado de las acciones de los hombres...

—Hubo un teólogo, en el siglo VII, que dijo que Dios dictamina todas las acciones del ser humano. Desde un punto de vista religioso, el mal es la consecuencia.

—Me resulta difícil creer que Dios tenga algo que ver con el asesinato de esta niña o el de la chiquilla de Shula, si es a donde quieres ir a parar.

—En Occidente, los cristianos tienen un dicho: Dios escribe recto con renglones torcidos. ¿A qué nos enfrentamos, Jaled? ¿Las muertes de Huda y Fátima son algo premeditado o una mera casualidad en estos tiempos de dolor y muerte, son una emanación del mal o un simple suceso azaroso?

Sin aguardar la respuesta del asistente, Rashid salió del coche y se dirigió hacia la casa de Uzman Halabi. Jaled se demoró unos instantes. Esa mañana se había presentado en la comisaría con unos dulces que su mujer había preparado para el doctor. «Así le darás una buena impresión», le había dicho su esposa antes de besarlo en la puerta de casa. Pero Rashid apenas los había probado, excitado por el hecho de que hubiese aparecido el cadáver de otra niña.

Era una casa de tres plantas, con muchas más habitaciones de las que un viudo y su hija necesitaban. El cuarto de Fátima estaba en la primera planta, junto al de su padre, un hombre bajito y rechoncho cuyo bigote ya encanecía y que hablaba con un peculiar timbre de voz, muy grave. Unas grandes ojeras ensombrecían su semblante, y tenía aspecto de no haber dormido en toda la noche, como así había sido.

Los tres hombres deambularon por la casa antes de subir a la habitación de la niña. En la fachada delantera, a ambos lados de una puerta negra de hierro forjado, había dos leones de piedra que eran calcos de otros esculpidos hacía más de tres mil años y que se conservaban en el Museo Arqueológico. En el interior y en el patio trasero, orientado hacia el norte, Halabi guardaba decenas de objetos de remota antigüedad, algunos eran originales y otros reproducciones. El ingeniero explicó que había heredado las valiosas antigüedades de su padre, que había dedicado cuarenta y cinco años de su vida a la arqueología, participando en numerosas excavaciones y enseñando en la universidad. La otra parte de la colección la había acumulado él mismo a lo largo de toda su vida.

—¿No echa en falta ninguna pieza? —preguntó Rashid después de una primera inspección ocular.

—Tengo que volver a revisarlo, pero a primera vista creo que está todo —respondió Halabi—. Lo que sí he comprobado es que las piezas de más valor siguen en su lugar. Fuera de la habitación de Fátima no se ha tocado nada, aparte de la cerradura de la puerta principal, que está forzada. Si le interesan puedo mostrarle los papeles que certifican que las antigüedades son legales...

—No creo que sea necesario de momento —dijo el doctor.

Se detuvieron ante la habitación de la niña. Como habían acordado la noche anterior en Shula, Jaled y Rashid vestían de paisano: pantalones y zapatos oscuros los dos, camisa blanca Jaled y azul Rashid, con chaqueta de lino. No era un día especialmente caluroso, pero Rashid notaba que el sudor le humedecía la espalda y las axilas. Jaled encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Rashid, que lo rechazó.

—¿Es necesario que yo entre en la habitación? —balbució el padre con el rostro desencajado.

—No hace falta que nos acompañe —le tranquilizó Rashid—. Espérenos abajo, quiero hacerle unas preguntas cuando terminemos.

—¿Pueden creer que no ha venido ninguna ambulancia a recogerla? —La voz de Halabi estaba a punto de romperse. Rashid pensó que él no sabía cómo reaccionaría si se encontrara en la situación de aquel hombre, si en esa habitación yaciera el cadáver de alguna de sus hijas—. Ya no creo que venga. No sé si podré enterrarla hoy...

—Esta guerra todo lo corrompe —musitó Jaled.

—Alá es poderoso —susurró Halabi.

—Alá es poderoso —repitieron Jaled y Rashid.

El doctor se enfundó unos guantes que había comprado por el camino, más por prurito profesional que por temor a ensuciar una escena del crimen en la que, lo sabía muy bien, sería imposible llevar a cabo una labor forense decente. El cadáver de la niña permanecía en la cama. Su vestido celeste y las tupidas medias blancas estaban manchadas de sangre. Un pequeño charco se había formado a los pies del lecho. Al igual que a Huda, el asesino la había acuchillado de una forma despiadada, con ensañamiento. Rashid se dio cuenta de que alguien había intentado peinar a la chiquilla después de muerta. Tal vez había sido el padre; tal vez el asesino, en un cínico gesto final de compasión. A Huda Lufti, recordó Rashid, le habían extendido la melena sobre la colchoneta.

—El cadáver corresponde a una niña de siete años que mide unos cien centímetros y pesa alrededor de veinte kilos —dijo el doctor con voz queda, inclinado sobre ella—. El color de la piel es oscuro, la cabeza está cubierta por cabellos de color negro de unos trece centímetros de largo. Se aprecia una pequeña incisión en el cráneo, probablemente causada por un golpe o tal vez una caída. Según el estado del rígor mortis, la niña lleva más de doce horas muerta, lo cual corrobora el margen horario indicado por el padre.

—¿Por qué no huele el cadáver? —preguntó Jaled, de pie en un rincón de la habitación sin saber qué hacer.

«¿Por qué quieres ayudarme?», le había preguntado Rashid a Jaled en el coche, camino del barrio de Al Mansur. «Porque he visto las fotos de Huda y pienso lo mismo que el comisario Yalal, que el culpable de tamaña atrocidad no puede quedar impune», podría haber respondido Jaled, porque eso era lo que pensaba. O podría haber dicho que después de cinco años haciendo trabajo de oficina quería saber lo que se sentía al ocuparse de un caso de asesinato, porque eso también era verdad. O

porque no sabía si aquellos eran sus últimos días como policía antes de la llegada de los americanos y no quería abandonar este trabajo sin haber investigado un crimen real. O porque sentía que era su responsabilidad inmiscuirse en este caso, aunque no lo era. O porque no quería quedarse en la comisaría, territorio hostil para él en ausencia del comisario Yalal. Podría haber dicho cualquiera de estas cosas, pero dijo otra: «Porque quiero aprender de uno de los mejores investigadores del país». «¿Quién dice que sea el mejor investigador del país?», musitó Rashid, sin mirarlo. «Todo el mundo lo sabe», respondió Jaled.

—La descomposición de un cadáver empieza justo en el momento de la muerte, la putrefacción llega a las veinticuatro horas —explicó Rashid—. De todas formas, lo del olor depende de muchos factores, como el clima, si el finado sufría alguna enfermedad, el peso, el lugar donde se encuentre...

Jaled afinó su olfato, pero siguió sin notar nada. Evitaba mirar el cadáver, pero aun así sentía que se le revolvía el estómago. Rashid, sin embargo, desplazaba sus dedos por el cuerpo de Fátima con suma delicadeza, evitando pisar el charco de sangre, apenas rozando el vestido celeste. Jaled tuvo la extraña impresión de que el doctor, en realidad, no le hablaba a él, sino a la niña.

—¿Conoces al filósofo Nietzsche, Jaled?

El doctor recorría la estancia con la vista. En una esquina descansaba un televisor pequeño y antiguo y, junto a él, un orinal vacío. Las dos ventanas estaban cerradas por dentro, de manera que a Rashid le pareció obvio que el asesino, o los asesinos, habían forzado la puerta de la entrada para acceder a la vivienda. Llegar hasta la habitación de Fátima había sido fácil, pero el cerrojo de la puerta del cuarto también estaba forzado. En un rincón había un baúl repleto con juguetes cuidadosamente ordenados. La cama contaba con un tope lateral para que la pequeña no se cayera por la noche.

—Ese nombre no me resulta familiar —respondió Jaled.

—Fue un importante filósofo alemán. Soy un estudioso de su obra y de su personalidad, desde hace años trabajo en un ensayo sobre la relación entre su pensamiento y la tradición islámica. Una de las cosas que más me intrigan es su planteamiento acerca del libre albedrío y el determinismo.

Rashid se había apartado del cadáver y se movía por la habitación a pequeños pasos, como un bailarín. Su rostro había cambiado, la extrema concentración creaba la sensación de que sus facciones se habían vuelto más ásperas y angulosas, la respiración se le había acelerado y las narinas se expandían y se relajaban a un ritmo apresurado. De vez en cuando se agachaba y estudiaba con atención algo que sujetaba entre sus dedos enguantados: varios cabellos, un minúsculo trozo de plástico.

—El determinismo, cuando se relaciona con el mal, es un concepto que me intriga. Es lo que hablábamos antes, ¿está predestinado el mal? El islam considera que todos los cambios sin excepción se producen por voluntad de Dios, lo cual significa que el ser humano carece de libre elección. Hay dos formas antagónicas de

verlo. Por un lado, el hombre es libre y responsable de sus acciones y Dios le recompensará por sus buenas obras en el Día del Juicio.

—¿Y la otra?

—Que Dios dictamina todas nuestras acciones, las buenas y las malas, el bien y el mal.

—Ya te dije que no creo que Dios haya decidido el asesinato de esta niña.

—La paradoja, Jaled, es que al defender la bondad de Dios pones en duda su omnipotencia y la perfección del plan divino.

Rashid había dejado de inspeccionar el cadáver y su atención se centró durante unos instantes en el baúl de los juguetes. Insatisfecho, giró sobre sí mismo y se tumbó boca abajo en el suelo.

—El determinismo, Jaled, abre una cuestión adicional. —En esa posición, la voz del doctor le llegaba al asistente en sordina—. A saber, si el asesino o los asesinos han actuado como resultado de una elección libre o si, por el contrario, el crimen, con sus correspondientes corolarios, estaba escrito con sangre desde el principio de los tiempos en el libro de la historia. ¿El asesino ha obrado de manera fatalista para que se cumpliera lo que se había escrito con antelación?

Rashid reptó unos metros por el suelo, hasta llegar a la cama, donde emitió una exclamación de satisfacción. Bajo el lecho, envuelta aún en el plástico protector, el doctor encontró una muñeca de ropa chillona y larga cabellera rubia, idéntica a la que hallaron el día anterior en la habitación de Huda.

—¿Y las niñas? —preguntó ya de pie, mirando fijamente a Jaled a los ojos—. ¿Y Huda y Fátima? ¿Su deficiencia psíquica estaba también escrita en el muro con letras inteligibles antes de su nacimiento?

Jaled separó los brazos.

—No lo sé.

—Yo tampoco. Yo tampoco —musitó Rashid.

El doctor dedicó unos segundos a frotarse las sienes con energía. Cuando acabó, su voz tenía renovados bríos.

—Siete heridas hay en el cadáver de Fátima, siete heridas contuso cortantes, con traumatismo y separación del tejido. Probablemente el arma del crimen sea un objeto de peso moderado, un cuchillo que se clavó con mucha fuerza, o mejor, un machete. En cualquier caso, el arma tiene doble filo y es larga. La muerte pudo ser causada por varias de las heridas, ya que la mayoría son mortales. La más profunda, en el corazón, tiene una profundidad de ocho centímetros. La más corta, de unos cinco centímetros, se encuentra en el abdomen inferior. En total, como te decía, hay siete heridas, tres en la zona del abdomen inferior que le afectaron al hígado y el páncreas, y cuatro en el tórax, tres en el corazón y otra que le rompió la arteria torácica y que también fue mortal.

Jaled sintió el impulso de abandonar la habitación, pero logró rehacerse. Rashid miraba, concentrado, el cadáver de la niña.

—Me pregunto —susurró—, me pregunto y no hallo la respuesta... ¿Estaba predestinada esta niña a sufrir una muerte tan atroz?

—Eso sería muy cruel —respondió Jaled.

—El mero hecho de existir es, para muchos, una crueldad —repuso el doctor—. Yo ya he acabado en esta habitación. ¿Vamos a hablar con el señor Halabi?

El padre de Fátima les esperaba en su despacho, situado en la planta baja, junto a una bandeja con varias tazas de té humeante.

—¿Qué es esto? —preguntó Rashid indicando una pequeña pieza dorada que estaba en una reducida vitrina con antigüedades en el despacho.

—Es una fíbula, una especie de prendedor o broche de oro que nuestros antepasados lucieron hace muchos años. Servía para sujetar las prendas de vestir. En realidad no es una pieza original, es una copia, una reproducción fidedigna. El original está en el Museo Arqueológico y tiene más de tres mil quinientos años.

—Adoro ese museo y las antigüedades —dijo Rashid—. Son el recuerdo de que somos una civilización antigua y sabia. Conviene no olvidarlo nunca, sobre todo en estos tiempos oscuros.

—Estoy de acuerdo.

—Y dígame, señor Halabi, ¿solía usted dejar a su hija encerrada bajo llave durante todo el día?

El ingeniero tragó saliva antes de responder.

—Sí, por su propia seguridad, para que no se cayera por las escaleras cuando yo no estaba. Fátima tiene... tenía una minusvalía muy grave. Su madre murió durante el parto, y yo la he atendido durante estos años. Pero una niña en sus condiciones precisa de muchos cuidados, y mi familia vive en Kut, así que cuando cumplió cuatro años la interné en un asilo. Cuando mis responsabilidades en el ministerio me lo permitían, la recogía los viernes y Fátima dormía en casa. Mi vida entera son ella y el servicio a mi país. O lo eran.

Rashid se fijó en varias fotografías enmarcadas que descansaban encima de la vitrina. En ellas se veía a Halabi, más joven y estilizado, sonreír junto a una mujer con una bonita sonrisa. La madre de Fátima, dedujo Rashid.

—¿Y por qué estaba su hija en casa ayer?

—Hace unos días la directora del asilo me pidió que me hiciera cargo de ella. La situación allí no es la mejor desde que empezó la guerra, y me dijo que era mejor que los niños estuvieran en sus casas, siempre que las familias pudieran hacerse cargo.

—¿Qué asilo es ese?

—Al Amal, está en Mustansiriya, cerca de la universidad —respondió Halabi.

—Pero usted sigue trabajando... —dijo Rashid.

—Así es. Hay mucho trabajo estos días. El Gobierno piensa que si la invasión progresa, el Ministerio del Petróleo será uno de los lugares más codiciados por los americanos, de modo que hay que destruir todos los documentos que puedan serles de utilidad en el caso, Dios no lo quiera, de que ganen la guerra. No les facilitaremos la

tarea de robar nuestros recursos. En un patio del ministerio estamos quemando papeles y papeles, en algunos casos documentos comprometedores pero en otros sin importancia, por orden directa del presidente. El ministro y otros altos funcionarios no han dormido en sus casas en las tres últimas noches y mucha gente ha desertado.

—¿Quién cuidaba de Fátima mientras usted cumplía con sus obligaciones en el ministerio?

—Una vecina le traía la comida y la vigilaba cada cierto tiempo durante el día. Es una buena mujer, de confianza.

—Fue la última persona que vio a Fátima con vida, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Fue usted quien encontró el cadáver?

—Sí, al regresar del trabajo.

—¿Y qué hizo a continuación?

—Avisar a los vecinos y pedir ayuda. Aún la estoy esperando.

—Son tiempos complicados, señor Halabi, pero tiene usted mi palabra de que dedicaré todo mi empeño en encontrar al hombre o los hombres que mataron a su hija.

Halabi contempló durante unos instantes a Rashid como si no acabara de entender lo que el doctor le decía. Negó con la cabeza y se presionó las sienes con los dedos.

—Para serle sincero, en estos momentos me conformo con enterrarla como es debido. Soy un buen musulmán, y tener a mi hija en ese estado ofende a Dios.

—Lo entiendo, pero supongo que las ambulancias están muy ocupadas.

—Es comprensible, pero no puedo esperar más. Cuando ustedes se vayan cargaré el cadáver en el coche y la llevaré al hospital. No hay agua corriente en casa y no puedo lavarla. Algunos vecinos preguntaron en la mezquita y el imán les dijo que eso es lo que hace la gente, llevar los muertos al hospital...

La entereza de Halabi menguaba a ojos vista. Rashid respiró hondo. La existencia de ese hombre, pensó el doctor, no podía tener como única razón de ser llegar a ese exacto momento en que el dolor aturdiría su raciocinio. Como le solía suceder cuando se situaba cara a cara frente al mal, algo dentro de Rashid se negaba a aceptar que tanto sufrimiento hubiera sido previamente escrito. Por quién y con qué fin, en ese caso.

—Una última pregunta —dijo el doctor, mostrando el juguete que había encontrado bajo la cama de la niña—. ¿Le compró usted esta muñeca a Fátima?

—No —respondió el ingeniero—. No la había visto nunca. A lo mejor se la regaló la vecina que cuida de ella. Pueden preguntárselo, vive en la casa de al lado.

—Lo haremos. Muchas gracias señor Halabi, le mantendremos informado de la investigación.

La vecina había salido, así que Jaled y Rashid regresaron al coche. Dentro, el doctor encendió un cigarrillo, ensimismado en sus pensamientos. Jaled aguardaba con paciencia nuevas instrucciones.

—¿Qué tienen en común este asesinato y el de la pequeña Huda en Shula? —preguntó finalmente el doctor.

«Debes saber, Jaled, que mi mujer suele decir que en ocasiones parezco prepotente, que no dejo hablar a los demás, que me gusta escucharme a mí mismo y que me cuesta aprender. En resumen, que sería un pésimo profesor», había dicho antes Rashid en el coche, camino de Al Mansur. «Y, además, hablo mucho de filosofía. Puede ser un poco pesado, pero hay un motivo para ello, y a mi edad no voy a cambiar». Jaled rebuscó en la guantera hasta que encontró la cinta de Mohamed Abdel Wahab. La introdujo en el aparato de música y sonrió al escuchar los primeros acordes. «Yo, en cambio, soy un espléndido alumno», respondió.

—La edad de las niñas —dijo Jaled—. La violencia. Que las dos víctimas sufrían una discapacidad mental. Que a las dos las enviaron a su casa desde el asilo Al Amal. Que no hay un móvil claro ni una motivación sexual.

—Y esta muñeca —añadió Rashid—. Dos muñecas idénticas en las habitaciones de dos niñas asesinadas en dos barrios totalmente diferentes entre sí.

—¿Quieres que busquemos testigos en la zona?

—No, vámonos.

—¿Adónde?

—Primero llévame al Ministerio de Defensa, necesito comprobar si un amigo puede comer hoy conmigo.

—¿Y después?

*Asilo Al Amal. Mustansiriya. 12:00 h.*

—Huda Lufti y Fátima Halabi —susurró Rim al Zahhar, la directora del asilo Al Amal.

La onda expansiva de una explosión hizo temblar unos instantes los cristales del despacho de Al Zahhar, una mujer con aspecto de matrona que bordeaba la sesentena y vestía un chador negro que le cubría todo el cuerpo. La directora era la viva imagen de la consternación después de escuchar lo que Rashid le había contado. Los ojos se le habían humedecido y su mano izquierda temblaba levemente. Los cristales a sus espaldas volvieron a vibrar con violencia, y el doctor temió que fueran a romperse, pero ella permanecía en apariencia sorda al estruendo de la guerra. El ruido de los cazas, explosiones y disparos había sido incesante durante horas. Aquella mañana las calles estaban más vacías que los días anteriores, circulaban menos coches, la gente se resistía a salir de casa y muchas tiendas echaban el cierre.

—Huda Lufti y Fátima Halabi —repitió la directora.

—Sí, Huda Lufti y Fátima Halabi —dijo Rashid, como si aquellos dos nombres lo dijeran todo.

—¿Asesinadas?

Rashid asintió.

—No puedo creerlo. Las dos eran pupilas del asilo, en efecto, y afortunadas, hijas de familias responsables que en un momento de emergencia podían cuidar de ellas. La familia de Huda es sencilla y pobre, mientras que el padre de Fátima trabaja en el Ministerio de Petróleo, y de tanto en tanto nos hace pequeñas donaciones o consigue que terceras personas las hagan. Usted mismo puede ver que no contamos con muchos recursos...

—¿Cómo se financian?

—Recibimos una ayuda del Estado, pero es insuficiente. Hace cuatro meses tuvimos que despedir a dos trabajadoras, y las dos que nos quedan no cobran el salario desde enero. La verdad es que no sé por qué seguimos trabajando. Ellas saben que lo más probable es que no cobren nunca, pero a pesar de todo siguen viniendo. Como yo. Lo hacemos por los internos, claro. Solo nos tienen a nosotras.

—¿Podría hablar con ellas un momento?

—Por supuesto.

El asilo Al Amal era una casona con un gran jardín descuidado, en el que la maleza crecía libre y salvaje ya que nadie se había preocupado de cortarla en mucho tiempo. La primera interna que el doctor Rashid y Jaled vieron no era una niña, sino una mujer adulta, de edad indefinida pero probablemente bien entrada en la treintena, sentada en un banco del jardín, vestida con una blusa azul, un pantalón de pijama color rosa y unos gruesos calcetines oscuros subidos hasta las rodillas por encima del pantalón. La mujer miraba a los recién llegados sin curiosidad. Junto a ella, otra mujer colgaba ropa recién lavada en un tendedero y una chica sin piernas atravesaba el patio en una silla de ruedas. El patio pretendía ser un campo de fútbol, con porterías corroídas por el óxido y un par de canastas igualmente oxidadas bajo las que jugaban dos niños con un balón de baloncesto de un reluciente color naranja.

Dentro del asilo, un intenso olor a desinfectante ocultaba a duras penas el olor a suciedad. Las paredes estaban decoradas con dibujos infantiles: niñas rubias con largos tirabuzones y vestidos alegres recogían flores en un jardín, niños jugaban al fútbol con un balón, Mickey Mouse saludaba y sonreía, incluso Pokémon y los cuatro Teletubbies lucían una expresión inocente en sus rostros. Guiados por la directora, salieron del despacho a un estrecho pasillo, lleno de puertas. Al Zahhar abrió una de ellas, que conducía a un dormitorio con hileras de camas a ambos lados. Rashid contó veintidós camas metálicas de anchos barrotes, cubiertas por mantas de colores desgastados por el uso. Unas gruesas cortinas ocultaban las ventanas, dotadas también de barrotes. Decoraba la estancia, al fondo, un gran dibujo de alguno de los sobrinos del Pato Donald tocando la guitarra. Bajo las patas del sobrino de Donald, un niño sentado en una silla de plástico blanca se golpeaba la cabeza contra la pared. Vestía una sudadera roja con una palabra en inglés impresa en negro, un pantalón de pijama gris muy sucio e iba descalzo. Los ojos del niño eran muy grandes, como sus

orejas. Se abrazaba a sí mismo para protegerse de la luz, pero no por ello dejaba de golpearse. No debía de tener más de nueve años, estimó Rashid. Una veintena de moscas anidaban en su cara, serena, con la mirada perdida en algún punto de la habitación. El rítmico golpeo de la cabeza contra la pared, toc, toc, toc, resonaba en el dormitorio y se conjugaba en una tétrica armonía con el sonido de los cazas y las explosiones.

—En muchos casos no sabemos nada de los padres, si están vivos o muertos — dijo la directora mientras protegía la cabeza del niño con una almohada que apenas tardó unos segundos en caer al suelo—. Hace mucho que el Gobierno no nos da dinero, comida, nada. Ahora estos niños viven de nuestra voluntad y de escasas donaciones particulares, aunque la gente, desde el inicio de la guerra, tiene demasiadas preocupaciones como para acordarse de ayudar al asilo, incluso los buenos musulmanes. Cada noche una de nosotras duerme aquí con los internos, los bombardeos los asustan y lo pasan muy mal, entienden que ese ruido entraña peligro para ellos. Nosotros los cuidamos, los lavamos y cocinamos para ellos. Por eso pedimos a los padres que pudimos localizar que se los llevaran a casa, porque cualquier ayuda es bienvenida. Cualquier ayuda.

—¿Disponen de suficiente comida? —se interesó Jaled. El asistente observaba el asilo y a sus pacientes con evidente consternación. Demasiada empatía, pensó Rashid.

—No necesitamos comida ni agua, porque nos aprovisionamos antes del inicio de la guerra, pero no tenemos juguetes para los niños y nos falta personal para poder atenderlos adecuadamente. Nosotras entendemos que muchos padres no hayan querido recogerlos porque no tienen tiempo y tampoco medios para cuidarlos. Tampoco sé, como les decía antes, si en algunos casos estos niños han perdido a sus padres. Pero no damos abasto. Deberían haber visto el asilo años atrás, el jardín era hermoso y las habitaciones estaban recién pintadas. Nosotras amamos a estos niños, y los cuidamos con la compasión que predica el Corán, pero desde que estalló esta guerra no tenemos medios y ya no sabemos qué hacer.

La directora los guio hasta una habitación contigua donde había otra veintena de niños. Era evidente que su discapacidad era más grave que las de los otros internos. Un crío con cuerpo de cinco años y cara de adulto lloraba en una de las cunas de anchos barrotes, que se asemejaba de forma inquietante a una cárcel en miniatura. Una adolescente, vestida con una bonita túnica roja con un bordado de flores blancas, estaba sentada en el suelo en una postura imposible: con los miembros retorcidos, los ojos bizcos y la boca apenas como una mueca de dolor. Otra niña, en una precaria silla de ruedas, acunaba a una muñeca rolliza de rubia cabellera sin brazos ni piernas. En el suelo, un pequeño gateaba con las cuatro extremidades desviadas hacia dentro en un ángulo antinatural, lo que le daba un insoportable aspecto de insecto. Otro niño permanecía sentado en una silla apoyado contra la pared en una posición similar a la de un contorsionista, ajeno a los mimos, impasible ante quienes lo llamaban por su

nombre, para siempre extraviado.

Esa estancia comunicaba con la cocina. Allí, Jaled y Rashid encontraron a las otras dos empleadas, pelando patatas que metían en una gran olla con agua hirviendo. Como la directora, vestían chador, lo cual revelaba que eran chiíes. Al igual que su superiora, no les dieron la mano a Jaled y Rashid para saludarlos. Su desinteresada entrega era admirable, pensó el doctor. Rashid se interesó por sus vidas y una le contó que era viuda y no había tenido hijos. La segunda también era viuda, y sus hijos eran mayores y estaban casados.

—Algunas veces voy a casa de mis hijos a cuidar de mis nietos, pero si he de serle sincera, prefiero atender a los del asilo —dijo la mujer—. El islam nos invita a cuidar de estas personas que Dios ha querido crear de esta manera.

«Determinados a ser así», pensó Rashid. Las dos empleadas conocían a Huda y Fátima de su estancia en el asilo, pero poco pudieron contarle aparte de generalidades. A las preguntas de Rashid respondían con monosílabos, y el doctor pronto comprendió que no extraería de ellas nada útil, así que emprendieron el regreso al despacho de la directora. En una de las habitaciones, Jaled cogió un coche de plástico y se lo mostró a un niño, que miró el objeto con atención, aparentemente sin reconocerlo, y unos segundos después trató de agarrarlo. El coche se cayó de sus manos. Jaled lo tomó y lo hizo girar sobre sus ruedas en el suelo, lentamente. El niño, que debía de tener ocho o nueve años, siguió observándolo fijamente aunque Jaled estaba seguro de que no era capaz de discernir nada de lo que veía.

—¿Cuántos internos hay en el asilo? —preguntó Rashid a la directora.

—Hasta el inicio de la guerra había noventa, pero ahora hay cincuenta y siete. El resto está con sus familias.

—¿Tienen algún plan para los próximos días?

—No sabemos qué ocurrirá, pero no creo que los americanos invadan un asilo. Aquí no hay nada que pueda interesarles. Nuestros planes consisten en permanecer al lado de los niños, pase lo que pase.

—¿De dónde es usted?

—De Bagdad. Vivo cerca de aquí, en el distrito de Rusafa, con mi marido. Nuestros hijos son ya mayores.

La conversación los había llevado hasta el patio, donde en esos momentos un grupo de internos merodeaba en distintas actitudes. La mujer de la blusa azul aún estaba sentada en uno de los bancos y los dos niños seguían intentando encestar el balón. El doctor se fijó en una muchacha de unos veinte años que vestía unos tejanos descoloridos y lo miraba con interés, sin ninguna muestra de inhibición.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Rashid.

La chica no respondió pero siguió observándolo fijamente.

—¿Cómo te llamas? —insistió el doctor.

Tampoco esta vez hubo respuesta. Rashid trató de acariciarle la cara pero la muchacha se alarmó y salió corriendo hacia el interior de la casona.

—Se llama Sahar —apuntó la directora—. Sus padres viven en Nayaf. Nunca recibe visitas.

—¿Salen los internos alguna vez del asilo?

—Hace cuatro meses que no los sacamos. Antes de la guerra nos acompañaban jóvenes voluntarios del Baaz de tanto en tanto. Cada salida exige una logística complicada, dividir a los internos en grupos muy reducidos, estar pendiente de ellos... Además, no a todos se les permite abandonar el asilo.

Ya en el despacho de la directora, se sirvieron un té. En la pared colgaba un retrato de Sadam Husein vestido de civil con un marco dorado descolorido. Rashid tuvo la sensación de que el *rais* lo miraba fijamente: «Resistid, valientes ciudadanos de Bagdad». El té, muy caliente, le hizo sudar.

—Estamos tratando de averiguar si existe alguna conexión entre las dos niñas que han muerto —dijo Rashid a la directora—. ¿Ve usted algún vínculo?

—Francamente, no se me ocurren muchas cosas —respondió Al Zahhar—. Lo único que compartían era una deficiencia mental y una edad similar.

—Y que las dos habían sido internas del asilo.

—En efecto, las dos coincidieron aquí.

—Perdone mi ignorancia, directora, soy médico pero no soy especialista en casos de este tipo. ¿Puede ser que las dos niñas se conocieran aquí, que entablaran algún tipo de relación?

La directora se disponía a responder cuando apareció en la puerta una mujer en la treintena que vestía una camisa roja y una falda negra y larga. Sin rodeos, se encaró con Rashid.

—¿Adónde va? —le preguntó mientras agitaba los brazos como molinos de viento.

Rashid, intimidado, no supo qué responder.

—¿Adónde va? —repitió la interna girando los brazos.

El doctor, apurado, miró a la directora.

—No se preocupe. Pregunta lo mismo a todos los visitantes. Aunque gira los brazos, es completamente pacífica e inofensiva.

—¿Adónde va? —volvió a preguntar la interna.

La directora se levantó y con mucho tacto la sacó del despacho.

—Perdone, me había preguntado... —dijo cuando volvió a tomar asiento.

—... si es posible que Huda y Fátima entablaran aquí, en el asilo, algún tipo de relación que hubiera podido seguir fuera de estas paredes.

Al Zahhar negó vigorosamente con la cabeza.

—No. Huda no hablaba, no se relacionaba con nadie ni interactuaba con su entorno, un poco como ese niño con quien ha intentado jugar con un coche —dijo, y posó su mirada un momento en Jaled—. Fátima era una niña más despierta, si me permite la expresión, pero no, los internos del asilo no establecen ese tipo de relaciones a la que usted se refiere.

—Entiendo. ¿Y sus familias?

—No, que yo sepa ni siquiera se conocían.

—Una última pregunta, directora, y la dejaremos tranquila. ¿Ha visto alguna vez esto?

El doctor le mostró la muñeca que había cogido de la habitación de Fátima. La directora la estudió, sin llegar a cogerla.

—No. Nunca había visto una muñeca así.

—Muchas gracias por su tiempo, directora, les deseo lo mejor a usted y a los internos. No hace falta que nos acompañe, conocemos el camino.

Jaled y Rashid abandonaron la casona a través del patio. Los dos niños continuaban jugando al baloncesto. El doctor se acercó a ellos, cogió la pelota, la sopesó como si nunca hubiera visto una e intentó encestar con un pésimo estilo. Falló, claro, y los niños, ambos con síndrome de Down, se rieron a su costa. Jaled se les unió, y Rashid acarició cariñosamente la cabeza de los pequeños. En la puerta se toparon con la mujer de la blusa azul. Andaba mirándose los pies. Rashid se plantó frente a ella, impidiéndole el paso, y le ofreció la muñeca de ropa chillona y larga cabellera rubia, la muñeca de Fátima. La mujer miró el juguete, lo cogió y siguió su camino sin decir nada, sujetando con fuerza la muñeca por el pelo.

—¿Te acerco a tu cita con tu amigo el militar? —preguntó Jaled, ya en la calle.

—¿Qué te ha parecido este lugar? —dijo Rashid.

—Un lugar horrible para reflexionar sobre el determinismo y tus renglones torcidos.

—Yo también he pensado lo mismo. Pero al margen de eso, ¿qué impresión te ha causado la directora?

—Una mujer encomiable que intenta hacer lo correcto en una situación terrible.

—Es cierto. Y aun así...

—¿Aun así?

—Aun así... No lo sé. Por un lado, opino lo mismo que tú. Pero esa pelota...

—¿Qué pelota?

—La de baloncesto.

—¿Qué tiene de peculiar?

—Es una pelota nueva, parecía recién estrenada. ¿No te parece curioso que allí donde vamos encontramos juguetes nuevos?

Jaled encendió un cigarrillo.

—No veo la relación.

—Yo tampoco. Pero voy a pedirte un favor. Quédate por los alrededores por si sucede algo fuera de lo habitual.

—Por ejemplo...

—No sé, fíjate si alguien visita el asilo, o si la directora sale.

—¿Quieres que la siga?

Rashid se detuvo unos instantes a pensar.

—Sí, síguela.

—¿Sospechas de ella?

—No lo sé, de verdad que no lo sé, pero no perdemos nada por hacer caso al instinto de un viejo como yo, ¿no?

—Tú no eres un viejo.

—Eso no es una cuestión de edad, sino de espíritu —dijo Rashid, consultando su reloj—. Montaría guardia yo mismo, pero ya llego tarde a mi comida. ¿Cómo podemos mantenernos en contacto?

—No te preocupes, si hay alguna novedad encontraré la forma de hacértela saber.

—¿Sin teléfono?

—Sin teléfono.

Rashid se encogió de hombros, cruzó la calle, detuvo un coche particular con un gesto y le preguntó al conductor si podía llevarlo al restaurante Al Saah. Tras pactar un precio, se introdujo en el vehículo y se fue, dejando a Jaled solo en la puerta del asilo.

### *Hotel Palestina. 18:00 h.*

Solo, sentado en una de las butacas de la recepción del hotel Palestina con sus pantalones oscuros y su camisa blanca, el diminuto bigote que desentonaba en su corpachón corpulento y los rasgos aún juveniles de su rostro, Jaled parecía uno de los muchos iraquíes con conocimientos de inglés que pululaban por el vestíbulo en busca de algunos dólares de los periodistas occidentales que se alojaban allí.

—Desde que estoy aquí cuatro funcionarios del Ministerio de Información me han preguntado quién soy —comentó el asistente cuando Rashid tomó asiento a su lado.

—¿Y tú qué les has dicho? —preguntó el doctor, sentándose frente a él y aceptando el cigarrillo que Jaled le ofrecía.

—Les he dicho que estoy vigilando que los raterillos no vacíen los bolsillos de los periodistas, les he enseñado mi identificación y me han dejado en paz. Están demasiado ocupados desplumando a los reporteros.

Rashid paseó la vista por la recepción del hotel. El establecimiento había cambiado mucho desde la última vez que estuvo allí, varios años atrás, con motivo de la boda de la hija de un compañero de la comisaría. No era solo que la clientela fuera muy diferente, que el suelo estuviera sucio y los muebles, polvorientos. *Decadencia* es la palabra que se le ocurrió a Rashid. El Palestina, con sus dieciocho plantas, era el edificio más alto de Bagdad, y allí se alojaba la prensa internacional, además de en el Sheraton, que se encontraba enfrente, unidos ambos por un aparcamiento poblado por palmeras. En otros tiempos los periodistas habían preferido los hoteles Al Rashid y

Al Mansur, que eran algo más lujosos, pero por su proximidad a edificios del Gobierno eran objetivo de los bombardeos americanos. El complejo que formaban el Palestina y el Sheraton les ofrecía, creían, mayor seguridad. Además, el hotel se había levantado en un lugar privilegiado de Bagdad, ya que desde los balcones más altos podían verse los trece puentes sobre el Tigris, un blanco seguro en caso de invasión americana. *Decadencia*, se ratificó Rashid, la palabra era la adecuada. A esas alturas, el mantenimiento del hotel no era el deseable, los espacios comunes se habían deteriorado y muchas de las habitaciones presentaban un aspecto deplorable. El deterioro era visible. Además, los periodistas no se limitaban a alojarse en las habitaciones (en algunas habitaciones llegaban a dormir cuatro personas), sino que las usaban como oficina. Los pocos empleados que seguían trabajando solo las atendían a cambio de propinas generosas o estrafalarias. Sin electricidad, vital para su trabajo, los reporteros habían perforado los tabiques para llevar la luz desde los generadores del hotel hasta sus equipos mediante cables.

Las relaciones entre periodistas occidentales e iraquíes en el Palestina eran tensas. Muchos empleados consideraban a los reporteros una fuente de dinero fácil, lo que había dado lugar a situaciones desagradables. La dirección, por su parte, temía que nunca se satisficieran algunas de las facturas desorbitantes y que en muchos casos habían hinchado de manera abusiva, lo que contribuía a la mala relación entre clientes y administración. Si los periodistas se quejaban de los iraquíes, estos tampoco tenían motivos para estar contentos. En el hotel sufrían la arrogancia de los occidentales, muchos de los cuales se sentían superiores y exigían un tratamiento que en ocasiones humillaba a los empleados. Las normas de urbanidad y educación se habían deteriorado casi desde el principio de la guerra. Casi nadie pronunciaba las palabras *gracias* o *por favor*. Los equipos de las cadenas de televisión internacionales invadían terrazas y espacios comunes dentro del hotel, incluida la recepción, los jardines y el restaurante.

La recepción era en realidad una zona de paso hacia el bar, el restaurante, los jardines interiores y los ascensores. Los periodistas entraban y salían, pertrechados con sus cascos y sus chalecos antibalas, con sus cámaras de grandes objetivos, con los trípodes plegados, con su vestimenta adquirida a menudo en tiendas de ropa de aventura, pantalones y chalecos de múltiples bolsillos, fumando o mascando chicle. Los acompañaban los conductores y los *minders*, los iraquíes que trabajaban para el Ministerio del Interior, vestidos con pantalones de pinzas y camisetas baratas, zapatos sucios de barro y gafas de sol pasadas de moda. Periodistas y *minders* jugaban al gato y al ratón. Los reporteros los detestaban, por motivos prácticos y de principios. Que el gobierno iraquí quisiera controlar su trabajo se les hacía intolerable. A sus ojos, la labor de esos tipos mediocres, vengativos y asalariados de una dictadura era interferir en su trabajo. Al principio los funcionarios habían actuado de forma desagradable y en extremo celosa, tal vez motivados por el patriotismo, o porque de verdad creían que era su obligación o quizá porque estaban acostumbrados a cumplir las órdenes

del ministerio. Pero a medida que la guerra avanzaba, las relaciones se habían ido haciendo más tensas y la inquina ya no tenía nada que ver con el hecho de que Estados Unidos invadiera Irak, sino que se convirtió en un asunto personal entre muchos periodistas y sus *minders*. Los corresponsales que trabajaban para cadenas de televisión eran los que sufrían un control más estrecho, ya que el Gobierno quería decidir sobre las imágenes que se transmitían al resto del mundo. Los periodistas de prensa escrita se aprovechaban de que no había suficientes *minders* para todos y disfrutaban de una libertad de acción un poco mayor. Y, encima, en una ironía que a los reporteros les parecía sangrante, los periodistas debían pagar pequeñas fortunas a los *minders*. En el fondo, los periodistas extranjeros se encontraban allí para ver cómo las potencias occidentales derrotaban a Irak, y era inevitable que una pequeña guerra cotidiana de mezquindades discurriera paralela a la real.

El hotel Palestina también se había convertido en el centro de peregrinación de iraquíes que chapurreaban el inglés y aspiraban a cubrir los huecos que los *minders* no lograban llenar, sobre todo como conductores. La recepción era, pues, un trajín de occidentales, empleados del Gobierno, trabajadores del hotel, buscavidas, algún que otro yihadista extranjero e iraquíes atraídos por los dólares. Y entre las personas que fumaban con indolencia o dejaban pasar las horas en la recepción también había espías de medio mundo y mirones que querían comprobar si era cierto que las mujeres occidentales vestían con poca ropa. También se podía ver a mujeres de aspecto digno, con *hiyab* y falda hasta los tobillos, acompañadas por sus hijos adolescentes que habían aprendido inglés en la escuela y que con mucha cortesía le pedían a algún periodista si les dejaba usar, por favor, su teléfono satélite para llamar a un pariente que vivía en Londres, o en París, o en Estocolmo, o en Copenhague para comunicarle que su hermano, su padre, su tía o su sobrino había muerto en un bombardeo, o en un *check point* en la carretera de Amán, o en el frente, pero que el resto de la familia se encontraba bien. Oficialmente los teléfonos por satélite estaban prohibidos salvo los registrados en el Ministerio de Información, pero todos los reporteros tenían alguno escondido en la habitación dado que para hacer su trabajo las comunicaciones eran vitales. De vez en cuando corría el rumor de que iba a haber registros, por eso pocos corresponsales accedían a prestar sus teléfonos. Era demasiado arriesgado, el Palestina estaba lleno de oídos indiscretos y ojos interesados.

—¿Quién es esa chiquilla que me enviaste al Saah? —preguntó Rashid.

Jaled sonrió sin disimular su orgullo.

—El comisario Yalal los llamaba los irregulares de Bagdad, no sé por qué. Son raterillos, niños de la calle, huérfanos, que por unos dinares se convierten en una formidable fuente de información y de comunicación. El comisario solía recurrir a sus servicios. Esos niños son los mejores ojos y oídos de Bagdad.

—¿Irregulares de Bagdad? —preguntó Rashid.

—Así los llamaba el comisario.

—Yalal tenía muy bien escondidos sus métodos —musitó el doctor con tono de admiración—. Quién lo hubiera dicho...

—El comisario era una buena persona —acertó a decir Jaled, un poco desconcertado—. Lo es.

—¿Cuál es el nombre de la niña? —centró de nuevo el tema Rashid—. No quiso decírmelo.

—Najwa. O eso dice. Debe de tener diez años, supongo.

—Me recordó a Fátima Halabi.

Los dos hombres apuraron los cigarrillos. Desde la inspección del cadáver de Fátima, Jaled llevaba todo el día reprimiendo el impulso de ir a su casa a abrazar a sus hijos, un niño y una niña de tres años, mellizos. El niño adoraba sentarse junto a su madre, o colocarse a su lado, e imitarla, muy serio y concentrado, en los quehaceres de la casa. La niña, en cambio, solo era feliz correteando por las calles. Los bombardeos los asustaban hasta el llanto, y en las últimas semanas se habían acostumbrado a dormir con sus padres en la misma cama. Jaled solía despertarse en mitad de la noche y dedicaba unos minutos a ver cómo dormían su esposa y los dos niños, la serenidad de su respiración era su propia serenidad, su descanso constituía todo el reposo que él precisaba. Fátima le había recordado a su hija; el niño con el que había jugado con un coche en el asilo le había traído la imagen de su hijo. No, Dios no podía tener nada que ver con la desdichada vida de los niños del asilo y la atroz muerte de Fátima y Huda. Jaled estaba convencido de ello, tanta crueldad no podía estar previamente escrita en ningún muro. Tanta crueldad no podía escapar impune, sin castigo.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Rashid.

—Acompáñame al bar.

Jaled guio a Rashid a una estancia en penumbra, con una gran barra y mesas bajas rodeadas de unas butacas incómodas. Apenas había nadie, ya que a esa hora la mayoría de los periodistas estaban trabajando en sus habitaciones. Se sentaron cerca de una mesa ocupada por un hombre y una mujer. Británicos, los identificó de inmediato Rashid por el acento. La mujer sorbía un té y tenía aspecto de no haberse lavado el pelo en varios días. El hombre calzaba unas botas militares marrones que apoyaba encima de la mesa, muy cerca de una lata de cerveza que debía de haber comprado en alguna licorería regentada por cristianos, aunque Rashid sospechaba que estaba prohibido beber en aquel lugar.

—Se llama John Hamilton, y es uno de los escasos periodistas americanos que siguen en Irak —le informó Jaled mientras señalaba con el mentón hacia una mesa situada en el extremo opuesto del bar.

El hombre al cual se refería Jaled bebía Sprite con una pajita. Era alto, muy delgado, pelirrojo. Llevaba gafas de montura redonda como las que popularizó John Lennon y vestía una camisa azul, del mismo tono que los pantalones, y una chaqueta de verano de color tierra. Encima de la mesa había un bloc de notas y una cámara

fotográfica con un gran objetivo. El periodista conversaba con un iraquí, de menos estatura e igualmente muy delgado. Era joven, de tez oscura, llevaba el pelo muy corto y vestía a lo occidental, con tejanos y una camiseta estampada. Unas gafas de sol reposaban en su frente.

—¿Quién es el iraquí que lo acompaña? —preguntó Rashid.

—No lo sé. No tiene aspecto de funcionario del Ministerio de Información.

La mujer del pelo sucio sentada en la mesa cercana tenía un tono de voz muy alto. Su acento era escocés. La primera vez en su vida que escuchó ese acento, tan alejado de la sonoridad del árabe, el doctor pensó que nunca lograría entenderlo. A Rashid ese cerrado acento escocés lo trasladaba a Edimburgo, y le recordaba a su tío, Tareq al Said, y a su esposa, Margaret, y a sus primos, sobre todo a Catherine. Y también le recordaba, aunque era americana y no escocesa, a Gladys. Una ciudad, una vida caben en una inflexión de voz, pensó Rashid mientras observaba al periodista americano y a su acompañante sin poder evitar seguir la conversación de la mesa cercana.

«Yo aprendí inglés, al menos el inglés que hablan aquí, en lugares como este. Me sentaba en una mesa, aparentaba leer pero en realidad escuchaba las conversaciones. Así aprendí a descifrar su acento y a decodificar sus vidas, a conocerlos». El primer día que Rashid pisó Edimburgo su tío Tareq lo llevó a un *pub*. Rashid tenía diecinueve años. Tareq se había marchado de Irak veintitrés años atrás, en 1945, cuando todavía no se había fundado el Baaz y el país se encontraba bajo la regencia del príncipe Abdalá. En Edimburgo, Tareq se había casado con una escocesa, tenía tres hijos y había levantado un próspero negocio de importación y exportación. Su inglés nunca pudo deshacerse del acento árabe; en cambio, el inglés de Rashid era académico, artificiosamente perfecto gracias a la educación recibida en Bagdad, libre de la clásica cadencia árabe salvo por un ligero deje que dejaba escapar cuando se alteraba.

En el *pub*, Tareq pidió algo a la camarera que Rashid no logró entender. Poco después, la chica regresó con la jarra de cerveza más grande que el joven Rashid había visto nunca. Tareq bebió un trago largo y ceremonioso. Rashid se mojó un poco los labios, sonrió a su tío con timidez, y bebió un segundo sorbo más generoso. «Bien, bien», aprobó Tareq. Rashid no lo sabía aún, pero había superado la prueba. Su tío era un hombre de carácter volcánico y expansivo, de ideas firmes. «Un hombre decente pero de una vehemencia que en ocasiones lo pierde», así se lo había descrito su padre poco antes de iniciar el viaje. «Y ya es un escocés más». Este eufemismo le servía al padre de Rashid para ilustrar el viaje interior de Tareq, enamorado de Occidente pero sobre todo ferozmente alejado del islam que había mamado en su infancia. A la religión atribuía Tareq el retraso social, político y económico del pueblo árabe. A través de su esposa, Margaret, licenciada en Filosofía, Tareq había leído *El anticristo* de Nietzsche, una obra que lo deslumbró y cuya crítica explícita al cristianismo aplicó al islam con resultados similares. Aquel día, en el *pub*, mientras

bebían la segunda pinta, Tareq le habló de Nietzsche a un abrumado Rashid, y le interrogó sobre religión y política. Aunque Rashid era ya baazista a causa del empeño de su padre, había mantenido relación con la religión desde pequeño y, por supuesto, mientras estuvo en Bagdad acudía a la mezquita con su progenitor para la plegaria de los viernes y rezaba ocasionalmente. Lo cual no le impedía beber alcohol.

A la tercera pinta, tío y sobrino ya se profesaban una franca simpatía. Tareq asumió de buen grado el papel de padre y tutor de Rashid en Escocia, y se acabó convirtiendo en una figura clave en la educación de su sobrino pese a que en muchos temas, como la animadversión del nacionalismo árabe contra Occidente o la necesidad, que Rashid creía prioritaria, de que una élite ilustrada dirijiese a su pueblo, no estaban de acuerdo. Cuando Rashid pensaba en su estancia en Edimburgo, uno de los recuerdos que se le venían a la mente eran las largas conversaciones con su tío Tareq sobre política, religión, filosofía y Nietzsche. La primera, la de ese *pub* el día que Rashid llegó a Edimburgo, acabó en la quinta pinta con Rashid vomitando en una esquina y con la tía Margaret indignada por el escaso sentido común de su marido.

—Ese chico es chíí —dijo Rashid, en referencia al acompañante del periodista americano—. Estoy seguro.

El periodista mostraba su cámara de fotos al iraquí, que escuchaba con atención las explicaciones del reportero. En un momento, el americano enfocó hacia donde Jaled y Rashid se encontraban y tomó una fotografía de ellos al azar. En un gesto reflejo, Rashid comprobó que su pequeña Browning automática seguía en su lugar. Aunque no era el arma reglamentaria de la policía, el doctor siempre la llevaba en la sobaquera; era un hábito que había adoptado desde lo de Basora.

—Una hora después de que te fueras del asilo la directora salió —explicó Jaled—. Parecía alterada, presentaba un semblante trémulo. Pidió un taxi, y la seguí hasta aquí. Cuando llegamos, subió hasta una habitación en la planta 12, pero allí no había nadie. Bajó y esperó en el vestíbulo.

—¿Estaba nerviosa?

—Mucho. Consultaba continuamente el reloj y no dejaba de mirar hacia la puerta. Al rato llegaron el periodista y ese joven. La directora fue al encuentro del americano y mantuvo con él una conversación muy agitada. Desde donde me encontraba no pude escuchar lo que decían, aunque por su lenguaje corporal, sobre todo el de ella, era obvio que discutían. El chico iraquí les hacía de traductor. La discusión se prolongó durante más de diez minutos y al acabar la directora abandonó el vestíbulo y el americano y el joven vinieron al bar. Entonces envié a Najwa a buscarte.

El doctor asintió. La mujer de acento escocés y su acompañante comentaban los últimos acontecimientos de la guerra. Con una anticipación que a Rashid le parecía fuera de lugar, celebraban la inminente llegada de las tropas americanas. Querían, decían, ver acción, y que la guerra se acabara cuanto antes. Deseaban que el régimen se desplomara lo más pronto posible, que los americanos hicieran, en sus propias palabras, una «limpia», que los marines detuvieran a los funcionarios del Ministerio

de Información, que no quedara ni rastro del régimen de Sadam, a quien insultaban con gruesas palabras. La mujer, cuyo acento se cerraba a medida que se animaba, reía los chistes negros sobre muertos y la escasa capacidad del ejército iraquí que el hombre, envalentonado por la buena recepción de sus ocurrencias, encadenaba con facilidad. El hombre pasó a burlarse de los iraquíes y de los árabes en general, de su indolencia, de su pereza, de su incapacidad para gobernarse y construir un país.

—Hace media hora que pedí un té. Si no saben atender como es debido, ¿cómo pueden pretender tener armas de destrucción masiva? —dijo el hombre, y el comentario llevó a su compañera hasta la hilaridad.

—¿Qué quieres que hagamos ahora? —preguntó Jaled.

—Yo solo quiero que lleguen los americanos para poder darme un baño en condiciones —exclamó la periodista.

—¡Ah! Los americanos —repuso el hombre—. Estados Unidos es la única esperanza de civilización para el mundo árabe.

«En mi país, Estados Unidos, el sistema caerá por el peso de sus propias contradicciones. Ya está sucediendo, las protestas contra la guerra de Vietnam, las manifestaciones a favor de los derechos civiles». Gladys fue la primera persona de nacionalidad estadounidense que conoció Rashid, y desde el principio estuvo rodeada de un halo de exotismo a ojos del joven aspirante a doctor. Al poco de llegar a Edimburgo pareció que Rashid y la hija mayor de Tareq, su prima Catherine, que era solo unos meses menor, hacían buenas migas. Pero fue tan solo una impresión. Rashid se integró enseguida en la universidad y pronto conoció a Gladys. Eran tiempos políticamente convulsos. Recién llegado, el joven asistió boquiabierto a los movimientos que se desarrollaron en Europa en 1968, incluida la Primavera de Praga y el Mayo francés, cuando durante unos días se acarició el espejismo de que la barca que transportaba la civilización occidental estaba haciendo aguas o incluso se disponía a zozobrar. Rashid veía que el idealismo del Baaz estaba en sintonía con los nuevos tiempos. En la universidad, en los *pubs*, decenas de jóvenes hablaban de política, de cambiar el mundo, de socavar un sistema basado en el imperialismo. Gladys era una de ellos. No era ni la más locuaz ni la más exaltada, al contrario, intervenía poco y de forma mesurada, pero sus ideas eran firmes. «Hay que dejar a los pueblos del mundo que exploten sus propios recursos. Hay que poner fin a las nuevas formas de colonialismo». El acento de Gladys era americano y no se parecía ni remotamente al de la periodista que en el hotel Palestina deseaba que empezara la invasión del ejército más poderoso del mundo contra una ciudad que no era la suya porque echaba de menos un baño con agua caliente. Y sin embargo, escucharla provocó que a Rashid se le hiciera presente y dolorosamente corpóreo el recuerdo de Gladys. Una ciudad, una vida, y también las brasas adormecidas de un amor, caben en una inflexión de voz.

—Necesitamos saber qué sabe el Ministerio de Información de este periodista americano —dijo Rashid, levantándose con brusquedad, ansioso de pronto por dejar

el bar—. Y qué relación hay entre él y la directora del asilo.

—Ya me encargo yo.

—Al margen de eso, Jaled, ¿crees que alguno de los irregulares del comisario Yalal podría vigilar los movimientos del periodista?

—*Inshallah*.

*Adamiya. 22:00 h.*

«¿Sigues enamorado de esa americana?», le había preguntado Nada en el jardín de la casa de su familia en el acaudalado barrio de Amiriya. El padre de Nada les había permitido quedarse a solas, la noche era hermosa y despejada, las estrellas parecían titilar tan solo para disfrute de la joven pareja y la madre de Nada aún no había salido al jardín para anunciar, con un discreto carraspeo, que la cena estaba lista.

Al regresar de Edimburgo, Rashid, el doctor Rashid, pues ese era el tratamiento que le daban sus allegados, estaba en boca de todos en la familia, el doctor Rashid y sus brillantes estudios de medicina en una lejana ciudad llamada Edimburgo, el doctor Rashid y el prometedor futuro que se desplegaba ante él. También era motivo de cotilleo que, durante su estancia en Escocia, Rashid se había enamorado de una americana. Por eso a Rashid no le sorprendió que su jovencísima prima y prometida supiera de la existencia de Gladys y le hablara con esa libertad.

«Creo que ya no. Creo que me estoy enamorando de ti», había respondido el doctor. Lo cual era cierto, a su manera. Rashid se acabó enamorando de Nada, la amó y la seguía amando justo cuando ambos estaban a punto de cumplir veinticinco años de matrimonio. Pero durante ese tiempo, en un pequeño rincón de su interior que no solía frecuentar, había permanecido un rescoldo de su antigua pasión hacia Gladys, la americana. Después de tantos años, admitía Rashid en las escasas ocasiones en que echaba un vistazo a esa estancia, era difícil determinar la naturaleza exacta de esos sentimientos. Podía tratarse de amor, de hecho lo parecía, pero también melancolía de la juventud perdida, añoranza de aquellos tiempos en los que el porvenir era un tema de conversación y no una callada preocupación. Lo más probable, se decía Rashid mientras regresaba a su casa, es que fuese una mezcla de todo ello, unas brasas imperecederas que el acento escocés de la periodista del hotel Palestina había hecho renacer momentáneamente.

Al llegar a casa, Rashid se encontró a Nada frotando con denuedo la puerta de la calle. Alguien había escrito la palabra *qatil*, asesino, con un espray verde, una pintada que Nada trataba de borrar con diligencia y vergüenza antes de que la vieran los vecinos. Rashid intentó abrazarla por la espalda, pero su esposa lo rechazó con un movimiento brusco.

—Tú no eres un asesino —masculló, enfurecida.

Su esposa tenía razón, pensó Rashid, al menos técnicamente: él no había matado nunca a nadie con sus propias manos, pero era un policía, y el régimen para el cual trabajaba, en el cual había creído fervorosamente y al que había apoyado durante tanto tiempo sí había matado a mucha gente, a opositores de todo pelaje, principalmente islamistas, aunque también a kurdos y a chiíes por el mero hecho de rebelarse contra el Gobierno. La represión había sido uno de los pilares del gobierno de Sadam Husein y el país lo sabía, pese a que solo los servicios secretos tenían una noción exacta de lo sucedido. De la violencia del Estado contra los opositores se hablaba en voz baja, con medias palabras y alusiones veladas, pero todo el mundo sabía que la disidencia podía pagarse con la vida o con algo casi igual de oneroso. Rashid, él mismo en el punto de mira después de lo de Basora, había intentado mantenerse al margen de los rumores y los comentarios que le llegaban. Pero en Basora había visto con sus propios ojos a las mujeres llorando por sus hijos y maridos desaparecidos tras alguna de las habituales purgas, eso no podía negarlo. Algunos baazistas argumentaban que el terror hubiera sido peor si el partido no hubiese estado en el poder, que entonces habría habido muchos más muertos. Otros decían que el *rais* tenía derecho a defenderse de quienes querían derrocarlo. Unos cuantos negaban a kurdos y chiíes la misma condición de iraquíes y les acusaban de trabajar para potencias extranjeras. Rashid no pertenecía a ninguno de estos grupos, simplemente intentaba no pensar en ello. ¿Convertía eso a Rashid en un *qatil*? La respuesta seguía siendo no, se absolvía a sí mismo el doctor. Cobarde, tal vez. ¿Ajeno a las acciones del mal en su entorno más cercano al mismo tiempo que reflexionaba teóricamente sobre él en la seguridad de su estudio? Seguro. Pero un asesino, no.

Obviamente, no todo el mundo pensaba así. Con los americanos a las puertas de Bagdad no era descabellado suponer que pronto se ajustarían cuentas con los que no hubieran escapado. Rashid era consciente de ello, y Nada también. Por eso, cuando el doctor saludó a su esposa, ella ni siquiera le miró a la cara. Nada sospechaba que lo peor estaba por venir y la pintada era tan solo una advertencia, tal vez la última, para que la familia pusiera tierra de por medio. Ella temía que los autores pasaran a los hechos en cuanto el miedo a la garra de Sadam desapareciera. ¿Quién se acordaría entonces de que Rashid también había sido, a su manera, un represaliado del régimen? ¿Quién se levantaría y diría que solo el prestigio y la valía del doctor, y el recuerdo de los servicios prestados por su padre, habían evitado un castigo más expeditivo y definitivo que el lento ostracismo al que fue condenado? En cuanto la vio, Rashid entendió que esa pintada se había convertido en un argumento más en su discusión interminable con Nada.

Y se trataba de un argumento poderoso. A Rashid le inquietó especialmente el color del espray. El verde lo usaban los islamistas y todo el mundo sabía que el régimen había acosado a los fundamentalistas sin piedad durante años, los había perseguido para arrojarlos a los calabozos más tenebrosos o matarlos, o ambas cosas. Se decía que a algunos milicianos o «terroristas» que habían atentado contra el

régimen con explosivos los habían matado poco a poco con pequeñas detonaciones controladas, tras pegarles los explosivos al cuerpo, que esbirros del régimen accionaban a distancia. Explosiones pequeñas capaces de seccionar una mano o un pie, seguidas de más explosiones. Había incluso películas de estos crímenes que habían grabado los *mujabarat* y se habían difundido por todo el mundo. Se hablaba también de cárceles subterráneas distribuidas por todo Bagdad y otras grandes ciudades donde se torturaba a los detenidos, y que alrededor de la prisión de Abu Ghraib se extendía una gran fosa común. Hubo asesinatos y, por tanto, asesinos. Si tras una hipotética caída del Baaz salieran a la luz esos crímenes, los islamistas y otros represaliados por el régimen probablemente no se contentarán con pintadas, querrán ajustar cuentas con quienes en muchos casos habían torturado y asesinado a sus colegas, amigos y familiares. Los sectores islamistas más radicales, y tal vez también los moderados, no querrán saber nada de diálogo y buscarán venganza, que no justicia, de lo que quedara del régimen que durante años los había aplastado. Eso era lo que en realidad significaba esa palabra, *qatil*.

Rashid dejó a Nada limpiando la puerta y entró en la casa. Tahani acababa de preparar la mesa para la cena. La saludó y le pareció que su hija mayor no estaba preocupada. Él, en cambio, sí lo estaba. Mientras se lavaba en el baño con un chorro de agua embotellada que vertió en una palangana, Rashid repasó fugazmente los años que había estado en la policía y decidió que no se había ganado ningún enemigo, aparte de Abu Yehiya, ni durante su estancia en Basora ni durante el tiempo que llevaba en la comisaría de Karrada. Pero eso no era suficiente. Como le había dicho Nada la noche anterior, Rashid sabía que lo más racional y sensato sería marcharse, tal vez para siempre, iniciar una nueva vida en otro país, en Europa, si es que podían obtener un visado. Otros muchos lo habían intentado, algunos con éxito. El haber vivido en Edimburgo tal vez le facilitara las cosas. Fueron casi diez años, al menos no sería como solicitar un visado a ciegas. Podía alegar un total conocimiento de la lengua y la sociedad británicas, así como una profesión liberal, aunque en realidad nunca hubiese practicado la medicina. El personal del departamento de Inmigración del Reino Unido no tenía por qué saberlo. Seguramente le preguntarían por su pasado en el partido pero, quién sabe, tal vez el hecho de haber sido represaliado por Abu Yehiya contaría a su favor.

Rashid se observó en el espejo. Ya no era la misma persona que había vivido, estudiado, discutido y amado en Edimburgo. Había envejecido, por supuesto, y su rostro solo era un recuerdo del semblante repleto de energía que Gladys solía besar con parsimonia desde los ojos hasta la barbilla. No se trataba solo del paso de los años, del pelo blanquecino que se había declarado en retirada ni de los ojos hundidos. Si una persona es lo que es junto con sus sueños, sus proyectos, sus anhelos y sus alegrías, Rashid, sencillamente, ya no era el muchacho que hablaba con el mismo entusiasmo tanto del partido Baaz como de Nietzsche, que con una pasión casi idéntica acudía a reuniones nocturnas de sindicatos obreros y besaba una marca de

nacimiento situada bajo el seno izquierdo de Gladys. Rashid se llevó los dedos a la nariz y notó que el olor a los guantes de látex se le había quedado impregnado en las uñas. Pensó que, al igual que la periodista del hotel Palestina, él también necesitaba un baño en condiciones, con agua caliente y sin racionamientos.

Camino del comedor se topó con Lulú en la cocina; se agachó y la acarició. El animal alzó el lomo, se contorsionó y maulló. Si se fueran, a Lulú habría que llevársela también. Cabría en el coche. Eso no sería un problema. La podían llevar hasta Damasco y luego subirla al avión. «No eres de los que huye de sus responsabilidades», le había dicho el comisario Yalal el día anterior en la tetería de Karrada. ¿Dónde estaría en esos momentos el comisario Yalal? ¿Se encontraría a salvo o habría sido asaltado por bandidos en la carretera o bombardeado por un caza americano? Huir tampoco era un camino tan sencillo, nunca lo es. De joven Rashid podría haberse quedado en Edimburgo si hubiese querido, tal y como se lo había aconsejado su tío, o irse a Estados Unidos, pero había preferido regresar a su país y servir al Baaz, que era servir a Irak. Era un patriota en un tiempo y en un lugar en que serlo era una osadía. A pesar de que en los últimos años tendía a concebir el patriotismo como una enfermedad social, como un elemento enemistado con el género humano en general, a Rashid no le quedaba más remedio que reconocer que continuaba siendo un patriota. ¿Tendría razón el comisario Yalal? ¿Era por patriotismo por lo que se resistía a irse cuando en los ministerios se quemaban documentos, cuando todo aquel que tenía medios había abandonado la ciudad, cuando en su propia casa unos desconocidos lo llamaban asesino?

Se sentó a la mesa, taciturno. Nada mantenía una actitud distante y no mostraba ningún interés en iniciar una conversación.

—¿Sabes algo de Adnan? —preguntó Zeynab.

«Es imposible averiguar dónde está Adnan. Estamos inmersos en el caos», había dicho el teniente coronel Farsi. Rashid no tenía nada que aportar a la pregunta de Zeynab, aunque percibió un amago de ansiedad en Nada que le impedía tanto guardar silencio como decir la verdad. Se limpió los labios con la servilleta mientras decidía qué responder.

—Las últimas novedades son buenas —dijo, irguiendo la cabeza—. Su compañía está en el frente y él se encuentra en perfecto estado, luchando por su país.

Nada bajó la cabeza y simuló concentrarse en la comida. Comparado con el resto del día y las jornadas anteriores, estaba siendo una noche silenciosa. En cierta medida aquello era peor, era una calma artificial, la antesala del asalto final. Seguía sin haber electricidad, y la hornalla y las velas con las que iluminaban la mesa cincelaban perfiles nuevos en los rostros de las mujeres de su familia. Zeynab se parecía a Adnan y, por tanto, a su madre. Tahani, en cambio, era idéntica a su padre, físicamente pero también en la vehemencia de su carácter, en el entusiasmo con que defendía lo que consideraba que era correcto. Tahani no quería irse, no deseaba abandonar Bagdad a pesar de que los bombardeos la aterrorizaban. A diferencia de Zeynab, que las

primeras noches de la guerra había llorado de puro terror y las siguientes había dormido a pierna suelta vencida por el cansancio, Tahani se había acostumbrado a descansar de día y a permanecer despierta de madrugada, incapaz de pegar ojo, abrazada a una almohada, vestida porque así lo habían aconsejado por la radio por si había que abandonar precipitadamente el edificio. Pero a pesar de que llevaba días pasándolo muy mal, Tahani no quería irse porque no podía soportar la idea de abandonar a Adnan. Rashid volvió a preguntarse si su hijo mayor rezaría antes de entrar en combate, y esta vez llegó a la conclusión de que sí, que en el frente, indefenso ante la maquinaria de matar de las potencias occidentales, Adnan habría implorado al Dios en el cual no creía que le perdonara la vida. Cuando pensaba en su hijo mayor, Rashid lo hacía en presente. Entre la incertidumbre de saber si estaba vivo o muerto, el doctor prefería imaginárselo con vida.

El resto de la cena transcurrió en una calma tensa. Tahani y Zeynab conversaron entre ellas mientras sus padres permanecían en silencio. Al acabar, Rashid se retiró al estudio, con la intención de trabajar en su manuscrito, pero aquella noche no podía concentrarse, su mente vagaba de un tema a otro de forma caprichosa, sin centrarse en nada en concreto. La pintada lo había alterado de una forma inusual en él, acostumbrado a la autodisciplina y al rigor en sus reflexiones. *Qatil*. Asesino. Era irónico que una mano anónima lo acusara de ser un asesino justo cuando él se esforzaba en encontrar al responsable o responsables de la muerte de dos niñas indefensas, probablemente dos de los seres más desamparados que pueda imaginarse. Aquella mañana, en la casa de los Halabi en Al Mansur, cuando Rashid se puso los guantes y analizó el cadáver de Fátima, el doctor había sentido una enorme tristeza por esa chiquilla. Pero también, y admitirlo lo avergonzaba, había experimentado un gozo que creía enterrado, la satisfacción de volver a inspeccionar un cadáver, de moverse de nuevo por la escena de un crimen. Se había sentido torpe y oxidado pero, al mismo tiempo, revitalizado. Había disfrutado cada minuto de aquel día, la conversación con el padre de Fátima, el interrogatorio a la directora del asilo, la vigilancia al periodista americano en el hotel Palestina. Rebuscó en un cajón y encontró la resma de fotografías del cadáver de Huda Lufti que le había entregado el comisario Yalal. Intentó ver más allá de las heridas, trató de imaginarse qué había pensado Huda al ver entrar a su asesino en la habitación. ¿Fue consciente de lo que iba a sucederle? ¿Entendió el peligro que suponía ese hombre? La directora del asilo le había dicho que Huda no hablaba, no se relacionaba con nadie ni interactuaba con su entorno, pero a Rashid le costaba concebir algo así. ¿Habían sentido miedo Huda y Fátima? ¿Reconocieron el mal en la mirada de la persona que acabó con sus vidas sin asomo de misericordia? ¿O murieron sin curiosidad, sin conocimiento, sumidas en la soledad en la que habían nacido y habían vivido?

Un ruido sofocado llegó hasta él atravesando el silencio que dominaba la casa y el barrio aquella noche. Le pareció oír que Nada sollozaba, pero no estaba seguro y no quiso comprobarlo para evitar una escena. El día que Gladys salió para siempre de su

vida, Rashid tampoco quiso verla, y dejó que un taxi la llevara hasta al aeropuerto. Gladys Stanhope y él empezaron a tratarse en el segundo año de carrera. En realidad se habían cruzado en algunas clases y encuentros políticos durante el primer curso, pero no empezaron a hablar con asiduidad hasta 1970 y no iniciaron su relación hasta abril del año siguiente. Ella había nacido en Grand Rapids, Míchigan, en 1950, y una serie de vicisitudes familiares la habían llevado a Edimburgo. Residía en un apartamento de tres habitaciones con dos compañeras universitarias que acogieron a su exótico novio iraquí calurosamente y con indisimulada curiosidad. Con la sueca Anita y la inglesa Elizabeth, también estudiantes de Medicina, enseguida formaron un grupo bien avenido, y el apartamento se convirtió en un centro que atraía a innumerables compañeros, incluidos de otras facultades, y a jóvenes del barrio. Rashid fue, por supuesto, uno de los que más frecuentaba la casa y, hasta el abrupto final de su relación, la habitación de Gladys se convirtió en la guarida de amor de la pareja. Allí se encerraban a estudiar y allí hacían el amor. Gladys fue la primera mujer de Rashid en todos los sentidos. Gladys, en cambio, había tenido otros novios antes, aunque nunca quiso decirle ni cuántos ni sus nombres, pese a los celos del joven estudiante de Medicina.

Cuando Rashid insistía más de la cuenta sobre su pasado amoroso, Gladys solía mordisquearle el lóbulo de la oreja para hacerlo callar. A él le gustaba la forma de sus senos, ella adoraba susurrar la palabra árabe *asal*, miel, mientras hacían el amor. Un día de mayo, después de una charla con su tío Tareq que se había alargado hasta bien entrada la noche, Rashid se sintió despejado y sin sueño y salió a pasear. De forma mecánica sus pasos lo llevaron hasta el apartamento de Gladys. Era una noche primaveral y no había tráfico, las luces del apartamento estaban apagadas. Introdujo la llave en la cerradura, la giró y enseguida escuchó un ligero murmullo que procedía del interior. Por un momento pensó que había algún ladrón y se puso alerta. No cerró la puerta principal por precaución, para no hacer ruido. Avanzó con sigilo hacia el cuarto de Gladys y abrió la puerta poco a poco. Entonces escuchó gemidos intensos y la voz jadeante de Gladys, que de forma inconfundible susurraba la palabra *asal*. Era el tercer año de su estancia en Edimburgo, ya hacía algún tiempo que Gladys y él estaban juntos y, aunque no se lo había dicho aún, Rashid soñaba con regresar a Irak con ella, tomarla como esposa y vivir en Bagdad. El mundo entero se desmoronó en aquellos segundos. Rashid mantenía la mano izquierda en el pomo de la puerta. Dentro de él se desarrollaba una batalla entre una parte de sí mismo que le decía que se marchara y otra que le pedía que encendiera la luz del cuarto. Su mano derecha se deslizó hasta el interruptor, que estaba a la altura de la cintura, pero los dedos siguieron indecisos, sin atreverse a accionarlo. Finalmente su mano actuó por cuenta propia y encendió la luz. Vio que en la cama estaban Gladys y Anita. Las dos levantaron la cabeza en dirección a la puerta. La luz las aturdió y las cegó un instante. Rashid permanecía en la puerta tan asombrado y confundido como ellas. Anita se cubrió con una sábana y Gladys se quedó muda. Tras unos segundos, él se acercó a la

silla que había al lado de la cama y se sentó, con la mirada fija en el suelo. Anita se levantó y se retiró a su habitación después de recoger su ropa. Al cabo de unos minutos en los que ninguno de los dos interrumpió el silencio, Rashid se desvistió, se tendió junto a Gladys y sin mediar palabra hicieron el amor de una manera frenética hasta que rayó el día. Pasaron varios días sin que ni Gladys ni Anita ni Rashid hablaran del tema. Pero cuando solo había transcurrido una semana, una noche Anita se les unió en la cama. Aquella noche Rashid amplió su vocabulario con varias palabras en latín y francés pronunciadas con acento americano y sueco, palabras que solía invocar y poner en práctica en las largas noches de Edimburgo que compartió con Gladys.

Edimburgo. Tareq recibiría con los brazos abiertos a Rashid y su familia en Edimburgo. Todo el mundo a su alrededor se había ido o se disponía a hacerlo, los comisarios Yalal y Munir, el mismo Farsi. Incluso Abu Yehiya, aunque en realidad su marcha no constituía ninguna sorpresa. Rashid se rindió a la evidencia de que no tenía la disposición de espíritu necesaria para trabajar en su manuscrito, en el cual tan solo había escrito la fecha, 5 de abril del 2003, y lo cerró. De nuevo un ruido procedente del dormitorio llegó hasta su despacho. Esta vez no tuvo dudas, era Nada, que lloraba, por miedo al presente y al futuro, por Adnan, por ella misma, por sus hijas. Y por Rashid. El doctor maldijo a quien había escrito esa palabra, *qatil*, con un spray verde en la puerta de su casa. Era como si la pintada marcara el lugar más alto hasta donde habían llegado las aguas en la inundación que anegaba sus vidas.

«No te preocupes», le había dicho Nada su primera noche como prometidos, veinticinco años atrás, en el jardín de la casa de su familia en Amiriya. «¿A qué te refieres?», le había preguntado él. «Quiero decir que a mí esa americana no me preocupa. Poco a poco la irás olvidando», había musitado ella con cierto rubor, como si alguien hubiera susurrado a sus oídos el pensamiento más íntimo de su prometido. Rashid le tomó entonces la mano derecha y percibió de inmediato el calor juvenil y radiante y la fragancia corporal de su futura esposa. La muchacha primero miró las manos de él, que habían aprisionado suavemente la de ella, y después levantó la cabeza en dirección a Rashid. Sus miradas se cruzaron pero ella volvió a bajar los ojos. Entonces Rashid le dibujó en la palma de la mano un corazón con la yema del dedo índice.

## 6 de abril

*Café Nayma. 23:00 h.*

«Me estás acusando de una cosa que estaba escrita en mi destino antes de mi creación». En un hadiz de Al Bujari atribuido a Mahoma que Rashid había memorizado en su niñez, se mencionaba una discusión entre Adán y Moisés. Según el texto, Moisés reprochó a Adán haber propiciado el «error» por el que fue expulsado del Paraíso, a lo que Adán le respondió: «Me estás acusando de una cosa que estaba escrita en mi destino antes de mi creación».

Ibrahim, el dueño del café Nayma, y Rashid estaban emparentados entre sí, y con Sadam Husein, a través del clan de los Tikriti, un remoto vínculo de sangre. Rashid conocía un poco la vida de Ibrahim. Sabía que había sido militar, que en su juventud había intentado alistarse en la Guardia Republicana pero que algo sucedió que le hizo rechazar la idea y encarrilar su vida hacia el café Nayma, propiedad de su padre como antes lo había sido de su abuelo. El doctor también sabía que Ibrahim estaba casado y que tenía cuatro hijos y dos hijas, dos de los cuales, Mahmud y Maher, vivían en la casa familiar situada encima del café. Rashid había visto en infinidad de ocasiones a Ibrahim jugar con sus tres nietos; el menor acababa de cumplir tres años. Décadas atrás, cuando no había radio ni televisión, en el café Nayma se disfrutaba de un pequeño teatro de marionetas en el que se contaban vetustas historias que se remontaban a la época anterior a Mahoma. Una de las historias favoritas de Ibrahim, de todos los niños árabes de hecho, era la que narraba las portentosas aventuras de Antara ibn Shaddad en su vida extremadamente azarosa por la península Arábiga, celebradas durante siglos mediante una suerte de cantares de gesta que ya solo figuraban en los libros y habían dejado de exhibirse en los cafés de Oriente Próximo. Rashid admiraba a Antara, y aún recordaba algunos versos de un cantar que habían quedado prendidos en la memoria de su niñez: «Cuando me vio, fui a su encuentro / Él descubrió sus dientes, pero no era ninguna sonrisa / Lo perforé con mi lanza y lo arrojé a tierra / Y con un sable indio de acero puro lo destripé». De vez en cuando Ibrahim desempolvaba aquel pequeño teatro de marionetas que había pertenecido antes que a él a su padre y antes que a este a su abuelo y representaba en el Nayma, ante sus nietos y los niños del barrio que quisiesen, la historia de Antara, héroe y poeta, hijo del noble Shaddad y la esclava etíope Zabayba.

«Asesinos», maldijo Rashid. El doctor extrajo de entre los cascotes una marioneta sucia y maltrecha. Se la guardó en el bolsillo y dejó de excavar unos instantes para recuperar el resuello y limpiarse con el dorso de la mano la gruesa capa de polvo que se le había acumulado durante aquel largo día. El café Nayma había quedado reducido a un montón de escombros humeantes. Cascotes de todos los tamaños

ocultaban las antiguas baldosas hidráulicas que formaban figuras geométricas y florales. La pared del fondo era la única que había quedado en pie, aunque solo en parte. El edificio de tres plantas, en cuyos dos pisos superiores residían Ibrahim y su familia, estaba destruido por completo. Rashid y otros vecinos excavaban entre las ruinas sin esperanzas de encontrar a nadie con vida. En un balcón cercano alguien había colgado un foco que, conectado a un generador, servía para iluminar el enorme cráter en el que los cazas americanos habían convertido el café Nayma.

Rashid imaginó que aquella mañana Ibrahim se había levantado temprano, como siempre, para efectuar la primera oración del día. Supuso que su mujer lo había besado con cariño en la mejilla, y que luego la familia entera se había reunido para desayunar. Después tal vez todos habrían salido. Los niños a jugar a la calle, porque aunque ese placer infantil tan inocente era peligroso en Bagdad, a los padres les resultaba imposible retener a los críos dentro de las casas. Las mujeres quizá salieron a comprar, y Mahmud y Maher a lo mejor ayudaron a su padre a aprovisionar el café de agua embotellada y gasolina para el generador. Rashid estaba seguro de que en algún momento del día echaron algunas partidas al *backgammon*, juego en el que Ibrahim decía de sí mismo que era un maestro, y que comieron kebab y *hummus*, y que bebieron té y fumaron mucho, como solían. Al parecer no había clientes en el café Nayma a la hora en que todo había sucedido, decían algunos vecinos, y Rashid se imaginó a Ibrahim antes de que las bombas destruyeran el edificio, escuchando la radio y pensando en cerrar la puerta. O tal vez ya había cerrado y se disponía a cenar cuando el mundo entero se le vino encima.

Los hombres trabajaban con las manos, en silencio, especialmente en la zona donde era más probable que se encontraran los cadáveres. Un vecino dio la voz de alarma y los demás se apresuraron en su dirección. El hombre señaló un brazo que sobresalía de entre los escombros y todos se pusieron a retirar los cascotes. Sepultado entre las ruinas se adivinaba el cuerpo de un varón adulto. Unos minutos después, con esfuerzo, el voluntarioso equipo de salvamento consiguió recuperar el cuerpo de Maher. Rashid buscó señales de vida, pero enseguida se dio cuenta de que Maher no regresaría. Sin permitir que nadie lo ayudara, se cargó el cuerpo a la espalda y se abrió paso hasta unas furgonetas que unos vecinos habían estacionado en la calle. Depositó el cadáver en una de ellas y el vehículo partió en dirección a la morgue de un hospital, donde Rashid sabía que le aguardaba una botella de cristal con un papelito doblado en su interior.

Tal vez a la misma hora a la que se había levantado Ibrahim, pensó Rashid, en un portaaviones americano, quizá en el golfo Pérsico o más lejos, quizá en una base en Europa, un joven piloto americano se había despertado a su vez. Probablemente lo primero que hizo fue rezar, y después pasó la mañana de entrenamiento, y a lo mejor también escribió una carta de amor a una joven de Minnesota, o de Nuevo México, o de Wilmington, Pensilvania, llamada Susan o Mary o Peggy. Influidado por el cliché, Rashid se lo imaginó alto, musculado, atlético, con el pelo muy corto. Aquel

muchacho, a primera hora de la tarde, o tal vez después, se había reunido con sus mandos y había recibido órdenes de bombardear el café Nayma. Obediente y disciplinado soldado al servicio de su país en aquella guerra, ese piloto, que a lo mejor se llamaba John o Mike o Tom, había subido al caza, había despegado y cuando llegó a su objetivo dejó caer sus bombas sobre el café Nayma, las bombas que mataron a Ibrahim, a su mujer, a sus dos hijos, a las esposas de estos y a sus tres nietos. El doctor quería imaginarse al joven piloto, ya de vuelta en la base, tumbado en su camastro, pensando en su Susan o Mary o Peggy, pero en realidad inquieto porque su conciencia lo mortificaba, viendo en las noticias que había matado a una familia entera en nombre de su país. Rashid quería imaginarse al joven piloto mortificado, pero una parte de él lo visualizaba durmiendo a pierna suelta, ajeno a lo sucedido, con la satisfacción del deber cumplido, del trabajo bien hecho, la expresión serena de su rostro soñoliento. Ese piloto, pensó Rashid, que a lo mejor se llamaba John o Mike o Tom, antes de bombardear ciudades árabes había sido un niño al que, quién sabe, tal vez le hubiera gustado la forma tan graciosa con la que Ibrahim narraba con sus marionetas las fabulosas aventuras de Antara.

Los hombres que trabajaban hicieron un alto y algunos encendieron un cigarrillo mientras hablaban del bombardeo. Hubo quien dijo que el ataque no había sido fortuito, y recordó que un ministro residía cerca y acostumbraba a visitar el café en compañía de otros funcionarios y altos cargos del Gobierno. Se sugirió también que el bombardeo había sido aleatorio y que su finalidad no era otra que sembrar el miedo en Bagdad ante la inminente invasión. Otro conjeturó que tal vez Ibrahim escondía a algún pariente de Sadam del clan de los Tikriti. Hubo quien intentó corear «Con nuestra alma y nuestra sangre, nos sacrificaremos por ti, Sadam», pero el cántico no hizo fortuna y acabó desvaneciéndose en un murmullo desangelado.

De repente apareció una excavadora amarilla. La conducía un hombre de mediana edad que acudía a colaborar en el rescate. Esto facilitó enormemente el trabajo. La excavadora se dirigió a la zona donde habían recobrado el cadáver de Maher. Algunos hombres se fueron con la excavadora, pero otros siguieron retirando cascotes con las manos en la zona del café. Rashid se sumó a este último grupo. Poco a poco fueron apareciendo más cadáveres. El primero fue el de Mahmud, hermano de Maher, después encontraron a los tres niños y a las esposas de Mahmud y Maher, también a la esposa de Ibrahim, y por último a Ibrahim. Aun así, un destacamento con Rashid a la cabeza siguió sacando cascotes en silencio, ya que no se sabía con certeza si había alguien más enterrado allí.

«Me estás acusando de una cosa que estaba escrita en mi destino antes de mi creación». Como Adán a Moisés, ese piloto podría haber defendido sus actos ante Rashid con el argumento de que su vida estaba destinada a cruzarse con la de Ibrahim en ese preciso instante, que el dueño del café Nayma y su familia tenían escrito en su destino que iban a morir el 6 de abril de 2003, al igual que Huda y Fátima y el asesino que había acabado con sus vidas habían nacido para encontrarse. Ibrahim

podía no haber estado en el café, y John o Mike o Tom podría no haber sido piloto, millones de detalles se habían conjurado para que ese día un joven americano hubiera apretado un botón y al menos nueve vidas hubiesen sido segadas. ¿Era una decisión de Dios o un insufrible juego del azar, dados de mil caras lanzados sin ningún sentido, que ahora caían de una manera y luego tenían otra lectura? ¿Era tan solo un juego cruel el que marcaba la pauta de los humanos, quienes solo representaban el papel que se les había asignado? Marionetas, como el muñeco carbonizado que Rashid guardaba en el bolsillo, ese razonamiento implicaba que los humanos no somos más que marionetas. Si Nietzsche estaba en lo cierto con su teoría del eterno retorno, la vida no es solo un juego cruel, sino absurdo, sin final de la historia, un círculo condenado a repetirse una y otra vez a lo largo de la eternidad, con los mismos errores, de un modo cómico y hasta patético. La teoría del eterno retorno horrorizaba a Rashid.

Los escombros formaban sombras irreales que uno podía interpretar de distintas maneras. El foco apenas paliaba una oscuridad que Rashid tenía la sensación de que surgía de su propio interior. Los hombres se detenían de tanto en tanto para descansar. En la calle había cientos de curiosos que no tenían nada mejor que hacer esa noche que alentar a los que excavaban con las manos, o al conductor de la excavadora que removía los escombros. En otro receso, estalló una conversación espontánea. Alguien afirmó que podrían ser ellos mismos víctimas de un bombardeo. Otro le recordó que una bomba difícilmente cae en el mismo sitio dos veces, lo que provocó risas nerviosas que apenas contribuían a exorcizar el miedo.

—La BBC dice que los americanos han cerrado Bagdad y que los accesos se han bloqueado. Parece que en el aeropuerto ya están aterrizando aviones de transporte americanos y que tienen a más de siete mil soldados en esa zona —comentó uno de los curiosos que sostenía en su mano un transistor de onda corta.

—La BBC repite lo que los americanos cuentan. No hay que creerse todo lo que se escucha en la radio —comentó otro.

—Este mediodía he estado en el sur y he visto mucha actividad. Hay tanques y coches que se están usando para levantar barricadas. Y hoy han caído morteros en Sadun.

—¿Morteros? Es la primera vez que nos disparan morteros.

Como si aquello importara mucho en pleno diluvio de bombas, pensó Rashid, que mientras fumaba un cigarrillo notaba cómo la Browning se le clavaba incómodamente en el costado. Tras la tormenta de arena que aquel día había asfixiado Bagdad cayó una pegajosa lluvia de lodo, y el calor se había esfumado dando paso a un frío notable, sin duda procedente del Kurdistán. Conforme avanzaba la noche, el número de curiosos se iba reduciendo. De tanto en tanto se oían explosiones no muy alejadas de las ruinas del café Nayma. Rashid seguía excavando, pese a que le sangraban algunos dedos y el cansancio le cerraba los ojos. Bajo unos escombros halló los restos de un gran camión de plástico rojo y amarillo que había pertenecido a

alguno de los nietos de Ibrahim. Intentó recordar la carita del nieto pequeño. Su muerte había sido incluso más injusta que la de sus padres y sus abuelos, se midiese con el baremo que se midiese. Entre los curiosos circulaba ahora el rumor de que Sadam Husein se encontraba oculto en la zona, y que esto explicaría el bombardeo del café. Era una hipótesis imposible de confirmar. Desde hacía unos días no dejaban de circular rumores sobre el paradero del *rais*, y este era uno más. Rashid pensó que nada, ni siquiera que el mismísimo Sadam hubiera estado jugando al backgammon con su pariente lejano Ibrahim, justificaba la muerte de aquel niño de tres años. Se esforzó, pero no fue capaz de conjurar la imagen de su rostro. En cambio, en cada sombra danzante creía intuir los rasgos de Huda y Fátima.

Rashid se permitió maldecir a los americanos, daba igual cómo se llamaran, y a su presidente Bush, de quien pensaba que era un ser ambicioso que se escondía tras la fachada de la religión. ¿No era cierto que Irak no había tenido nada que ver con el 11-S? ¿No eran falsas las acusaciones del presidente americano en el sentido de que Irak almacenaba armas de destrucción masiva? Nada de eso se había podido demostrar, pero bastaba la codicia de una sola persona para invadir un país. Bush daba la orden, y esta acababa llegando a un piloto que apretó un botón y lanzó una bomba que había destruido un café de Bagdad, un edificio entero en el que vivía una familia. Lo peor es que si no hubiera sido John o Mike o Tom habría sido otro. Rodeado de escombros y hierros retorcidos, Rashid se sintió impotente. No había justicia en Bagdad ese abril de 2003. Solo existía el azar, él mismo podría haber estado sentado charlando con Ibrahim en el momento en que el edificio le cayó encima. El azar y el mal, imparable, omnipresente, omnipotente. Rashid se frotó los ojos irritados, y el dorso de la mano abrió un surco en la gruesa capa de polvo que le cubría las mejillas.

—Papá.

Rashid se irguió. Una silueta se recortaba entre la neblina de polvo. Reconoció al instante a Adnan. Estupefacto, se acercó un poco hasta él para comprobar que se trataba realmente de su hijo, que sus sentidos, enfermos de cansancio y estrés, no lo engañaban. Sí, era Adnan. Vestía de paisano y estaba mal afeitado y muy delgado. Su hijo exhibía un semblante serio y adusto, demacrado y, tras mirar brevemente a Rashid, estudió con aire ausente los restos del café Nayma. Sin pronunciar una sola palabra más, se inclinó para retirar cascos. Rashid lo imitó.

—Debes disculparme, hijo —dijo el doctor tras varios minutos de trabajo en silencio.

—¿Por qué? —preguntó Adnan. Su voz parecía haber cambiado, crecido. Ahora sonaba como la voz de un hombre y no como la del niño que una vez fue y que ya no volvería a ser.

—Flaqueé.

Bagdad amaneció bajo un manto de polvo. Una gran tormenta de arena, la mayor que Rashid podía recordar, engullía la ciudad. A través de la ventanilla del Peugeot de Jaled, a Rashid le costaba discernir a qué pertenecían las sombras que apenas intuía entre el muro traslúcido de arena y polvo que se acumulaba en la atmósfera. No se veía a veinte metros de distancia, y era inevitable darle a esa tormenta de proporciones divinas un significado más allá del propio fenómeno meteorológico, el augurio de que algo llega a su fin y empieza otra cosa radicalmente nueva.

—Pareces cansado —comentó Jaled sin perder de vista el tráfico. Sujetaba el volante con la mano izquierda mientras buscaba con la derecha el paquete de tabaco en el bolsillo de su pantalón.

Rashid murmuró algo ininteligible. Estaba absorto en la lectura de unas cuartillas escritas a mano. Cuando terminó, guardó los papeles en el bolsillo interior de la chaqueta y encendió a su vez un cigarrillo.

—¿Crees que soy egoísta? —preguntó el doctor.

—Todos somos un poco egoístas, ¿no? Forma parte de la condición humana.

—Ya, pero ¿te parezco una persona que avasalla a los demás con sus conocimientos, alguien que usa su erudición para ocultar sus sentimientos?

Jaled se removió en el asiento del conductor, incómodo.

—Rashid, yo te trato desde hace apenas unos días, pero en este tiempo he podido ver que eres un extraordinario policía y una persona decente. ¿Qué sucede? ¿Por qué me preguntas esto?

—Acabo de tener una discusión con mi mujer —dijo el doctor con un tono neutro—. Eso siempre es... agotador.

Jaled asintió, como si no hiciera falta que Rashid añadiera nada más. Su mujer, Hamidat, tenía veintiocho años y era maestra de escuela, aunque desde el inicio de la guerra no había ido a trabajar. Como tantos otros, no sabía qué le iba a deparar el futuro. Hamidat era chií y Jaled, suní, y vivían en un barrio mixto cerca de Adamiya y del asilo Al Amal. Nunca habían tenido problemas por el hecho de pertenecer a ramas diferentes del islam. Al contrario, sus familias se entendían bien y Jaled y Hamidat formaban un matrimonio bien avenido, muy centrado en sus dos hijos. Y, sin embargo, desde el inicio de la guerra Hamidat se había vuelto irascible, suspicaz y miedosa. Ya no respondía a los abrazos de Jaled y tampoco reaccionaba a sus suaves besos en el cuello. Pasaba días enteros sin salir de casa y había vuelto a fumar. Su frustración y sus temores los exorcizaba en la cocina, donde pasaba largas horas cocinando sin parar con lo que tenía a su alcance, comida exquisita que no podrían acabarse, que acabaría pudriéndose. Jaled temía que aquello fuera un exceso, que llegara el día en que echarían de menos esa comida, pero entendía que su esposa necesitaba hacer lo que hacía. Hamidat tenía miedo del presente, tenía miedo del

futuro y tenía miedo de que a Jaled le sucediera algo por su condición de policía. El alivio en ella fue patente cuando Jaled le comunicó que por orden de Rashid ya no vestiría más el uniforme verde. Hamidat lo había doblado de cualquier manera y guardado, sin contemplaciones, en el fondo del armario.

—Todos estamos agotados e irascibles —comentó el asistente—. Es por culpa de esta situación, de esta guerra que crispa los nervios a cualquiera. Seguro que cuando regreses a casa se le habrá pasado el mal humor.

—Ayer alguien escribió la palabra *qatil* en la puerta de mi domicilio. Con un espray verde. No creo que sea un problema de mal humor.

—¿Está asustada tu mujer?

—Tiene miedo a las bombas y más miedo si cabe a lo que suceda cuando dejen de caer las bombas.

—Como todos.

—Sí, como todos.

—¿Tú también tienes miedo?

El doctor se tomó cierto tiempo para responder. Su mirada vagaba entre las incontables tonalidades ocres que la tormenta de arena le daba a Bagdad.

—Yo tengo miedo de que el asesino o asesinos de Huda y Fátima se escape impune si no nos damos prisa en encontrarlo. El tiempo y la guerra juegan en nuestra contra —dijo, con una resolución forzada en su voz, dispuesto a cambiar de tema—. ¿Adónde me llevas?

—A Sadam City. Allí vive el *minder* del periodista que se vio ayer con la directora del asilo.

Sadam City, el gran arrabal de Bagdad, el lugar en el que se cobijaban más de dos millones de chiíes en horrendos edificios de cemento. El barrio, de estructura reticular y laberíntica, una ciudad dentro de la ciudad, se había levantado a finales de la década de los cincuenta para dar cobijo a millares de inmigrantes que acudían a la capital en busca de oportunidades. Era gente del sur, chiíes, sin recursos y sin muchas esperanzas de futuro, que se hacinaban en pequeñas viviendas y se empleaban como mano de obra barata donde se les requería. En 1982 el arrabal modificó su nombre original, Madinat al Thawra, Ciudad de la Revolución, por el de Sadam City en honor del *rais*. Era la zona más pobre y gris de la capital, pasto de la interpretación más fundamentalista de la rama chií del islam, centro de conspiraciones contra el dictador y, por tanto, objetivo de la represión del régimen. Ni la policía, ni el Baaz, ni los suníes despertaban muchas simpatías en Sadam City. Desde el inicio de la guerra, Sadam City se había autogestionado; milicianos armados patrullaban las calles y en ocasiones se levantaban improvisados controles en sus accesos y las principales avenidas, en los que adolescentes barbilampiños descubrían a qué sabía el poder de decidir quién podía seguir su camino y quién no. La policía y el ejército habían desaparecido de Sadam City, que aguardaba con expectación la llegada de las tropas americanas.

—Según el Ministerio de Información, el *minder* del periodista se llama Alí al Itabi, y en realidad no es un *minder*, sino que trabaja como conductor —le informó Jaled.

—¿Qué más saben de él?

—Poco más. Habla inglés y cumple con su obligación de informarles de los pasos del periodista americano.

—¿Y de John Hamilton averiguaste algo?

—Sí —respondió Jaled, señalando una carpeta que había en el asiento trasero—. Es periodista *free lance* y entró en el país con los brigadistas internacionales; después decidió quedarse en Bagdad. También es escritor, ha publicado varios libros. No trabaja para ningún gran medio americano, y en el ministerio no lo consideran un objetivo relevante, de ahí que no les importe que alguien que no sea de los suyos trabaje con él.

—¿Algo más?

—Sí. Anoche Hamilton salió del hotel, solo. Parecía que iba a dar un paseo, pero cuando se hubo alejado un par de calles, se subió a un coche que lo estaba esperando.

Rashid se removió en el asiento, con renovado interés.

—¿Adónde fue un americano, solo, de noche, por Bagdad? Nadie en su sano juicio, y menos un americano, se propone pasear de noche por esta ciudad.

—Me temo que no lo sabemos. Najwa no conduce, así que no pudo seguirlo.

—¿Quién conducía el coche?

—Najwa no pudo verlo.

—¿Qué vehículo era?

—Un Mercedes viejo, rojo, eso es todo lo que la niña supo decirme.

Rashid y Jaled entraron en Sadam City por Ishbiliya. Su Peugeot sin distintivos policiales circulaba despacio por las calles asfaltadas y todavía más despacio por las que no tenían pavimento. Entre el polvo y la arena podían percibir los colores abigarrados que teñían la geografía urbana. En el mercado que copaba una calle, había pocos puestos abiertos. La mayoría de los tenderos había optado por no abrir a pesar de que las autoridades animaban a los bagdadíes a comportarse con normalidad. Rashid y Jaled vieron algunas fruterías que exponían un género escaso, puestos de especias y tiendas de ropa que mostraban su mercancía en perchas colgadas de pértigas. Era ropa de mala calidad y de colores oscuros que estaba de oferta durante todo el año. Por doquier pululaban niños y niñas descalzos y mugrientos a quienes regañaban mujeres ocultas de pies a cabeza por el chador, sucio por la tormenta y la pobreza. Los hombres lucían largas barbas y fumaban en corros silenciosos, conspirativos. Los escasos retratos de Sadam Husein habían sido manchados con pintura o destruidos a martillazos. En las paredes, la iconografía del imán Alí rivalizaba con fotografías del ayatolá Mohamed Sadeq al Sadr, asesinado por el régimen. Su presencia en los muros de Sadam City era un augurio más del cambio que pendía sobre sus cabezas, pensó Rashid. Unas semanas antes esas fotos hubieran

sido requisadas y quienes las colgaron, represaliados. Ese 6 de abril de 2003, en cambio, no se veía ninguna presencia del régimen en Sadam City.

Rashid conocía muy bien las cuentas pendientes de los chiíes con el régimen gracias a su estancia en Basora, donde había sido testigo de los excesos del Estado sobre muchos de sus habitantes. Rashid era consciente de que la minoría suní se había hecho con las riendas del país en perjuicio de kurdos y chiíes, y que la situación de estos últimos se había agravado desde la guerra con Irán. El doctor sabía que la represión que habían sufrido kurdos y chiíes había sido, en ocasiones, salvaje e inhumana. Y no solo se trataba de la represión, sino también del castigo metódico día a día, como las condiciones de vida en Sadam City ponían de manifiesto. Pero, pese a ello, Rashid defendía que el Baaz había tenido una notable implantación en las regiones kurdas y chiíes y que muchos kurdos y chiíes habían colaborado con el régimen desde posiciones muy altas, incluidas las de ministros. Su integración en el baazismo era un logro incuestionable del régimen, opinaba Rashid. Para el doctor, el problema era la religión. Rashid pensaba que la libertad que exigían quienes se oponían al régimen era una libertad limitada, supeditada en su mayor parte a la religión y, por tanto, inferior a la que ofrecía el Baaz. La religión provenía de Dios, y el Baaz, del hombre. Los religiosos sostenían que era mejor obedecer a Dios que obedecer al hombre. Lo habían dicho muchos filósofos y sabios musulmanes a lo largo de la historia. Un gran número de baazistas, en cambio, eran ateos o agnósticos y creían en el hombre y no en Dios. Con un gran esfuerzo, el Baaz había tratado de diluir la influencia de la religión en la sociedad, y lo había logrado, pero solo temporalmente. El último giro del régimen, tras la guerra de 1991, simbolizado por la inscripción *Allahu Akbar* en la bandera y la construcción de la mezquita Umm al Maarek, Madre de Todas las Batallas, con sus alminares en forma de misiles Scud y de baterías antiaéreas, había sido tan solo una huida hacia delante. A ojos de Rashid, el debate esencial propuesto por el baazismo era el del progreso, sin perder las esencias árabes y musulmanas, frente al oscurantismo de las tradiciones ancladas en la religión. Dentro de su convencimiento de que los árabes necesitaban algo parecido a un despotismo ilustrado, apoyaba que la minoría suní, la mejor preparada intelectualmente y a la que él mismo pertenecía, gozara del monopolio del Gobierno por encima de kurdos y chiíes. No es que aspirara a marginarlos, pero entendía que en ese momento histórico los suníes, y más en concreto los suníes baazistas, debían marcar la pauta del desarrollo del pueblo iraquí. Planteado el asunto en esos términos, Rashid siempre estaría del lado del baazismo, a pesar de todo el mal y la corrupción que habían podrido al régimen, a pesar de que sus líderes no habían sabido estar a la altura de su fabuloso ideario. Eso es lo que los occidentales, encabezados por los americanos, nunca habían entendido y jamás entenderían: que en la esencia, los valores baazistas eran en muchos casos los mismos que decía amparar Occidente. Caído el Baaz, ¿quién pensaba Occidente que tomaría el poder en Irak?

—Los desharrapados de Sadam City —murmuró Rashid.

—¿Perdón? —dijo Jaled, que conducía mientras consultaba de reojo un mapa que él mismo había dibujado a mano.

—Nada, tan solo pensaba en voz alta. ¿Estamos perdidos?

Inmersos en el entramado de callejuelas de Sadam City, les estaba resultando imposible encontrar la casa de Alí al Itabi. Preguntaron en varias ocasiones, pero fue en vano, ya que nadie parecía dispuesto a hablar con desconocidos. Al final fueron unos niños quienes les guiaron hasta su destino a cambio unos cigarrillos. Era un edificio de cemento, como la mayoría de la zona, de tres plantas. En la calle había varios coches y picops aparcados, pero no se veía a nadie pasear entre la arena y el polvo.

—Un Mercedes rojo muy viejo —dijo Rashid, golpeando con los nudillos el capó de un coche aparcado frente a la puerta del edificio.

—Podría ser este —contestó Jaled—. Aunque hay muchos Mercedes rojos viejos en Bagdad.

—No creo en las casualidades —repuso el doctor, subiendo de dos en dos las escaleras.

—Lo sé. Tú solo crees en el destino y en ese filósofo alemán...

—Nietzsche —gritó Rashid desde lo alto de la escalera—. El filósofo alemán se llama Nietzsche.

El apartamento que buscaban estaba en la tercera planta. Tardaron bastante en abrir, y cuando finalmente la puerta se entreabrió unos centímetros apareció ante ellos el rostro de un hombre de edad avanzada, barba canosa y expresión poco amistosa, que les preguntó quiénes eran con un fuerte acento sureño. En el suelo se amontonaban decenas de zapatillas y zapatos de toda índole y condición.

—¿Vive aquí Alí al Itabi? —preguntó Rashid.

El hombre no les franqueó la entrada ni hizo amago de abrir más la hoja de madera conglomerada que se interponía entre ellos.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

—Estamos buscando a Alí al Itabi.

—¿Qué Alí al Itabi?

—Un joven que habla inglés y trabaja para el Ministerio de Información.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el hombre, suspicaz.

—Funcionarios del Ministerio de Información. Queremos hablar con él sobre un negocio con el periodista americano para el que trabaja, un negocio que le puede resultar muy beneficioso.

Durante unos instantes el hombre cuchicheó algo con otra persona que estaba a su lado, detrás de la puerta.

—Alí no está en casa. Ha salido.

—¿Con esta tormenta? Sabemos que está en casa —dijo Rashid para presionar a su interlocutor—. Será mejor que abra la puerta y nos deje pasar, solo queremos hablar con él unos minutos.

—Le digo que no está en casa.

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

El hombre volvió a cuchichear con alguien.

—Allí está en la mezquita.

—¿En cuál?

—En la del mercado.

—¿Volverá después a casa?

Una voz inaudible pareció alterarse a espaldas del hombre.

—No lo sé.

—¿Podemos esperarlo dentro?

El hombre discutió farfullando con quien estaba detrás de la puerta, cuya voz parecía de mujer.

—Les digo que no lo sé —dijo finalmente, cerrando de golpe la puerta sin despedirse.

Rashid y Jaled optaron por volver a la calle. Las paredes de la escalera estaban repletas de pintadas, algunas muy recientes, como las que exhortaban a las tropas estadounidenses a destruir Bagdad y matar a los impíos baazistas. Otras, en cambio, parecían antiguas, como las que pedían justicia por unas muertes no identificadas o las que insultaban a Sadam y al Baaz. En ese edificio también habían colgado fotografías de Mohamed Sadeq al Sadr, y en todas partes Rashid se topaba con la mirada penetrante del imán Alí, que le resultaba tan familiar de sus años en Basora.

—¿Y bien? —preguntó Jaled, encendiendo un cigarrillo con dificultades a causa del viento.

—Busquemos esa mezquita —respondió Rashid.

No fue un paseo agradable entre el polvo y la arena. Rashid se sintió violentado por los distintos olores de Sadam City que lo asaltaron por encima de la tormenta. El doctor había olvidado aquella mezcla formada por los efluvios de un alcantarillado defectuoso o simplemente inexistente, por la basura amontonada en las calles, por las especias acumuladas en los comercios de comestibles y por la carne a la brasa de los kebabs que jóvenes ociosos cocinaban al aire libre. Sadam City era un arrabal pobre que había sufrido mucho durante décadas, pero la vida latía con furia en sus calles sucias, en las pintadas de las fachadas de los edificios, en el claxon de los conductores, en las piedras que los niños lanzaban a los perros callejeros, en las bolsas repletas de comida que trajinaban las mujeres convertidas en espectros bajo el chador y la tormenta, sin forma ni rostro, una mancha oscura que surgía de la nada y de inmediato volvía a ser engullida por el polvo. Como el resto de Bagdad, comprendió Rashid, Sadam City aguantaba la respiración a causa de la guerra, pero si en otras partes de la ciudad latía el miedo, allí palpitaba la esperanza.

Unos niños les indicaron el camino a la mezquita. Tras un rato de espera, vieron salir a un grupo de hombres, entre los que identificaron al joven de tez oscura y pelo muy corto que habían visto con el periodista americano el día anterior en el hotel

Palestina. Alí vestía la misma camiseta estampada y llevaba las mismas gafas de sol. Sin más preámbulos, Jaled y Rashid lo abordaron.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó al verse interpelado. Había altivez en su voz, y miró a su alrededor como si quisiera que el resto del grupo lo escuchara.

—Amigos de John Hamilton —respondió Rashid en inglés—. Y tenemos un negocio que ofrecerte.

—John Hamilton no tiene amigos en Irak —respondió Alí, también en inglés—. Yo soy su único amigo iraquí.

—Necesitamos hablar contigo —dijo Jaled cogiendo al joven del antebrazo.

Con un gesto violento, Alí se zafó del policía y se encaró con él. Sus compañeros de rezo estrecharon el círculo que espontáneamente se había formado.

—No trabajamos para los *mujabarat* ni para el Ministerio de Información —intervino Rashid—. Solo necesito hacerte unas preguntas sobre Hamilton y unas niñas del asilo Al Amal.

Alí observó la cara de los dos agentes con un gesto contrariado durante unos instantes.

—Acompañenme a mi casa, no está lejos —murmuró, con un gesto chulesco que en realidad iba dirigido a sus amigos.

Regresaron en silencio hasta el edificio donde vivía Alí y subieron la escalera. El joven abrió la puerta y los tres dejaron sus zapatos afuera. La vivienda estaba mal iluminada y era angosta. Apenas había muebles y las paredes, cuya pintura verde claro se desconchaba, estaban adornadas con grandes fotografías de santuarios chiíes de Irak y de Irán. Rashid reconoció las mezquitas sagradas de Najaf y Kerbala. Vestido con una túnica muy sucia y descalzo, el hombre de la barba canosa que no les había permitido entrar estaba dando de comer a una mujer prostrada en una silla de ruedas en muy mal estado. Ambos miraron a Alí cuando entraron y este les tranquilizó con un leve gesto con la cabeza. Después guio a Rashid y Jaled hasta una habitación que tenía colchonetas apoyadas en las cuatro paredes, con una alfombra de colores tejida industrialmente y una estantería de ébano como única decoración.

—¿Quieren té? —preguntó.

—No queremos molestar —dijo Rashid, y tomó asiento en el suelo con las piernas cruzadas.

—No es ninguna molestia; yo tomaré té.

—Gracias —dijeron los dos al unísono.

Alí desapareció y Jaled y Rashid lo oyeron cuchichear con el hombre y la mujer de la otra estancia. Rashid curioseó entre los objetos de la estantería. Había cuatro o cinco libros de fotografía escritos en inglés, una cámara barata y una docena de envases de negativos, algunos vacíos y otros con el rollo, marca Kodak o Fuji, aún en su interior. Jaled apartó una colchoneta y tras ella apareció una puerta que a simple vista parecía una pared más. El asistente movió el pomo, pero estaba cerrada. En ese instante Alí regresó con una tetera, tres vasitos y dos ceniceros. Sirvió la infusión y se

sentó frente a los policías.

—¿Quiénes son y qué quieren? —preguntó.

Rashid sorbió un poco de té, muy caliente.

—¿Eres aficionado a la fotografía?

Alí se encogió de hombros.

—¿Dónde has conseguido esos libros?

El joven se encogió de hombros de nuevo.

—Ayer te vimos en el hotel Palestina. John Hamilton y tú parecéis buenos amigos...

Alí tomó el vasito de té y lo vació de un trago.

—¿Quiénes son y qué quieren?

—No debes alarmarte. Solo queremos hablar contigo unos minutos. Enseguida nos marcharemos y te dejaremos en paz —dijo Rashid.

Alí suspiró con fastidio.

—Se lo repito de nuevo: ¿quiénes son y qué quieren?

—Somos agentes de la policía de Bagdad. Investigamos un caso y queremos hacerte unas preguntas —dijo el doctor, y le enseñó de forma fugaz el carnet que lo acreditaba como policía.

—Imagino que son conscientes de que esa credencial es papel mojado en Sadam City, y que pronto, cuando lleguen los americanos, tampoco servirá para nada en el resto de la ciudad, ¿no? Ni ese carnet, ni el del Baaz, ni ningún otro.

Jaled y Rashid escuchaban impertérritos.

—Así que díganme un motivo por el cual debo responder a sus preguntas —continuó Alí.

Rashid esbozó una sonrisa afable que contrastaba con la expresión grave de Jaled.

—Se me ocurren muchos —susurró el doctor—. Porque has ofendido a mi amigo, y porque somos dos, estamos armados, tenemos el coche aparcado en la calle, en las comisarías de la policía de Bagdad sigue habiendo calabozos y yo aún tengo autoridad para arrestarte y continuar esta conversación en un entorno mucho menos agradable para ti. Tal vez estés en lo cierto, pero hasta que lleguen los americanos me parece que mis motivos son muy convincentes.

—Nunca saldrían de Sadam City conmigo en su coche.

—¿Quieres que lo comprobemos?

Alí se encendió un cigarrillo.

—Sí, es verdad, ayer estuve en el hotel Palestina, no es ningún secreto. En realidad voy cada día. Trabajo allí. De hecho, en un hora debería encontrarme con Hamilton en la recepción.

—¿Trabajas para John Hamilton?

—Soy su *minder*. Mi tarea consiste en traducir para él y moverlo por la ciudad.

—¿Adónde lo llevas?

—A donde está permitido por el Ministerio de Información.

—¿Siempre?

—Casi siempre. Al final de cada jornada elaboro un informe para mi superior. No es asunto mío si Hamilton va a lugares a los que no debe.

—¿Desde cuándo trabajas para él?

—¿Por qué me interrogan? —preguntó Alí, de nuevo exasperado.

—No te preocupes. Límitate a responder y pronto acabaremos.

—No lo sé, no cuento los días, desde poco después de que empezara la guerra.

—¿Y qué piensas de él, de su carácter?

—Es un tipo normal, quizá un poco introvertido, pero normal. Como todos los extranjeros, es distinto a nosotros. Tiene algunas cosas raras...

—Anoche salió del hotel. ¿Adónde fue?

—No tengo ni idea.

—¿No te lo ha dicho?

—Hoy todavía no lo he visto.

—Has dicho que tiene cosas raras. ¿Puedes ser más específico?

—He trabajado con algunos periodistas extranjeros pero Hamilton no se comporta como la mayoría de ellos.

—¿A qué te refieres?

—No sé. Por ejemplo, no trabaja todos los días. Realiza reportajes que requieren mucho tiempo. No escribe para un periódico o envía crónicas para una radio, como los otros. Ahora está preparando un reportaje sobre los niños y la guerra.

Rashid dio dos sorbos al té, que se había enfriado un poco.

—¿Dónde aprendiste inglés?

—Lo aprendí solo.

—¿Has estudiado en la universidad?

—No.

—¿Habéis visitado tú y Hamilton recientemente el asilo Al Amal?

—Sí.

—¿Qué hicisteis allí?

—Ya se lo he dicho. Hamilton está escribiendo un reportaje sobre los niños iraquíes. Le interesaba hablar con las empleadas del asilo y hacer fotos. Creo que quiere publicar algo sobre los niños durante la guerra. A Hamilton no le interesan las ruedas de prensa del Ministerio de Información ni los combates. Dice que solo quiere escribir sobre la vida cotidiana durante la guerra, y más específicamente sobre los niños. Saca muchas fotos.

—¿Fuiste tú quien le sugirió ir allí?

—Él me pidió ir a un centro de esas características y yo encontré ese asilo. Es mi trabajo.

—Pero tú no eres funcionario del Ministerio de Información...

—Los *minders* del ministerio no dan abasto. Ahora mismo hay cientos de periodistas extranjeros en Irak. El ministerio no puede atenderlos a todos.

—O sea que lo haces por dinero...

—Tengo que comer; tengo que vivir. Es un trabajo como cualquier otro. Hay que atender las necesidades de los periodistas y ellos pagan a cambio.

—Pero no eres funcionario...

—No, pero en el ministerio ya me conocen. No estoy cometiendo ningún delito acompañando a un periodista extranjero que está trabajando en Bagdad.

—Para hacer eso tienes que ser funcionario.

—Ya le he dicho que en el ministerio me conocen y saben perfectamente qué es lo que hago. Nunca he tenido problemas.

—¿Cuánto cobras al día?

—Doscientos dólares.

—Eso es mucho dinero.

Alí se sentía seguro de sí mismo, o eso le parecía a Rashid. El joven se incorporó en la colchoneta, tomó la tetera y, sin preguntar, sirvió un segundo vasito de té generosamente azucarado a los policías.

—Mis superiores en el ministerio se llevan su parte —murmuró—. Así funciona su régimen.

—En el orfanato Al Amal hay niñas —dijo el doctor, como si estuviera hablando consigo mismo.

—Sí, claro. Y niños. Y adultos.

—Quiero decir que hay dos niñas del orfanato que han sido asesinadas en los últimos días.

El joven se quedó mirando a Rashid como si no entendiera lo que acababa de escuchar.

—Asesinadas a sangre fría —añadió Rashid, que extrajo del bolsillo de la chaqueta un par de fotos del cadáver de Huda y se las pasó a Alí—. Apuñaladas de una forma inmisericorde en sus casas.

—Nunca he visto a esta niña —dijo Alí, que echó un vistazo rápido a las fotos sin tocarlas.

—Un buen musulmán nunca les haría eso a unas niñas, ¿verdad?

Alí lo miró sin decir nada.

—¿Qué hacía Hamilton en el asilo?

—Ya se lo he dicho. Se entrevistó con la directora y las trabajadoras, y tomó fotos, muchas fotos.

—Dime, ¿trataba bien a los internos o era maleducado como todos los americanos?

—No, les hablaba con dulzura, les decía cosas bonitas en inglés, incluso les regalaba juguetes.

—Juguetes.

—Sí, juguetes.

—¿Juguetes?

—Sí. Ser amable con esos desafortunados niños y comprarles juguetes no es ningún delito, ni siquiera en Irak.

—Cierto. Pero acuchillar hasta la muerte a niñas indefensas sí lo es.

—Sin duda.

—Y dime, ¿a qué partes de Bagdad habéis ido tú y el periodista americano?

—No sé, barrios pobres, a donde sugiere Hamilton.

—¿Habéis estado, no sé, en Shula?

—¿Donde el bombardeo del mercado?

—Sí.

—No.

—¿Y en Al Mansur?

—¿Quién no ha estado alguna vez en Al Mansur?

—¿Y anoche?

—¿Perdón?

—Anoche. ¿Adónde fuisteis anoche?

—Anoche yo no fui a ningún sitio. No me muevo por Bagdad de noche. El Gobierno lo desaconseja.

—¿Estás seguro?

—Puede preguntar por el barrio, si le apetece. Centenares de personas le dirán que pasé la noche con ellos.

Rashid apreció la ironía.

—¿Y aquí? ¿Has traído a Hamilton a Sadam City?

—Hicimos fotos en casa, a mis padres y mis hermanos.

—Entiendo. La vida cotidiana bajo la guerra, ¿no?

—Eso es.

—Eso es. ¿Y el Ministerio de Información sabe que trajiste a un americano a Sadam City?

Alí tragó saliva.

—Es cierto que hemos estado en barrios prohibidos sin autorización del ministerio, pero todos los periodistas extranjeros lo han hecho.

—Supongo que sí —murmuró Rashid—. Supongo que sí...

El doctor se levantó y con un gesto instó a Jaled a imitarlo.

—Es hora de irnos —dijo Rashid—. Gracias, Alí, nos has sido de gran utilidad.

El joven les acompañó hasta la puerta. Ni la mujer en la silla de ruedas, que dormitaba, ni el hombre de la barba canosa, muy ocupado leyendo el Corán, respondieron a su despedida. Ya con la puerta de la vivienda abierta, Alí cogió del antebrazo a Rashid.

—Cuando lleguen los americanos, ese carnet suyo sí servirá para algo —le dijo, casi al oído.

—¿Para qué? —repuso Rashid.

—Para cazaros uno por uno a todos vosotros, asesinos.

Alí pegó un portazo en las narices de los policías. Rashid y Jaled se calzaron, bajaron la escalera y subieron al coche. No volvieron a hablar hasta que rebasaron el último cruce de Sadam City.

*Asilo Al Amal. Mustansiriya. 13:00 h.*

«No os creáis los rumores que difunde el enemigo para sembrar confusión. Los americanos mienten cuando dicen que sus paracaidistas han entrado en Bagdad...». El tono del locutor de la radio estatal trataba de parecerse a una arenga, pero Rashid detectó un poso de desconfianza en su voz. El Gobierno, continuaba el locutor, ofrecía una recompensa de quince millones de dinares a quien destruyera un tanque, un camión de transporte o una pieza de artillería.

—Pronto tendremos que empezar a contar en dólares —comentó Jaled, que estaba aparcando el Peugeot frente al asilo Al Amal.

La visibilidad a causa de la tormenta había empeorado. Los pocos vehículos con los que se habían cruzado por el camino circulaban con precaución extrema, muchos cargados de maletas y electrodomésticos, con familias enteras hacinadas en su interior, los niños sentados en las rodillas de las abuelas, bebés llorosos en el regazo de sus madres, los padres con la ventanilla abierta a pesar del polvo y la arena para poder fumar. Los bagdadíes huían de la ciudad ante la inminente ofensiva americana.

—*Salam aleikum* —dijo la directora del asilo Al Amal cuando los recibió en la puerta de la casona—. ¡Qué tormenta! Parece que Dios ha querido declarar la guerra a los americanos.

—*Aleikum al salam*. A lo mejor Alá nos manda un mensaje que no sabemos descifrar —dijo, sonriente, Rashid.

Rim al Zahhar vestía el mismo chador del día anterior. Su expresión, circunscrita al óvalo que dejaba a la vista su vestimenta, denotaba que no esperaba una segunda visita de los policías.

—Quién sabe. Una de las trabajadoras dice que es la peor tormenta de arena en cincuenta años. Resulta llamativo que suceda justamente hoy, en estas circunstancias.

—Quién sabe —murmuró Jaled.

Cruzaron el patio, vacío a causa de la tormenta. Al pasar junto a una de las canastas, Rashid se agachó y cogió la pelota de baloncesto con la que había jugado el día anterior. La sopesó unos instantes con una irónica expresión de entendido y siguió a la directora botando el balón. Dentro del asilo, el olor a desinfectante los aturdió. Varios internos se agolparon a su alrededor. La mujer de la blusa azul y el pijama rosa se mantuvo al margen, entretenida en jugar con la muñeca de Fátima que le había regalado Rashid. Alguien, tal vez ella misma, le había arrancado la cabellera y uno de los ojos, pero eso no impedía que la mujer la acunara como si fuera un bebé. En un

rincón, sentado en una silla de plástico blanca, dormía el niño que se golpeaba la cabeza contra la pared. Una docena de moscas se arremolinaban en sus mejillas sin que pareciera molestarle. Daba la sensación de que los insectos no se habían movido de su cara desde el día anterior.

La directora les condujo hasta su despacho. Esta vez cerró la puerta tras de sí. Rashid sintió clavada en él la mirada de Sadam Husein desde el retrato que presidía la estancia. El doctor sonrió de forma forzada y encendió un cigarrillo.

—Ustedes dirán en qué puedo ayudarles —dijo Al Zahhar después de servir un té a los dos policías.

—La entretendremos solo unos minutos, directora, supongo que debe de estar muy ocupada.

—La ciudad está crispada —comentó Al Zahhar—. Y no me pregunte por qué, pero los estados de ánimo del exterior también afectan a los internos. Supongo que nosotras traemos nuestras preocupaciones al asilo.

—Tal vez —musitó Jaled.

—Puede ser —dijo Rashid.

Durante unos segundos bebieron el té en silencio. Rashid golpeaba rítmicamente la pelota de baloncesto con las uñas mientras una sonrisa bobalicona danzaba en sus labios.

—No sé si le dije en nuestro anterior encuentro, directora, que yo pasé parte de mi juventud en Escocia, concretamente en Edimburgo.

—No lo recuerdo —dijo Al Zahhar.

—Perdone la digresión, pero sí, estudié Medicina en Edimburgo. Fue una etapa feliz de mi vida, debo confesarle, entregada al estudio y a investigar y experimentar por mí mismo los límites de la existencia. Fui un privilegiado, lo admito.

Rashid calló unos instantes, como si hubiera perdido el hilo de lo que quería decir. Al Zahhar se removió incómoda en su asiento. Jaled la miró con una expresión carente de todo significado. «Eres un egoísta, Rashid, que solo piensa en sí mismo, que avasalla y humilla a los demás con sus conocimientos».

—Yo tenía diecinueve años, los ojos y los oídos muy abiertos, quería beberme la vida a tragos —prosiguió finamente—. Llegué en 1968. En febrero de aquel año, una joven llamada Patricia Docker fue asesinada después de acudir a una sala de baile de Glasgow. El verano del año siguiente, otra mujer también fue asesinada la noche en que acudió a divertirse a aquel mismo local. En otoño, hubo una tercera víctima, no recuerdo su apellido, solo que se llamaba Helen. Como puede imaginarse, Escocia entera, todo el Reino Unido de hecho, vivió con gran intensidad esas muertes, atribuidas a un misterioso asesino al que por detalles que no vienen al caso bautizaron como Bible John. Imagíneme, directora, con veinte años recién cumplidos, aficionado a las novelas policiacas de autores que tal vez no le resulten familiares, Poe, Dorothy Sayers, Conan Doyle, en un país extranjero, imbuido de ideales sobre la justicia y el papel de la policía en una sociedad sana, rebosante de teorías sobre la naturaleza del

mal y del crimen. Viajé a Glasgow y visité el local donde esas desafortunadas vivieron las últimas horas de su vida. Seguí con pasión las informaciones que aparecían en los periódicos, e incluso pedí una entrevista con el responsable de la investigación que, por supuesto, me fue denegada. Puede suponer que con los pocos datos de los que disponía construí mis propias y descabelladas teorías sobre los asesinatos y la identidad de Bible John. Después de tanto tiempo, ese hombre sigue siendo un gran misterio para mí.

Rashid se levantó y se asomó a la ventana. Ante el pasmo de Jaled, el doctor empezó a botar la pelota de baloncesto en el despacho. Al Zahhar seguía el balón con la mirada, como si ejerciera sobre ella una atracción irresistible.

—¿Sabe? Cuando hablaba sobre esas muertes con mis compañeros en la universidad o con mi tío Tareq, mi sangre bullía. Estaba convencido de que la policía había traicionado a los ciudadanos a los cuales debe servir, que les había fallado. Con el maniqueísmo que caracteriza a la juventud, no lograba entender que un crimen quedara impune y concluí que un sistema que no consigue resolver el asesinato de tres mujeres, que no habían cometido más delito que salir a divertirse, no cumple con su obligación, con la misión para la que ha sido creado. Un país sano es un país justo. ¿No lo cree así?

—Supongo —susurró la directora—, pero no entiendo...

—¿Qué decir entonces cuando se trata de dos niñas como Huda y Fátima, la personalización misma de la inocencia? —la interrumpió Rashid—. Ningún mal habían cometido estas dos niñas, y han sido asesinadas, brutalmente asesinadas. Como musulmanes, como iraquíes, como policías, Jaled y yo no podemos fallar a nuestra religión, a nuestro país, a nuestra obligación, permitiendo que el asesino de esas dos niñas huya impune. Sé lo que piensa: que el país se desmorona mientras yo estoy hablando, que ya no hay Gobierno y que no sabemos qué va a suceder no ya mañana, sino dentro de unas horas. Es cierto, pero estas desgraciadas circunstancias no pueden ser una excusa para Jaled y para mí; por el hecho de que los americanos estén a punto de lanzar una ofensiva contra la ciudad, Jaled y yo no debemos dejar de cumplir con nuestra obligación como buenos policías, buenos iraquíes y buenos musulmanes. Un país sano es un país justo, en eso todos nosotros estamos de acuerdo, ¿no es así?

El doctor se detuvo para apurar su té, ya frío. Su frente estaba perlada de sudor. Jaled se preguntó si sus palabras iban en realidad dirigidas a la directora Al Zahhar. Era como si Rashid, pensó el asistente, se estuviera convenciendo a sí mismo.

—Como bien sabe, directora, el profeta dejó dicho en un hadiz que siempre hay que administrar justicia, incluso a los propios familiares de Mahoma. También sabe que dos de los noventa y nueve nombres o atributos de Alá que contiene el Corán están directamente relacionados con la justicia, Al Adel, el Justo, y Al Muqsit, el que Dispensa la Justicia. A quien no practica la justicia se le castigará en el Día del Juicio. ¿Quién dispensará justicia con Huda y Fátima, directora? El mundo tal y como lo

conocemos se desmorona en medio de esta tormenta de arena, así que yo me pregunto: ¿quién hará justicia con Huda y Fátima? Alá, sin duda, se encargará de la justicia en el otro mundo, pero es necesario que también se haga justicia aquí, en este mundo, donde se ha cometido el horrendo crimen. Los dos horrendos crímenes. Los difíciles tiempos que nos ha tocado vivir no son una excusa para desistir de este noble empeño. Al contrario, directora, yo creo que precisamente porque vivimos estos tiempos tan convulsos es necesario más que nunca que nos esforcemos en hacer justicia, ¿está de acuerdo conmigo?

—Sí, claro, así lo creo —balbució Al Zahhar.

—¿Quiere ayudarnos a Jaled y a mí a hacer justicia con Fátima y Huda, a encontrar a su asesino?

—Por supuesto. Un país sano es un país justo, ¿no?

Rashid sonrió de forma teatral.

—Entonces, directora, explíqueme: ¿por qué nos mintió ayer cuando dijo que no veía más vínculo entre Fátima y Huda que el hecho de que habían compartido estas cuatro paredes y una deficiencia mental similar? ¿Por qué acudió ayer al hotel Palestina y se entrevistó con un periodista americano tras nuestra visita? Dígame, directora, ¿me dirá quién trajo al asilo esta pelota de baloncesto?

Rashid depositó con fuerza la pelota encima de la mesa de Al Zahhar. La directora del asilo miraba al doctor demudada, como si la hubiera abofeteado.

—Yo no le mentí... —susurró.

—¿De qué habló con el periodista John Hamilton?

—¿Cómo lo sabe?

—¿Conocía John Hamilton a Fátima y a Huda?

—Es cierto que ayer estuve en el hotel Palestina...

—Y también es verdad que se reunió con el periodista americano.

—Apenas lo vi un instante...

—¿De qué hablaron?

—Ya les digo que apenas nos vimos un instante. Le dije que ustedes habían estado en el asilo y...

—¿Y?

—... y que no quería saber nada más de él, que se habían cometido dos crímenes horribles...

—¿Cuál era su trato con Hamilton?

La directora tenía dificultades para mantener la vista en Rashid. Bajó los ojos y se ajustó las gafas.

—Se presentó un día en el asilo, cargado de juguetes. Me dijo que quería hacer un reportaje sobre la vida cotidiana bajo las bombas, que quería fotografiar a los niños y yo acepté, no vi que eso fuera ningún problema, el mundo necesita saber lo que los americanos nos están haciendo...

—¿Estaban Fátima y Huda en el asilo?

—Ya no, sus familias se las habían llevado.

—Piense bien la respuesta a mi siguiente pregunta, directora, porque es muy importante. ¿Le dio usted a ese periodista americano las señas de las familias de Fátima y Huda?

—Me dijo que estaba preparando un reportaje sobre los niños disminuidos en la guerra —respondió Al Zahhar, a la defensiva—. Que le interesaba mucho seguir a los niños fuera del asilo, su vida cotidiana con sus familias en tiempos de guerra, cómo los alimentan, cómo los bañan, cómo se relacionan con ellos... No me pareció que hiciera algo malo. Me dio la impresión de ser una persona seria y sensible, y no creo que su trabajo sea pernicioso...

—Insisto: ¿le facilitó usted las direcciones de las familias de las niñas?

—Sí.

—¿A cambio de qué?

—Me daba cien dólares por cada dirección... Pero el dinero no es para mí, es para el asilo, deben creerme.

—La creo —intentó tranquilizarla Rashid—. Escúcheme bien, por favor, directora, esta pregunta es más importante que la anterior: ¿le proporcionó al periodista americano alguna dirección más aparte de la de Fátima y Huda?

Al Zahhar garabateó unas líneas en una hoja y se la entregó a Rashid, que la consultó antes de guardarla en el bolsillo.

—Gracias, directora, ahora debemos irnos —dijo el doctor—. No se preocupe, sabemos el camino.

Rashid salió del despacho sin esperar a que a la directora se levantara. Jaled se quedó rezagado. El asistente quería saber si los niños del asilo se encontraban bien y si necesitaban algo. El doctor no le esperó. En la puerta de la salida, lo abordó la mujer de la camisa roja y la falda negra que agitaba los brazos como si fueran aspas de un molino.

—¿Adónde va? —le preguntó a gritos.

*Residencia de Nabil al Zarqa. Bagdad al Yadida. 15:00 h.*

Rashid golpeó con los nudillos la puerta de la casa, un edificio de una planta rodeado de una verja decorada con cenefas de color verde. Se encontraban en Bagdad al Yadida, un barrio establecido en los años cincuenta poblado con gente de clase media, asalariados y funcionarios, una mezcla de chiíes y suníes, con mayoría de los primeros, y una minoría cristiana. Zona residencial con pequeños comercios, no era un lugar que Jaled y Rashid solieran frecuentar, así que les costó dar con las señas que había garabateado la directora del asilo Al Amal.

—¿A qué dirías que se parece un lanzagranadas? —preguntó Rashid mientras

aguardaba a que les abrieran la puerta.

El asistente tosió ligeramente y escupió en el suelo una flema marrón.

—No lo sé, a una tubería, supongo. Un tubo largo.

El doctor volvió a golpear la puerta.

—Piensa como un niño, Jaled. Piensa como un niño.

Les abrió un adolescente espigado y de grandes ojos oscuros. Vestía una camiseta de tirantes amarilla con la palabra *Brazil* impresa en tonos verdes, pantalones cortos y unas sandalias polvorientas. De su hombro colgaba un fusil. Rashid estimó que el muchacho no tendría más de catorce años, la misma edad que Zeynab, aunque su hija parecía una niña comparada con ese muchacho armado para la guerra.

—¿Nabil? —preguntó con aire inocente Rashid—. ¿Nabil al Zarqa?

El adolescente los miró con suspicacia, sin dejarles pasar. Clavaba en ellos su mirada, sin duda preguntándose quiénes eran esos extraños. Sobre su labio crecía un fino vello facial, y el acné arrasaba su frente.

—Nabil es mi hermano —respondió el chico, con una voz aún de niño.

—¿Y tu padre? —insistió Rashid—. ¿Tu padre está en casa?

—¿Quién lo pregunta?

—La policía, hijo —respondió el doctor con la mejor de sus sonrisas—. Ve a buscar a tu padre y dile que queremos hablar con él de un asunto urgente.

El chico se alejó corriendo y dejó la puerta abierta. Rashid y Jaled la franquearon tímidamente. Un jardín descuidado en el que los tonos amarronados se imponían a los verdes rodeaba la casa, que se comunicaba con otros dos inmuebles que se alzaban a ambos lados a través de un camino marcado por piedras. Desde su posición, escucharon una algarabía lejana de risas y voces de niños y mujeres. Decenas de sacos terreros rodeaban los edificios, cuyos cristales habían sido asegurados con cinta aislante en un intento más voluntarioso que efectivo de protegerlos de la onda expansiva de las explosiones.

—¿La rama de un árbol?

Rashid negó con la cabeza.

—Usa tu imaginación, piensa como un niño.

—No soy un niño —respondió Jaled, un poco irritado—. De hecho, tengo dos.

—Pues entonces piensa como tus hijos.

—¿Quiénes son y qué quieren? —les preguntó un hombre de mediana edad, alto y enjuto, con barba de varios días y un semblante en el que se leía desconfianza hacia los visitantes. Guiado por el adolescente, había surgido de la casa situada a la derecha de los policías todo lo rápido que le permitía una pronunciada cojera.

—Somos policías —dijo Rashid, mostrando sus credenciales—. ¿Y usted es...?

—Suleyman al Zarqa —respondió el hombre, más cordial tras comprobar que efectivamente Rashid y Jaled eran policías—. ¿Han venido a revisar nuestros preparativos contra los americanos?

Suleyman vestía uniforme y de su cinto colgaba una pistola. Rashid reconoció en

su voz el tono de docilidad ante la autoridad de quien ha servido en el ejército.

—En realidad hemos venido a hablar con su hijo Nabil —dijo Rashid—. ¿Se encuentra en casa?

—¿Nabil? ¿Qué quieren de Nabil?

—¿Podemos verlo?

—¿Por qué? ¿De qué conocen a Nabil?

—No lo conocemos. Mi colega y yo estamos en una investigación oficial que, confío, no afectará a su hijo. Pero necesitamos verlo y después hacerle a usted unas preguntas. ¿Le importa? Es una investigación oficial.

Suleyman se miró la punta de los zapatos y carraspeó.

—Un buen ciudadano tiene la obligación de ayudar a la policía —musitó—. Nabil está con las mujeres y el resto de los niños. Síganme.

Cruzaron el jardín de la casa de los Al Zarqa y varias viviendas más al ritmo que imponía la cojera del hombre. Las casas eran idénticas entre sí, y todas estaban protegidas con sacos terreros.

—¿De qué guerra es usted veterano? —preguntó Rashid.

—¿Cómo sabe que fui militar?

—Su porte le delata.

Suleyman asintió con vigor, satisfecho.

—Combatí contra Irán, pero milito en el partido desde antes. Siempre quise luchar por construir una nación fuerte y poderosa al lado de nuestro presidente.

—Es usted un patriota.

—Así es. Sadam Husein, a quien Alá dé sabiduría en estos tiempos tan difíciles, logró construir esta nación fuerte, y es algo que los americanos no pueden tolerar. Yo no he ido a la universidad, soy un hombre humilde, un militar, pero enseguida vi que Sadam era un auténtico líder, querido, respetado y admirado por los árabes en todas partes y dispuesto a levantar a Irak de su postración. Y eso fue lo que hizo. Y por eso tantos enemigos nos odian e intentan aniquilarnos. ¡Y encima dicen que ellos son una democracia y nosotros, unos bárbaros! Prostituidores de palabras, eso es lo que son. George Bush no es Satán, es el gran prostituidor de palabras.

Rashid asentía mientras Suleyman hablaba, lo que el exmilitar interpretó como una venia para seguir exponiendo sus posicionamientos políticos. Detrás de él, su hijo bostezaba y caminaba arrastrando los pies.

—Sadam ha trabajado cada día y sin descanso por los pobres. Un militar veterano como yo, lisiado en el frente, ha podido llevar una vida normal gracias a él. Mi familia era pobre y aun así hemos salido adelante con dignidad. Mis hijos han podido estudiar. Hay gente que olvida que eso ha sido posible gracias a Sadam. Pero sus enemigos, incluidos los árabes, no solo lo olvidan sino que no lo aceptan. Mirad Arabia Saudí, los saudíes son un pueblo de pastores anclados en el pasado que temen a Sadam por la sencilla razón de que el *rais* aspira a extender el baazismo por el mundo árabe. Los saudíes se sienten amenazados, y con razón. No me extraña que

apoyen a Estados Unidos, ya lo hicieron en 1991, y lo volverán a hacer siempre que se les presente la oportunidad. Los iraquíes no contamos con amigos para hacer frente a la constante amenaza exterior. El mundo árabe está dividido y por eso luchamos nosotros solos contra Occidente.

«Occidente. Rashid, escúchame, hay que aprender de ellos, de los occidentales, y hay que conocer Occidente por dentro, sus fortalezas y sus debilidades, para poder combatirlo. Ve, pues, y aprende. Y después regresa». Cuando Rashid partió hacia Edimburgo, su padre le dio la mano como quien saluda a su abogado antes de disponerse a hablar de negocios. La despedida entre padre e hijo no fue sentimental, sino política, como lo era gran parte de su relación; el terreno político era el lugar de encuentro que las emociones no les brindaban. El padre de Rashid, Mohamed al Said, nació en Bagdad en 1912. Fue médico, hijo de médico, nieto de médico y, con el tiempo, padre y abuelo de médico. Fue un hombre de exquisita educación, de cultura refinada y de posibles, dada la formación que recibió gracias a la situación profesional de su padre, el abuelo de Rashid, pariente cercano del padre de Ahmed Hasan al Bakr, uno de los líderes históricos del Baaz, presidente del país durante once años y antecesor de Sadam en el cargo.

En el Bagdad de los años veinte y treinta el padre de Rashid aprendió inglés y cultivó una ambigua relación con los británicos, que establecieron un Mandato en Irak desde la caída del Imperio otomano hasta 1932, al menos sobre el papel. Desde un punto de vista cultural e incluso político, al menos hasta cierto punto, el padre de Rashid era anglófilo. Una de las experiencias cruciales de su vida fue el viaje que él y su hermano menor Tareq efectuaron a Londres justo antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial. La ciudad impresionó al padre de Rashid, pero de ese viaje el joven extrajo una conclusión contradictoria: amaba la libertad y la democracia británicas, pero no entendía por qué esa gran nación oprimía a otros países del mundo para robarles sus recursos naturales. En aquellos años a Mohamed lo enervaba especialmente el acuerdo anglo-iraquí para la venta de petróleo, que era motivo de repulsa y vergüenza en amplias capas de la sociedad iraquí, sobre todo, como era el caso de Mohamed, para los jóvenes nacionalistas. No es de extrañar que el padre de Rashid se inmiscuyera en asuntos políticos y que en 1941 se involucrara en el golpe que derrocó al regente Abdalá, para poner fin a la tutela británica, con el apoyo de potencias como la Alemania nazi y la Italia fascista. Consecuente con sus decisiones, cuando los británicos invadieron Irak, Mohamed luchó en las filas nacionalistas y fue apresado en combate. Fue su primera experiencia en la cárcel y a ella le debía el doctor su nombre de pila: su padre eligió Rashid en honor de Rashid Alí al Gaylani, futuro primer ministro y uno de los líderes de los militares y políticos antibritánicos que protagonizaron el golpe contra el regente.

—El petróleo es nuestro —afirmó Suleyman—. El padre de Bush nos echó de Kuwait para quedarse con el petróleo, pero Kuwait, más pronto que tarde, regresará a Irak. El emir y su familia han usurpado una de las provincias más ricas de Irak

aliándose con Estados Unidos, pero esto no podrá durar siempre.

Suleyman se detuvo ante una casa frente a la cual jugaban al menos dos docenas de niños. Entre los pequeños y su escandalera, cinco mujeres y varias chicas jóvenes con *hiyab* trajinaban de un lado para otro intentando gobernar el caos de aquella guardería improvisada.

—Un grupo de vecinos hemos juntado a las mujeres y los niños del barrio en la casa más segura —explicó Suleyman—. Así, cuando los hombres nos enfrentemos a los americanos, ellas y los niños estarán a salvo.

—¿Dónde está Nabil? —preguntó Rashid.

Suleyman los guio hasta un rincón del jardín. Sentado en el suelo, un niño cubierto a medias por una manta y con los rasgos del síndrome de Down observaba el cielo encapotado. El polvo de la tormenta sobre sus hombros le daba el aspecto de una escultura olvidada en un rincón de un museo. Su trastorno debía de ser profundo, ya que no reparó en la llegada de su padre y aquellos dos extraños. A sus pies tenía un camión de bomberos de un rojo reluciente, nuevo, al cual no le hacía el menor caso. Rashid se sentó en cuclillas frente a él y le acarició el pelo.

—¿Cuántos hijos tiene, Suleyman? —preguntó el doctor.

—Cinco niñas y dos niños, ¿puede creérselo?

—Alá sabrá recompensarle en la otra vida por su paciencia —bromeó Jaled, y todos rieron.

—¿Ha sucedido algo inusual últimamente con Nabil? —inquirió Rashid, de nuevo de pie.

—¿Algo inusual? No entiendo lo que quiere decir. Su vida es siempre así, no habla, parece que no escucha. De vez en cuando sonrío a su hermana mayor. O pensamos que sonrío. Nunca le pasa nada.

—Ya veo —susurró Rashid—. Este camión de bomberos... ¿Cree que a Nabil le importará prestármelo unos minutos?

Suleyman miró a Rashid como si no entendiera lo que le estaba preguntando.

—No, claro que no.

El doctor sonrió como si esa fuera la mejor noticia que hubiera recibido en semanas y cogió el camión.

—¡Perfecto! ¿Qué le parece si vamos a un lugar un poco menos ruidoso? Nos gustaría hacerle algunas preguntas...

Suleyman los llevó de regreso a la primera casa, donde vivía con su familia. Los condujo hasta una sala dotada de sillones de madera desgastada y decorada con tres grandes fotos de Sadam Husein y una vista general del santuario de La Meca durante la peregrinación anual. Allí esperaron pacientemente a que el exmilitar regresara con una bandeja con café y unas galletitas muy dulces.

—Los policías son bienvenidos en mi casa —dijo Suleyman—. Los patriotas del partido siempre son bienvenidos en mi casa.

—Gracias —respondió Rashid, mordisqueando un dulce mientras estudiaba con

aire distraído uno de los retratos de Sadam.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo Suleyman.

—Por supuesto.

—¿Lo ha visto alguna vez? De cerca, quiero decir. En persona.

—¿A quién?

—Al *rais*. Supongo que como policía habrá tenido la oportunidad de hablar con él, no sé, de departir sobre asuntos trascendentes.

—Mi padre compartió cárcel con él.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—En 1964.

—¿Y qué ocurrió?

Mohamed al Said jamás hablaba del tiempo que compartió con Sadam en la cárcel por sus actividades políticas. Antes de morir, su madre le dijo a Rashid que Sadam enfermó y que su padre lo curó, pero el doctor nunca logró arrancarle a su padre una narración de lo que sucedió. En el partido, los más imaginativos habían difundido la historia de que el padre de Rashid había tratado al futuro líder de las heridas causadas por las torturas de sus carceleros. Otros incluso decían que le salvó la vida. Sucediera lo que sucediese, Mohamed nunca habló del tema con su hijo, pero ese oscuro episodio tuvo como consecuencia que el apellido Said fuera pronunciado con respeto dentro del Baaz, especialmente cuando Sadam se hizo con el poder.

—Nada —respondió Rashid—. Apenas hablaron. Había muchos patriotas en la cárcel en aquellos tiempos.

—Yo tuve el honor de estar cerca de él en el frente de Basora —dijo Suleyman.

—¿En qué año?

—En 1987.

Rashid recordaba perfectamente la ofensiva iraní de 1987, sobre todo los terribles bombardeos de febrero. Las tropas persas se quedaron apenas a doce kilómetros del centro de la ciudad en una operación que se saldó con más de cien mil muertos entre ambos bandos. En plenos combates, Sadam organizó una rara visita al frente para levantar la moral de los soldados. Rashid lo vio desde lejos y percibió su aureola de líder incontestable, acompañado en todo momento por un séquito solícito y servil en el que destacaba la figura escuálida del general Abu Yehiya. Por aquel entonces Rashid ya había aprendido que su apellido no abría tantas puertas en el partido como su padre había imaginado, y el doctor ya albergaba dudas respecto al régimen. En parte por lo que le había sucedido con Abu Yehiya, pero también por esa guerra sin sentido, en la que, pensaba el doctor, Sadam no había podido, o no había sabido, evitar convertirse en un peón de Washington.

—Este soy yo —dijo Suleyman a la vez que mostraba a Jaled y Rashid una foto que había extraído de un cajón. Su dedo índice señalaba a un joven de rostro macilento, abrazado a otros jóvenes igual de demacrados que él, sucios y mal alimentados. Sonreían con una alegría salvaje y artificial a la cámara pero sus ojos no

reían, parecían incómodos, forasteros, en un rostro que expresaba sentimientos contrarios a los suyos. Esa mirada le resultaba familiar a Rashid, la había visto en centenares de soldados y en las miles de personas que protagonizaron el éxodo de Basora durante la guerra. Una mirada opaca, sin vida, muy similar a la que se podía ver ahora en Bagdad en los ojos de quienes abandonaban la ciudad ante la llegada de los americanos.

—Yo estuve allí —dijo el doctor—. En Basora, durante la guerra. Y también vi a Sadam el día que visitó la ciudad.

Suleyman se acercó a Rashid y, ceremoniosamente, lo besó tres veces en las mejillas.

—Mis respetos a un patriota —dijo—. ¿Es usted de formación militar?

—No, Suleyman, yo le presento mis respetos a usted. Yo no combatí, usted sí. Solo soy un médico que ha acabado siendo policía.

Rashid recordaba a los soldados iraquíes cavando trincheras bajo un sol inclemente, aullando de dolor en los hospitales de campaña, flotando sin vida en el Shatt al Arab, el río en el que confluyen el Éufrates y el Tigris, cadáveres hinchados, deformes, irreconocibles. A Rashid siempre le resultó irónico que se considerara que el ejército iraquí estaba mejor entrenado, armado y pertrechado que el iraní, muy superior en número. Era verdad que Irak contó con la ayuda occidental para perpetuar la guerra y que su material bélico fue decisivo para mantener a distancia a los combatientes iraníes, muy motivados pero sin armamento de calidad. Pero él había visto morir a esos jóvenes en las trincheras, y no le pareció que formaran un ejército bien preparado. A sus ojos, eran unos jóvenes asustados, utilizados como carne de cañón. Le daba escalofríos pensar en la formación y los medios con los que los iraníes fueron enviados a morir, si esos soldados iraquíes que él había visto constituían un ejército mejor entrenado que el persa.

—Todos los iraquíes luchamos entonces, de la misma forma que lo estamos haciendo ahora —dijo Suleyman, elevando la voz—. Nuestro ejército no permitirá que los americanos ocupen el país. Bush se llevará una sorpresa cuando intente entrar en Bagdad. Los soldados iraquíes no dejaremos que sus tropas avancen. Es verdad que cuenta con aviones y tanques muy modernos, pero nosotros tenemos la voluntad de no permitirles que nos ocupen. Y aunque nos ocupen, desde ese mismo instante lucharemos para quitárnoslos de encima y al final tendrán que abandonar Irak como perros rabiosos. El pueblo ama la libertad y no tolerará que los americanos nos gobiernen.

—Y aun así usted acepta regalos de un americano, ¿no? —replicó Rashid, mordisqueando una de las galletitas.

Suleyman depositó de golpe su taza de café en la bandeja y derramó parte de su contenido. La cortesía había desaparecido de su rostro como si se hubiera desprendido de una máscara. Susplicia y miedo ocuparon su lugar.

—No sé de qué me está hablando...

—Este camión —dijo Rashid, mostrando el juguete de Nabil—. Lo trajo anoche un americano, ¿no? Para Nabil.

—¿Cómo lo sabe? ¿Están vigilando mi casa? ¿Quiénes son ustedes?

—Policías, ya se lo he dicho. Y no tenemos nada contra usted. Solo queremos saber qué sucedió anoche en esta casa, qué quería ese americano de Nabil.

—¿De qué conocen a Nabil?

—Sabemos que lo sacó usted hace poco del asilo Al Amal.

—Así es, me lo pidió la directora.

—Y que anoche vino un americano, preguntó por Nabil y le trajo este camión de regalo.

—¿Cómo lo sabe?

—Saber cosas es mi trabajo. ¿Qué sucedió? ¿Qué quería?

—Puede confiar en nosotros —intervino Jaled—. Somos policías. También somos del partido. Es muy importante que nos lo cuente, no tenga miedo.

—No soy ningún espía ni ningún colaboracionista —susurró Suleyman.

—Lo sabemos. Solo queremos que nos diga qué quería el americano. Cuando nos lo cuente, nos iremos.

—Sí, anoche vino ese hombre —admitió Suleyman—. Era un periodista, o eso dijo. Me pidió permiso para fotografiar a Nabil. Eso es todo.

—¿Y usted qué hizo?

—Lo eché de mi casa. ¡Fotografiar a un niño como Nabil! ¿Para qué? ¿Y un americano?

—Y él ¿qué le dijo?

—Intentó comprarme con sus sucios dólares y con juguetes para Nabil. ¿Saben qué le dije?

—No, ¿qué le dijo?

—Que soy un buen musulmán y un buen iraquí, y que mi mano nunca tocará un billete de dólar.

—¿Estaba solo?

—No. Le acompañaba un chico joven que le hacía de traductor.

—Describa al americano.

—Alto, pelo rojo. Con gafas.

—¿Y le dijo para qué quería fotografiar a Nabil?

—Para hacer un reportaje, para enseñarle al mundo las consecuencias de la guerra en la población civil. ¡Como si eso sirviera de algo! Apenas estuvo en casa cinco minutos hasta que lo amenacé con dispararle si no se iba.

Y para demostrar la seriedad de su postura, Suleyman sacó la pistola de su cinto y la depositó con fuerza encima de la bandeja del café. Una galletita cayó al suelo. Rashid entrecerró los ojos y permitió que se prolongara el silencio, solo roto por los carraspeos incómodos de Suleyman.

—Suleyman —dijo el doctor—. Usted es un veterano de guerra, un buen

musulmán y un buen patriota...

—Gracias —le interrumpió el exmilitar.

—Como tal, sabe que no es correcto mentir a la policía.

Rashid profirió su acusación con la naturalidad de quien habla del tiempo.

—¡Cómo se atreve...! —exclamó Suleyman, su rostro brutalmente enrojecido.

—Nos ha mentado, Suleyman. Usted lo sabe, yo lo sé. No pasa nada, estos son tiempos difíciles, no estoy interesado en usted, solo quiero que me diga la verdad. ¿Cuánto dinero le dio el americano?

Suleyman tragó saliva. Miraba de reojo la pistola. Jaled se incorporó. Rashid parecía muy sereno, como si estuviera conversando con un viejo amigo.

—Cien dólares —admitió con voz queda.

Rashid asintió con un gesto comprensivo.

—¿A cambio de qué?

—Fotografiar a Nabil.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—Una hora.

—Cuénteme los detalles.

Suleyman no tenía mucho que contar. El dinero que el americano le ofrecía le aseguraba la manutención de su familia varios días, incluso semanas. El periodista tomó las fotografías en la habitación del niño. Suleyman recordaba el pelo rojizo del reportero y que su traductor fumaba mucho. Y que Nabil parpadeaba cada vez que se activaba el *flash*.

—Son malos tiempos para un hombre lisiado. No hay trabajo, no hay dinero... —susurró Suleyman.

Rashid le hizo callar con un gesto y una mirada de comprensión.

—No debe disculparse —dijo. Mientras hablaba, garabateó unas líneas en su libreta, arrancó la hoja y se la entregó al atribulado veterano de guerra—. Si el americano regresa, envíe a alguien a buscarnos a cualquiera de estas dos direcciones. Inmediatamente.

*Hotel Palestina. 18:00 h.*

En recepción les dijeron que John Hamilton no se encontraba en su habitación. Desde los sillones donde se acomodaron, Rashid y Jaled avistaban la entrada al hotel y los ascensores. Tal vez Hamilton estuviera trabajando, fotografiando las calles vacías de Bagdad, o en la habitación de otro periodista. En estos días de guerra la solidaridad entre los reporteros se reforzaba para hacer frente a las adversidades, que no eran

pocas. Era una solidaridad profesional, y casi racial, que establecía un sutil vínculo, invisible pero palpable, entre los civilizados occidentales que se encontraban en Bagdad, en guardia contra los bárbaros iraquíes. Para estos, por supuesto, los bárbaros eran esos occidentales groseros y maleducados, la avanzadilla de las tropas americanas que acechaban la ciudad desde el sur. A esa hora de la tarde algunos periodistas deambulaban por el vestíbulo, pero la mayoría se encontraban en sus habitaciones elaborando las crónicas que aparecerían esa misma noche o al día siguiente en los medios que los habían enviado a Irak. En el hotel Palestina se palpaba la tensión; iba a ocurrir algo trascendental, aunque nadie supiera muy bien de qué se trataba. Una mujer en la treintena, muy guapa, se acercó a preguntar algo a los recepcionistas. Vestía unos pantalones blancos ceñidos y una camiseta azul de tirantes, y llamaba la atención en el vestíbulo repleto de hombres con bigote y chalecos de múltiples bolsillos. Intercambió unas palabras con los empleados, les sonrió y se dirigió hacia los ascensores, con decenas de ojos clavados en su anatomía. Hacía días que a Rashid le había llegado el chascarrillo de que había hombres iraquíes que se dejaban caer por el Palestina para matar el tedio de la guerra admirando a mujeres occidentales con la impunidad que da saber que se encontraban fuera de su alcance, desnudándolas con la mirada, imaginándoselas como jamás se atreverían a verbalizar, tratándolas de pensamiento como nunca osarían dirigirse, ni permitirían que nadie se dirigiera, a sus esposas, hermanas, hijas o madres.

—¿Qué diría su filósofo sobre eso? —preguntó Jaled con una sonrisa de complicidad mientras señalaba con el mentón a la bella extranjera. Era su tercer intento por entablar conversación desde que habían llegado al Palestina, pero Rashid no estaba de humor.

—Que es muy guapa —respondió el doctor, taciturno, mientras acababa de releer las cuartillas escritas a mano que durante todo el día había llevado en el bolsillo interior de la chaqueta.

Mirones. A los tres días de su estancia en Bagdad, Gladys ya estaba harta de los mirones. Al principio le resultaron exóticos, de la misma forma que le divertía que Rashid anduviera a su lado circunspecto, casi sin atreverse a rozarla, una actitud que contrastaba con el cariño con el que la tomaba de la mano o le echaba el brazo por encima del hombro cuando paseaban por Edimburgo. El segundo día, Rashid la apartó cuando ella intentó besarle en un restaurante. «¿Qué debo hacer para que me beses en público?», le preguntó Gladys esa noche, desnuda, su melena pajiza esparcida encima del pecho de Rashid. «Cásate conmigo», repuso él, sin titubear.

—¿Solo eso? ¿A los filósofos no les gustan las mujeres?

El reencuentro con mujeres occidentales, escuchar a extranjeras hablar en inglés, hacía que el doctor sintiera renacer un dolor antiguo. Después de hacer el amor con Gladys, Rashid le susurraba al oído un nombre, Lou, el nombre del gran amor de Nietzsche. Lou Andreas-Salomé. La simple sonoridad de ese nombre fascinaba a Rashid. Lou Andreas-Salomé es la mujer que aparece en una famosa foto fustigando

al filósofo con un látigo. Cuando Nietzsche se refería a las mujeres como «un gato bello y peligroso», tenía en mente a Lou Andreas-Salomé, la primera mujer que Nietzsche consideró capaz de dialogar sobre cuestiones que hasta entonces había reservado para otros hombres, de la misma forma que para Rashid, educado en la cultura árabe, Gladys fue la primera mujer con la que pudo hablar libremente sobre aquellos asuntos que le preocupaban y le ocupaban. Lou Andreas-Salomé se convirtió en un código de enamorados, en un nombre cuyo significado pleno solo conocían ellos dos. «¿Yo soy una gatita bella y peligrosa?», le solía preguntar Gladys mientras él la desnudaba. «Espera, que voy a buscar el látigo. Para domarte...», respondía Rashid riéndose. Y, mientras, el dedo índice de Gladys dibujaba un corazón en la nalga desnuda del joven Rashid, el símbolo invisible de su amor y de su deseo.

—Sí, los filósofos también se enamoran —respondió Rashid.

—El filósofo sobre el que escribes...

—¿Sí?

—¿Se enamoró?

—Sí. De una mujer extraordinaria llamada Lou Andreas-Salomé.

—Curioso nombre. ¿Hay muchas mujeres que se llaman así en Occidente?

—No. Es un nombre peculiar, tienes razón.

—¿Tuvieron muchos hijos?

—No. Nunca llegaron a casarse.

Rashid encendió un cigarrillo y se acarició las sienes. Su mirada se posó en los iraquíes de la recepción. Todos llevaban bigote, como él mismo. Casi todos fumaban. Algunos jugueteaban con un rosario con las noventa y nueve cuentas que representaban los nombres de Alá. Muchos eran de los servicios secretos o empleados del Ministerio de Información. Algunos pocos trabajaban en el hotel. Y había bastantes curiosos. «Id a vuestras casas», pensó Rashid. «Id a vuestras casas con vuestras mujeres y vuestros hijos».

—¿Te encuentras bien? —se interesó Jaled tras un prolongado e incómodo silencio.

—Discúlpame. Hoy está siendo un día muy duro.

—No te preocupes —respondió el asistente—. Todos en esta ciudad soportamos mucha presión.

«Tú no sabes la presión que tuve que soportar con una familia tan religiosa como la mía», le contó Gladys tras una de sus primeras sesiones sexuales, largas y extenuantes. La muchacha se crio en su Grand Rapids natal y recibió una educación muy estricta durante los primeros años de vida. Su padre, George Stanhope, era un pastor protestante que en 1959, cuando la niña tenía nueve años, experimentó una crisis religiosa que se resolvió al cabo de algunos meses con George convertido al catolicismo. El hombre había estudiado latín, griego, hebreo y arameo, y había formado parte de un equipo internacional de especialistas encargado de traducir la Biblia que en su mayor parte residían en Míchigan. George se encargó del Éxodo y

del Apocalipsis de san Juan. La familia se convirtió al catolicismo con él, aunque eso no impidió que la educación de sus hijos, tres niñas y dos niños, siguiera siendo muy rígida. Cuando crecieron, dos de ellos, Michael y Gladys, experimentaron un alejamiento paulatino de la religión, que su padre, cada vez más tolerante en estos asuntos, terminó por comprender. Desde pequeña Gladys sintió una gran inclinación hacia los animales y deseaba estudiar Veterinaria en East Lansing, donde estaba la mejor facultad de esta especialidad, pero de repente cambió sus preferencias y optó por la Medicina. Quiso salir al extranjero, pero como no hablaba ningún otro idioma tuvo que buscar una universidad en un país de lengua inglesa y, después de examinar las distintas posibilidades, optó por Edimburgo. Allí, a miles de kilómetros del hogar, vivió sus años iniciáticos, que compartió con un joven árabe y musulmán, delicado y tierno en el amor, a quien le abrió de par en par las ventanas del mundo antes de cerrárselas en sus narices. O al menos esa era la versión de él.

—Tienes razón, esta guerra nos está llevando a todos al límite.

Hamilton y su *minder* irrumpieron en el vestíbulo procedentes de la calle. El periodista cargaba una cámara con un gran objetivo. Su aspecto era descuidado, con la ropa sucia a causa de la tormenta, y en su rostro polvoriento se reflejaba el cansancio. Allí reconoció a los policías de inmediato y con un gesto pretendidamente discreto se los señaló al periodista. Hamilton les dedicó una mirada fugaz y pasó por su lado sin hacerles caso. Rashid, en cambio, se levantó y los abordó.

—Señor Hamilton —dijo en inglés, sin mirar al *minder*—. Como ya sabrá, mi nombre es Rashid al Said y soy policía. Necesito hablar con usted sobre un asunto de suma trascendencia.

El reportero estudió a Rashid con impostada indolencia y una lentitud exasperante, rechazando durante unos instantes estrechar la mano que le ofrecía el doctor.

—Permítame que suba a mi habitación a asearme —dijo Hamilton. Su voz era grave y su acento, muy cerrado.

Rashid no se movió de donde estaba, entre el periodista y los ascensores.

—No puedo escaparme, señor policía —dijo Hamilton, ácido—. Este hotel es nuestra prisión, al menos mientras dure la guerra.

El doctor se apartó a un lado.

—Quince minutos —dijo el periodista, alejándose.

—¿Quieres que suba con él? —preguntó Jaled.

—No —respondió Rashid—. Tiene razón; no puede ir a ninguna parte.

Los dos policías volvieron a sentarse. Jaled se inclinó hacia Rashid y dijo en voz baja:

—Acabo de encontrar la respuesta a tu pregunta del lanzagranadas.

Rashid sonrió.

—¿Ya sabes a qué se parece?

—Al objetivo de una cámara fotográfica como la que lleva Hamilton. ¿Crees que

él es el americano con un lanzagranadas que vio ese niño alrededor de la casa de los Lufti?

—Estoy convencido.

Hamilton tardó casi una hora en regresar, sin la compañía de Alí y con el cabello húmedo. Vestía unos pantalones verdes y una holgada camisa azul a cuadros de algodón por fuera de los pantalones. Se acercó a Rashid con un rostro en el que el doctor no pudo leer nada.

—Siento el retraso —dijo, sin que pareciera lamentarlo en absoluto—. Lavarse sin agua corriente, como los gatos, es farragoso.

—Lo entiendo —repuso Rashid—. Por mucho que los iraquíes estemos acostumbrados a las penurias, siempre se echa de menos un buen baño.

—No tengo mucho tiempo. Ya me dirá para qué me quiere.

Rashid encendió un cigarrillo y empezó a formularle preguntas inocuas sobre su persona y su trabajo. Eran preguntas cuyas respuestas o ya conocía o no tenían ninguna importancia, pero aun así quería que Hamilton las respondiera. El americano contestaba con gesto de fastidio, sin pensárselo mucho, y giraba la cara con disgusto para evitar el humo del cigarrillo del doctor. Los dos hombres eran de estatura similar, pero mientras que Rashid era moreno, Hamilton tenía el cabello pelirrojo y unos ojos azules que enfocaban alternativamente al doctor y a Jaled, que no se había identificado ni había abierto la boca. Estaban sentados en las incómodas butacas del hotel Palestina, alrededor de una pequeña mesita, y sus rodillas casi se rozaban.

—¿Trabajan ustedes para el Ministerio de Información? —preguntó Hamilton, hastiado tras varios minutos de conversación.

—No. Somos policías, ya se lo he dicho.

—¿Policías? ¿Y qué hace un policía interrogando a un periodista internacional? ¿No hay nada que hacer en Bagdad en estos momentos? ¿No hay espías a los que detener, saqueadores a los que interceptar? —dijo el reportero, sarcástico.

—Estamos investigando un caso.

—¡Un caso! Tiene mérito investigar un caso mientras el país entero se desmorona. ¿Pueden identificarse? —preguntó, y se encogió de hombros con un gesto que significaba que en realidad le daba lo mismo con quién estuviera hablando.

Rashid y Jaled presentaron sus credenciales. Hamilton las miró y las giró sin ningún propósito, ya que no entendía árabe. No obstante, se dio cuenta de que las fotografías se correspondían con las dos personas que tenía delante.

—¿Qué quieren de mí? ¿Por qué acosan a mi *minder*? ¿Acaso no cumple Alí con las estúpidas normas de su Gobierno?

—Huda Lufti y Fátima Hatabi. —Rashid puso encima de la mesita las dos fotografías del cadáver de Huda que le había mostrado a Alí por la mañana—. Dos niñas con minusvalía psíquica asesinadas en sus casas. ¿Conoce a estas niñas?

Hamilton rehusó mirar las fotografías.

—Nabil al Zarqa. ¿Le resulta familiar este nombre? —prosiguió Rashid al ver que

Hamilton no decía nada—. ¿Y el asilo Al Amal? ¿Y su directora, Rim al Zahhar?

—Usted sabe perfectamente que, por mi trabajo, acudí al asilo Al Amal y me entrevisté con la directora —dijo Hamilton—. Deje de jugar conmigo, Alí ya me ha contado que estas niñas han sido asesinadas y me ha detallado los pormenores de su visita de esta mañana a su casa. Lamento mucho la muerte de inocentes, pero yo no sé nada de esas niñas asesinadas, no puedo ayudarle. Y ahora, si me disculpa, tengo que ir a trabajar.

Antes de que se levantara, Jaled tomó al periodista de la muñeca y le forzó a seguir sentado. Rashid se rascó la cabeza en un gesto teatral y después se recostó en su butaca y encendió otro cigarrillo.

—Deje que le explique lo que me ronda la cabeza, y después podrá irse —dijo Rashid—. Tal vez pueda ayudarme, estoy hecho un mar de dudas. Huda Lufti. Ocho años. Vivía en el barrio de Shula, el del bombardeo del mercado, probablemente ha estado allí por su trabajo. Discapacitada psíquica. Interna del asilo Al Amal cuya familia, siguiendo las indicaciones de la directora Al Zahhar, se la llevó para cuidarla en su casa mientras durara la guerra. Fátima Hatabi. Siete años. Síndrome de Down. Vivía en el barrio de Al Mansur. Como Huda, también era interna del asilo Al Amal. Su padre, viudo, también se la llevó a su casa a petición de la directora. Las dos niñas han sido asesinadas en el espacio de unos días, a puñaladas.

—Lamento mucho lo que les ha sucedido a esas dos niñas, pero no veo qué tiene que ver conmigo. ¿Puede fumar hacia otro lado? —Hamilton intentó ahuyentar con la mano el humo del cigarro de Rashid.

—Nabil al Zarqa —prosiguió el doctor, impertérrito—. Ocho años. También con síndrome de Down. Vive en Bagdad al Yadida. También era interno del asilo Al Amal. ¿Sabe qué tienen en común estos tres niños?

—Que fueron internos del asilo Al Amal, usted mismo lo ha dicho.

—En efecto. Y usted.

—¿Yo?

—Anoche usted salió del hotel, ¿adónde fue?

—A trabajar.

—¿Adónde?

—¿Este no es un país libre? —dijo irónicamente el periodista—. No tengo por qué decírselo.

—¿Adónde fue?

—Ya le he dicho que hice una visita de trabajo. No creo que tenga ningún interés precisar dónde estuve.

—Usted acudió, junto a su traductor Alí, a la casa de los Al Zarqa en Bagdad al Yadida.

Hamilton se encogió de hombros.

—¿Por qué arriesgó su vida anoche para visitar esa casa? —prosiguió Rashid—. Circular de noche por Bagdad, y más si uno es americano, es muy peligroso y

desaconsejable.

—Puesto que usted sabe tantas cosas, también debería saber la respuesta a lo que me pregunta.

—Quiero que me lo diga usted.

—Allí ya se lo explicó esta mañana.

—Quiero que me lo diga usted, no su traductor.

—Se lo he dicho dos veces. Fue una visita de trabajo. Estoy preparando un reportaje para mi revista. Por eso fui a la casa de Bagdad al Yadida y por ese motivo visité el asilo Al Amal.

—Sé que la directora del asilo le proporcionó las direcciones de Huda y Fátima.

—¿Me está incriminando?

—¿Debería?

Hamilton rompió a reír. Sin embargo, sus ojos tras las gafas de montura redonda refulgían de ira.

—¿Qué es lo que le parece tan gracioso?

—Estaba pensando, inspector, ¿es usted inspector?...

—Doctor.

—... estaba pensando, doctor, me estaba preguntando, de hecho, cuánto tiempo les queda a usted y a su amigo tan silencioso de molestar a extranjeros.

—¿Perdone?

—Sí, cuánto tiempo les queda a usted y a su amigo, y ya puestos a todos esos mequetrefes del Ministerio de Información, de molestar a representantes de la prensa libre. Cuánto tiempo les queda a usted y a lacayos como usted de aprovecharse de un régimen corrupto del cual ustedes forman parte. Dígame, ¿cuánto tiempo les queda? ¿Unas horas? ¿Un día? ¿Dos días? Quizá solo algunos minutos... ¿Qué harán cuando las tropas americanas depongan a su *rais*? ¿Vendrá aquí a acusarme sin pruebas de haber matado a dos niñas? Porque usted no tiene ninguna prueba, ¿verdad?

—¿Ha estado usted en la casa de Huda Lufti y de Fátima Halabi?

—Si pudiera vincularme a esos lugares ya me lo habría dicho. Pero siento mucha curiosidad, ¿qué haría si le dijera que sí? ¿Detenerme? ¿A un periodista americano? ¿Se ha vuelto usted loco?

—¿Asesinó usted a Huda Lufti y Fátima Halabi?

—Mis compatriotas están en el aeropuerto, su régimen se hunde, huya, doctor, huya ahora que todavía puede.

—¿Asesinó usted a Huda Lufti y Fátima Halabi?

El periodista extrajo una libreta del bolsillo y un bolígrafo.

—Cambio de papeles. Ahora pregunto yo, al fin y al cabo soy el periodista. ¿Qué siente el asesino al llamar *asesino* a otra persona? Porque para ser un pez gordo de la policía en este país hay que haber matado a mucha gente, ¿verdad? Kurdos, chiíes, mujeres, tal vez niños, ¿no? ¿Ha matado usted a niños, doctor?

Rashid visualizó la palabra *qatil* en la puerta de su domicilio, pintada con un

espray verde. *Qatil*. Asesino.

—¿Mis preguntas le ponen nervioso, señor Hamilton?

—Voy a citarle en una de mis crónicas, es usted el perfecto ejemplo de lo que le ha hecho este régimen tiránico al pueblo iraquí. ¿Puede volver a repetirme su nombre?

—¿Por qué está nervioso, señor Hamilton?

—Yo no estoy nervioso, yo soy un periodista de un país libre y usted no tiene poder sobre mí. ¿Por qué debería estar nervioso? Usted es el que debería estar nervioso. ¿Cuál me dijo que era su nombre? Puedo citarle con iniciales, si quiere.

—Si quisiera podría detenerlo.

—No, doctor, inspector, o lo que sea, no, no puede detenerme por la sencilla razón de que no tiene ninguna prueba que me incrimine, ni siquiera que me sitúe en el escenario de esos crímenes. No puede detenerme porque cada minuto que pasa usted se va desvaneciendo, ¿no lo ha entendido aún? ¿De verdad piensa que tal como están las cosas a alguien le importa que usted sospeche que un periodista americano ha asesinado a esas niñas? ¿Con toda la gente que está muriendo? ¿Con todos los niños que han muerto durante esta guerra? ¿Con tantos inocentes a los que ha aniquilado sin piedad el régimen de Sadam para el que ustedes trabajan? ¿A quién le importa en realidad que hayan muerto esas niñas?

—A mí —respondió Rashid, que encendió un cigarrillo y lanzó el humo deliberadamente a la cara del reportero.

—¡Deje de fumar de una jodida vez!

El periodista había dicho *fucking*, y esa palabra transportó por un fugaz instante a Rashid a Edimburgo, a acalorados debates estudiantiles en *pubs*, al salón de la casa de su tío Tareq, a la marca debajo del seno izquierdo de Gladys, a una pinta de cerveza negra, espesa como la niebla cuando rompe el amanecer. El doctor propinó una profunda calada al cigarrillo y se esforzó en mantener la melancolía bajo control.

—Lamento decirle que, desgraciadamente para usted, aún estamos en Bagdad y no en Nueva York. Volveremos a vernos —susurró Rashid con un gesto que daba por finalizado el interrogatorio.

—No lo creo. Usted, como tantos otros, huirá como una rata.

*Hospital Al Kindi. 21:00 h.*

—La primera pregunta que te formularán los ángeles es quién es tu Dios, y tendrás que responder Alá. Luego querrán saber quién es tu profeta y tú les dirás Mahoma. Finalmente te preguntarán cuál es tu religión y les contestarás que el islam —susurró Uzman Halabi al oído del cadáver de su hija Fátima.

Un murmullo casi inaudible interrumpía el silencio que reinaba en la morgue del

hospital Al Kindi. Encima de una camilla reposaba el cadáver amortajado de Fátima. Dos mujeres habían lavado con esmero el cuerpo, sobre todo las heridas punzantes que le causaron la muerte. En condiciones normales, las dos mujeres hubieran acometido ese trabajo en privado, pero aquellas no eran condiciones normales. Tropas americanas e iraquíes combatían en el sur de la ciudad, comentaban los conductores de ambulancias y el personal del hospital, en cuyos pasillos se acumulaban decenas de heridos, algunos de ellos mutilados, con los muñones sangrientos a la vista donde antes había manos, brazos y piernas. Los generadores del hospital funcionaban a intervalos, así que en los corredores reinaba una oscuridad impenetrable, preñada de jadeos de los heridos, iluminados por la lumbre roja de los cigarrillos que algunos de ellos fumaban.

«Dentro de poco vendrán a verte los ángeles Munkar y Nakir y te harán tres preguntas», le había dicho Halabi con la voz rota a su hija una vez que las mujeres habían acabado de lavar su pequeño cuerpo y lo habían envuelto en una mortaja de algodón blanca. A su alrededor, en la morgue, se amontonaban los cadáveres, en algunos casos dos o tres encima de una misma camilla. En las cámaras frigoríficas, le había explicado a Rashid un enfermero, cabían una veintena de cuerpos. Llegó un momento en que no hubo espacio para más, ni siquiera superpuestos en las camillas, así que los apilaron en el suelo. Cuando siguieron llegando cadáveres, empezaron a depositarlos fuera de las cámaras, en la morgue y en otras estancias que de pronto se inundaron de corrillos de moscas zumbonas. En el hospital ya no había sábanas limpias ni toallas, porque las lavadoras consumían demasiada electricidad. Médicos y enfermeros, héroes anónimos de la guerra, encadenaban turnos sin apenas descanso, y el personal menguaba a medida que el miedo se extendía por Bagdad. Los heridos encontraban acomodo allí donde podían, y los muertos se enterraban en un pequeño jardín trasero cuando alguien encontraba un momento. Si los cadáveres no llevaban consigo ningún tipo de identificación, se les despojaba de su ropa, a menudo el uniforme militar, y se fotografiaba el cuerpo para confeccionar un álbum que algún día sirviera a sus parientes para identificar al fallecido y enterrarlo en un cementerio. En el jardín se sucedían los montículos de las tumbas. Encima de cada una de las sepulturas, el personal del hospital clavaba una botella de cristal de refresco con un mensaje en su interior: un papelito en el que alguien había escrito una somera descripción del cadáver, sexo, estatura, peso, alguna marca, cómo iba vestido, dónde encontrar en el archivo improvisado el álbum fotográfico que le correspondía. Era, pensó Rashid, un mensaje en una botella enviado por un naufrago de la muerte.

En medio de ese caos, un camillero superado por las circunstancias extravió durante más de un día el cadáver de Fátima. A Rashid le costó reconocer al padre de la niña cuando lo vio en la morgue. El funcionario del Ministerio del Petróleo no se había cambiado de ropa desde que lo había interrogado en su casa, dos días antes. Al doctor le pareció un hombre diferente, más delgado, demacrado, con menos pelo, con unas enormes bolsas bajo los ojos que amenazaban con extenderse por todo su rostro.

Todo indicaba que el padre de Fátima apenas había dormido y probablemente no había comido desde que encontró el cadáver de su hija.

—¿Sabe? Un imán me ha dicho que en el paraíso Fátima será una niña como cualquier otra. Pero para llegar allí debe responder de forma correcta a las preguntas de los ángeles —le dijo Halabi a Rashid cuando lo vio, como si retomara una conversación que en realidad solo existía en su mente exhausta.

—Estoy seguro de que Fátima sabrá responder a los ángeles —repuso Rashid—. El destino en la otra vida depende de las obras buenas y malas, y Alá en su clemencia guiará a Fátima.

Después de su entrevista con Hamilton, Rashid se había refugiado en un silencio irascible del que Jaled no se atrevió a rescatarlo. Malcomieron en el mismo hotel Palestina sin hablar, cada uno perdido en sus reflexiones. «Vamos a Al Mansur», había dicho Rashid cuando hubieron acabado. En el barrio les habían indicado que el padre de Fátima y algunas vecinas se encontraban en el hospital buscando el cadáver de la niña para enterrarla. Rashid quería hablar con la vecina que cuidaba a Fátima para preguntarle si un periodista americano se había interesado por la niña, pero nadie parecía saber dónde se encontraba esa mujer ni quién era. «Todo el mundo tiene miedo. Miedo a los americanos, miedo a nosotros, miedo a ellos mismos», se había lamentado Rashid cuando él y Jaled regresaron al coche tras su búsqueda infructuosa por la calle Al Ándalus de Al Mansur. Jaled se limitó a decir que era comprensible. «Yo no quiero arrestarlos, solo quiero que me ayuden a encontrar al asesino de las niñas», había insistido el doctor.

Empezaba a caer la noche y con ella la angustia se expandía imparable. En la radio del coche, el locutor transmitía con escaso énfasis un mensaje del *rais*: «Del presidente Sadam Husein a todos los combatientes del gran partido Baaz y al pueblo: ¡Que la paz sea con vosotros! Dondequiera que encontréis un arma abandonada por los soldados, sea del tipo que sea, tomadla y utilizadla si os resulta útil para el combate. Si no sabéis cómo funciona el arma, pedid ayuda a otras secciones del partido, miembros del partido o simples ciudadanos, para ser capaces de emplear dichas armas. Si creéis que nadie de vosotros es capaz de manejar el arma, guardadla y tenedla vigilada. Alá es grande». En cruces y rotondas, o patrullando las calles, vieron a grupos formados por una veintena de hombres armados con lanzacohetes y fusiles kalashnikov, con pertrechos que databan de la guerra de Irán o incluso más atrás. Dirigían las patrullas hombres ya entrados en la cuarentena y la cincuentena, con barba de varios días y un perenne cigarro en la boca. Los más jóvenes apenas eran unos adolescentes imberbes que deberían estar refugiados en sus casas, y no portando fusiles inútiles en caso de combate real, como el hermano de Nabil al Zarqa. Rashid tenía muy presente la conversación con el teniente coronel Sumer Farsi y sabía que, llegado el momento, esos voluntarios que habían desempolvado su rudimentaria formación militar no tendrían ninguna oportunidad contra la formidable maquinaria de guerra americana. Serían como un mosquito atacando a un elefante.

«Locos disparando a sombras».

—¿Te acerco a la comisaría para que recojas tu coche? —preguntó Jaled.

—No. Vamos al hospital Al Kindi. A lo mejor la vecina que cuidaba a Fátima está allí.

—Podemos ir mañana —sugirió Jaled.

—No. Ya sabemos que Hamilton estuvo en Shula y que ha estado en Bagdad al Yadida. Necesito saber si alguien lo vio también alrededor de la casa de los Halabi.

—¿Y si es así? Eso no prueba nada.

—No creo en las casualidades, Jaled. Si se parece a un pato, grazna como un pato y camina como un pato, entonces es un pato. Si varios testigos sitúan a Hamilton en las tres casas, es suficiente para detenerlo e interrogarlo en serio.

—¿Interrogarlo en serio?

—Sí. ¿No viste lo nervioso que estaba cuando hablamos con él? No creo que aguante un interrogatorio de verdad.

Jaled se rascó la cabeza.

—¿Crees que él mató a las niñas?

—Yo solo digo que todos los indicios que tenemos apuntan hacia él. Y su actitud, sobre todo su actitud, pone en alerta todos mis instintos.

—¿Y pretendes detenerlo e interrogarlo hasta que confiese?

—Si puedo situarlo en los dos lugares del crimen, sí, iré al hotel Palestina y lo arrestaré. Con eso me basta.

—Rashid, Hamilton es americano. No encontrarás a ningún juez ante el que presentar tu caso. ¡La mitad del sistema judicial en Bagdad ha huido y la otra mitad se ha escondido!

—Hay que hacer justicia con esas niñas, Jaled. Tú me hablas de la administración de la justicia; yo te hablo simplemente de justicia. Primero debemos averiguar si él es el culpable. Después, ya nos preocuparemos de los jueces, de los americanos y de todo lo demás. Pero debemos darnos prisa. Si sus compatriotas ocupan la ciudad antes de que lo detengamos, ya no podremos hacer nada y él seguirá matando a niñas.

—Si él es el asesino...

—Si él es el asesino.

—¿Tan seguro estás de que él es el culpable?

—No como para arrestarlo ahora. Pero me basta con situarlo en la casa de Al Mansur, a pesar de que allí encontramos la muñeca y eso ya me parece indicativo. Creo que, interrogado de forma eficaz, acabará confesando. Así que, por favor, vamos al hospital.

Jaled suspiró.

—Es tarde, Rashid. Es peligroso circular por la ciudad, esta noche más que nunca.

—¿Tienes miedo?

—Lo que tengo es familia. Una mujer. Y dos hijos pequeños. Y tú también tienes familia.

Rashid se mesó los cabellos y encendió un cigarrillo.

—Llévame a la comisaría y cogeré mi coche —dijo.

—Ir a casa es lo mejor que podemos hacer. Mañana buscaremos a la cuidadora de Fátima...

—Llévame a la comisaría, te he dicho —le interrumpió el doctor en un tono que no admitía réplica.

Jaled encendió el motor del coche y se pusieron en marcha.

—Por favor —añadió Rashid.

En el hospital Al Kindi, Halabi no estaba en condiciones de ayudarlo. Un enfermero, tal vez el mismo que había extraviado el cadáver, a pesar de la actividad que reinaba en el hospital encontró un hueco para acarrear a Fátima hasta el jardín. El panteón familiar de los Halabi se encontraba en Kut, y un traslado a la ciudad, situada al sur de Bagdad, era impensable en plena guerra. Iluminados por los haces de linternas, con el estruendo lejano de explosiones como telón de fondo, el enfermero depositó a Fátima en su tumba provisional, apoyada sobre el lado derecho del cuerpo y con la cabeza orientada hacia La Meca. Las dos mujeres lloraban ruidosamente. Halabi se arrodilló y ayudó con sus propias manos a cubrir de tierra la sepultura. Alguien clavó en la tumba la botella de refresco con un papelito doblado en su interior. El cuerpo de Fátima Halabi por fin descansaba en paz, pensó Rashid. Su espíritu, su recuerdo, no lo haría hasta que el doctor encontrara a su asesino y se impartiera justicia entre los vivos. Rashid encendió un cigarrillo para deshacer el nudo que le oprimía la garganta.

Hacía frío, y la fina chaqueta que llevaba apenas le servía de abrigo. Las dos mujeres que habían amortajado a Fátima se llevaron a Halabi, que les dejó hacer como si fuera un niño. Ninguna admitió ser la cuidadora de Fátima en ausencia de su padre, y el doctor no quiso insistir. Su instinto le decía que le mentían, pero en su fuero interno Rashid sabía la respuesta que buscaba: estaba convencido de que John Hamilton había acudido a la casa de los Halabi; en realidad no necesitaba testigos que lo situaran allí, bastaba con la muñeca que encontró bajo la cama. ¿Lo convertía eso en un asesino? Rashid era consciente de que no tenía ninguna prueba contra el americano que pudiera presentar ante un tribunal. Visitar casas ajenas y regalar juguetes a niños eran indicios pero no constituían pruebas. Sin embargo, Jaled tenía razón: en ese Bagdad que se desmoronaba ya no quedaba ningún tribunal al que acudir. Solo quedaba la justicia, y desde sus tumbas y el paraíso al que habían llegado de la mano de los ángeles Munkar y Nakir, Fátima y Huda exigían justicia.

Si Hamilton era el asesino, ese americano había cruzado el océano, miles y miles de kilómetros, para asesinar a niños inocentes y desvalidos, a niños iraquíes, en medio del caos que el ejército de su país había desatado. Es posible que Hamilton también hubiera matado a niños en su propio país. O tal vez no. A lo mejor, se dijo Rashid mientras se dirigía a su coche, Hamilton pensaba que la vida de un niño árabe valía menos que la de un americano. El periodista se había comportado con él de

manera desafiante, casi insultante, se sentía seguro porque estaba convencido de que la llegada de los suyos era inminente. Los americanos iban a destruir la vida de Irak tal como Rashid la había conocido y nadie podía hacer nada para evitarlo. Pero sí estaba en su mano impedir que Hamilton, en caso de que él fuera el asesino, continuara matando a niñas iraquíes. Rashid sabía que en condiciones normales la investigación llevaría más tiempo, pero permitir que Hamilton siguiera libre, cuando su instinto le gritaba que el periodista estaba implicado en la muerte de las niñas, ¿acaso no sería contribuir al mal?

Condujo hacia su casa con las luces del coche apagadas. Apenas se cruzó con nadie. Cuando se disponía a enfilarse por el puente Al Yumhuriya le cegó el destello de una explosión. Procedía del noreste, del otro lado del Tigris, por donde caía su barrio, Adamiya. En contra de lo que dictaba la más elemental prudencia, Rashid se detuvo en mitad del puente. Más negra que la misma noche sin electricidad de Bagdad, una densa columna de humo se alzaba al cielo de la ciudad. Rashid se bajó del coche e intentó adivinar de dónde procedía el humo, pero la oscuridad hacía imposible una estimación fiable. Los americanos estaban destruyendo sistemáticamente el país por el que él había trabajado durante toda su vida, el régimen en el que él había creído pese a haber sufrido en su propia piel las injusticias que lo carcomían por dentro. Se preguntó qué pensaría Gladys al ver en la televisión las bombas cayendo sobre Bagdad. Se la imaginó en su Michigan natal, comentando las noticias. ¿Qué pensaría? ¿Se acordaría de él? ¿Recordaría sus paseos por Bagdad del verano de 1975, cuando era una muchacha enamorada que se quedó fascinada por el exotismo, los olores y los colores orientales?

Rashid se asomó por la barandilla del puente. Abajo, en uno de los merenderos del Tigris que había allí cerca, en la calle de Abu Nuwas, Rashid enseñó a Gladys los placeres del *masguf* o pescado al espetón. El doctor se acercó a una pequeña piscina y eligió personalmente la carpa, y Gladys contempló estupefacta y admirada el ceremonial: el cocinero mató el pez de un golpe en la cabeza, lo abrió por un costado, lo limpió de vísceras, lo sazonó con aceite de oliva, sal y otras especias, y lo depositó encima de las brasas para que se asara despacio. La carpa era grande, medía unos ochenta centímetros, y gorda, así que tardó más de una hora en estar lista, recordaba Rashid. Mientras, la pareja tomó los entrantes habituales y compartió una botella de *arak*. La facilidad, que a ojos árabes solo podía calificarse de masculina, con la que Gladys bebía el licor sorprendió y divirtió hasta la hilaridad a los camareros. «Cásate conmigo», le propuso Rashid a Gladys por segunda vez en ese viaje. Aún lo haría una vez más.

¿Tendría hijos Gladys? Probablemente más de uno, imaginó Rashid. Y tal vez alguno se llamara John o Mike o Tom, y quizá, como Adnan, estuviera luchando en esos momentos en Irak, a lo mejor el hijo de Gladys se preparaba para invadir y destruir la ciudad en la que su madre hizo el amor con su amante iraquí, la ciudad en la que su madre le rompió el corazón a Rashid. ¿Qué pensaría Gladys de esa guerra?

¿La apoyaría? Al ver por la televisión las bombas cayendo sobre Bagdad, ¿se habría acordado de Rashid? En medio de esa descomunal destrucción que llevaban al salón de su casa las conexiones por satélite, ¿se habría esforzado por reconocer algo del Bagdad que recorrió de la mano del doctor? ¿El sabor de la piel de Rashid habría regresado de improviso a sus labios al volver a pronunciar la palabra *Bagdad*, al recordar el gusto del *masguf* en su paladar? ¿Su dedo índice habría dibujado en el aire un imaginario corazón como el que solía esbozar, una caricia apenas, encima de la nalga desnuda de Rashid?

Una lágrima surgió en el ojo izquierdo del doctor. El polvo acumulado, se dijo Rashid, mientras buscaba en el bolsillo izquierdo de su chaqueta una botella de cristal vacía que había cogido en el hospital Al Kindi. Era de Mirinda de naranja, comprobó el doctor. Del bolsillo extrajo unas cuartillas manoseadas y, casi sin mirarlas, las introdujo dentro de la botella. Después, la lanzó al río.

*Adamiya. 08:00 h.*

Cansado de combatir sin éxito contra el insomnio, Rashid conectó la radio de su estudio. Le costó captar la frecuencia de la BBC y, cuando lo logró, la señal le llegó con muy mala calidad, entrecortada por la estática. Aun así, escuchó que Basora estaba a punto de caer, que la presencia del régimen en la ciudad ya era inexistente y que las turbas habían salido a la calle espontáneamente para asaltar los edificios públicos que se habían quedado sin vigilancia como consecuencia del desmoronamiento del Estado. En Bagdad, decía la emisora, también se estaban produciendo saqueos en algunos edificios públicos y museos que habían amanecido sin vigilancia. Rashid pensó en Basora, la ciudad en la que había vivido durante tantos años. No le guardaba rencor, pese a que simbolizaba todo aquello que no había funcionado en su vida. No le quedaban amigos allí, pero sí albergaba recuerdos de rincones y de lugares —las travesías en barca por el Shatt al Arab, el bullicio del bazar de Kawit—, así que se sintió apesadumbrado por la suerte que correría la ciudad en la que habían nacido sus tres hijos.

Rashid había pasado gran parte de la noche en vela. Lo desveló el final de una pesadilla a las tres menos cuarto de la madrugada. Nada yacía a su lado, podía oír su respiración acompasada, pero le pareció que tampoco dormía. Él no podía quitarse de la cabeza la pintada de la puerta. *Qatil*. Asesino. Con spray verde. Intuía que la pesadilla que lo había desvelado, de la cual nada recordaba, giraba alrededor de la pintada. Rashid se levantó, se dirigió hasta la puerta de la casa y comprobó que, pese a los esfuerzos de Nada, quedaban trazas de la injuria en la puerta. Entonces reparó en su esposa, que también se había levantado y lo había seguido silenciosamente hasta allí. Ella lo observaba sin decir nada. Rashid se fijó en las bolsas oscuras que

habían crecido bajo sus ojos y en las aisladas mechas blancas que, como cumbres nevadas, desmerecían su hermosa cabellera negra. Se le antojó una mujer cansada, frágil y vulnerable, abrumada, y Rashid tuvo la sensación de que la veía con nitidez por primera vez en mucho tiempo. Sintió el impulso de abrazarla, de arrullarla entre sus brazos hasta que cayera dormida como si fuera una niña, como solía hacer con Tahani y Zeynab, pero Nada regresó a la habitación sin despegar los labios, sin darle tiempo de acercarse a ella. Lulú apareció entre sus piernas y maulló varias veces sin convicción, y Rashid se sentó en la escalera y dejó que la gata le lamiera los dedos con indolencia.

El doctor pensó en la numerosa familia Abu Kamal, que vivía a una manzana de su casa, originaria de un pueblo del norte de Bagdad, varios de cuyos miembros habían sido arrestados por militancia islamista. Tal vez los hubieran torturado en la cárcel, quizá tuvieran deudas pendientes con el régimen, y lo identificaban a él como su enemigo por su condición de policía y militante del partido Baaz. De vez en cuando se habían cruzado en la calle, era inevitable. La mujer del cabeza de familia, no recordaba su nombre, iba siempre cubierta de pies a cabeza con un *niqab*. Debido a la educación que recibió de niña, Nada solía llevar *hiyab* cuando salía a la calle, pero el pañuelo no tenía nada que ver con el velo integral, siempre de colores oscuros, que vestía esa mujer. Cuando se encontraban, se saludaban educadamente con un discreto movimiento de cabeza. Jamás habían intercambiado palabra alguna. ¿Habría sido algún miembro de la familia Abu Kamal el autor de la pintada? Rashid no recordaba en aquel momento si alguno de ellos seguía en la cárcel. Agobiado, el doctor prefirió dejar de pensar en ese asunto y regresó a la cama. En el lecho, se encontró a Nada de perfil, dándole la espalda. Ya apenas durmió el resto de la noche.

—Buenos días, papá.

Tahani lo besó en la mejilla, camino del baño. En la mesa del salón Zeynab escribía concentrada en unas cuartillas con su caligrafía infantil.

—¿Qué haces? —preguntó Rashid, acariciándole el pelo.

—Escribo una carta para Adnan —respondió ella, sin levantar la vista de las cuartillas.

—¿Y qué le cuentas?

—Muchas cosas. Que le echo de menos, que me gustaría que estuviera aquí, no sé, cosas.

—Entiendo.

Como una sombra, Nada fue depositando el desayuno encima de la mesa sin apenas hacer ruido. Rashid mordisqueó un trozo de pan y sorbió el Nescafé que había disuelto en agua. Nada bebía con la mirada perdida en su té manchado de leche. Tahani y Zeynab, en cambio, desayunaron con buen apetito.

—Papá —llamó su atención Zeynab.

—Dime, hija.

—Cuando acabe la carta, ¿puedo dártela para que tú se la hagas llegar a Adnan?

—Por supuesto.

El resto del desayuno transcurrió en un silencio incómodo. Cuando las niñas hubieron acabado, Nada se sentó frente a Rashid.

—Hay que tomar una decisión inmediatamente —le dijo sin rodeos.

Nada mantenía la mirada baja, rehuyendo la de su marido. Rashid prefirió mantenerse en silencio.

—Hay que abandonar Bagdad cuanto antes —repitió Nada al cabo de un rato—. Los americanos ya están aquí.

—Todavía no han llegado. Por el momento no hay nada que temer.

—¿Qué significa que no hay nada que temer? ¡Estamos en la primera línea de una guerra, Rashid!

—En este barrio no hay objetivos militares. Cuando ocupen Bagdad, si ocupan Bagdad, lo primero que buscarán será congraciarse con la gente. No creo que se pongan a disparar contra todo el que salga a la calle.

—¿De qué me estás hablando? —levantó la voz Nada—. ¿No viste ayer la pintada?

—Claro que la vi...

—... ¡Déjame acabar! ¿No entiendes que hay mucha gente que aprovechará la ocasión para ajustar cuentas con el régimen? Tú formas parte del régimen. Y nosotros somos tu familia y por lo tanto hemos de estar preocupados, por ti y por nosotros, porque habrá más de uno que querrá venganza, y podrá buscarla en ti o en las niñas.

—No mezcles a las niñas en este asunto, ni ellas ni tú tenéis nada que temer.

—Parece que no te interesa la seguridad de la familia.

—Todo el mundo nos conoce en el barrio, Nada, todo el mundo sabe que solo soy un policía raso que dirige el tráfico.

—Es tu obligación protegernos, somos tu familia, y aquí no puedes hacerlo. ¿Qué será de nosotras si te ocurre algo? Adnan está en el frente, ¿y si los americanos te arrestan o quizá te sucede algo peor? Debemos irnos, Rashid, hoy mismo, ahora.

—Te vuelvo a decir que no hay nada que temer de los americanos.

—Eres un oficial de la policía, ¿qué crees que sucederá cuando lleguen los americanos?

Rashid se tomó su tiempo con la intención de enfriar la conversación. Había terminado de desayunar pero seguía sentado en su silla con las manos sobre la mesa y mirando la taza de café, como si se esforzara en descifrar los posos.

—No he cometido ningún delito —dijo en un tono de voz muy bajo, como si estuviera hablando con una niña—. Supongo que los americanos también necesitarán policías. La policía siempre es necesaria. Seguramente trabajaré como hasta ahora. Me pondré el uniforme y saldré a la calle. Cualquier gobierno, aunque sea de ocupación, necesita a la policía...

—Eres un ingenuo.

—Esa es tu opinión, basada en el miedo y el prejuicio y no en la razón. Debes

saber que este no es un caso único, situaciones como esta ya se han dado en el pasado. Después de la Segunda Guerra Mundial, el tribunal de Núremberg juzgó únicamente a los máximos responsables del régimen nazi en Alemania y no a los mandos intermedios o a los militantes del partido.

—¡No me hables del tribunal de Núremberg o lo que sea!

El rostro de Nada había enrojecido y las lágrimas bañaban sin control sus mejillas. En sus veinticinco años de casados, Nada jamás había levantado antes así la voz a Rashid. Sus manos temblaban y su voz sonaba a oídos de Rashid ronca, ajena.

—Siempre igual, Rashid, te escondes tras tu erudición, tras tus libros, tras esas palabras en alemán o en inglés que solo tú sabes pronunciar. Eres un egoísta, Rashid, que solo piensa en sí mismo, que avasalla y humilla a los demás con sus conocimientos. Y lo haces tan solo para ocultar que eres incapaz de relacionarte con el resto como una persona normal, que llora cuando siente pena y ríe cuando está alegre...

—Nada...

—¡No me interrumpas! Jamás te pedí nada, y he sido feliz a tu lado, decir lo contrario sería mentir. Solo una vez te pedí que aceptaras el trabajo que te ofrecía mi padre y nunca más te exigí que dejaras la policía y regresáramos a Bagdad. Nunca te eché en cara que no vi morir a mi padre y que apenas sé nada de mi madre y mis hermanos. Siempre te apoyé, siempre estuve a tu lado, porque sabía que bajo tu coraza, tus principios, tu rectitud y tu decencia sufrías porque eres un hombre bueno. Pero ahora ya lo dudo, Rashid, ahora creo que a lo mejor he vivido engañada todos estos años, que no es que parezcas frío y distante, elitista y pretencioso para defenderte de las injusticias que te ha deparado la vida, sino que en realidad eres así, incapaz de entender no ya el sufrimiento sino simplemente la posición en la que estamos los demás. Ponte en mi lugar, Rashid, y no me hables del tribunal de Núremberg. Por una vez, solo por una vez, piensa en mí, en qué siento cuando dices que no podemos irnos porque no está Adnan, en las noches en vela que acumulo porque no puedo dormir por el miedo a que caiga una bomba en casa y yo no pueda hacer nada para defender a mis hijas. ¿Acaso no quiero yo a mi hijo? ¿Es malo que tema por mis hijas cuando llueven bombas en nuestra ciudad? Piensa, si eres capaz de ponerte en mi piel, en lo que sentí cuando vi esa pintada en la puerta de nuestra casa. ¡De nuestra casa, Rashid, nuestra casa, no solo la tuya! ¿Puedes entender que tengo miedo, que temo por nuestra vida y por la tuya, que me horroriza tanto pensar que nos puede caer una bomba encima en este preciso instante como que la próxima semana un vecino te pegue dos tiros? ¿Tan difícil te resulta entenderlo, Rashid? ¿Por qué me obligas a elegir entre tú y nuestras hijas? ¿Por qué?

Nada calló de forma tan fulgurante como había empezado a hablar. Rashid encendió un cigarrillo. Quería acariciarle la mano, pero entendió que hacerlo solo agravaría la situación.

—Yo solo me refería al tribunal de Núremberg para tranquilizarte, para explicarte

que los americanos, aunque acaben ocupando Bagdad y el resto del país, no pueden juzgar a miles de militantes del Baaz, no solo por cuestiones prácticas sino por principios. Hay precedentes de ello.

—Rashid, amor mío, no has escuchado nada de lo que te he dicho —susurró Nada, rota.

—Sí te he escuchado.

—¡Pues dame un motivo, solo uno, por el que no quieres irte de Bagdad! ¡Dame un motivo por el que arriesgar tu vida y la nuestra que no sea tu estúpido orgullo, el alto sentido que tienes de ti mismo y de tus principios! ¡Un motivo!

«Tú no eres como tantos otros en esta ciudad, en este país, Rashid. No eres de los que huye de sus responsabilidades».

—Adnan... —susurró el doctor.

—Adnan no es un motivo, Adnan es una excusa, Adnan es un chantaje...

—... no eres justa...

—... no me hables de justicia, estoy harta de escucharte reflexionar sobre la justicia. Háblame de ti, de lo que sientes, de lo que piensas, de lo que quieres, de lo que detestas. Te imploro, Rashid, que mires en tu interior y me des una razón para que las niñas y yo no cojamos un GMC de Abdo y nos quedemos aquí a tu lado a compartir nuestro destino con el tuyo. Una razón, Rashid, solo una razón que yo pueda entender.

Rashid cerró los ojos. El corazón se le había acelerado y se sentía ligeramente mareado. Apagó el cigarrillo en el cenicero y clavó su mirada en Nada.

—Adnan. Y esas niñas.

—¿Qué niñas?

—Las asesinadas. Alguien tiene que encontrar al hombre o los hombres que las asesinaron. Es mi trabajo.

Nada miró a su marido como si no reconociera al hombre con el que compartía el lecho cada noche.

—¿Las niñas asesinadas?

—Es mi trabajo.

—Ni siquiera es tu trabajo. Tu trabajo es salir a la calle en Karrada y poner multas a los vehículos mal estacionados —dijo Nada con todo el veneno que pudo acumular.

—Es cierto. Pero desde hace unos días también lo es encontrar al asesino de esas niñas.

—¿Son más importantes esas dos niñas que nosotras, tu mujer y tus hijas? Esas niñas están muertas. Nosotras todavía estamos vivas.

—No es eso lo que quiero decir...

—¿Son más importantes que nosotras? Dímelo Rashid, y si es así, no te molestaré más, nos quedaremos en Bagdad y dejaremos nuestras vidas en manos de Alá.

—Pueden morir más inocentes si no encuentro al asesino...

—Dímelo Rashid, quiero oír cómo lo dices. ¿Son más importantes esas niñas que

nosotras?

El doctor suspiró y se mesó los cabellos. Consultó el reloj de pulsera y se levantó.

—No hay nada más importante para mí que mi familia. Por eso no nos iremos de Bagdad dejando atrás a Adnan. No podemos hacerle eso a nuestro hijo. Es mi última palabra.

Y sin añadir nada más, se dirigió a su habitación para vestirse, dejando a Nada sumida en el llanto. Por el camino se cruzó con Tahani y Zeynab, que habían escuchado la discusión. Pasó por su lado sin hablarles y cerró tras de sí la puerta de la habitación. Se vistió metódica y rápidamente, a la vez que hacía ejercicios de respiración tratando de serenarse. Al salir, se encontró la puerta de la casa abierta y a Tahani y Zeynab junto a ella.

—Mamá se ha ido —dijo Tahani.

—Habrá ido al mercado —repuso Rashid—. Pronto volverá.

El doctor besó en la mejilla a sus dos hijas.

—Cerrad la puerta y no abráis a nadie, yo debo ir a trabajar.

—Papá —dijo Zeynab—. La carta para Adnan.

Rashid cogió las cuartillas que le entregó su hija menor y las guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Después volvió a besar a sus dos hijas y cerró la puerta tras de sí. Lulú, acurrucada en el primer escalón, se lamía las patas delanteras.

## 7 de abril

*Adamiya. 02:00 h.*

—He pasado la guerra en un lugar al que los soldados llamábamos «el oasis», aunque en realidad era un enclave en mitad del desierto entre Hilla y Kut, seco, exiguo, en el que solo crecían un par de palmeras. El oasis estaba bastante apartado de la autopista, calculo que a unos veinte kilómetros, y para llegar a él había que conducir por una pista pedregosa. El oficial al mando de nuestra pequeña unidad, el capitán Shukri, decía que antiguamente ese lugar había estado habitado. La prueba eran unas construcciones de adobe que se veían a cien metros al este del barracón donde dormíamos. Dudo que allí viviese mucha gente, pero el capitán decía que lo más probable es que también hubiera tiendas de beduinos; así que una parte de los habitantes del enclave habrían sido beduinos. El pueblo más cercano a nuestro campamento estaba a unos cincuenta kilómetros hacia el norte. Era una aldea pequeña a la que teníamos prohibido acercarnos porque estábamos en una misión secreta. La gente que vive allí es pobre y analfabeta, se dedica a la agricultura y la ganadería, pero estoy seguro de que sabían por qué estábamos allí y jamás nos dieron ninguna importancia.

»Nuestra unidad estaba formada por catorce hombres: el capitán Shukri, el teniente Safadi, el sargento Zuheir, diez soldados y un veterinario civil reclutado de la universidad. Cuando acabamos la instrucción militar nos reunieron en el patio del cuartel de Bagdad y el capitán nos arengó, nos dijo que formábamos parte de la élite del glorioso Ejército iraquí y que íbamos a servir en una misión de alto riesgo, que debíamos defender con nuestra sangre, con nuestra vida si era necesario, un emplazamiento de suma importancia para nuestro amado *rais*, un lugar que bajo ningún concepto podía caer en manos de los bárbaros americanos. Entonces los tres oficiales subieron a un Jeep y el resto nos acomodamos como pudimos en un camión de transporte. Viajamos durante algo más de tres horas, en silencio. A algunos el traqueteo del camión los amodorró a pesar de lo incómodo y estrecho que era el cubículo, pero yo me pasé el camino sumido en cábalas sobre la naturaleza del emplazamiento estratégico que teníamos que defender. Me preguntaba en qué lugar iba a servir a mi país. Me fijé en mis compañeros; eran de mi edad, incluso algunos más jóvenes, y en sus expresiones soñolientas podía leerse el miedo si uno rascaba un poco. Como en mi rostro, supongo. Éramos conscientes de que estábamos mal pertrechados, armados apenas con un fusil, sin chalecos antibalas, vestidos con uniformes remendados y protegidos por cascos anticuados, que pesaban, daban calor y resultaban ineficaces contra las balas. Durante el trayecto, fumamos mucho y apenas dijimos nada. Cuando el camión se detuvo, todos teníamos la espalda dolorida

y las piernas entumecidas.

»En el oasis nos aguardaba la dotación a la que íbamos a relevar, compuesta por dos oficiales y diez soldados, que subieron de inmediato al camión y al Jeep en los que nosotros habíamos llegado. El único medio de locomoción que quedaba en el oasis era un maltrecho picop sin distintivos militares y un tanque averiado. El campamento consistía en tres barracones, dos grandes y uno pequeño, de madera verde con techo a dos aguas. Pernoctábamos en uno de los grandes. El capitán y los otros dos oficiales dormían en tres camaretas con una cama cada una. La tropa lo hacíamos en colchonetas extendidas en el suelo de cemento, vestidos, porque las noches eran frías y no sabíamos si tendríamos que levantarnos de improviso. Al anochecer apagábamos todas las luces para no delatar nuestra posición al enemigo. En el barracón pequeño había una cocina, donde guisábamos por turnos, una despensa con provisiones al menos para dos meses y un comedor presidido por un retrato en blanco y negro del *rais* y un televisor que no funcionaba. Al margen de las botellas que había en la despensa, el agua la extraíamos de un pozo muy profundo y de un gran depósito, la construcción más alta en kilómetros a la redonda. Completaban las instalaciones una pequeña cabaña que funcionaba como oficina de los oficiales, un cobertizo que protegía más mal que bien el generador de electricidad, y unas duchas al aire libre. En las semanas que estuvimos allí, el barracón del comedor fue el lugar donde pasamos más tiempo, conversando, fumando, matando el hastío, combatiendo la incertidumbre y el miedo. Catorce hombres solos en el desierto en plena guerra. Solo en una ocasión, al principio, llegó una furgoneta con provisiones. Afortunadamente, trajo mucho tabaco.

»La razón de ser de nuestra misión se encontraba en el otro barracón. El capitán Shukri nos hizo entrar en formación. Yo estaba expectante, mi corazón palpitaba con violencia mientras aguardaba a que se abrieran las puertas. ¿Qué habría en ese barracón de tanta importancia para nuestro *rais*? El primer impacto fue el olor, una mezcla de sudor, orín, excrementos y paja. El segundo, la temperatura, muy agradable a causa de varios climatizadores de los que carecíamos en nuestro barracón. Después vi a cinco hermosos corceles alineados en unos cómodos y amplios establos. Eran caballos árabes, de pura sangre a mis ojos neófitos. “La puta cuadra secreta de Sadam Husein”, susurró un soldado, y algunos rieron, aunque a mí no me hizo ninguna gracia. “Nuestras órdenes son proteger estos caballos de los ladrones y del enemigo”, dijo el capitán Shukri, que trató de dotar a sus palabras de toda la solemnidad que fue capaz de reunir. “Debemos impedir con nuestras vidas si es necesario que estos animales, que son propiedad del Estado de Irak y una de sus joyas más preciadas, acaben en manos del enemigo”.

»Al caer la noche, la unidad era ya un hervidero de chismorreos. Según Abbás, un joven suní de Bagdad, de Al Mansur, Sadam Husein colecciona caballos árabes y hasta que estalló la guerra los alojaba con toda clase de lujos en unos establos que había hecho construir cerca de la Universidad de Bagdad. Ubayda, un chico huraño

que procedía de Kirkuk, dijo que probablemente esos cinco corceles eran los mejores de la cuadra, y que Sadam los había alejado de Bagdad para mantenerlos seguros. Otro soldado, llamado Walid y originario de Basora, dijo que cada uno de esos animales valía millones de dólares, y que si los americanos conocieran su emplazamiento no dudarían en enviar a sus tropas de élite para hacerse con ellos y venderlos en su país o en Europa. “O a algún jeque saudí”, pensé yo, pero no dije nada porque no me gusta expresar mis opiniones políticas en público.

»El capitán y el teniente organizaron pronto la que iba a ser nuestra rutina. Establecimos un turno de guardia para mantener bajo vigilancia el perímetro del campamento y otro para cuidar de los corceles. Bajo las instrucciones del veterinario, los refrescábamos con agua, los alimentábamos y los sacábamos a pasear. Teníamos prohibido montarlos, aunque algún atardecer mis compañeros y yo vimos al capitán Shukri entrar a hurtadillas en el barracón y alejarse con alguno de los animales, tan solo para regresar tiempo después, los dos, bestia y hombre, sudorosos y sucios de arena del desierto. Conforme transcurrió el tiempo, la disciplina se fue relajando y las órdenes no eran tan perentorias, sobre todo en lo que a las guardias en el exterior se refería. En cambio, nunca abandonamos el cuidado de los caballos. Tal vez os pueda sonar extraño pero, en mayor o menor medida, todos acabamos encontrando sosiego en el cuidado de esos animales. Yo, sin ir más lejos, me encariñé con un caballo negro, negrísimo, llamado Sharif pero al que apodábamos Sadam porque era el más iracundo del establo. Aun así, Sadam y yo hicimos buenas migas y dediqué muchos atardeceres a cepillar su suave melena.

»El único soldado que no se dejó seducir por los hermosos caballos fue Hasan, un muchacho de Diwaniya con el que congenié rápidamente. Casi siempre estábamos juntos y también dormíamos juntos, en un rincón del barracón que cuidábamos como si se tratara de nuestra casa. Allí guardábamos nuestra ropa y nuestros enseres de aseo, que era lo único que nos permitían tener. Cuando no teníamos guardia, solíamos charlar hasta que nos venía el sueño. Yo le hablaba de vosotros, de mi vida en la universidad, de cosas de medicina, y él me decía que soñaba con emigrar a Estados Unidos, como su hermano mayor, que fue a estudiar Química a California y nunca regresó. Su hermano encontró trabajo en el laboratorio de una multinacional, consiguió la carta verde y se casó con una chica jordana. “Mi hermano dice que las playas de California son muy hermosas”, me comentaba Hasan. Su problema era que su padre le había prohibido seguir los pasos de su hermano. Su padre era dueño de un comercio, y había tenido dos hijos y tres hijas. El primogénito le había desobedecido cuando se marchó a California, así que Hasan debía ser el que se hiciera cargo del negocio familiar. Ese no era el deseo de Hasan, pero tampoco quería desairar a su padre. “Huyamos del oasis, Adnan. Huyamos antes de que lleguen los americanos. Vámonos juntos a América”, me decía. Y los dos reíamos.

»Los americanos se convirtieron en unos fantasmas amenazantes para nosotros. ¿Dónde están los americanos? ¿Atacarían el oasis? Walid, el chico de Basora, tenía

una radio de onda corta con la que escuchábamos las noticias. Durante el día no podíamos sintonizarla; él decía que era a causa del calor, que impedía que las ondas circularan libremente. En cambio, muchas noches podía entenderse algo a través de la estática. Escuchábamos la BBC en árabe y estábamos pendientes de cada boletín. La emisora daba los partes del ejército americano, y por ellos sabíamos que estaban avanzando muy deprisa. Se dirigían a Bagdad y se suponía que nosotros teníamos que hacerles frente cuando pasaran a la altura de nuestra posición. Las noticias sumían el campamento en la preocupación y el miedo, como si durante el día todo aquello fuera un juego y por la noche cobráramos conciencia de que estábamos en guerra, de que éramos soldados en la línea de frente, impotentes ante la maquinaria de matar enemiga. “Harán lo que quieran con nosotros, como en Kuwait en 1991, que arrollaron a los soldados y los enterraron en la arena con sus poderosas excavadoras”, solía decir, pesimista, Walid, el chico de Basora. Era un tipo solitario, chií, que como todos fumaba mucho y que apenas se relacionaba con el resto. Incluso el lugar donde dormía era el más apartado del barracón grande.

»A mí me preocupaban las noticias de los bombardeos en Bagdad, temía por vosotros, pero en el desierto la guerra de la que hablaban las noticias me sonaba ajena, como si se desarrollara en otro mundo, a pesar de que yo mismo era un soldado. Sí, escuchar los boletines me desmoralizaba, pero después alzaba la vista y veía el nítido cielo repleto de estrellas y me embargaba una inusual sensación de sosiego, fuera de lugar y ajena a la razón pero a la cual no podía ni quería resistirme. Me sorprendí a mí mismo acudiendo a las oraciones que oficiaba, como improvisado imán, el sargento Zuheir. Rezábamos fuera del barracón, y era emocionante vernos postrados en dirección a La Meca. La mayoría de los chicos eran creyentes; algunos, como el veterinario, rezaban porque tenían miedo. Yo, que sabéis que no frecuento la mezquita, albergaba otros motivos para rezar. El desierto tiene eso, que es muy espiritual, te habla con voz melosa durante la noche y te inflama durante el día. El desierto te descubre que eres insignificante si no estableces un vínculo con Alá, si no sigues las leyes que Alá ha dictado a los seres humanos. Si tienes miedo, esas leyes adquieren más valor. Y allí estábamos, catorce hombres y cinco bellos corceles, criaturas de Alá, a la espera de no sabíamos qué.

»Entonces fue cuando vimos los dos cazas. Sobrevolaron muy bajo por encima de nosotros, hacia el norte, probablemente en dirección a Bagdad. El capitán Shukri dijo que los pilotos no nos habían visto pero otros decían que sí, y que si no nos habían atacado no significaba que esos mismos cazas u otros no fueran a volver en cualquier momento. En ese preciso instante en que levanté la cabeza, alertado por el estruendo, y vi encima de mi cabeza los dos cazas fue cuando sentí miedo de verdad. Era como un calambre que arrancaba del vientre y ascendía hasta el pecho mientras en la cabeza se me amontonaban escenas en las que aparecíais vosotros. Lo mismo les sucedió a los demás, se podía ver en sus rostros. “¿Vamos a dejarnos matar por proteger unos caballos?”, preguntó en voz alta Ubayda, el chico de Kirkuk, y muchos

le dimos la razón. Los oficiales se dieron cuenta de lo que sucedía y endurecieron la disciplina. Pero el miedo ya se había extendido por el campamento. ¿Y si no nos bombardeaban? ¿Y si los espías americanos sabían que Sadam Husein había sido tan necio como para confiar a un puñado de chicos inexpertos la custodia de unos caballos que valían millones en un barracón en mitad del desierto? ¿Nos atacaría el enemigo por tierra, con sus tanques y blindados? ¿O tal vez, como dijo Hasan, simplemente tropezarían con nosotros en su camino hasta Bagdad desde el sur? Fuera como fuese, no teníamos ninguna oportunidad de defendernos. Lo sabíamos todos, empezando por el capitán.

»Esa noche me tocó guardia y, como hacíamos a veces, Hasan vino a hacerme compañía. No fumamos, para que nuestros cigarrillos no delataran nuestra posición en la oscuridad a un enemigo que ahora creíamos que estaba en todas partes. “*Yundi*, la BBC dice que los americanos han tomado el aeropuerto”. Me llamó *yundi*, soldado, con el cariño que había germinado entre nosotros y me pasó una pequeña botella de *arak*. “¿De dónde has sacado esto?”, le pregunté. “Lo guardaba para este momento, o uno parecido”, respondió. Bebí un sorbo, y nos quedamos en silencio el resto de la guardia.

»A la mañana siguiente el tráfico de cazas por encima de nuestras cabezas fue incesante. El capitán ordenó que no saliéramos de los barracones más de lo imprescindible, y pasamos el día cociéndonos a fuego lento en nuestro propio sudor. Yo me quedé en el barracón de los caballos. Junto a Hasan, Walid y el veterinario, de vez en cuando los remojábamos con agua para aliviarles el calor. Los animales estaban nerviosos, como si pudieran detectar nuestro propio miedo. “Vámonos”, me dijo Hasan a mediodía, cuando nuestros compañeros dormitaban. “Huyamos ahora, esta noche, por el desierto, yo sé orientarme por las estrellas. A pie, cojamos provisiones. ¿A qué distancia estamos de Bagdad? ¿A ciento cincuenta kilómetros, a doscientos? Podemos hacerlo. O a lo mejor podemos ir hasta la autopista, alguien nos llevará, esta noche podemos dormir en casa”. Yo le dije que no. Me imaginaba llegando a casa, mi reencuentro con vosotros, y por un lado pensar en ello me impulsaba a irme cuanto antes, pues nada deseaba más que besarte a ti, madre, y a vosotras, hermanas mías. Pero también pensaba en ti, papá, en lo que dirías si veías aparecer a tu hijo convertido en un desertor. No, le dije a Hasan, teníamos una misión que cumplir.

»El capitán Shukri ordenó a tres soldados que se acercaran a la autopista para ver qué ocurría allí. Estuvieron fuera casi todo el día y cuando regresaron trajeron pésimas noticias. Contaron que había mucho movimiento, que los convoyes americanos subían hacia Bagdad sin que nadie les ofreciera resistencia. Sus tanques y blindados eran enormes, y había muchos soldados con aparatosos cascos y chalecos. Describieron un ejército poderoso y numeroso, muy superior al nuestro. Desde un punto de vista estratégico todos entendimos lo que aquello implicaba. Los americanos se dirigían a Bagdad desde el sur y nosotros nos habíamos quedado detrás de las

líneas enemigas, aislados, dentro de una bolsa ocupada por el enemigo.

»Apenas dormí esa noche. Hasta que el sueño lo venció, Hasan me explicó sus planes. Quería que huyéramos juntos, pero no solo del oasis, sino de Irak. Ir a Occidente, establecer un negocio fuera, algo que tuviera que ver con la importación y la exportación, algo limpio que nos proporcionara suculentas ganancias y que nos permitiera viajar por todo el mundo y mantener grandes familias, con una hermosa esposa y muchos niñitos y niñas. Yo mismo había fantaseado con ello durante mis guardias, salir de Bagdad, emigrar a Europa, como hiciste tú, papá, pero para no regresar a este lugar marcado por la guerra, para dejar atrás una vida en la que los méritos de cada uno no sirven para nada. Marcharme, a lo mejor a Estados Unidos, porque yo no soy como tú, papá, yo no creo en este país, yo aspiro a una vida tranquila, a estudiar, a formar una familia y a envejecer sin preocupaciones. No creo que Irak me pueda ofrecer a mí lo que te negó a ti, papá. Eso pensaba esa noche, y eso pienso ahora, y eso pensé hace un rato cuando te vi escarbar en medio de las ruinas del café Nayma.

»Pero no hice caso a Hasan, y ahora me arrepiento. Apenas había amanecido cuando oí el motor del picop. Recuerdo que fue como una señal de alarma, y que varios soldados salieron a ver qué ocurría. Alcanzaron a ver la furgoneta alejándose en dirección a la autopista. La conducía el capitán y junto a él viajaba el teniente. Inocente, al principio pensé que los dos oficiales querían ver por sí mismos los movimientos de tropas del enemigo. Pero unos soldados encabezados por Abbás, el joven de Al Mansur, asaltaron sus camaretas y descubrieron que el capitán y el teniente se habían llevado sus pertenencias. Shukri y Safadi se habían ido con el único medio de transporte del oasis.

»El sargento Zuheir, un buen hombre procedente de una familia humilde de Faluya, trató de hacerse cargo de la situación, pero Abbás y, sorprendentemente, el taciturno Walid se habían convertido en los nuevos líderes del destacamento. Zuheir propuso contactar por radio con Bagdad, y así lo hizo, rodeado por todos nosotros, que queríamos escuchar con nuestros propios oídos qué sucedía en la ciudad. Tras muchos esfuerzos, alguien que no se identificó nos respondió. Pronto resultó evidente que nuestro interlocutor no sabía quiénes éramos ni dónde estábamos, y que no buscaría a nadie que lo supiera. “Cumplan con su misión”, nos dijo aquel hombre, que a lo mejor era un soldado raso como nosotros, quién sabe. “Recuerden que los desertores serán castigados con el máximo rigor. El glorioso Ejército de Irak no tolera la traición”, añadió. Y cortó la comunicación.

»No eran esas las palabras que esperábamos escuchar en el oasis, como os podéis imaginar. Pronto estalló una discusión entre nosotros. Un grupo, encabezado por Abbás y Walid, quería huir, como fuera, cuanto antes. Sostenían que los americanos iban a llegar en cualquier momento, que tal vez ya hubieran ocupado Bagdad, que si nos quedábamos en el oasis nos enfrentaríamos a una muerte segura o acabaríamos como prisioneros de guerra, en manos de los marines o de quién sabía quién, a lo

mejor de agentes de la CIA, cuya reputación entre nosotros era muy mala; había rumores de que torturaban a los soldados apresados solo por placer. El sargento, en cambio, apoyado por soldados como Ubayda, era partidario de cumplir nuestra misión. Ubayda recordó los rumores que también corrían sobre las represalias de los fedayines contra los desertores. Se decía que mataban a familias enteras de soldados prófugos, que en ocasiones obligaban a los hombres a luchar a punta de pistola si detectaban indicios de que desfallecían. “¿Y si Bagdad no ha caído?”, preguntó Ubayda. “¿Y si abandonamos el oasis por miedo a los americanos y acabamos en manos de los fedayines?”.

»Ya era mediodía y decidimos comer. Fue una comida tensa. De forma natural, en el comedor se formaron grupillos, dos bandos en realidad, los que querían irse y los que preferían quedarse. Hasan se contaba entre los primeros; yo, junto al sargento, el veterinario, Ubayda y dos soldados más, entre los segundos. Seis contra seis. El capitán y el teniente se habían llevado el picop, el tanque era un mero elemento decorativo que no se había movido en años, cómo íbamos a huir, pensaba yo, doce hombres y cinco valiosos y delicados caballos. ¿A pie por el desierto?

»Tal vez no hubiese sucedido nada si no hubiera sido por los helicópteros, a lo mejor hubiéramos decidido cumplir nuestra obligación como soldados y aún estaría allí, no lo sé. Casi al anochecer, después de una tarde preñada de discusiones que iban subiendo de tono pero que no llevaban a ninguna parte, un zumbido nos alteró. Descansábamos, ociosos, a la sombra de los barracones, excepto Abbás, Walid y Hasan, que conspiraban en un rincón, y el veterinario, que trabajaba en el barracón de los caballos como si aquel fuera un día normal. Al principio no supimos de dónde procedía el ruido, pero pronto vimos de qué se trataba: dos helicópteros americanos, volando más bajo que los cazas, casi encima de nuestras cabezas. Nuestro primer impulso fue escondernos, cabía la posibilidad de que pensaran que el campamento estaba vacío. Pero en aquel momento escuchamos gritos, y vimos a Abbás, desnudo de cintura para arriba, armado con su fusil. Insultaba a los americanos en un pésimo inglés que mezclaba con injurias en árabe, y disparaba contra los helicópteros, pese a que no tenía ninguna posibilidad de alcanzarles. No sé si los americanos nos vieron; lo que sí sé es que entonces todos estábamos convencidos de que íbamos a morir. Sin embargo, como dos grandes insectos perezosos, los helicópteros viraron y se alejaron. Nunca olvidaré la sonrisa triunfal de Abbás. “Supongo que ahora estamos todos de acuerdo en irnos, ¿no?”.

»Fue como ese juego de las sillas que nos enseñaste cuando éramos niños, papá. Alguien apagó la música, los soldados nos miramos durante unos largos segundos y nos lanzamos a por una silla para no ser el que se quedara de pie, solo en medio de la sala, sin asiento, derrotado. Al unísono, nos abalanzamos hacia el barracón de los caballos; habíamos echado las cuentas rápidamente, cinco caballos doce hombres, cada corcel una fortuna. Fue feo, fue desagradable, fue salvaje, fue inhumano. El sargento y el veterinario, a los que el tumulto sorprendió desarmados, fueron

asesinados a sangre fría, creo que a manos de Abbás, pero no estoy seguro. Un caballo murió. Tres soldados fallecieron en la lucha por hacerse con un corcel. Creo que yo fui el que mató a uno de ellos, pero creedme si os digo que no lo recuerdo, solo me acuerdo de los helicópteros y después, oscuridad. Sé que tuve miedo, y sé que perdí el mundo de vista, pero no recuerdo qué hice, de verdad, debéis creerme. Llegan los helicópteros, se van, y el mundo se hunde bajo mis pies hasta que emerjo horas después, ya de noche, en el desierto, a lomos de Sadam y con Hasan, malherido en una pierna, abrazado a mi espalda. Eso es lo que recuerdo.

»Viajamos toda la noche. La herida de Hasan era muy fea, y en nuestra huida precipitada no habíamos cogido nada, ni comida, ni provisiones, ni material del botiquín. La noche era fría, y en un par de ocasiones nos detuvimos para que Sadam descansara. Con la única luz de las estrellas como ayuda, le practiqué un torniquete a Hasan, pero no logré controlar la hemorragia, apenas sí la ralenticé. Tenía una herida de bala en el muslo, y mientras cabalgábamos notaba que era presa de violentas convulsiones. “Tú eres médico, *yundi*, sé que me salvarás”, me decía. Al principio traté de impedir que se quedara dormido, pero pronto desistí. De vez en cuando, llamaradas rojas a gran distancia iluminaban la noche y poco después llegaba hasta nosotros un rumor sordo, el fragor de la guerra hacia la cual nos dirigíamos. “Te perdono”, susurró en algún momento de la noche Hasan. No sé por qué, no recuerdo por qué.

»Ya había amanecido cuando llegamos a una pequeña aldea en mitad del desierto, supongo que la que estaba más cerca de nuestro campamento, no tengo forma de saberlo. Sadam estaba exhausto y Hasan había muerto en algún momento de la noche. Los lugareños me atendieron con amabilidad. El jefe de la tribu se hizo cargo del cuerpo de Hasan sin hacer preguntas y un pastor me cambió el preciado y valioso caballo árabe de Sadam Husein por una motocicleta vieja, un bidón de gasolina, un poco de comida y estas ropas. No me quedé al entierro de Hasan, no me vi con fuerzas de resistir mis propias emociones. Empecé el camino hacia Bagdad, evitando la autopista, intentando no entrar en aldeas. Aunque no vi americanos por ninguna parte, sabía que estaban allí mismo, y que si habían tomado el aeropuerto eso significaba que el sur de la ciudad estaba en sus manos. Así que me moví hacia el este. Al atardecer, decidí entrar en un pueblo, donde me informaron de dónde mantenían exactamente sus posiciones los americanos, lo que me resultó de mucha utilidad para cruzar las líneas del frente. Cuando vi circular coches, ya en las afueras de Bagdad, abandoné la moto y detuve uno, que me dejó muy cerca de Adamiya. El conductor me preguntó mi nombre y se interesó por mí, y yo le dije que me llamo Hasan, que soy de Diwaniya y que cuando acabe la guerra viajaré a California. Tengo un mensaje que entregar al hermano de mi hermano de armas.

*Hotel Palestina. 10:00 h.*

«Papá, ¿cómo puedes marcharte ahora? Tenemos que tomar una decisión», le había dicho Adnan, más perplejo que irritado. A su lado, Nada lo había mirado en un silencio acusador, dejando que su hijo llevara la voz cantante.

Rashid entró como una exhalación en el hotel Palestina, la mano en la sobaquera. Tras él corría Jaled.

—Así no, Rashid —dijo el asistente mientras intentaba sujetarlo del brazo—. Así no.

La recepción del Palestina era un hervidero de excitados occidentales e iraquíes. Los reporteros corrían de un lado para el otro, muy atareados, algunos sonrientes. Los iraquíes parecían invitados a su propio funeral, algunos tenían los ojos enrojecidos y había quien no se esforzaba en reprimir las lágrimas. Los americanos habían llegado hasta el centro de Bagdad y habían tomado casi sin oposición el Palacio de la República, el corazón del régimen de Sadam Husein. Desde el palco privilegiado que eran los balcones de las habitaciones del hotel Palestina, los periodistas y los empleados habían podido seguir el desarrollo de la batalla al otro lado del Tigris. Habían visto llegar los tanques americanos, y los habían visto disparar contra el palacio. Los defensores, fedayines y miembros de la Guardia Republicana, pronto habían huido por ventanas y respiraderos, lanzándose al río, buscando salvar la vida ante aquella imparable máquina de guerra. Algunos lograron huir; otros murieron en el intento. La mayoría fueron arrestados y obligados a tumbarse en el suelo, con una bota militar del ocupante encima de la espalda, el rostro pegado al asfalto. La resistencia había sido mínima. «¡Golpead a las tropas enemigas con toda la fuerza de la fe y resistid, valientes ciudadanos de Bagdad!».

Los americanos estaban tomando el centro de Bagdad con una facilidad inusitada y a Rashid no le importaba. De hecho, no fue consciente de lo que sucedía en la ciudad hasta que llegó al Palestina. A su lado del Tigris llegaba el fragor de la guerra pero todavía no se combatía. La tormenta de arena había remitido pero aun así costaba respirar. En el camino desde Adamiya habían recorrido calles semivacías. Ya no se veían militares ni policías, al menos con uniforme, y los milicianos y soldados que durante los últimos días se pavoneaban en grupo habían desaparecido, como si la ciudad los hubiera engullido. De vez en cuando podían verse grupillos de dos o tres personas, vestidos de civiles, sus rostros ocultos por kufiyas, armados con fusiles e incluso con lanzacohetes, camino del centro, hacia el Palacio de la República, dedujo después Rashid. Los pocos civiles con los que se cruzaron deambulaban como si no supieran adónde ir. La curiosidad impulsaba a algunos hacia los puentes del Tigris, pero a la mayoría la prudencia los mantenía alejados del río y del campo de acción de los tanques y blindados americanos. El régimen caía y para los bagdadíes se abría una puerta hacia lo desconocido.

Apenas había amanecido cuando unos recios golpes en la puerta inquietaron a la familia de Rashid. Las niñas dormían, y Adnan ayudaba a su madre a preparar el desayuno. Había sido una noche larga tras un día agotador, una madrugada de

reencuentros y revelaciones, y Rashid apenas había dormido. El cansancio había aplazado la discusión interminable que mantenía con Nada, pero solo era una tregua. Los golpes en la puerta sorprendieron al doctor tumbado en la cama, con los ojos cerrados, pensando en Huda, Fátima y John Hamilton.

—Alguien pregunta por ti, papá —le avisó Adnan.

Recortado en el marco de la puerta, Rashid vio a Jaled. Le acompañaba un adolescente espigado, bigote incipiente encima del labio, frente arrasada por el acné, ojos oscuros. El hijo adolescente de Suleyman al Zarqa vestía la misma camiseta del día anterior, de tirantes, amarilla, con la palabra *Brazil* impresa en tonos verdes.

«Papá, estás poniendo a toda la familia en peligro, debemos marcharnos de Bagdad si todavía es posible», le había implorado Adnan.

Rashid localizó a Hamilton en un grupo de periodistas que avanzaba a paso rápido hacia una de las terrazas del hotel Palestina. El periodista americano no reparó en él. Vestía pantalones cortos, una camiseta verde oliva y una gorra de un equipo americano de béisbol que el doctor no conocía. Rashid se zafó de Jaled y siguió a los reporteros. En la terraza había decenas de cámaras, ya que era el lugar desde el que los corresponsales de televisión informaban a sus audiencias, con el Tigris a sus espaldas. Había una gran expectación, ya que el ministro de Información, Mohamed Said al Sahaf, se disponía a ofrecer una conferencia de prensa. Con el uniforme impecablemente planchado, su cabello teñido de negro y peinado hacia atrás, el ministro se enfrentaba a decenas de cámaras con la pose de quien está habituado a ello.

—*There are no British or American troops in Baghdad*<sup>[1]</sup> —dijo al mundo entero, mientras a sus espaldas, a escasos metros de esa terraza con vistas al Tigris, sonaban los disparos. El movimiento de los blindados americanos era apreciable a simple vista por toda la prensa extranjera acreditada en Bagdad.

Rashid hizo pasar al salón de su casa a Jaled y al hijo de Suleyman al Zarqa. Yaakub, ese era su nombre, repitió entonces la historia que poco antes le había contado a Jaled. Su hermano Nabil había desaparecido. Aquella noche, las mujeres y los niños de su barrio habían dormido juntos en la misma casa, como los hombres que formaban las patrullas de defensa civil de la zona habían estipulado. Sin embargo, la situación en esa casa era muy caótica, con decenas de niños y apenas un puñado de mujeres para controlarlos. Antes del amanecer, una de las mujeres se levantó atraída por las lágrimas de uno de los niños más pequeños y cayó en la cuenta de que Nabil no estaba en su cama.

—Mi hermano no puede andar solo —dijo Yaakub—. Por eso mi padre me mandó a buscarles.

—¿Llegó a acostarse Nabil? —preguntó Rashid.

Yaakub se encogió de hombros.

—¿Alguien lo vio anoche? Es importante que intentes recordarlo.

—No lo sé, yo he estado de guardia esta noche y he dormido con los hombres.

Rashid maldijo y buscó un cigarrillo en un paquete que estaba vacío. Nada sirvió una bandeja con té y pastas. Jaled ofreció tabaco al doctor y agradeció con una sonrisa la hospitalidad de su esposa.

—Lo hemos buscado por la casa, y en otras casas, y por el barrio, pero no lo hemos encontrado —dijo Yaakub—. Mi padre dice que usted le dijo que le avisáramos si algo le sucedía a Nabil.

—¿Cómo puede un americano entrar en una casa llena de niños iraquíes y llevarse a uno sin que nadie se dé cuenta? —preguntó, exasperado, Rashid.

—¿Un americano? —repitió Yaakub.

—A no ser que el niño no llegara a dormir en esa casa anoche... —susurró el doctor, para sí.

—¿Cómo es posible que nadie se diera cuenta hasta esta mañana? —dijo Jaled.

—¿Puede ser que anoche las mujeres se olvidaran de Nabil?

Yaakub se encogió otra vez de hombros.

—Hay muchos niños en esa casa.

«¡No puedes irte ahora, papá!», le había alzado la voz Adnan.

—Se lo garantizo. Bagdad está segura —afirmó con solemnidad el ministro Mohamed Said al Sahaf.

Un periodista le contó a Rashid que, a las seis de la mañana, la segunda brigada de la tercera división de la infantería americana había entrado en Bagdad por la autopista A8. Aniquilando la escasa y deslavazada resistencia que encontraban a su paso, los soldados americanos habían ido avanzando hasta el centro de la ciudad y en esos momentos en que el ministro de Información hablaba ante la prensa extranjera la lucha se concentraba en el distrito gubernamental de la capital. El régimen, pues, se desplomaba, a pesar de que Mohamed Said al Sahaf se empeñaba en sostener lo contrario. Rashid sintió que la camisa se le pegaba a la espalda y las axilas. Buscó a Jaled con la vista. Necesitaba un cigarrillo. El ayudante le ofreció uno con el gesto de quien consuela a un desconocido en un funeral.

—Esos perros dicen que están con sesenta y cinco tanques en el centro de la ciudad, y yo les digo a ustedes que eso no es cierto —continuó su perorata el ministro Mohamed Said al Sahaf.

Por un instante, las miradas de Hamilton y Rashid se cruzaron. El reportero se tocó la visera de la gorra en un saludo burlón y volvió a centrar su atención en el ministro de Información. A medida que Sahaf hablaba, los reporteros se reían abiertamente de él. Las facciones de Rashid se crisparon. Conocía a Sahaf por su reputación. Había sido ministro de Exteriores, embajador ante la ONU, y era especialista en literatura inglesa. Probablemente, se dijo Rashid, se trataba de un hombre intelectualmente más sólido que esos bárbaros con sus chalecos de mil bolsillos y sus botas de senderismo, vestidos con el uniforme del reportero de guerra, cabezas casi rapadas, gafas de pasta, soberbios, superficiales, que se creían superiores al ministro por el hecho de que los tanques americanos estaban destruyendo el

régimen en el que Sahaf y miles de iraquíes como él, como el propio Rashid, habían creído y por el cual habían trabajado. El doctor se fijó en los iraquíes que seguían la rueda de prensa del ministro. Algunos eran *minders* a sueldo del Ministerio, pero también había conductores y empleados del hotel. Sus semblantes eran graves, crispados. Algunos escuchaban al ministro de Información pero miraban hacia el Tigris, hacia los blindados americanos. Rashid reconoció a Alí, el joven de Sadam City que trabajaba para Hamilton. Fumaba y sonreía con suficiencia. Para él, pensó el doctor, aquel era sin duda un gran día.

—Vámonos —dijo Rashid, levantándose con brusquedad.

—¿Adónde? —preguntó Jaled.

Adnan se interpuso entre su padre y la puerta de la casa. Nada se cubrió la boca con la mano. Tahani y Zeynab se acurrucaron junto a su madre. Rashid bajó los ojos para evitar la mirada de su hijo.

—Debo irme —susurró.

—No —dijo Adnan.

—Es mi obligación.

—No —repitió su hijo.

El salón se sumió en el silencio. Jaled no pudo evitar toser con incomodidad, lo que, a su pesar, sonó como un apremio. Camino de casa de Rashid, había dejado a Hamidat y a los niños en el asilo Al Amal. Su esposa se sentía atrapada en el hogar, un animal que deambulaba por los pasillos, que miraba nerviosamente por la ventana, que solo era capaz de aplacar sus nervios con el tabaco y cocinando banquetes para comensales que no irían nunca a cenar. Aquella noche Jaled había tenido una pesadilla: había soñado que jugaba en el patio del asilo Al Amal con los cadáveres de Huda y Fátima y sus dos hijos, también muertos. La pesadilla lo desveló, y fue a la habitación de los niños para comprobar que los pequeños estaban bien. Hamidat lo había encontrado poco antes del amanecer durmiendo entre los dos mellizos, con las sábanas mojadas por sus lágrimas, la respiración agitada, la frente perlada de sudor. Su esposa había exigido visitar el asilo Al Amal, conocer a esos niños que perturbaban el sueño de su marido, y estaban cargando el maletero del coche con la comida que había cocinado la última semana cuando Yaakub había aparecido en su puerta. Nabil, se decía Jaled, no debía acabar como Fátima y Huda. No podía acabar como Fátima y Huda.

Adnan aguardaba la reacción de su padre, pero el de Rashid era el aspecto de un hombre que carece de argumentos. Rashid al Said sin palabras, pensó en un breve arrebato de ironía el doctor. Inaudito. Con parsimonia, miró uno a uno a los miembros de su familia y luego hizo un ligero gesto con la cabeza en dirección a Jaled y Yaakub.

—Vámonos —dijo, mientras cogía la sobaquera con la Browning y su chaqueta del colgador situado junto a la puerta de la casa.

En la calle, Rashid abrió el maletero de su coche y extrajo unas latas de gasolina.

Abrió el depósito y lo llenó, aunque las manos le fallaron y derramó parte del combustible. Adnan y Nada lo observaban desde el quicio de la puerta. Lulú se escondía entre las piernas de su esposa.

Unos minutos después, Jaled, Yaakub y Rashid circulaban por las calles vacías de Bagdad en el Kadett del doctor. El asistente encendió un cigarrillo, se lo pasó a Rashid y luego encendió otro para él. Durante la última semana, Jaled se había provisionado de tabaco americano y local. A Rashid, en cambio, apenas le quedaban algunas cajetillas en casa. Ocasionalmente se oían detonaciones, pero no se trataba del sonido potente de las bombas de días anteriores, sino del ruido sincopado de metralletas y fusiles automáticos. La radio tan solo emitía estática, y el doctor se sintió huérfano de noticias.

—¿Hay americanos en tu barrio? —preguntó Rashid a Yaakub.

—No —respondió el adolescente.

—Entonces te dejaré cerca de tu casa —anunció el doctor—. Si aparece Nabil, búscanos en el hotel Palestina.

El ministro Mohamed Said al Sahaf se detuvo un breve instante para recuperar el aliento y prosiguió su perorata.

—En la madrugada hemos logrado repeler a todos los enemigos. Los norteamericanos han empezado a suicidarse ante las puertas de Bagdad. Lo hacen a cientos, y yo les aconsejo que se den prisa.

Varios periodistas se rieron abiertamente, pero el ministro de Información simuló no oírlos. Jaled logró llevarse a un rincón a Rashid. Hamilton se había apartado del corrillo de periodistas y conversaba animadamente con Alí. Los dos reían, se les veía eufóricos. Alí tomó prestada la cámara del reportero y tomó varias fotografías de las tropas al otro lado del Tigris.

—Voy a arrestarlo —anunció Rashid.

—Es una locura —dijo Jaled, en voz muy baja—. No es el lugar ni el momento. Necesitamos más pruebas.

—No hay tiempo para encontrar más pruebas. Los americanos han tomado el Palacio de la República.

—Ya lo sé, pero no tenemos ninguna prueba incriminatoria.

—Los indicios que tenemos me bastan para detenerlo e interrogarlo.

—Podríamos registrar su habitación —propuso Jaled.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

El asistente se encogió de hombros.

—No lo sé —admitió.

—Se nos acaba el tiempo, Jaled. No podemos permitir que haya más muertes mientras buscamos pruebas y los americanos toman la ciudad. Su llegada puede significar impunidad para Hamilton.

—¿Es usted el policía?

Un hombre, cuyo aspecto le resultó a Rashid vagamente familiar, les interrumpió.

Le acompañaba Yaakub al Zarqa, y el doctor entendió que aquel hombre probablemente sería un pariente del chico y de su padre.

—Ha aparecido Nabil —dijo el adolescente, mirando al adulto como si necesitara que este refrendara sus palabras.

—Está vivo —añadió el hombre—. Pero necesita un médico.

«Papá, ¿cómo puedes marcharte ahora? Tenemos que tomar una decisión», le había dicho Adnan en la calle mientras Rashid llenaba con gasolina el depósito del coche. De pie junto a su hijo, Nada guardaba silencio.

*Residencia de Nabil al Zarqa. Bagdad al Yadida. 13:00 h.*

Encontraron a Nabil en un descampado situado apenas a cuatrocientos metros de la casa de donde había desaparecido. Decenas de voluntarios, entre niños y adultos, habían peinado el barrio desde que se había dado la voz de alarma. Su padre, Suleyman, encabezaba la batida. Su madre, Gadir, no había dejado de llorar desde que se habían dado cuenta de que el pequeño no había dormido en la casa acondicionada para proteger a las mujeres y los niños del barrio de los invasores americanos. Durante la noche, los milicianos habían patrullado las calles, y nadie entendía cómo alguien había sido capaz de entrar en la casa y llevarse a Nabil sin ser visto. Los voluntarios buscaron al niño en el interior de las casas y en las azoteas de los edificios, un espacio que solía permanecer abierto como área común compartida por los inquilinos. Registraron habitaciones, armarios y escaleras, y los depósitos de agua potable, cilíndricos y revestimientos de pintura negra o blanca, instalados en los tejados. Pero quienes encontraron a Nabil fueron dos niños que se habían cansado de la búsqueda y se habían alejado para jugar al fútbol con unas latas de refrescos. Estaba cubierto con ramas secas cerca de un árbol, entre maleza y matorrales. Cuando retiraron las ramas apareció su pequeño cuerpo boca arriba. Con un alambre le habían atado las manos a la espalda y tenía media lengua fuera, aprisionada por los dientes. Estaba inconsciente, pero su pecho se movía levemente. La lengua presentaba cortes que indicaban que se la había mordido por convulsiones. Un hilo fino de sangre le caía por el mentón hasta el pecho, formando, a la altura del corazón, una mancha circular y amplia en el pijama estampado con animales de la selva, sucio de gruesas manchas de vómito.

—Conjuntivitis —susurró Rashid tras estudiar los ojos de Nabil—. Y está cianótico.

Prostrado junto a su hijo, Suleyman al Zarqa sujetaba la mano del pequeño sin prestar atención al intento de examen que llevaba a cabo Rashid. Se encontraban en la casa del veterano de la guerra de Irán, en una habitación amueblada tan solo por la cama y unas sillas. Sentada en una de ellas, una mujer vestida de negro de pies a

cabeza se esforzaba por no hacer ruido al llorar. Rashid dedujo que era la madre. A su lado se sentaban el hijo mayor, Yaakub, con la vista perdida en una de las paredes encaladas, y las cinco hijas, todas sollozantes. Fuera, en la casa, trajinaban varias mujeres. En el jardín, los hombres del barrio fumaban, adustos, con su mirada concentrada en los guijarros del suelo o en el polvo de sus sandalias. Dos bebés berreaban a lo lejos.

—¿Qué significa que tenga conjuntivitis? —preguntó Jaled.

—Ha sido envenenado —dijo Rashid, mientras apartaba suavemente al padre de Nabil, que le dejó hacer sin resistirse—. Hay que hacerle un lavado de estómago. ¡Rápido, necesito un tubo largo!

Jaled y Suleyman parecían dos estatuas que no pudieran moverse.

—¡Un tubo! —les apremió el doctor—. Largo, de un metro.

—¿Un tubo? —repitió Jaled—. ¿No crees que deberíamos llevar al niño a un hospital?

—No llegaríamos a tiempo a un hospital.

Suleyman abandonó la habitación y al cabo de unos instantes regresó con un tubo sucio, que en algún momento había sido blanco pero que se había vuelto casi negro. Rashid lo olió: apestaba a gasolina. El doctor sudaba, y se quitó la chaqueta. Grandes manchas ensuciaban sus axilas, más grandes allí de donde colgaba su sobaquera con la Browning. Se agachó y escuchó el pecho de Nabil. Murmuró algo ininteligible entre dientes y le masajeó el esternón.

—Té y cebolla —ordenó—. Necesito una infusión de té y cebolla y un embudo.

La madre de Nabil se levantó como accionada por un resorte y desapareció por la puerta. Rashid despojó del pijama a Nabil y empezó a practicarle un masaje cardiaco. Repetía palabras en inglés que nadie en la estancia entendía. Las gotas de sudor de su frente caían encima del pecho del niño, cuyos labios se habían tornado morados. Unos minutos después regresó la madre de Nabil. Portaba una taza y un embudo. Rashid derramó parte del contenido al coger el recipiente. Sus manos temblaban. Trató de abrir la boca del niño, pero la mandíbula de Nabil permaneció firme. Intentó forzar la entrada del embudo, pero desistió cuando entendió que corría el riesgo de romperle algún diente. Le tomó de nuevo el pulso, le golpeó el pecho, le masajeó el esternón, intentó abrir la mandíbula con sus propias manos y hasta zarandó con violencia de los hombros el pequeño cuerpo.

—Deje morir a mi hijo en paz —dijo Suleyman. Su voz era suave pero firme. Sus ojos eran dos globos enrojecidos—. Creo que ya no hay nada que usted pueda hacer aquí. Mi hijo está ahora en manos de Alá.

Rashid se apartó unos pasos. La infusión de té y cebolla se le cayó de las manos y la taza se rompió al impactar contra el suelo.

—Capturaré al asesino —susurró Rashid—. Se lo prometo.

Pero Suleyman ya no le escuchaba, había vuelto a coger la mano de Nabil y su cabeza reposaba en el pecho de su hijo. Desde su rincón, la madre del pequeño gritó

de angustia, y su lamento se extendió primero por la casa y después por el barrio a través de las gargantas de las otras mujeres, como un código de dolor que se transmitía de madre a madre. Yaakub abandonó la estancia corriendo.

Jaled acompañó a Rashid hasta el exterior. Los hombres allí congregados les dedicaron miradas ceñudas.

—¿Dónde encontraron el cuerpo? —preguntó el doctor.

Uno de los niños les guio. El sol caía con fuerza a pesar de que la arena y el polvo en suspensión aún cubrían como una telaraña el cielo de Bagdad. Jaled tosió y escupió en el suelo. Tenía los ojos vidriosos.

—Este lugar está demasiado contaminado —comentó Rashid cuando llegaron al sitio donde había sido encontrado Nabil.

Incluso a los ojos de un profano era obvio que decenas de personas se habían congregado allí. Había huellas por doquier, colillas y hasta una lata de refresco. Rashid encontró una rama rota y la utilizó para remover la maleza. De vez en cuando tosía, como si le costara respirar.

—¿Estás bien? —preguntó Jaled.

—Solo un perturbado puede cometer un crimen tan horroroso como este —respondió el doctor—. Un niño indefenso, incapaz de hacer daño a nadie... Algunos criminólogos sostienen que este tipo de asesinos han sufrido abusos durante la infancia y proyectan sus frustraciones en las acciones que llevan a cabo. Quién sabe si ese es el caso de nuestro asesino. De lo que no cabe duda es de que se trata de un hombre con una notable sangre fría.

—Rashid, ¿estás bien?

—Ha cambiado el *modus operandi*. Nabil no llegó a dormir anoche en la casa de las mujeres. Al anochecer, en algún momento, el asesino lo cogió, lo trajo hasta este descampado, le dio a beber el veneno y lo abandonó. Tenía prisa, y por eso no lo apuñaló, por eso esta vez lo ha envenenado...

—Contéstame, por favor, háblame...

—... Probablemente no entraba en sus planes que tardaran tanto en encontrarlo. Nabil ha sufrido una agonía cruel. Nuestro asesino no es experto en venenos, si hubieran encontrado a Nabil anoche y lo hubieran llevado a un hospital, podrían haber salvado su vida. ¿Con qué lo habrá envenenado?

—Rashid, tú no eres culpable de lo que le ha sucedido a Nabil...

—Por favor, Jaled, compórtate como un policía.

Continuaron la inspección del descampado, en silencio, durante algún tiempo más. Después regresaron a la casa donde Nabil debería haber dormido. Los cerrojos no habían sido forzados ni encontraron ninguna ventana rota. Rashid ordenó que las mujeres y los niños abandonaran la casa. Ya vacía, los dos policías recorrieron las estancias. En un baño encontraron el camión de bomberos con el que Nabil había estado jugando el día anterior. El doctor lo sopesó durante unos instantes antes de depositarlo en una repisa del salón.

—En el verano de 1982 —dijo Rashid, mientras deambulaba por la casa—, hallamos muerto a un farmacéutico de un tiro en la cabeza en una calle en las afueras de Basora. Encargué el caso a dos de mis mejores agentes, dos hombres jóvenes y muy capaces, Fuad y Abdul Futuh, que pronto me presentaron la teoría de que la muerte del farmacéutico estaba vinculada con el robo de medicamentos destinados a los soldados que luchaban contra Irán. Era una trama muy sencilla, consistía en asaltar los convoyes con fármacos procedentes de Bagdad para después revenderlos en el mercado negro a soldados mortificados por el dolor, ya fuera en Basora, ya en el mismo frente o en otras ciudades de Irak. Nuestras investigaciones descubrieron que eran soldados los que robaban las medicinas destinadas a sus colegas. También estaba implicado algún oficial. A mí me pareció despreciable que fueran militares de nuestro ejército los que robaran los medicamentos destinados a los hospitales de Basora y a los de campaña, los fármacos que podían salvar a nuestros soldados, sus colegas. Así que cuando reunimos pruebas lo bastante contundentes acudí a ver al gobernador de Basora, armado con mi indignación y la fuerza de la razón. Pequé de ingenuo, como puedes imaginarte, ya que con palabras taimadas me animó a abandonar la investigación y a destruir las pruebas. Supongo que cobraba una comisión, no lo sé.

Rashid y Jaled abandonaron la casa y emprendieron el camino de regreso al descampado. Rashid había dejado de hablar y encendió un cigarrillo. Su aspecto era el de un hombre abrumado y cansado.

—¿Qué hiciste después? —preguntó Jaled.

—Primero pequé de ingenuo. Después, de insensato. De nuevo armado con mi indignación y mis pruebas incontestables, fui a ver al auténtico hombre fuerte de Basora, el general Abu Yehiya. Mi relación con él hasta entonces había sido muy cordial, Nada y yo habíamos sido invitados a comer o a cenar a su casa en varias ocasiones, y cuando nació Adnan nos hizo generosos regalos. Yo le respetaba y pensaba que le caía bien, así que me pareció lógico acudir a él. Fue un gran error, claro. Dos días después, el cadáver de Abdul Futuh, el cerebro de la investigación, apareció en una cuneta con un tiro en la sien. Lo habían torturado. El mismo día un incendio arrasó nuestra oficina y con ella, nuestros archivos. Fuad abandonó la ciudad con su familia al día siguiente. Una semana después, yo fui degradado al último rincón de la policía de Basora. Me lo comunicó el gobernador en su residencia. La orden no había sido suya, sino de Abu Yehiya.

—¿Y no volviste a hablar con el general?

Rashid se detuvo. Se encontraban a unos metros del lugar donde Nabil había sido encontrado. El doctor se agachó para recoger un pequeño objeto cilíndrico, negro y de plástico, que examinó con interés.

—Dos veces más, una en un calabozo de Basora y otra en un lujoso despacho de Bagdad. Por eso estoy vivo, a diferencia de Abdul Futuh y probablemente de Fuad, al que dudo de que le perdonaran la vida, aunque nunca lo sabré. Por eso —añadió Rashid arrastrando las palabras—, no vuelvas a decirme si debo o no debo sentirme

culpable. Llevo más de veinte años conviviendo a diario con la culpa.

Rashid lanzó el objeto que había recogido a Jaled, que lo asió con las manos en un acto reflejo. Era el envase vacío de un carrete fotográfico.

—Volvamos al hotel Palestina —ordenó el doctor, dándole la espalda al asistente—. Creo que tienes razón. Antes de detener al americano debemos registrar su habitación.

### *Hotel Palestina. 17:00 h.*

—¿Qué les dirás?

—No lo sé. Improvisaré.

El Palestina estaba muy agitado. Gran parte de los *minders* habían desaparecido y los que aún pretendían llevar a cabo su trabajo a duras penas lograban controlar a sus periodistas. Algunos reporteros habían salido a grabar o fotografiar a las tropas estadounidenses, a inmortalizar la caída del Bagdad de Sadam Husein y, con ella, el desplome del régimen del Baaz, el primer eslabón del eje del mal de George Bush. Pero otros muchos permanecían en el hotel, ya fuera porque sus redacciones les obligaban a contar en directo lo que estaba sucediendo —aunque eso implicara que no pudieran verlo—, ya fuera porque el riesgo de encontrarse atrapados en el fuego cruzado entre los soldados americanos y los fedayines iraquíes era excesivo. Al fin y al cabo, desde las ventanas del hotel orientadas hacia el río era posible seguir en primera fila la parte más interesante del drama.

La radio y la televisión oficial habían dejado de emitir, y solo era posible informarse a través de las emisoras extranjeras de onda corta. Pero no todos los aparatos de radio estaban capacitados para sintonizar esas señales, y al fin y al cabo los corresponsales que informaban en inglés estaban en esos momentos radiando sus crónicas en alguna de las decenas de habitaciones del Palestina. Mientras aguardaban a que Hamilton apareciera en cualquier momento, Rashid y Jaled se vieron envueltos por los rumores y los chismorreos de todo Bagdad, las noticias, las medias verdades y los bulos sobre los acontecimientos que se estaban desarrollando en la ciudad. Sobre las tres de la tarde, una fuerte explosión había sacudido Al Mansur: cuatro bombas, de una tonelada cada una de ellas, decía un conserje del hotel a quien se lo había dicho el conductor de un periodista noruego, habían destruido un edificio de apartamentos. Según el Pentágono, decía un *minder* que se lo había oído a un reportero de la BBC, Sadam Husein, sus dos hijos y numerosos altos cargos se ocultaban allí. O tal vez eran solo los hijos, el *minder* no estaba seguro.

Los combates cuerpo a cuerpo se extendían por la ciudad, se aseguraba. Los americanos ya dominaban todos los puentes sobre el Tigris y habían levantado *check points* en los que los soldados primero disparaban y después preguntaban. No, no,

aseguraba un camarero del bar que llevaba dos noches durmiendo a los pies de la barra porque vivía en los barrios del sur, no era así, un vecino suyo se había acercado al hotel y le había asegurado que la Guardia Republicana había expulsado a los americanos del aeropuerto. El dueño de una carnicería regateaba con un empleado del hotel y aseguraba que, con invasión o sin ella, tenía congelados kilos de pollo y prefería dejar que se pudrieran al sol antes que aceptar el precio que le ofrecía aquel hombre. Algunos autobuses urbanos en los barrios al este del Tigris seguían haciendo su recorrido a pesar de que no había pasajeros ni otros vehículos en las calles. Tres palacios del presidente Sadam Husein, incluido el Palacio de la República, habían sido ocupados por los americanos, que buscaban armas de destrucción masiva en el centro de Bagdad. Los americanos habían admitido la muerte de ocho soldados en el sur de la ciudad, cerca del aeropuerto, pero decían que habían matado a cientos de militares iraquíes y yihadistas extranjeros. En Basora, afirmaba con expresión aterrorizada otro empleado del Ministerio de Información, los saqueadores asolaban la ciudad y la población ajusticiaba a los miembros del Baaz ante la mirada indiferente de los ocupantes británicos.

El vestíbulo estaba iluminado por la luz de la tarde. Jaled fue a buscar algo para comer. Rashid jugueteaba con el envase de película fotográfica que había encontrado en Bagdad al Yadida. Agotado tras casi cuarenta y ocho horas sin dormir, en varias ocasiones llegó a cabecear unos minutos, aunque no pasó de un duermevela turbio. La niña Najwa, la chiquilla que lo había abordado en el restaurante Al Saah, se acercó a Jaled acompañada de otro zagal desharrapado. El asistente se apremió en sacarlos del hotel antes de que los viera alguno de los empleados. Rashid les dio varios billetes de doscientos cincuenta dinares. Eran violetas, y llevaban impreso el rostro de Sadam Husein en un papel de mala calidad.

—Dólares —pidió la niña.

—No tengo —respondió Rashid.

A media tarde Hamilton apareció, acompañado por su traductor. Allí portaba una cartera ocre de un material sintético que imitaba burdamente la piel y de su hombro colgaban dos cámaras, probablemente pertenecían al reportero. Los dos conversaron durante algunos minutos frente a la recepción hasta que Allí vislumbró a los policías y los señaló con el mentón. Rashid les invitó a acercarse con un gesto. En el momento en que se sentaban, Jaled murmuró una disculpa inaudible y abandonó su compañía.

—Usted otra vez —dijo, burlón, Hamilton—. ¿Qué quiere ahora? Como puede imaginarse, estoy ocupado.

—Solo serán cinco minutos. Siéntese, por favor.

—Prefiero seguir de pie.

—Como guste —respondió Rashid, incorporándose por cortesía.

—Tiene un aspecto deplorable. ¿Ha torturado a alguien durante la noche?

Rashid acarició el envase negro que llevaba en el bolsillo del pantalón.

—Tiene un peculiar sentido del humor, Hamilton.

—Y usted tiene cuajo. Le imaginaba en Jordania. O en Siria.

—Aún no.

—En efecto, aquí sigue, buscando a su asesino imaginario.

El doctor reprimió el impulso de mostrarle el envase. En su lugar, sacó un cigarrillo iraquí de la cajetilla, lo encendió, aspiró profundamente y arrojó todo el humo que pudo acumular en sus pulmones contra la cara del periodista de manera ostentosa y deliberada. Hamilton no se inmutó ni se lo reprochó; le respondió con la misma moneda, manteniendo la sonrisa frívola.

—Las muertes de esas niñas son muy reales.

—Aun así, yo de usted me daría prisa en huir. Parece que esto está tocando a su fin.

—¿A qué se refiere?

—¿A qué voy a referirme? El régimen ha perdido el control de la situación y los soldados americanos ya han tomado los puentes del Tigris. Vamos a ver qué sucede en los próximos días con usted y con todos los baazistas de Irak.

—Supongo que ha estado esperando este momento durante mucho tiempo...

—Es agradable ver que una tiranía cae para dar paso a la libertad.

—Ustedes, los americanos, creen que la democracia es el mejor sistema político que existe y que se puede exportar así como así a cualquier país.

Hamilton sonrió con ironía.

—No sonría —prosiguió Rashid, y apagó el cigarrillo a medio fumar en un cenicero—. Sí, ustedes ignoran las condiciones sociales y económicas, culturales y religiosas del mundo exterior, viven en una burbuja, la burbuja de los Estados Unidos de América, pero han llegado a la conclusión de que es mucho más sencillo doblegar, controlar, a un régimen democrático que a según qué dictadores, que es la palabra que usan para descalificar al resto de regímenes. Pero esto antes no era así...

—¿No era así?

—No, antes no era así. Antes no tenían tanta prisa para acabar con las dictaduras, al contrario, las incentivaban.

—Habla usted como un exquisito demócrata. ¿En qué se basa su experiencia? —replicó Hamilton, y pasó el índice por su cuello para simular un degollamiento—. ¿En torturar a disidentes en nombre de Sadam Husein? ¿Discutían sobre las virtudes de la separación de poderes mientras les arrancaba las uñas?

—Irak no es un lugar perfecto, y se han cometido excesos, muchos excesos, pero si usted cree que esos compatriotas suyos que han ocupado los puentes del Tigris y disparan a los transeúntes van a traernos el paraíso, se equivoca trágicamente.

—Me parece que no entiende el concepto elemental de democracia. Pero ya estoy cansado de discutir con usted, no merece la pena. ¿Qué quiere de mí?

—Para eso están destruyendo nuestro país, para enseñarnos la democracia, ¿no?

—Usted cree que yo estoy a favor de la guerra, y no puede estar más equivocado. Pero tampoco estoy a favor de usted, ni de este régimen tirano. Estoy a favor de los

iraquíes. Dígame, ¿a cuántas personas ha matado a lo largo de su vida?

*Qatil.* Las letras de la pintada danzaron ante los ojos exhaustos de Rashid. El doctor miró de reojo hacia las escaleras, pero no había rastro de Jaled.

—Cree que todos los baazistas somos asesinos, ¿no?

—Usted ha hecho carrera en la policía, obviamente. Eso no se logra así como así, inspector, doctor o lo que sea. Supongo que mañana o pasado mis compatriotas van a detenerlo y a interrogarlo. Llegará la hora de que se haga justicia con usted.

—¿Qué sabrá usted de la justicia?

—De verdad, ya tengo suficiente. Como puede imaginarse, tengo mucho trabajo.

Hamilton hizo un amago de marcharse y Rashid lo agarró del brazo para detenerlo. Rápidamente, el traductor de Hamilton zarandeó al doctor para separarlo del periodista.

—No he acabado con usted —dijo Rashid, enojado por la intervención del joven chií.

—Está bien, Alí —dijo Hamilton antes de dirigirse de nuevo a Rashid—. Me tiene usted hartado. ¿Qué quiere de mí? Pregúnteme lo que quiere saber y déjeme en paz.

Rashid estudió la sonrisa irónica de Hamilton. Le resultaba irritante. Sus dientes eran muy blancos, y su aspecto era americano casi hasta el cliché. El doctor se lo imaginó la noche anterior, tal vez embozado con una kufiya y vestido con ropas negras para pasar desapercibido, cargando a Nabil hasta el solar abandonado y dándole a beber el veneno que mataría lentamente al niño. Rashid sabía que, en contra de lo que habían sostenido durante mucho tiempo estudiosos del crimen, el aspecto no era indicativo de las acciones que un ser humano puede llevar a cabo. A los ojos de Rashid aquel no era el rostro de un asesino, pero esa sonrisa desdeñosa obraba una asombrosa transformación en la expresión del periodista americano.

—Esto no era necesario y ha sido imprudente —dijo Rashid en árabe dirigiéndose a Alí—. Aquí aún mando yo.

—Por poco tiempo —masculló el traductor.

—Deje a Alí en paz y dígame qué quiere —les interrumpió Hamilton—. Y en inglés. No toleraré que amenace a Alí.

El doctor demoró la respuesta. Encendió un nuevo cigarrillo, inhaló una calada y volvió a echarle el humo a la cara a Hamilton. Las sienes le latían y no dejaba de sudar.

—Me gustaría saber qué hizo usted anoche.

Hamilton pareció perplejo durante unos instantes y después estalló en una gran carcajada.

—Por favor, ¿otra vez con la historia de los asesinatos?

—¿Qué hizo usted anoche?

El reportero dejó de reír.

—Trabajar, aquí, en el hotel. Alí y yo.

Rashid se tomó de nuevo su tiempo, como si analizara en serio la respuesta del periodista. Observó al traductor. A diferencia de su jefe, no sonreía; miraba a Rashid con extrema concentración. El doctor creyó ver odio en su mirada. ¿Estría implicado en las muertes? Tal vez ayudara de algún modo a Hamilton a cambio de dinero. O simplemente le hacía de chófer en sus incursiones asesinas sin saber lo que hacía su jefe mientras él lo esperaba en el coche. El doctor acarició el envase del carrete fotográfico. En ese momento apareció Jaled a espaldas de Hamilton. Con un gesto, indicó a Rashid que le esperaba fuera del hotel. Bajo el brazo, el asistente cargaba algunos objetos.

—¿Quiere saber algo más? Porque ya estoy hartos y me voy —dijo Hamilton al ver que Rashid no hablaba.

—Sí —respondió el doctor—. Una última pregunta.

—¿Cuál?

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—Me gustaría saber por qué ha asesinado usted a tres inocentes niños iraquíes.

#### *Comisaria de Karrada. 20:00 h.*

No había ningún policía de guardia en la entrada de la comisaría. La jefatura estaba desierta. La sala de reuniones, donde tantas horas habían pasado, presentaba un aspecto lunar. Había sido saqueada, y de ella había desaparecido cualquier utensilio que pudiera tener algún valor: los muebles, el televisor que colgaba de una esquina, incluso la máquina de café donde Rashid solía calentar el agua para preparar el té. De la pared había desaparecido el gran plano de Karrada, el mapa de Irak e incluso el tablero donde se colgaba la información interna de la policía de Bagdad. En el suelo, pisoteado y roto, Rashid encontró el retrato de Sadam Husein a lomos de un caballo blanco que había presidido la estancia. Alguien había orinado encima suyo.

«¿Qué hacemos ahora?», había preguntado Jaled, apoyado en la puerta del coche de Rashid en el aparcamiento del hotel Palestina. Había regresado de la habitación de Hamilton con cuatro CD marcados con rotulador negro. Cuatro nombres: Al Amal, Huda, Fátima y Nabil. Rashid recordó que en el despacho del comisario Yalal, en la comisaría, había un ordenador. Allí podrían ver el contenido de los CD. «También he cogido esto». Jaled le mostró un objeto rectangular con un teclado y una antena. Era el teléfono satélite de Hamilton.

Tardaron casi dos horas en cubrir un trayecto que en condiciones normales hubieran completado en pocos minutos. Las calles vacías y el vuelo amenazador de los helicópteros los amedrentaban. Aparcaron el coche en una callejuela poco antes de donde el Tigris efectúa su giro en U, el meandro donde se encuentra Karrada

Interior y que constituía el punto más cercano de la parte este de la ciudad a los combates en el distrito gubernamental. El barrio era un páramo de coches abandonados y tiendas cerradas. Los escaparates de algunas de ellas habían sido destrozados a pedradas y desvalijados. En su camino a la comisaría Rashid y Jaled se cruzaron de vez en cuando con fedayines, con el rostro oculto con kufiyas y armados con fusiles y lanzacohetes que, camino del Tigris, los saludaban con un gesto cordial, como si el simple hecho de coincidir en la calle en aquellos momentos les convirtiera en compañeros de la misma misión abocada al fracaso. Mientras andaba inclinado, escondiéndose entre los coches e incluso tumbándose en el suelo cuando el zumbido de los helicópteros sonaba muy cerca, Rashid comprendió que el mismo proceso, a la inversa, debía de darse entre los soldados americanos: para ellos, cualquier iraquí que estuviera en la calle en aquellos momentos era un enemigo. Llegaron a la comisaría agotados, sudorosos, sucios y sin resuello, con la sensación de que el combate se desarrollaba a escasos metros de donde se encontraban.

Un ruido procedente del despacho del comisario Yalal los sobresaltó. Faruq al Majid, compañero suyo en la comisaría, abandonaba la oficina a hurtadillas. Vestía de paisano y arrastraba un carrito en el que cargaba el ordenador del comisario, el único de la jefatura.

—¿Adónde vas con el ordenador de Yalal? —preguntó Rashid, muy lentamente.

El policía, uno de los más veteranos, palideció al verlos. Tras un momento de azoramiento, bajó la mirada.

—A venderlo. Tengo que pensar en mi familia —dijo, como si aquello lo explicara todo.

Faruq era uno de los agentes que más solía alardear de su apoyo al régimen. Fue también uno de los que más maldijo e insultó a los americanos en el largo proceso que llevó a la guerra. Faruq, siempre pontificando, siempre poniéndose a sí mismo como vara de medir para valorar el patriotismo y la fidelidad de los demás. Faruq, chivato de los jefes y saqueador de su propia comisaría.

—Voy a irme —dijo Faruq, avanzando con cautela.

—No, no irás a ningún lado —replicó Rashid, desenfundando su arma—. Necesitamos ese ordenador. Es urgente.

—¿Vas a dispararme? —preguntó Faruq. Su mano se movía lentamente hacia su cintura. Bajo la camisa, se dibujaba la silueta de una pistola—. ¿De verdad vas a disparar, así, a sangre fría, a un compañero?

—Si él no lo hace, lo haré yo —intervino Jaled, que a su vez también encañonaba a Faruq.

El veterano policía los miró detenidamente. Era obvio que calculaba sus posibilidades en caso de enfrentamiento, que valoraba hasta qué punto Jaled y Rashid estaban dispuestos a cumplir su amenaza. Transcurrió un interminable minuto, y al final Faruq levantó las manos y se apartó despacio del carrito en el que transportaba el ordenador.

—Siempre he pensado que eres peor que un perro, Jaled —masculló.

—La simpatía es mutua —respondió el asistente del comisario Yalal.

—Espero que no os den ni medio dólar por esta mierda —escupió Faruq antes de desaparecer por la puerta.

Jaled y Rashid guardaron sus armas y se dirigieron hasta el despacho de Yalal. También había sido desvalijado; no quedaban más que algunos papeles tirados por el suelo. Los saqueadores se habían llevado los muebles, los archivadores, los cuadros y hasta el marco de las puertas.

—¡La armería! —exclamó Jaled.

El asistente guió a Rashid hasta unas empinadas escaleras que comunicaban con el subsuelo de la comisaría, un amplio pasillo con calabozos a ambos lados que olía a orín y sudor. Del techo del corredor colgaban bombillas sucias de polvo que no funcionaban porque los generadores que proporcionaban electricidad al edificio estaban apagados. La única iluminación de la que disponían era la luz de las últimas horas del atardecer que se introducía a través de unas pequeñas ventanas. Las celdas, estrechas e insalubres, habían sido violentadas, y los raterillos que estaban encerrados en ellas habían huido, no sin antes haber contribuido al saqueo de la comisaría, supuso Rashid. Los presos se habían llevado consigo los camastros, las mesillas y los orinales. Al fondo del pasillo el doctor vio una puerta entornada que daba acceso a la armería. Los estantes estaban vacíos, y el suelo de linóleo estaba lleno de carpetas y papeles, centenares de ellos. Los saqueadores habían robado todas las armas. Jaled se sentó en el suelo, consternado.

—Se las han llevado —murmuró—. Las armas. Se las han llevado.

—¿Qué son estos papeles? —preguntó Rashid.

Jaled tomó uno y lo miró por encima.

—No lo sé. El comisario Yalal guardaba aquí su archivo personal.

Rashid cogió uno de los papeles al azar, luego otro, y luego otro. Todos estaban encabezados de la misma forma: *Expediente Bagdad. Comisaría de Karrada Interior*, más un nombre propio, una fecha y un número. Pronto se dio cuenta de que se trataba de informes de investigaciones. Muchos de los casos seguían abiertos y en ellos se reunía información sobre delincuentes comunes, pero también sobre disidentes políticos y desafectos al régimen. Los informes estaban firmados por Yalal y en algunos casos por los policías que habían llevado a cabo los seguimientos. Muchas carpetas contenían fotografías de los sospechosos. Rashid pensó que esa documentación podría ser usada como prueba de connivencia con un régimen policial contra muchos de sus compañeros en la comisaría.

—Rashid —dijo Jaled—. Mira esto.

El asistente le entregó una gruesa carpeta de cartón. Rashid vio su nombre escrito a mano en el lomo. *Expediente Bagdad. Comisaría de Karrada Interior. Rashid al Said*, en rojo y subrayado. Había muchas fotos suyas dentro, pero también de Nada y de sus hijos en situaciones cotidianas. Sin fuerzas, Rashid sintió cómo la ira tantos

años sometida, somatizada, y racionalizada lo invadía. La mayoría de las fotos se remontaban a cuando la familia regresó a Bagdad, pero también las había de los tiempos de Basora y otras muy recientes, incluso de ese mismo año. En las fotos vio crecer a sus hijos y, al mismo tiempo, envejecer a Nada y a sí mismo. Se vio de patrulla en Karrada, de paseo junto a la orilla del Tigris, curioseando algún viernes entre los libros viejos del mercado de Al Mutanabbi. Vio a Tahani con sus amigas de las juventudes del Baaz, a Adnan con rasgos de adolescente en su primer año de universidad y a Nada regañando a una llorosa Zeynab en una calle de Adamiya. Los textos eran trivialidades. Faruq lo había espiado en varias ocasiones, así como otros compañeros en cuyas casas había comido, con cuyos hijos había jugado, a las bodas de cuyas hijas había sido invitado. Yalal firmaba cada uno de los informes. «Contigo se ha cometido una injusticia en la que yo he participado», le había dicho la última vez que se vieron. «El sospechoso no está embarcado en actividades perniciosas contra el Estado o el Partido», escribía Yalal en el último folio de cada uno de los informes. Rashid se imaginó a Abu Yehiya leyendo copias de esos informes, tal vez mientras desayunaba, o antes de acostarse, o en el GMC mientras el chófer lo conducía a algún lugar. O ni siquiera eso, a lo mejor Abu Yehiya había dejado de leer los informes de Rashid hacía mucho tiempo, aburrido por lo insustancial de la vida del doctor. Y, sin embargo, la maquinaria continuaba adelante aunque ya nadie recordara por qué se había puesto en marcha.

«Cuando llegues a Basora ve a ver al coronel Abu Yehiya. Es un hombre generoso y muy poderoso en el partido», le había aconsejado un funcionario del Baaz al joven Rashid. En 1977, recién llegado de Edimburgo, con la osadía que da la juventud y aprovechando la aureola de respeto que levantaba su apellido en el partido, Rashid solicitó una entrevista con el mismísimo Sadam Husein, que entonces era ya el hombre fuerte del país, general de las fuerzas armadas y poder en la sombra de un régimen que nominalmente seguía encabezado por Ahmed Hasan al Bakr. Rashid quería explicarle a Sadam en persona sus ideas sobre la policía y la justicia, y cómo la construcción de un sistema policial y judicial era la piedra angular sobre la que levantar esa sociedad justa que perseguía el Baaz. Rashid había seguido desde Escocia, gracias a las cartas que le enviaba su padre, el desarrollo de los acontecimientos políticos de Irak, cómo los ingresos del petróleo habían convertido en una potencia económica en la región a un país que antes de la década de los setenta estaba mayoritariamente formado por campesinos. Rashid apoyaba el discurso oficial arabista, antiisraelí y antioccidental del régimen, así que con mucha ilusión y grandes ideas en la cabeza solicitó esa entrevista con Sadam. Pero el apellido de su padre solo dio para dos minutos del tiempo del dirigente. En un austero despacho de Bagdad, el futuro *rais* se interesó por sus estudios de medicina y le preguntó educadamente por su padre, a quien le pidió que transmitiera sus respetos, pero estaba muy ocupado y no le dio tiempo para que le explicase casi nada. La entrevista duró tan poco que Rashid ni siquiera pudo hacerse una impresión cabal sobre Sadam. Fue

la primera de las dos veces que había visto al *rais* en persona.

—Esto no puede quedar así —dijo Rashid, abarcando con un gesto el suelo lleno de informes—. Estos archivos no pueden hacerse públicos.

—¿Qué quieres que hagamos?

Trabajosamente, Rashid y el asistente cargaron los archivos hasta el patio interior del edificio. Poco a poco, fue alzándose una montaña de expedientes con sus carpetas multicolores. Rashid fue quien primero prendió fuego a una hoja que colocó debajo del montón, esperando pacientemente a que se propagara la llama. La montaña de papel pronto ardió por los cuatro costados. Las llamas formaron unas columnas que subían hacia el cielo en forma de humo gris, y que acabaron por confundirse con el polvo que aún cubría Bagdad.

—¿Por qué te hiciste policía, Jaled? —preguntó Rashid, mientras observaba la hoguera.

El asistente se encogió de hombros.

—Por ayudar a la gente, supongo. Y para combatir injusticias. Porque mi padre era campesino y dormía siempre con un fusil junto a la cama porque creía que solo él podía defender a su familia. Porque quería hacer algo útil con mi vida. Y por el sueldo, también. No lo sé, hay muchos motivos, supongo.

«Un país sano es un país justo, excelentísimo señor», le dijo Rashid a Sadam Husein, y el incipiente dictador asintió con un gesto vago que podía dar a entender tanto que le complacían esas palabras como que las encontraba fútiles. En Edimburgo, Rashid había confeccionado, al margen de su propia carrera, un programa como oyente que incluía materias paralelas a la criminología, como filosofía, derecho, antropología y psicología. Su interés se centraba en las motivaciones de los seres humanos, y la relación entre el entorno social y el crimen. El doctor creía que el crimen no era solo un problema individual sino social, y de esa época databa su interés por el determinismo. Del pensador Sayyid Qutb y su obra *Justicia social en el islam* Rashid aprendió que en los países musulmanes la justicia no es un atributo humano, sino que procede del Corán y de la *sharia* y, por tanto, es divina. Pero para sus intenciones la misma naturaleza de la justicia era irrelevante: como Qutb, Rashid pensaba que quienes adquieren una posición de mando están obligados a ser justos conforme a la ley; la islámica para Qutb, la humana para Rashid. El Corán advierte a quienes adquieren una posición de mando que los factores subjetivos y las emociones personales no deben interferir con la aplicación de la justicia. La sociedad solo puede realizarse si prevalece la justicia, y para eso es necesario un cuerpo de jueces y un cuerpo de policía honrado al servicio del pueblo. Rashid creía en esas ideas fervientemente, eran las que le habían llevado a hacerse policía y constituían el pilar del plan que quería transmitirle a Sadam Husein en persona: la necesidad de construir un cuerpo policial moderno, eficaz e insobornable en su misión de castigar a los culpables. Ese cuerpo policial estaba llamado a ser la piedra angular sobre la que el Baaz podría construir su visión de Irak. Un país sano es

un país justo, y el joven Rashid se sentía imbuido por un talento natural para discernir la justicia de la injusticia.

Pero en los dos minutos de entrevista nada pudo contarle al respecto al futuro *rais*, así que tuvo que explicárselo en un oscuro despacho de Bagdad a un funcionario del partido, primo lejano de Sadam, de Tikrit, y por lo tanto emparentado con Rashid. El funcionario escuchó las ideas sobre la policía y la justicia del joven doctor con corrección pero también con aburrimiento, consultando de vez en cuando sin disimulo el reloj. La reunión acabó cuando el funcionario le informó de que tenía órdenes de Sadam Husein de ofrecerle el puesto de jefe de investigación criminal de la policía de Basora. Allí podría poner en práctica sus ideas y, con paciencia, una prometedora carrera le aguardaba en Bagdad. Rashid no esperaba acceder tan joven a un puesto de tanta responsabilidad pero, pese a sentirse abrumado, aceptó el cargo. «Sadam confía en ti», le dijo, ufano, el funcionario. «No conozco a nadie en Basora», respondió Rashid. «Cuando llegues a Basora ve a ver al coronel Abu Yehiya. Es un hombre generoso y muy poderoso en el partido», repuso su pariente lejano.

Hoja a hoja, foto a foto, Rashid fue lanzando a las llamas los informes del archivo del comisario Yalal.

—¿Y tú, Rashid? ¿Por qué te hiciste policía?

«Abu Yehiya te ayudará. ¡Dicen que pronto será ascendido a general!».

—Me equivoqué.

Regresaron a la sala de reuniones. Jaled se concentró en conectar los cables del ordenador mientras Rashid ponía en marcha los generadores. El doctor descubrió que los saqueadores se habían llevado la gasolina almacenada como combustible, y comprendió que no dispondrían de electricidad durante mucho tiempo más. El estruendo de las dinamos lo angustió, temeroso de que cualquier indicio de actividad en el edificio llamara la atención de los americanos, los saqueadores o los fedayines. O de todos al mismo tiempo.

Ya había caído la noche cuando Jaled logró poner en marcha el ordenador. El reflejo azulado de la pantalla iluminó la sala de reuniones. Pusieron el primer CD. En él había decenas de fotos de los niños del asilo Al Amal. Rashid y Jaled reconocieron la casona, las camas metálicas de anchos barrotes, las gruesas cortinas, las mantas desgastadas, el patio, las porterías y las canastas oxidadas. Hamilton era un buen fotógrafo, apreció Rashid, sus instantáneas del asilo tenían textura, olían a desinfectante y transmitían desamparo y tristeza. Ante sus ojos desfilaron la mujer de la blusa azul y el pantalón de pijama color rosa a la que Rashid había regalado la muñeca que encontraron en la habitación de Fátima y el niño sentado en una silla de plástico blanca que se golpeaba la cabeza contra la pared, abrazado muy fuerte a sí mismo para protegerse de la luz. Y también la adolescente de la postura imposible vestida con una bonita túnica roja con flores blancas bordadas y la mujer de la camisa roja y la falda negra que agitaba los brazos como si fueran aspas de un molino. Vieron a la directora Al Zahhar en blanco y negro, ternura en la mirada, resolución en

el gesto, y a las otras trabajadoras pelando patatas en la cocina o fregando el suelo de uno de los dormitorios, el negro de su chador explotando en matices gracias a la mirada de Hamilton.

—Describeme la habitación del americano —pidió Rashid.

El CD de Huda contenía imágenes de la pequeña a la que Rashid y Jaled solo habían conocido a través de la resma de fotografías de su cadáver que les había entregado el comisario Yalal. Viva, Huda tenía el mismo aspecto de criatura extraviada que Nabil al Zarqa y otros internos del asilo Al Amal. Hamilton la había fotografiado en blanco y negro y en color, a solas en la habitación donde hallaría la muerte y en compañía de sus cinco hermanos. Las fotos de Hamilton eran un balcón con vistas a la intimidad de los Lufti, ya que no solo mostraban a Huda sino a Husein Lufti y al resto de la familia en situaciones cotidianas: Husein vestido con una camiseta de tirantes escuchando la radio, los niños jugando en la calle, la esposa dándole de comer a Huda con una cuchara de plástico. Pero lo que más impactó a Rashid era Huda, sus ojos grandes absortos en su propio mundo, la delicadeza de unas facciones infantiles bonitas y agraciadas de una forma peculiar, la extrema delgadez de su cuerpecito, brazos y piernas como alambres, el estampado morado del vestido, el mismo que en las fotos forenses que les dio Yalal se veía manchado de sangre y rasgado por las heridas de arma blanca.

—Hamilton parece un hombre ordenado —dijo Jaled—. Su habitación tenía un aspecto pulcro, supongo que porque la adecenta él mismo cada pocos días.

—¿Qué equipo tiene?

—En el cuarto había varios objetivos de diferentes tamaños, un ordenador portátil y un aparato conectado al ordenador que creo que sirve para copiar los negativos en los CD. También hay muchos envases de películas fotográficas como el que encontramos en el lugar donde envenenaron a Nabil. En una pared cuelga un mapa de Bagdad con alfileres.

—¿Qué zonas estaban marcadas?

—Pensé lo mismo que estás pensando y por eso me fijé. Aparecen Shula y Al Mansur, pero no Bagdad al Yadida, y hay otras áreas marcadas que no están vinculadas a nuestro caso.

En las fotos de Hamilton, Fátima vestía una camiseta blanca y unos pantalones azules. Su melena, muy oscura, era más larga de lo que recordaba Rashid. A diferencia del caso de Huda, la sesión fotográfica de Fátima se había llevado a cabo íntegramente en la habitación de la pequeña. El periodista la había fotografiado tumbada, atada a la cama, sentada en el suelo, comiendo, bebiendo, jugando... Había algo turbador, pensó Rashid, en la mirada que se escondía fuera de plano, tras las fotografías. Había amor y piedad en esa mirada, pero también, se dijo el doctor, algo inapropiado, fuera de lugar, en la forma con la que la cámara se recreaba en los ojos de la pequeña Fátima, en sus piecitos descalzos, en el orinal situado junto al viejo televisor en un rincón de la habitación, en las trenzas que unas manos ancianas,

probablemente las de la misteriosa cuidadora cuya identidad Rashid nunca llegó a averiguar, formaban con la cabellera de Fátima. Viva, Fátima se parecía aún más a la niña Najwa que mendigaba y hurtaba comida por las calles de Bagdad. Como en el caso de Najwa, los ojos de Fátima se clavaban inmisericordes en los de Rashid.

—¿Registraste el armario?

—Sí. No vi nada fuera de lo común.

—¿Había prendas oscuras, con las que pasar desapercibido en una noche con poca luz?

—Sí. Unos pantalones y una camiseta de manga larga de color negro.

Con Nabil, tal vez porque tuvo menos tiempo, Hamilton había optado por el retrato. Planos muy cortos, detalles de los ojos, de las manos, de los pies, de las orejas. Todas las imágenes eran en blanco y negro, y en ellas Nabil parecía más pequeño y enjuto de lo que Rashid recordaba. En esas instantáneas el pequeño estaba vivo, pero Rashid tuvo dudas de que a esa existencia concentrada en sí misma hasta el aislamiento se la pudiera llamar vida.

De repente los generadores dejaron de funcionar, y la oscuridad y el silencio se cernieron sobre la comisaría cuando se apagó el ordenador igual que se consume una cerilla. Los combatientes se habían tomado una tregua, y la sensación era la de que Bagdad miraba incrédula hacia derecha e izquierda antes de atreverse a levantar la cabeza y ver qué había sucedido a su alrededor. La impresión duró poco, dos grandes explosiones procedentes del otro lado del Tigris hicieron vibrar las paredes. Jaled iluminó la estancia con su mechero. Rashid encendió un cigarrillo y dejó transcurrir unos instantes para que su vista se acostumbrara a la oscuridad.

—Mi mujer también tiene miedo —susurró Jaled—. Como la tuya.

—¿De qué?

—De la guerra. De los americanos. De nosotros mismos, los iraquíes. De que me suceda algo contigo.

—¿Y tú?

—¿Qué?

—¿De qué tienes miedo?

—Bien, yo soy suní, ella es chií, nunca hemos tenido problemas por eso, pero quién sabe qué va a suceder...

—No me refería a eso.

—¿A qué te referías?

Rashid agradeció la oscuridad, ya que bajo su amparo cerró brevemente los ojos. Lucecitas blancas danzaban ante él, y un cosquilleo incómodo le atormentaba las sienes, como si alguien se las estuviera masajeando con miles de agujas diminutas.

—¿Por qué estás aquí, conmigo? —susurró el doctor—. ¿Por qué no estás en tu casa? ¿De qué tienes miedo, qué te lleva a abandonar tu hogar cuando tu mujer más te necesita?

—Huda y Fátima...

—No me hables de justicia...

—No es eso lo que iba a decir. No sé qué sucederá mañana, ni yo ni nadie. Por eso quiero hacer algo hoy. Algo que sea importante para alguien, algo de lo que pueda sentirme satisfecho, orgulloso, si mañana no me despierto. Estudié, me gradué, me hice policía, y tal vez esta sea mi última oportunidad de hacer algo útil.

—¿Útil para quién? ¿Para la sociedad? ¿Para Fátima, Huda y Nabil?

—Sí, para ellos. Pero, sobre todo, para mí.

—No te entiendo.

—De lo que tengo miedo es del fracaso y de sus consecuencias.

—Entonces, de lo que tienes miedo es de vivir.

El doctor abrió los ojos y se los frotó para ahuyentar el sueño que amenazaba con instalarse en ellos. El cigarrillo se le había consumido entre los dedos. Se limpió la ceniza de los pantalones y se golpeó dos veces las manos. El sonido retumbó en la comisaría vacía.

—Mañana detendremos a Hamilton —anunció.

Jaled carraspeó.

—Estas fotos solo demuestran que fotografió a los niños con vida. Eso ya lo sabíamos.

—Lo sabíamos, pero no teníamos pruebas.

—Pero son pruebas que corroboran su historia.

—Son pruebas que lo sitúan en el escenario de los tres crímenes. En las fotos Huda viste igual que el día que la mataron. Las fotos de Nabil se tomaron un día antes de su muerte. Con eso me basta para detenerlo e interrogarlo.

—¿Y después?

—¿Después de qué?

—Después de interrogarlo, ¿qué? ¿Y si no confiesa?

—Si el interrogatorio no es conclusivo será puesto en libertad. Pero permíteme que lo dude.

—¿Y si confiesa? ¿Qué haremos entonces?

—Un país sano es un país justo, Jaled. Un país, una sociedad, una persona, da igual. Nuestro deber como policías es trabajar para que prevalezca la justicia, no importa en qué circunstancias.

—Pero los americanos ya están aquí.

Rashid se permitió cerrar los ojos otra vez.

—Cuando tengamos la confesión de Hamilton, ya nos preocuparemos de eso.

*Adamiya. 23:00 h.*

*Kafir. Infiel. La pintada había sido escrita, con esmero, buena caligrafía y tinta verde,*

en la puerta, encima de los restos de la palabra *qatil* que con tanto esfuerzo Nada había logrado borrar. El vocablo *kafr* se utilizó por primera vez en el Corán para describir a los habitantes de La Meca que rechazaron que Mahoma fuera un profeta y el islam, la religión de Dios. El término se aplicó entonces a quienes conocían el islam pero no lo aceptaban. Rashid pensó que en alguna etapa de su vida se le podría haber tachado de *kafr* en su sentido más puro: un conocedor del islam que no lo aceptaba, que no lo practicaba. Desde hacía unos años, sin embargo, la acusación era tan injusta como la de *qatil*.

Nada estaba sentada en el último peldaño de la escalera, ante la puerta cerrada. Acariciaba el lomo de Lulú y sorbía un té azucarado que se había servido en un vasito. Su cabello estaba oculto por un *hiyab* ornamentado con un bordado dorado.

—Adnan y yo salimos un momento esta tarde, a hablar con Abdo, y alguien aprovechó nuestra ausencia para dejar otro mensaje en la puerta.

Fatigosamente, Rashid tomó asiento junto a su esposa y encendió un cigarrillo.

—¿Nadie ha visto ni oído nada?

—Ya no queda nadie en el edificio, y las niñas saben que ocurra lo que ocurra no pueden abrir la puerta durante nuestra ausencia. Zeynab cree que escuchó unos ruidos procedentes de la puerta, pero su hermana dice que son imaginaciones suyas. No sé...

El doctor acarició la mejilla de su esposa con el dorso de la mano y ella le dejó hacer.

—Tienes un aspecto horrible —susurró Nada.

—Ha sido un día largo —comentó Rashid. Con la mano derecha se golpeó los pantalones, levantando una pequeña nube de polvo—. Muy largo.

—¿Encontraste al niño desaparecido?

—Sí. No. Murió. Lo mataron. Envenenado.

—Que Alá le tenga misericordia.

—Era un niño inocente...

—Todos los niños lo son.

—Este niño, y los otras dos niñas, son más inocentes si cabe. Son la inocencia pura.

Nada asintió. Lulú ronroneaba mientras los dedos de la mujer recorrían su lomo. Rashid sintió que las palabras se le morían en la garganta.

«No quiero que me veas llorar», le había dicho Gladys, y a continuación cogió las maletas y salió del apartamento, propiedad de un amigo del padre de Rashid, que habían ocupado durante su estancia en Bagdad. Abajo la esperaba un taxi. Rashid se quedó sentado en el salón. Estaba desnudo de cintura para arriba, bebía té y simulaba que estaba concentrado en la lectura de una revista que había traído de Edimburgo. Esa noche él había acabado durmiendo en el suelo del salón; ella no había logrado pegar ojo. Por la mañana se habían cruzado por la estancia como dos desconocidos, súbitamente alejados el uno del otro, dos extraños sin derecho a tocarse, a besarse, a consolarse y a ser consolados. Ella organizaba su ropa y los recuerdos que había

comprado para que cupieran en su maleta. Él hojeaba la revista. De vez en cuando se echaban miradas furtivas. En un par de ocasiones sus ojos se encontraron, tan solo para rehuirse con rapidez. A través de la ventana se introducía el fragor de las calles de Bagdad. Las letras impresas danzaban carentes de sentido ante los ojos de Rashid. Llegó a sus oídos el ruido del motor del taxi en el que Gladys saldría para siempre de su vida. Rashid sostenía la revista con la mano derecha; la izquierda jugueteaba con una sortija de oro coronada con un espléndido diamante.

—Creo que he encontrado al asesino de los niños —dijo el doctor, en parte para rescatar a Nada de su silencio, en parte para que no fuera ella quien retomara la conversación.

—¿Quién es?

—Un periodista americano que se aloja en el hotel Palestina.

—¿Un periodista? ¿Y americano?

—Sí.

—¿Por qué va a asesinar un periodista americano a unos niños iraquíes? A ese tipo de niños, además...

—No lo sé, aún no lo he interrogado, aunque el mal no necesita justificación. Mañana lo detendré y espero arrancarle una confesión.

—¿Vas a arrestar a un americano? ¿Mañana?

—Sí.

—¿En nombre de quién? Ya no hay Gobierno, ya no queda nada, los americanos han invadido Bagdad. ¿En nombre de quién vas a detener a ese americano?

—En nombre de la justicia.

«Es curioso que la aplicación de la justicia siempre gire en torno a lo que se hace mal y no a lo que se hace bien», había comentado Gladys. Se encontraban en el Museo Arqueológico, y la chica americana estaba deslumbrada por aquellos objetos y tabletas cuneiformes. Con orgullo, él se esmeraba en explicarle el significado de muchos de los objetos provenientes de las excavaciones arqueológicas de Mesopotamia. Durante el almuerzo Rashid le refrescó la historia del Código de Hammurabi, cuyo original, se lamentó, se encontraba en Museo del Louvre de París. Rashid habló con pasión contagiosa de la estela, que tenía casi cuatro mil años y era uno de los documentos más antiguos de la humanidad, de algunas de las doscientas ochenta y dos leyes que un oscuro rey de Babilonia ordenó poner por escrito con el fin de gobernar su reino, con una noción de la justicia que en algunos casos parecía primitiva pero que en otros era de una actualidad pasmosa. Allí se había registrado la famosa ley 230, o ley de talión, que imponía un castigo similar sobre la persona que hubiera causado daño a otra persona injustificadamente, y que luego aparecería en la Biblia como «ojo por ojo».

Rashid le había respondido que en eso consiste la justicia, en castigar a quien actúa mal. «No estoy de acuerdo. Quizá sea una romántica, pero me parece que quien actúa bien, o quien entrega su amor a otra persona también tiene derecho a recibir una

recompensa. Debería haber una justicia que premie el bien y el amor».

A falta de un cuarto de hora para el cierre, un celador pasó por las salas para instar a la gente a abandonar el museo. Traviosos y enamorados, Gladys y Rashid se ocultaron detrás de un gran león alado de basalto oscuro y allí permanecieron escondidos hasta que se apagaron las luces. Después caminaron a través de algunas salas en penumbra; las había con ventanales que estaban iluminadas levemente por la luz artificial de la calle, otras carecían de ventana y una bombilla de baja intensidad les proporcionaba una luz mortecina. Caminaban con cuidado, como si temieran despertar a tanta historia almacenada. Se besaron y se amaron, y solo un ataque de pudor de Rashid impidió que hicieran el amor bajo la mirada de alguna deidad babilónica. Cuando se disponían a salir, un guardia los descubrió y los entregó a la policía. Alegaron que se habían perdido, pero no lograron convencer al celoso agente, que los condujo hasta una comisaría en un vehículo policial. Tras aguardar durante largo tiempo en un banco de madera, tan solo logró sacarles el pasaporte americano de Gladys. Encontraron mesa y un cocinero dispuesto a prepararles una cena tardía en un restaurante cercano al Tigris. Rieron, comieron, bebieron *arak*, fumaron tabaco de manzana en pipa de agua y, por tercera vez en ese viaje, Rashid le pidió a Gladys que se casara con él. En esa ocasión, sin embargo, Rashid extrajo de su bolsillo una sortija de oro coronada con un espléndido diamante que su padre le había ayudado a comprar. Fiel al ritual que había visto en los cines de Edimburgo, Rashid se arrodilló en mitad del restaurante ante Gladys y le tomó la mano. «Sí, sí, sí», había sido su respuesta, mientras Rashid le introducía la sortija en el dedo.

Rashid tomó la mano de Nada. Estaba fría. Su esposa le dedicó una sonrisa sin vida.

—¿Qué justicia va a haber en Irak a partir de mañana? —susurró Nada.

—La que nosotros decidamos. Este es nuestro país. Y la muerte de tres niños no puede quedar impune. No debe quedar impune.

—¿Qué pruebas tienes contra el americano?

El doctor carraspeó.

—Ha estado en las tres casas donde se cometieron los asesinatos y encontré en su habitación en el hotel Palestina fotografías de esos niños. La dirección se la dieron en el asilo donde los pequeños estaban internados antes de ser recogidos por su familias. En el lugar donde mataron a Nabil, el chico desaparecido, encontré un envase para guardar carretes. El americano es fotógrafo.

—¿Eso es todo?

—Es cierto que no tengo arma del crimen ni móvil ni ninguna prueba de cargo, pero creo que son indicios bastante sólidos como para arrestarlo e interrogarlo. Confío en que cuando se vea contra las cuerdas acabe confesando.

—¿Y dónde vas a interrogarlo?

—En la comisaría.

—¿En la comisaría?

—Sí, en la comisaría.

—¿Y después?

—Después, ¿qué?

—¿Qué harás después, cuando haya confesado que él es el asesino?

—Eres la segunda persona que me hace hoy esta pregunta.

—Lo que me sorprende es que no te la hagas tú.

«Lo que me parece no sorprendente, sino inconcebible, es que estuvieras convencido de que yo quiero trasladarme a vivir aquí. ¿Cuándo te he dicho yo algo así, Rashid? Dime, ¿cuándo te lo he dicho?».

Cenaron, bebieron *arak*, fumaron tabaco de manzana, corrieron por la noche melosa de Bagdad con las manos entrelazadas gritando en árabe y en inglés su amor, olvidados los remilgos culturales de él por la excitación del momento. Se buscaron en esquinas y bajo las farolas. Hicieron el amor una, dos, tres veces, él la llamó Lou, mi Lou Andreas-Salomé, ella susurró decenas de veces *asal* muy cerca de su oreja, los labios húmedos rozándole el lóbulo, se acariciaron, grabaron a fuego corazones dibujados con el dedo índice en todo su cuerpo, murmuraron palabras de fidelidad y compromiso, imaginaron su futuro juntos, tuvieron hijos, dos, tres, cuatro, dos mellizas y dos chicos, eligieron nombres árabes que les resultaban hermosos al oído, Maryam, Zahira, Bashir, Baha, Utba, Wafiq. Y ella, Gladys, soñadora, feliz, enamorada, había dicho: «Con tus conocimientos no te resultará difícil encontrar trabajo en un hospital de Estados Unidos. Nos mudaremos a la costa Oeste, a Los Ángeles, o mejor a San Francisco». Y él, Rashid, se apartó de ella en la cama, la miró unos instantes y vio alzarse entre los dos un muro insalvable, una pared contra la que nada podían hacer ni las sábanas húmedas ni la almohada arrugada. Y Rashid habló, y sus palabras coronaron el muro: «Yo no tengo ninguna intención de ir a vivir a Estados Unidos».

En un gesto reflejo ella se alejó, apenas unos centímetros, todo un mundo, y se cubrió con la sábana. Aquello lo dijo todo, ya no hacía falta añadir nada más. Pero primero intentaron razonar. «En Occidente la sociedad es más abierta. Los dos tendremos más posibilidades de prosperar allí. Tenemos que pensar en el lugar que sea más apto para crear una familia. Eso pasa por garantizar las mejores condiciones posibles para nuestros hijos, y creo que el futuro en Irak es más incierto que en Estados Unidos». No, no, no, gritaba la mirada malherida de Rashid mientras ella hablaba. Trató de convencerla y le explicó que Irak era un país joven y el Baaz un partido que estaba preparado para construirlo. Quería participar en ese momento histórico, aportar su granito de arena a un proceso en el que su país y sus compatriotas abandonarían por fin siglos de oscuridad y retraso. Lo que le estaba pidiendo era compartir ese momento histórico, que ella participara junto a él.

La conversación subió de tono. Tras las razones se escondían los reproches. Los dos se sentían heridos, traicionados por el otro, ambos se acusaban sin decirlo de haber roto un momento feliz que debería haber sido inolvidable. El resentimiento

creció en apenas unos instantes. «Yo no tengo ninguna intención de vivir en esta ciudad, en este país atrasado, Rashid», había dicho ella, acalorada, alzando la voz. Él, frío, en apenas un susurro, le había preguntado si le estaba obligando a elegir entre su país y ella. «¿Qué harías si fuera así?».

Lulú saltó del regazo de Nada al de Rashid. Su esposa le acarició la mejilla.

—No sé qué haré cuando haya confesado, de eso me preocuparé cuando ocurra. Si es necesario lo mantendré en la comisaría hasta que se aclare la situación. No vamos a vivir en el vacío, los americanos instalarán algún tipo de orden, y todo orden necesita justicia. Llegado el momento, entregaré al periodista a las autoridades pertinentes, ese es al fin y al cabo mi trabajo como policía. Pero en este momento lo prioritario es arrestarlo para que no haga más daño, así que mañana temprano lo detendré.

—Mañana nosotros nos vamos a Siria.

Rashid cerró los ojos por unos instantes. No por esperado el golpe dolió menos.

—Saldremos a las cinco de la mañana —prosiguió Nada—. No voy a preguntarte qué harás tú, porque ya sé la respuesta. Solo te pido que no nos lo pongas difícil, ni a mí ni a tus hijos, sobre todo a Adnan.

—¿Iréis en un coche de Abdo?

—Sí, con uno de sus conductores de confianza.

—Tu plan es muy peligroso. Hay una guerra ahí fuera. Si os quedáis...

—No sigas por ese camino. La decisión está tomada. No estoy discutiendo, tú y yo ya hemos discutido suficiente sobre este tema. Te estoy comunicando una decisión.

—Yo no...

Nada le tapó la boca con la mano.

—No digas nada, por favor. No digas nada.

El doctor se palpó los bolsillos buscando un cigarrillo. Solo le quedaba uno. Lo encendió y le propinó dos profundas caladas. Nada se lo tomó de los dedos. Apenas había fumado un par de cigarros en su vida, de joven, como una travesura infantil. Tosió ligeramente tras expulsar el humo. El cigarro bailó en su mano temblorosa.

—Adnan le explicó a Abdo el camino por el que él entró ayer a Bagdad y le pareció bien intentarlo —prosiguió Nada—. No te diré que es seguro, porque en esta situación nada lo es, pero Abdo cree que podemos conseguirlo. De lograr que crucemos la frontera con Siria se encarga él, ya sabes que tiene contactos y sus conductores están hartos de hacerlo.

—Esto no será barato.

—No, no lo es. Pero yo tenía algunos ahorros, para comprarle ropa a las niñas y esas cosas, ya sabes. No te preocupes por el dinero. Ya está pagado.

Gruesas lágrimas caían por las mejillas de Nada a medida que hablaba, pero su voz permanecía firme.

—Tahani no quiere irse —continuó la esposa del doctor—, dice que si tú no

vienes con nosotros ella prefiere quedarse aquí contigo. Se ha encerrado en su habitación y no nos deja entrar ni a Adnan ni a mí. Te ruego, Rashid, que hables con ella y la convenzas. Te lo ruego.

Rashid asintió. Carraspeó, en un intento vano de deshacerse de las palabras que habían ido a morir a su garganta.

—Te amo, Nada.

La mujer se dejó caer encima de Rashid y este la abrazó y le besó con dulzura la frente y los ojos.

—Ojalá todo fuera tan sencillo como eso.

## 8 de abril

*Hotel Palestina. 12:00 h.*

El vestíbulo del hotel Palestina estaba colapsado. Un sinnúmero de personas entraban y salían a toda velocidad, algunos con el semblante desencajado, otros con la vista perdida, todos corrían sin saber muy bien hacia dónde. Los empleados abandonaban el Palestina y se dirigían hacia el aparcamiento compartido con el hotel Sheraton, en grupos de cuatro o cinco personas. Una vez que llegaban fuera, deambulaban sin saber qué hacer. Muchos optaban por fumar, y la mayoría señalaba hacia el cielo, hacia una humareda débil que surgía alrededor de la planta 15 del Palestina.

—¡Nos han disparado! —gritaba en inglés un hombre de aspecto árabe ataviado con un pijama rojo.

Era ya mediodía, un luminoso y hermoso mediodía después de dos días de tinieblas bajo la tormenta de arena, cuando Rashid y Jaled lograron llegar al Palestina. Un tanque acababa de disparar contra la planta 15 del hotel. Había heridos, tal vez muertos. Llegar hasta el hotel no les había resultado sencillo, ya que se habían visto obligados a dar diversos rodeos para evitar a las tropas americanas que poco a poco iban tomando posiciones en las calles vacías de Bagdad. No quedaba ni rastro de una resistencia organizada iraquí en la ciudad, ni militares ni Guardia Republicana ni fedayines. Eran milicianos armados, civiles, en grupos muy reducidos, los que se enfrentaban a los americanos, lo cual convertía cada calle en el escenario de una improvisada emboscada, poco peligrosa para los invasores pero letal para los civiles que accidentalmente se vieran inmersos en la celada.

—¡Los americanos han atacado a los periodistas! ¡Ni los reporteros están seguros en Bagdad! —gritaba un iraquí con una incongruente expresión de alegría en su rostro. Un funcionario del Ministerio de Información, supuso Rashid.

Los periodistas en el Palestina se habían convertido en la noticia del día. En el vestíbulo, algunos parecían asustados, incluso lloraban. Otros maldecían a los americanos en sus distintas lenguas o se encaraban con los escasos funcionarios del Ministerio de Información que andaban por allí. Muchos se habían puesto cascos y chalecos antibalas y algunos habían reaccionado al ataque con instinto profesional: fotografiaban a sus compañeros y escribían en sus cuadernos, agazapados tras un coche en el aparcamiento exterior. Al entrar al hotel, Rashid y Jaled se cruzaron con algunos reporteros que transportaban a varias personas en camilla. Hablaban a los heridos en lenguas que Rashid no comprendía; aun así, pudo entender que trataban de calmarlos, de infundirles valor, y quizá de infundírselo a ellos mismos, con gestos que en realidad denotaban nerviosismo. Fugazmente, el doctor vio que a uno le habían practicado un torniquete casero que a duras penas lograba controlar una

hemorragia. Un hombre, probablemente compañero suyo, le sujetaba la mano. Salieron del vestíbulo por la puerta principal levantando ligeramente la camilla. Rashid pensó en el café Nayma, y en Ibrahim, y se preguntó quién habría apretado esta vez el botón, si John o Mike o Tom, y quién desde una oficina de Washington o el Golfo Pérsico habría dado la orden de atacar el hotel donde todo el mundo en Bagdad sabía que se alojaba la prensa.

No hizo falta subir hasta la habitación de Hamilton. El reportero deambulaba por la zona de los ascensores, tranquilo, como si estuviera a cargo de controlar la caótica situación que le rodeaba. Los músculos de su cara no reflejaban ninguna contrariedad o tensión, ni parecía prestar atención a los gritos y llantos a su alrededor. Vestía unos tejanos y una sencilla camiseta blanca, y del hombro le colgaba un macuto azul en el que probablemente llevaba algunas cámaras. Allí no estaba con él. Rashid y Jaled le abordaron.

—Tenemos que hablar con usted —le dijo el doctor sin preámbulos, sujetándolo del brazo.

—¿Qué quieren? —exclamó Hamilton.

El periodista intentó zafarse de Rashid pero Jaled se había colocado detrás de él y le presionó la espalda con el mango de una linterna.

—Será mejor que nos acompañe —insistió Rashid.

Caminaron despacio hacia la salida. Hamilton y Rashid, muy juntos, abrían el camino, y Jaled iba tras ellos. A su alrededor nadie les prestaba atención.

—¿Cómo se atreven? —masculló Hamilton—. Soy un ciudadano americano...

—Es importante que nos responda a algunas preguntas. No nos llevará mucho tiempo, solo unos minutos —susurró Rashid.

Llegaron a la calle. Antes de que Hamilton pudiera reaccionar Jaled le cubrió la cabeza con una chaqueta y le practicó una llave que mantuvo el brazo derecho del periodista, retorcido, en la zona alta de la espalda. Hamilton emitió un gruñido de dolor y se agachó contra su voluntad. En la confusión que reinaba en el aparcamiento, algunos curiosos, iraquíes, observaron lo que sucedía, pero pronto desviaron la vista y continuaron fumando. Hamilton reclamó auxilio, pero sus gritos, ahogados por la chaqueta, no lograron atraer la atención de nadie en medio de la confusión. Sin relajar la presión sobre su brazo, Jaled guio a Hamilton hacia el Peugeot, lo introdujo en la parte trasera y él se sentó a su lado mientras Rashid se colocaba al volante. Hamilton intentó moverse y Jaled le golpeó con la linterna en los riñones. El periodista ahogó un jadeo y se quedó quieto. Había perdido las gafas de montura redondeada en el aparcamiento, pero nadie se percató de ello.

El Peugeot se abrió paso a través del gentío a golpes de claxon, sin hacer caso a un buen número de personas que les pedían que los llevaran con ellos, daba igual dónde, pero lejos de allí. Las calles estaban casi vacías. Del otro lado del Tigris llegaban detonaciones sordas y helicópteros de combate patrullaban continuamente por el cielo de Bagdad. El doctor se preguntó dónde estarían los soldados y fedayines

en los que Sadam Husein había depositado las esperanzas de mantenerse en el poder. Ni el Grozny ni el Yenín árabe, Bagdad se entregaba a su invasor sin apenas resistirse, cansada de combatir, exhausta del simple hecho de vivir.

—¿No crees que deberíamos esconderlo en el maletero? —preguntó Rashid—. Tengo miedo de cruzarme con soldados americanos.

Por una calle desierta, sin coches, Rashid conducía despacio por simple prudencia, porque no sabía cuál era la mejor estrategia. El coche llamaba la atención en las vacías calles, y estaba convencido de que desde el aire los helicópteros los habían visto. ¿Serían los americanos capaces, con su tecnología punta y sus servicios de espionaje, de saber que en el interior del vehículo llevaban a un conciudadano suyo? Rashid lo dudaba, pero no estaba seguro. El doctor era consciente de que a ojos de unos soldados americanos, lo que para él era la detención de un sospechoso de asesinato, parecería un secuestro.

—¿Quieres que le quite la chaqueta de encima? —dijo Jaled.

—Sí. Si nos cruzamos con soldados llamaremos menos la atención.

—¿Crees que ya hay americanos en este lado del río?

—No lo sé.

—¿Qué dicen? —gritó Hamilton. Su voz había perdido su arrogancia habitual. El reportero estaba asustado—. ¡No les entiendo! ¡Hablen en inglés!

A través del retrovisor, Rashid vio a Jaled cerrar los ojos y contar hasta diez en silencio. Tenía la frente mojada y grandes manchas de sudor en su camisa por las axilas y el pecho. Maniobrando en el estrecho asiento del coche, extrajo del bolsillo de su pantalón unas esposas y su pistola.

—Vamos a hacer una cosa, si le parece bien —dijo Jaled con una fría cortesía. Bajo la chaqueta, el americano respondió con un movimiento casi imperceptible, suficiente para mostrar que prestaba atención a su interlocutor—. Somos policías de Bagdad. Está arrestado. Ahora nos vamos a poner las esposas, usted en la mano derecha y yo en la izquierda. Insisto: recuerde que está detenido. Vamos a llevarle a una comisaría. Si se comporta como es debido, no le sucederá nada. No debe olvidar que vamos armados y que si nos crea dificultades le podemos dejar tirado en cualquier cuneta y será una víctima más de la jornada de hoy. Con un poco de suerte le identificarán e informarán a su familia, aunque no se lo garantizo. Esto no es América ni nosotros somos policías americanos, ¿está claro?

Hamilton no respondió ni hizo ningún gesto. Las miradas de Rashid y Jaled se encontraron en el retrovisor; el asistente buscaba instrucciones. Rashid asintió, y Jaled se colocó primero una esposa y luego le puso la otra al periodista. Los chasquidos resonaron en el interior silencioso del coche. Entonces, viendo que Hamilton aceptaba la situación, Jaled le quitó la chaqueta que le cubría la cabeza. El americano miró a su alrededor, como si intentara ubicarse.

—Os arrepentiréis de esto —masculló. Sin sus gafas, sus ojos se achinaban cuando hablaba.

Cuando enfilaron Karrada el doctor aceleró. Sin tráfico, el coche sorteaba algún perro abandonado y poco más. De repente, frenó. En una esquina se alzaba la figura impresionante de un tanque. Los dos vehículos se observaron desde la distancia, o eso se imaginó Rashid, pese a que la torreta del blindado les daba la espalda, orientada hacia el río. El doctor sintió que el corazón se le aceleraba. Jaled aumentó la presión en el brazo de Hamilton y le hundió el cañón de la pistola en el costado. Los ojos azules del periodista se clavaron en los de Rashid a través del retrovisor. Se aguantaron la mirada unos instantes, hasta que Rashid apretó suavemente el acelerador. Muy despacio, el Peugeot se puso en marcha. Hamilton siguió con la mirada el tanque, pero no dijo ni hizo nada. Apenas lo habían dejado a diez metros a sus espaldas cuando el tanque disparó en dirección contraria a la suya. El estruendo los ensordeció. El doctor tuvo que recurrir a toda su sangre fría y autocontrol para luchar contra el impulso de pisar hasta el fondo el acelerador.

A Rashid aún le latía desbocado el corazón cuando llegaron a la comisaría. Jaled había traído de su casa unos candados y unas cadenas, con los que aseguró la puerta principal. Bajaron hasta los calabozos e introdujeron a Hamilton en una celda. El americano intentó revolverse contra Jaled, pero fue un intento vano. Con habilidad, el asistente lo evitó y lo inmovilizó contra uno de los barrotes de la celda.

—Volveremos en un rato —dijo Rashid, dejando a los pies del reportero una botella de agua. Hamilton la golpeó con el pie.

Jaled y Rashid subieron a la sala de reuniones. El asistente trajo de su coche una mesa plegable y dos sillas. Los dos policías se derrumbaron en los asientos. Rashid respiraba ruidosamente, inspiraba y espiraba para regularizar el pulso. La mirada de Jaled vagaba en la pared vacía de la estancia, desconchada y sucia. Rectángulos blancos señalaban el lugar donde no hace mucho colgaban el gran plano de Karrada, el mapa de Irak, la fotografía ecuestre de Sadam Husein a lomos de un esbelto caballo blanco. Los dedos de Jaled tamborileaban nerviosamente en la mesa como si tuvieran vida propia.

—Mi familia ha abandonado Bagdad esta mañana —dijo Rashid.

Jaled lo miró pero no hizo ningún comentario.

—Hacia Damasco —prosiguió el doctor, mientras su mano forcejeaba buscando algo en el interior de la chaqueta.

—¿Estás bien?

Rashid extrajo del bolsillo un papelito doblado. Las manos le temblaban, y el papel se le cayó al suelo. Se agachó para recogerlo con lentitud, trabajosamente. Su respiración seguía sin volver a su ritmo natural.

—Me preguntaba si más tarde, o mañana, me puedes prestar el teléfono satélite que cogiste de la habitación de Hamilton —dijo el doctor—. Necesito hacer una llamada.

—*Fuck you!* —oyeron gritar desde su celda a Hamilton.

Rashid deslizó por encima de la mesa el papelito. Jaled lo miró, sin tocarlo. En él

había unos números garabateados. Solo el tamborileo de los dedos del asistente encima de la mesa rompía el silencio.

*Amadiya. 05:00 h.*

Rashid y Adnan bajaron las maletas a la calle mientras Nada, Tahani y Zeynab acababan de desayunar. Aún era de noche, pero en el horizonte empezaba a despuntar el amanecer. Bagdad descansaba, silenciosa. El conductor que les había asignado Abdo llegó puntual. Se llamaba Adel Barakat, y era un chico joven, de la misma edad que Adnan o incluso algo menos, estimó Rashid. El GMC, blanco, de cristales tintados y con matrícula jordana, estaba recién lavado. En su interior olía a tabaco y ambientador de manzana. Del retrovisor frontal colgaban varios CD que, al moverse, dibujaban pequeños arcoíris en el parabrisas. En el maletero, observó Rashid mientras ayudaba al chófer a cargar las maletas, Adel Barakat transportaba varios bidones de gasolina, garrafas de agua y un par de matrículas sirias. Casi todo cupo en el maletero; el resto lo colocaron en la baca.

Aquella noche, Rashid y Nada no habían dormido. Por primera vez desde el inicio de la guerra habían hecho el amor, aunque de forma dubitativa, casi tímida, como si se descubrieran por primera vez. La tensión acumulada durante los últimos días los había alejado, y cubrir de nuevo esa distancia no era una tarea sencilla. Saber que iban a separarse había deshecho un nudo en sus pechos, volvían a ser de nuevo tan solo Nada y Rashid ahora que la conversación interminable por fin había desembocado en una decisión. Pero al mismo tiempo la madrugada se teñía de despedida a medida que pasaban las horas.

—Si os asaltan en la carretera, dadles el dinero que lleváis —comentó Rashid en un momento de la noche.

Su mujer asintió mientras se dejaba acariciar el pelo.

—Es preferible eso a perder la vida. No corráis riesgos con los salteadores —añadió.

Nada gruñó en señal de asentimiento.

—Si por alguna razón veis que la carretera no es segura, regresad a Bagdad de inmediato.

—Rashid, basta, por favor.

—Estoy preocupado, ¿no puedo estarlo?

—Lo sé. Somos unos necios. Tú estás preocupado por nosotros y nosotros estamos preocupados por ti. Si no quieres que me vaya, dímelo, Rashid, pídemelo ahora, cuando aún tenemos tiempo.

Rashid la besó en la frente, se levantó y salió de la habitación. Regresó con dos vasos de agua y se tumbó de nuevo.

—Si quieres que me quede, dímelo —insistió Nada.

El doctor se bebió el agua de un trago y sonrió, afable.

—Si os encontráis un control americano dejad que hable Tahani —dijo—. Es la que mejor habla inglés y al ser una muchacha los soldados no se sentirán amenazados.

Adnan vestía a lo occidental, tejanos, camiseta y una gorra de béisbol negra. La ropa le caía muy holgada, lo que le permitía disimular una bolsa de plástico en la que llevaba dinero, su pasaporte y los de sus hermanas. En la calle, Rashid le entregó subrepticamente la pistola oficial de la policía que guardaba en un cajón de la cómoda del dormitorio. Adnan sopesó el arma durante unos instantes antes de guardarla en el cinto. Se abrazó a su padre.

—Entregadle una nota al conductor cuando lleguéis —susurró el doctor—. Si le das una propina, él se encargará de hacérmela llegar. Contadme si el viaje ha ido bien, si habéis tenido contratiempos, y cómo estáis cada uno de vosotros.

Damasco no era una ciudad nueva para ellos; la habían visitado en varias ocasiones, la última tres años atrás, cuando aprovecharon para conocer Alepo y Palmira. Los planes de Nada pasaban por alojarse en la casa de la tía Abir, una vieja amiga de su madre que vivía en Muhayirin, al norte de Damasco. Abir, una anciana vitalista y alegre, había crecido junto a la madre de Nada y se había ganado el sobrenombre de tía pese a que no pertenecía a la familia, sobre todo a medida que pasaban los años y no contraía matrimonio. Durante muchos años Abir, la tía Abir, poseyó una tienda de ropa femenina en uno de los lugares más dinámicos de Bagdad y siempre disfrutó de una buena situación económica. El negocio le había permitido acumular una pequeña fortuna que había cambiado a dólares y guardaba en un escondite de su propia casa. A pesar de las numerosas peticiones de mano que tuvo en su juventud, no se casó hasta alcanzar una edad proveyta. Cuando ya todo el mundo la daba por soltera, accedió a desposarse con un sirio que vivía en Damasco. Pero su esposo murió repentinamente un año después y ella no volvió a contraer nupcias. Su enorme casona en Muhayirin era donde la familia de Rashid solía alojarse cuando visitaba Damasco.

—Rashid, ¿tú te aburres conmigo? —preguntó Nada.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, a veces tengo la sensación de que no estoy a tu altura.

Cuando pensaba en su matrimonio, la palabra que le venía a la cabeza al doctor era *convencional*. En su relación había poco espacio para las sorpresas. Separarse de este modo, sin saber a ciencia cierta cuándo volverían a reunirse, constituía un desafío inesperado. Por eso Rashid sentía que a medida que avanzaba la madrugada un sentimiento de vacío se aposentaba en su pecho. Desde que se casaron, Rashid solo se había separado de Nada una vez, los cuatro días de su viaje a Bagdad en 1995. Cuatro días en veinticinco años en los que día a día, mes a mes, Nada había permanecido a su lado como una roca, inamovible, firme, incluso en aquellos días

aciagos en Basora.

—Adnan se hará cargo de las chicas y yo me quedaré aquí, contigo —prosiguió Nada—. Que nuestros hijos estén a salvo es suficiente para mí. Si tú quieres no me iré y permaneceré a tu lado, como siempre.

—Contigo he sido un hombre feliz, Nada.

Su esposa se movió en la cama, incómoda.

—Por favor, no hagas esto.

—¿El qué?

—No hagas que esta noche suene como una despedida definitiva.

Zeynab pisó la calle con aspecto soñoliento. Tahani se había puesto un *hiyab* verde, algo muy poco habitual en ella, que conjuntaba con los tejanos y la blusa azul. Cargaba en su espalda una mochila con libretas y libros. Su semblante era muy serio. Desde que se había despertado no había hablado con nadie, incluso evitaba mirar a su madre y a su hermano. Rashid compartió un cigarrillo con el conductor mientras Nada y sus hijos se acomodaban en el coche. El contacto en la frontera, le explicó el joven, era un policía sirio conocido de Abdo. El paso se encontraba oficialmente cerrado, pero el contacto era un oficial de cierto rango lo que, unido a una generosa comisión, aseguraba que se levantarían las barreras para el coche de la familia de Rashid. El chófer le confió que dos días antes había regresado de Damasco sin sufrir ningún contratiempo, si bien, matizó, era cierto que en la carretera había numerosos socavones, sin duda consecuencia de explosiones, y que era habitual encontrarse con los restos carbonizados de automóviles a ambos lados del asfalto. Dejando al margen los peligros de la carretera —los bombardeos, los asaltantes que se rumoreaba que menudeaban en los arcones—, el viaje en realidad tenía dos momentos cruciales. El primero era inmediato: la misma salida de Bagdad, ya que el ejército americano rodeaba la ciudad, si bien su cerco era poroso. El chófer se encogió de hombros con fatalismo árabe cuando Rashid le preguntó sobre la viabilidad del camino que proponía Adnan. Si Alá así lo disponía, lograrían salir de la ciudad, *inshallah*, significaba ese gesto. El segundo momento decisivo del viaje llegaría en la frontera. La lista de todo lo que podía torcerse allí era larga: desde que los americanos hubieran tomado el puesto fronterizo del lado iraquí e impidieran el paso hasta que algo no se desarrollara según lo previsto del lado sirio. En el peor de los casos, le dijo Adel Barakat, esperarían a que anocheciera y cruzarían a Siria clandestinamente, como tantos iraquíes sin pasaporte solían hacer. Los caminos eran conocidos, le tranquilizó Adel Barakat, y pese a que el éxito de una empresa de este tipo nunca podía garantizarse de antemano, sí podía decirle que la situación estaba relativamente bajo control. Si todo iba bien, la familia del doctor dormiría aquella noche en Damasco o, a lo sumo, comería allí al día siguiente.

—Cuando os instaléis, que Adnan vaya a Baramke y se familiarice con el lugar —sugirió Rashid en el dormitorio—. Recuerda que los taxis colectivos hacia Bagdad salen de allí. En cuanto la situación se estabilice un poco podemos usar a los

conductores para enviarnos mensajes.

—Cuando la situación se estabilice...

—Sí, tarde o temprano todo esto acabará.

—¿Crees que tardará mucho en volver a haber teléfono en Bagdad?

—No lo sé.

—¿Qué crees que va a suceder?

—¿Dónde?

—En Bagdad. A Irak. A nosotros.

—No lo sé.

—El doctor Rashid al Said confiesa que no sabe algo...

—Nadie lo sabe. Hasta ahora la guerra está siendo un paseo para los americanos, no han encontrado una resistencia digna de tal nombre. Toda la palabrería del Gobierno se la ha llevado el viento. Pero construir siempre es más difícil que destruir. Supongo que su primera decisión será formar un gobierno de gente a la que los iraquíes no conocemos, que han crecido en Europa, o en Estados Unidos, pero no creo que eso les funcione. Los iraquíes no los recibiremos con los brazos abiertos. Al contrario, les daremos la espalda y muchos se negarán a colaborar. Será entonces cuando empezará echarse de menos al partido.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido. Puede que ahora parezca que el Baaz se ha terminado, que su intento de modernizar el país fracasó, pero yo tengo la intuición de que llegará el día en que los americanos y los propios iraquíes que ahora no han luchado por este régimen lo echarán de menos.

—¿Qué ocurrirá contigo, Rashid?

—¿Conmigo?

—No te hagas el tonto. ¿No van a perseguir los americanos a los baazistas? ¿No intentarán ajustar cuentas los autores de pintadas como las que han aparecido en nuestra puerta?

—No lo sé, Nada. Yo no he matado a nadie, eso sí que lo sé.

—Rashid, esto ya no es una discusión, no voy a decirte que aún estás a tiempo, no voy a pedirte que subas con nosotros al coche. Solo quiero saber lo que piensas, saber qué es lo que harás para mantenerte a salvo.

—Ya te dije lo que pienso. Para reconstruir un país hacen falta funcionarios, técnicos, gente capaz. Y en este país, la gente más capaz se encuentra en el Baaz. No creo que los americanos sean tan estúpidos como para no ver esto. ¿Quién va a dirigir el país? ¿Una coalición de los religiosos de Nayaf y los funcionarios de la Casa Blanca? No, no lo creo.

—¿Y las pintadas en la puerta? ¿De verdad no te preocupan?

—No sabemos quién las ha hecho.

—Rashid, tengo miedo de que los enemigos del régimen te maten, que no te conozcan, que no sepan que eres un hombre decente y honrado, un patriota.

—Sobrevivimos a Abu Yehiya, ¿no? Podemos sobrevivir a unos barbudos incultos.

Rashid pretendía sonar despreocupado, pero en realidad la frase le salió melancólica.

—No es lo mismo.

—Ya sé que no es lo mismo. No debes preocuparte. Cuando acabe el asunto del periodista americano, cuando lo haya entregado a la justicia, ya habrán pasado algunos días y veremos las cosas más claras. Si detecto que la situación es grave, cogeré un coche y me reuniré con vosotros en Damasco. Podremos seguir los acontecimientos a distancia y tomar decisiones. Tal vez optemos por regresar a Bagdad, o a lo mejor nos quedamos en Siria o decidimos ir a otro lugar, a un país donde Adnan y las niñas puedan ser felices.

Nada se incorporó y se colocó encima de él. Sus pechos le acariciaron el torso. Su esposa posó su dedo índice encima de sus labios.

—No hagas promesas que sabes que no vas a cumplir —susurró—. Por favor.

Zeynab no pudo evitar llorar desconsoladamente cuando abrazó a su padre.

—Cuida de Lulú —le pidió su hija.

—Te lo prometo.

Tahani se despidió de Rashid con un prolongado abrazo pero sin intercambiar palabra. Adnan intentó sonreír, aunque sin éxito. Nada encajonó a los pies de su asiento una bolsa con comida para el viaje, frutos secos, queso y atún en conserva. Rashid la besó en la mejilla. Ella le pasó una notita.

—Es el teléfono de la tía Abir. Por si encuentras alguna forma de llamarnos.

Nada se arregló el *hiyab*, más discreto que el de su hija. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Los dedos de Rashid y su esposa se rozaron durante unos instantes en los que ninguno de los dos habló.

—Te quiero —dijo Nada.

Rashid se esforzó en sonreír, pero no lo logró. Abrió la boca como si se dispusiera a decir algo, pero volvió a cerrarla. Sus ojos se clavaron en los de ella, y en un fugaz momento reconoció las pupilas de la jovencita, casi una chiquilla aún, que le enseñó los nombres de las constelaciones en el jardín de la casa de su familia en Amiriya. Era la noche de su compromiso, y Nada le había preguntado: «¿No es hermosa una noche despejada?». «No tan hermosa como tú», debería haber dicho entonces Rashid, pero no lo hizo.

El conductor arrancó el motor y el coche se puso en marcha, muy lentamente. Rashid golpeó dos veces el capó a título de despedida y bajó la cabeza para que Nada no pudiera verle el rostro.

—*Fursa saida*. Buena suerte —musitó el doctor, aunque probablemente su esposa ya no oyó sus palabras—. *Ilaliqa*. Adiós.

Rashid sueña que navega por el Shatt al Arab, a bordo de una de las barcasas de madera que habían unido Basora y Fao durante generaciones. Esquiva los cascos oxidados de los grandes barcos mercantes que reposan en el fondo del río desde que fueron hundidos durante la guerra con Irán. Ve en sus sueños a las mujeres con chador y a sus hijas con *hiyab* haciendo la colada en la orilla, y a los pescadores lanzar sus redes desde sus pequeños botes. En el sueño, Rashid está descalzo, tan solo viste unos pantalones anchos, cómodos y sucios, de color marrón. Está más delgado, no, en realidad está más joven. Es un Rashid joven que navega por el río a través de cuyas aguas han ido a morir al mar los restos de todas las civilizaciones que germinaron en Mesopotamia. Rashid siente el roce del sol en su torso desnudo y las gotas de agua que le salpican, y, a pesar de que sabe que no es posible, también percibe el olor a basura quemada tan propio de Basora y, a bordo de la barcaza, ve desplegarse ante sus ojos el viejo bazar de Kawit, y la calle Al Watan, repleta de gente, que compra, vende, come, bebe, habla, ríe, grita. Vive. Pero a bordo de la barcaza vuelve a estar él solo, y lo agradece, le gusta estar solo, da la bienvenida a la sensación contradictoria de navegar a la deriva, de dejarse llevar por la voluntad del río y, al mismo tiempo, saber que la travesía no puede acabar de otra forma que no sea en el mar. No es cierto, el Rashid que sueña sabe que el Rashid que navega lo sabe, no es verdad que la travesía solo pueda acabar en el mar. Rashid podría levantarse, tomar el timón de la barcaza y obligarla a virar, regresar por donde ha venido, deshacer el camino. El Rashid que sueña lo sabe, pero también sabe que en el sueño adora sentir el sol sobre su piel, y es feliz por volver a ser joven, y que a pesar de esa juventud reencontrada se siente agotado, así que no se levantará, no cogerá el timón y no virará el rumbo para regresar a Basora. Al contrario, permanecerá tumbado, con los ojos cerrados, soñará que sueña y dejará que el Shatt al Arab lo meza.

—No quiere comer —dijo Jaled.

Las palabras del asistente despertaron a Rashid. Durante unos instantes al doctor le costó situarse. Poco a poco su cerebro logró enfocar la imagen de la saqueada sala de reuniones de la comisaría. Se había quedado dormido sentado en una de las sillas plegables que Jaled llevaba en el maletero de su Peugeot. Encima de la mesa de *picnic* que el asistente había instalado en la sala de reuniones reposaba el informe sobre Hamilton que Jaled había cogido días atrás del Ministerio de Información. A su lado había aparecido una bandeja con *tabule*, *hummus* y kebab, pan de pita y varios botellines de agua, un ágape servido en platos y vasos de plástico. La sala de reuniones, sin muebles, sin televisor, sin el plafón de anuncios, sin los policías que conversaban y fumaban en ella a todas horas, se le antojaba a Rashid como una estancia desconocida, territorio hostil. Ver vacíos lugares que él conocía de antes

solía provocarle una desazón amarga, una casa tras una mudanza, una calle de madrugada, las cuencas de los ojos de un cadáver encima de una camilla.

—Me he quedado dormido. Lo siento.

—Es normal, no hemos dormido demasiado últimamente.

—¿De dónde ha salido esta comida?

—Esta mañana pensé que hoy sería difícil encontrar algún restaurante abierto por aquí cerca, así que le pedí a mi mujer que nos preparara algo —dijo Jaled, encogiéndose de hombros—. Lo cual no es ninguna molestia en mi casa, más bien al contrario.

Los funcionarios del Ministerio de Información habían interrogado a Hamilton con más interés que a otros periodistas, dado que era uno de los pocos reporteros americanos que no había huido hacia Jordania antes de los bombardeos, aunque al final llegaron a la conclusión de que no era un tipo importante ya que no trabajaba para ningún gran medio y había entrado en el país con el movimiento de los brigadistas internacionales. En el informe, Rashid leyó que Hamilton había nacido en un pequeño pueblo de Oregón, pero que su vida había transcurrido entre Chicago y Nueva York. Aparentemente, era un periodista de cierto prestigio en su país: había recibido un premio de la Asociación de Prensa de Nueva York por un artículo sobre tráfico ilegal de animales y era autor de un libro de artículos, *Muerte con vistas*, y de una novela, *Conjurados*, sobre la cual el funcionario del Ministerio de Información solo había escrito dos palabras: «sexo y violencia». Según había explicado el mismo Hamilton, nunca antes había estado en Irak y hasta que se lo pidieron jamás había tenido la intención de viajar al país, ya que su especialidad no era el periodismo de guerra. Recibió el encargo de una revista cuando, pocos días antes de coger el avión, el periodista elegido que iba a venir enfermó de apendicitis. «Estoy aquí por una carambola, por un capricho de la fortuna», había dicho Hamilton al funcionario. El destino, pensó Rashid, el muro en el que está escrita la existencia antes de llegar a ser. ¿Significaba eso que Fátima, Huda y Nabil estaban muertos por un capricho de la fortuna, por un giro en forma de apendicitis de un periodista americano desconocido?

—¿Y por qué Hamilton no quiere comer?

—Dice que no quiere nada de nosotros, que esto es un secuestro, y exige que lo llevemos de regreso al hotel Palestina.

Rashid cogió un poco de pan y lo untó de *hummus*.

—También dice que es un ciudadano americano y que, como invitado del Gobierno de Irak y periodista internacional, tiene sus derechos y está protegido por no sé qué convenciones internacionales.

—¿Esto es todo?

—Bueno, además ha dicho que somos unos bárbaros árabes y unas cuantas obscenidades e insultos.

—¿Bárbaros? ¿Es eso lo que ha dicho?

—Bárbaros. Sí.

—Entiendo.

—¿Qué quieres que hagamos?

—¿Ahora?

—Sí.

—Comer.

Jaled se sentó en la otra silla plegable y empezó a comer con apetito.

—Una de las cosas que más me indignan de nuestra relación con Occidente es su convencimiento de que los árabes somos unos bárbaros, incultos, analfabetos, gente por civilizar frente a ellos, almenaras de la civilización —dijo Rashid, para dar conversación—. Es una creencia especialmente irritante cuando te encuentras con americanos. ¿Qué sabrán ellos sobre la cultura y la civilización, si han levantado el imperio más superficial de la historia de la humanidad, si cuando desaparezcan no dejarán más huella que la de unas zapatillas deportivas? ¿Cómo osan insultarnos, llamarnos bárbaros, y darnos lecciones de civilización a nosotros, a los iraquíes, que somos los descendientes de la primera civilización digna de tal nombre? Cuando los europeos vivían en las tinieblas fueron nuestros antepasados los que acudieron a iluminarlos y a rescatarlos de la ignorancia y la ignominia con nuestra cultura, nuestra poesía, nuestra ciencia y nuestras matemáticas. No hay nada que merezca la pena en la cultura y la civilización occidental que no proceda de Oriente o que no haya sido influido por Oriente.

—Y sin embargo...

—¿Qué?

—Son sus tanques los que están en nuestras calles, son ellos los que van a dictarnos a nosotros lo que debemos hacer.

—Sí, y nos impondrán lo que ellos llaman su democracia, que no es otra cosa que un gobierno que se pliegue a sus designios.

—¿No crees que estemos preparados para elegir a nuestros gobernantes?

—Para eso es necesario que la gente, el electorado, tenga la formación política y cívica necesaria y, por desgracia, eso no sucede, sobre todo en el sur del país. Créeme, yo viví durante muchos años allí. Si mañana hubiera elecciones en este país, los clérigos tomarían el poder y nos harían retroceder dos siglos. En estos momentos, en Irak, la democracia daría lugar a un gobierno de fanáticos que anteponen la religión al bien común.

Jaled se acarició el bigote, ligeramente sucio de *hummus*.

—Yo no soy una persona tan inteligente como tú, ni he viajado ni leído tanto, soy un tipo sencillo —dijo—. Pero creo que la gente es buena en términos generales y solo quiere vivir en buenas condiciones. Trabajo, su familia, sus pequeñas ambiciones cotidianas satisfechas. Eso es todo. No veo por qué no podemos elegir a nuestros gobernantes basándonos en estos principios.

—La buena gente...

—Sí, buena gente como las empleadas del asilo Al Amal, por ejemplo, que

cuidan de sus internos de forma desinteresada...

—... y venden las direcciones de sus casas por cien dólares...

—... para mejorar las condiciones de vida de los internos.

—Te lo preguntaré de otra manera —dijo el doctor—. ¿Tienes miedo de lo que pueda deparar el futuro?

—¿En qué sentido?

—En lo que pueda suceder a partir de ahora.

—No lo sé. ¿Tú qué crees que ocurrirá?

—No lo sé. Hay muchas armas y muchos explosivos sueltos en este país. El mismo Sadam, pese a todo lo que hizo, nunca logró acabar por completo con los que se oponían a él.

—Solo un puñado de resistentes están luchando contra los americanos en estos momentos.

—Es cierto, pero tarde o temprano los invasores se irán.

—Puede ser.

—Hay quien dice que sin un gobierno fuerte los iraquíes nos mataremos entre nosotros. Si eso sucede, barrios mixtos como el tuyo no podrán sostenerse durante mucho tiempo.

—En mi barrio hay buena gente. Yo confío en la bondad de la gente. Ya sabes lo que dice cualquiera cuando le preguntas: no hay chiíes, no hay suníes, no hay kurdos. Solo hay iraquíes.

*Qatil, Kafr*, pensó Rashid. Unos gritos procedentes de los calabozos interrumpieron la conversación. Hamilton les llamaba.

—Ya voy yo —dijo el doctor.

Rashid bajó las escaleras con parsimonia. Antes de llegar al pasillo, comprobó que llevaba la Browning con él, en la sobaquera, a la vista del reportero pero lejos de su alcance.

Hamilton estaba sentado en el suelo y golpeaba la reja con un pie.

—Necesito ir al baño —dijo.

Sus ojos claros habían enrojecido. La tensión, la frustración, la irritación y el nerviosismo empezaban a hacer mella, pensó con satisfacción Rashid, lo cual acercaba al reportero al punto de cansancio que el doctor deseaba para interrogarlo.

—No hay electricidad ni agua en la comisaría —dijo Rashid—. Le acompañaré al patio.

Rashid abrió las esposas de la barra de la celda y las cerró alrededor de su propia muñeca.

—Usted primero —dijo el doctor—. Todo recto. Y recuerde que voy armado.

Iban despacio. Hamilton arrastraba los pies. Rashid le seguía de cerca y en ocasiones incluso tropezaba con él. El doctor lo guio hasta el patio interior donde habían quemado los archivos del comisario Yalal. En el centro aún se veía el montículo de cenizas y pequeños restos de papeles que habían resistido a las llamas.

—¿Aquí? —preguntó Hamilton.

—Aquí.

El periodista le dedicó una mirada incrédula.

—¿No me dará un poco de intimidación?

Rashid no contestó enseguida. Hamilton era más corpulento que él, y sin duda en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo el americano se impondría. Sin embargo, el doctor tenía una pistola.

—Yo no me voy a ningún sitio —dijo Rashid mientras liberaba a Hamilton de las esposas—. Estoy aquí, detrás de usted. Y tengo el arma.

El periodista se frotó las muñecas y se alejó unos metros. Dándole la espalda, separó las piernas y orinó.

—¿Por qué no me deja ir, inspector? —dijo—. Aún está a tiempo.

—Yo no soy inspector, ya se lo dije.

—Si deja que me marche ahora, regresaré al Palestina y nada habrá sucedido. Usted seguirá con su vida, yo con la mía, y todo el mundo será feliz.

—¿Y Huda, Fátima y Nabil? ¿Qué sucede con sus vidas?

Hamilton se subió la cremallera de los pantalones y se giró. Por un momento Rashid pensó que el periodista se le iba a encarar. Su mano se acercó a la sobaquera.

—¿Nabil está muerto?

Rashid asintió. Hamilton respiró hondo.

—¿De verdad cree que yo maté a esos niños? —dijo en voz muy baja—. ¿Está usted loco?

Rashid se acercó poco a poco. El reportero no se movió.

—Estoy seguro de que en el Palestina alguien les vio a usted y a su colega capturarme —prosiguió Hamilton—. ¿Qué pensarán mis compatriotas cuando llegue a sus oídos que dos iraquíes se llevaron a un periodista americano del hotel donde se aloja la prensa internacional? Es muy probable que en estos momentos medio ejército americano me esté buscando por todo Bagdad.

Con extrema lentitud, el doctor volvió a colocarle las esposas a Hamilton y regresaron a la celda, donde Rashid lo amarró de nuevo a los barrotes.

—Está usted detenido por la policía de Bagdad, la única autoridad reconocida de esta ciudad. Usted es sospechoso de asesinato. Si es inocente, no tiene nada que temer.

—Está usted loco. Y se arrepentirá de esto.

Rashid subió de dos en dos las escaleras de regreso a la sala de reuniones. Jaled rebañaba los platos. El doctor se desplomó en una silla y tomó un cigarrillo del paquete del asistente. Las agujas habían regresado a sus sienes y se le clavaban con saña.

—¿Qué quería? —preguntó Jaled.

—Nada —respondió Rashid—. Aliviarse. Desahogarse.

Fumaron un largo rato sin hablar. Rashid intentó pensar en su familia, se esforzó

en calcular en qué punto de la carretera a Damasco debían de estar en esos momentos. Quería imaginarse a Tahani de mejor humor, a Zeynab dormitando en el asiento trasero, a Adnan meditabundo junto al conductor, atento a los giros de la carretera. Y a Nada, pensando en él, llorando por dentro, manteniendo la compostura para que las chicas no la vieran dudar de la decisión que ella y su hijo mayor habían tomado. Y, sin embargo, la mente del doctor vagaba por otros senderos, pensaba que la vida, de creer a Nietzsche, no era más que un juego absurdo, sin juicio final ni entrada en el paraíso, sin caída del telón, sin fin de la historia. Simplemente una repetición continua del mismo vacío que Rashid sentía en esos momentos al saberse solo, sin Nada, sin familia, sin más futuro ni más plan que darles a Huda, Fátima y Nabil la justicia que merecían. A Rashid se le erizó el vello de los brazos al pensar que, si Nietzsche tenía razón, estaba condenado a repetir una y otra vez los mismos errores de su vida hasta terminar en la celda del sótano de esa comisaría, cara a cara con Hamilton. Con la misma inevitabilidad con la que el Shatt al Arab va a dar al mar, su existencia, todo lo que había hecho, todas las decisiones que había tomado, estaban destinadas a desembocar una y otra vez en esa celda. De ser así, lo sucedido en su existencia era necesario para que su vida cobrara el sentido que se había escrito en el muro del destino. Y ese sentido no podía ser otra cosa que lograr que se hiciera justicia con Huda, Fátima y Nabil.

—¿Cuántos años tienes, Jaled? —rompió el silencio Rashid. Necesitaba distraerse para ahuyentar la angustia.

—Treinta y uno.

—Háblame de tus hijos.

Jaled sonrió.

—¿De qué te ríes?

—Llevamos cinco días trabajando juntos y aún no me habías preguntado por mis hijos.

El doctor también sonrió.

—Ya sabes lo que dice mi mujer sobre mí... Las relaciones humanas no son mi fuerte...

—Son dos.

—Ya sé que son dos. Al menos eso sí lo sé.

—Son mellizos. Un niño y una niña de tres años.

—Una edad muy bonita.

—Sí.

—¿Por eso te afecta tanto el asilo Al Amal?

—¿A ti no te afecta?

—No como a ti.

Jaled se mesó los cabellos. Su rostro parecía menos añorado que cinco días atrás, pensó Rashid. El cansancio, con toda seguridad. Pero también la muerte, que todo lo contamina.

—Cuando nacieron mis dos hijos, a Hamidat le hicieron una cesárea y fue muy duro para ella. Los niños lloraban mucho, aún lo hacen, así que yo me los llevaba para que ella pudiera dormir un poco. Les cantaba, les acunaba, les decía todas esas tonterías que los padres primerizos les decimos a nuestros hijos, que siempre les querremos y les protegeremos. Ayer y esta mañana he llevado a mi mujer y a los niños al asilo Al Amal. Hamidat quiere ayudar a cocinar, a limpiar. Allí están en una situación horrible: su generador se ha estropeado, en dos ocasiones grupos de milicianos han intentado asaltar la despensa... Cualquiera ayuda es bienvenida, y mi mujer necesita salir de casa... Bueno, el caso es que mientras su madre echa una mano, mis dos pequeños juegan con los internos. Es fascinante cómo conectan con algunos de ellos, se comunican como ningún adulto podemos hacerlo. Deberías verlo, Rashid, es realmente impactante, es como si hablaran el mismo idioma. Esta mañana les estaba viendo juntos, jugando con unos cochecitos, y me preguntaba si a los internos, cuando nacieron, sus padres también les prometieron que les querrían siempre y que les protegerían, como yo les dije a mis hijos. Y lo que me asusta no es que a lo mejor nadie les dijera eso, sino lo contrario: que alguien lo hiciera y haya incumplido su palabra.

—¿Y por eso quisiste trabajar en este caso? ¿Porque en las fotos de Huda viste a tus hijos?

—No lo sé. A lo mejor sí.

—¿Te arrepientes?

—¿De qué?

—De haberte ofrecido a ayudarme.

—No.

—Después de estos cinco días, ¿aún crees que soy el mejor investigador de Bagdad? —dijo el doctor, con sorna.

—Creo que eres una buena persona.

Jaled extrajo dos cigarrillos y le ofreció uno a Rashid. El doctor jugueteó un rato con él antes de encenderlo.

—¿Qué harás mañana, cuando ya no haya combates? —preguntó.

—Intento ir día a día. Mañana me levantaré, desayunaré, me despediré de mi familia, llevaré agua y un generador que nos sobra en casa al asilo Al Amal y vendré aquí a ayudarte a interrogar a Hamilton.

—Me refiero a cuando todo esto acabe. La guerra, ya sabes —dijo Rashid, abarcando con un gesto la ciudad más allá de la ventana de la saqueada comisaría.

Jaled sonrió, una sonrisa franca, limpia y sincera, sin asomo de cinismo.

—Lo único que sé hacer, doctor. Me levantaré, desayunaré, me pondré el uniforme, besaré a mi mujer y a mis hijos y me dedicaré a dirigir el tráfico de mi barrio hasta que alguien se presente ante mí como mi nuevo superior. Creo que vamos a necesitar policías regulando el tráfico con tantos tanques en camino, ¿no?

El doctor se rio, la primera risa sincera en muchos días.

—¿Y tú, Rashid? ¿Qué harás tú?

*Adamiya. 01:00 h.*

Rashid golpeó suavemente la puerta con los nudillos y Tahani le hizo entrar con impostada indolencia. Estaba tumbada en la cama, esforzándose en leer a la luz de dos velas, completamente vestida, como se había acostumbrado a dormir desde el inicio de los bombardeos. Aquella era su habitación, el cuarto en el que solía dormir, estudiar y recluirse antes de empezar la guerra, una estancia amplia y soleada, la más bonita de la casa, solía decir Nada, y no el dormitorio pequeño, estrecho y sin ventanas que compartía con su hermana desde hacía semanas porque era el más resguardado del edificio.

—¿Te envía mamá? —preguntó Tahani, sin levantar la mirada del libro.

El doctor tomó asiento a los pies de la cama y dejó que sus ojos recorrieran la estantería que ocupaba la parte más larga de la pared, donde reposaban libros en árabe y en inglés. Muchos de esos ejemplares se los había dado Rashid de su propia biblioteca, libros que, llegada cierta edad, el doctor consideraba que Tahani debía leer. Otros volúmenes los habían comprado juntos en el mercado de libros viejos de Al Mutanabbi, al que Rashid acudía cada viernes, en muchas ocasiones acompañado por su hija. Tahani compartía con él sus ojos y muchos de sus gestos más íntimos y personales, pero también su misma inquietud y curiosidad intelectual, idéntica vehemencia de carácter y una frustración, e incluso desdén, muy similar cuando se encontraban ante alguien cuya mente funcionaba con más lentitud que la suya. Entre las fotos que Rashid encontró en la carpeta con su nombre en el archivo del comisario Yalal, había una en la que se veía a toda la familia sentada a una mesa larga de un restaurante al aire libre del Tigris. Tahani debía de tener trece o catorce años y vestía una blusa blanca y una falda verde. La familia aparecía sonriente celebrando algo que Rashid no podía precisar, tal vez la foto se tomó con ocasión del cumpleaños de la niña o de alguno de sus hermanos. En la instantánea se les veía comiendo, charlando animadamente. A todos menos a Tahani, que aparecía leyendo un libro, absorta. Entre Tahani y el doctor existía un canal de comunicación más sutil que las palabras.

—Claro que me envía mamá.

—Perdéis el tiempo. Ella, Adnan y tú. No pienso abandonar Bagdad. No pienso dejarte solo en casa.

—No he venido a pedirte que te vayas.

Tahani dejó el libro encima de la cama.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Hacerte un regalo y pedirte un favor. Y contarte un secreto que tal vez no sepas.

Tahani sonrió.

—¿Qué tramas?

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Por el regalo.

Rashid llevaba una bolsa de plástico con varios volúmenes. De su interior extrajo un libro y se lo pasó a Tahani.

—¿Qué es? —preguntó la joven mientras estudiaba la anodina cubierta. Era un volumen viejo, muy bien conservado a pesar de que era obvio que había pasado por varias manos.

—*Al Ayyam*, Los Días, de Taha Husein, el célebre escritor egipcio. ¿Lo conoces?

—Vagamente...

—No sé qué os enseñan a los jóvenes de hoy en día... —bromeó Rashid—. Este autor es uno de los escritores de cabecera del Baaz, al menos del Baaz que yo conocí, el que estaba formado por jóvenes que rechazaban el pesado fardo de la tradición, la religión y los tabúes.

—¿De qué va el libro?

—Cuando tenía tres años, a Taha Husein le dejó ciego un curandero de su pueblo cuando trataba de sanarle, con métodos tradicionales, una pequeña enfermedad ocular. Este libro es una especie de autobiografía en el que defiende la modernización de Egipto y critica la religión que todo lo impregna en las sociedades musulmanas. La descripción de su aldea, pese al descomunal subdesarrollo, es muy hermosa. Y chocante.

Tahani seguía con atención a su padre, con la misma expresión absorta con la que, de pequeña, le escuchaba contar las historias infantiles de *Las mil y una noches*. Había interés en la mirada de Tahani, pero también devoción y respeto.

—Es un autor muy importante para mí, y me gustaría que leyeras su libro.

—Gracias, papá.

—Lo cual me lleva al secreto que he prometido que iba a contarte, algo que seguramente tu madre nunca te ha dicho. Cuando escogimos tu nombre le quisimos hacer un homenaje a Taha Husein, por eso vuestros nombres se parecen tanto fonéticamente.

—No lo sabía —musitó la joven.

—Este ejemplar de *Al Ayyam* —prosiguió Rashid— es muy especial. Si lo abres por la primera página verás varias dedicatorias. Primero se lo dedicó el presidente Ahmed Hasan al Bakr a mi padre. Después, tu abuelo me lo regaló a mí. Y ahora, yo te lo entrego a ti.

Tahani abrió el libro y reconoció al instante la caligrafía de su padre, que había escrito: «Recuerda Tahani: Mientras tanto, Scherezade decía a su hermana Doniazada: “Te mandaré llamar cuando esté en el palacio, y así que llegues y veas

que el rey ha terminado su cosa conmigo, me dirás: ‘Hermana, cuenta alguna historia maravillosa que nos haga pasar la noche’. Entonces yo narraré cuentos que, si quiere Alá, serán la causa de la emancipación de las hijas de los musulmanes”».

—Papá, no sé qué decir —comentó la joven.

—Te doy *Al Ayyam* para que lo leas en Damasco —prosiguió Rashid—. Cuando nos volvamos a reunir, lo comentaremos.

—No —dijo Tahani—. Si es así, te lo devuelvo. No quiero ir a Damasco.

—Irás a Damasco, hija, porque es lo mejor para todos, porque así lo ha dispuesto tu madre y porque así lo deseo yo. Y por otro motivo.

—¿Cuál?

—Porque necesito que me hagas un favor.

Rashid extrajo de la bolsa una decena de libretas de espiral con la cubierta de cartón azul y roja.

—Cuando llegues a Damasco quiero que hagas unas copias de estas libretas y que envíes los originales a Edimburgo, al tío Tareq.

—¿Qué es esto? —preguntó Tahani, suspicaz.

—Mi manuscrito sobre Nietzsche.

La joven tragó saliva.

—¿Ya lo has terminado?

—Sí —mintió Rashid. La última línea que había escrito en su manuscrito era una fecha: 5 de abril de 2003—. Hazme el favor de enviárselo al tío Tareq, él sabrá qué hacer. Creo que mi prima Catherine mantiene algún contacto con editores. Es posible hasta que se publique.

Tahani observaba las libretas que Rashid había colocado encima de la cama, pero no se atrevía a tocarlas.

—¿Por qué no se lo envías tú mismo al tío?

—En días como estos el correo funciona mejor en Siria que en Irak, ¿no crees?

—No me refiero a eso. Ven con nosotros a Damasco y envíaselo tú. O mejor, viaja a Edimburgo y entrégaselo personalmente. Seguro que le gustaría verte, ¿no?

Rashid no le respondió.

—¿Por qué no, papá? —insistió Tahani.

El doctor vio que la respiración de su hija empezaba a agitarse. Se acercó y la abrazó, la sepultó en su pecho y le acarició suavemente el cabello. Rashid sabía que, igual que le sucedía a él, desde niña a Tahani no le gustaba que la vieran llorar.

*Comisaría de Karrada. 23:30 h.*

En la oscuridad casi total de la sala de reuniones, Rashid se balanceaba en una de las sillas plegables de Jaled. Antes del anochecer había enviado al asistente a su casa,

con su familia, y este, aunque a regañadientes, le había hecho caso. Con la puesta de sol los combates se habían recrudecido y, a través de las ventanas de cristales resquebrajados, el resplandor lejano de las explosiones iluminaba de vez en cuando la estancia.

Entre los dedos de su mano derecha Rashid sostenía el envase de película fotográfica que había encontrado en el descampado donde Nabil al Zarqa fue envenenado y abandonado a su suerte para que se fuera muriendo poco a poco, solo en la noche. Durante horas, se había mantenido en aquella postura, jugueteando con el envase, intercambiándolo de mano. Él quería pensar en su familia, o al menos descansar, dormir, pero Huda, Fátima y Nabil monopolizaban su atención. Veía a los tres chiquillos vivos, tal y como los había fotografiado Hamilton, pero también le asaltaban las imágenes de sus cadáveres, en la camilla del hospital Al Kindi, en la habitación sin amueblar de la familia de Suleyman al Zarqa, en las frías fotos que le había entregado el comisario Yalal. El mal y el inhumano, por irracional, aleatorio, inalcanzable e incontrolable, capricho del destino se congregaban en aquellas imágenes y se habían citado en la comisaría de Karrada Interior en la que Rashid que había trabajado durante tanto tiempo en tareas anodinas. El doctor se esforzaba en cerrar los ojos, se concentraba para someter y reducir el cansancio, para expulsarlo de su mente una vez había asumido con fatalidad que desterrarlo de su cuerpo era un imposible. Le pesaban y le dolían y le atormentaban todos y cada uno de los músculos de su cuerpo, como si llevara media vida andando sin reposo, como si su cuerpo hubiera dicho basta, como si hubiera dedicado los últimos días a remar contra corriente por un Shatt al Arab súbitamente embravecido. Deseaba dormir, pero ese solaz no le estaba permitido.

Rashid había mantenido a Hamilton a oscuras en la celda a propósito. El periodista no había dado señales de vida durante toda la tarde, y Rashid había demorado el momento del interrogatorio con la intención de agotarlo. Sabía que en casa Lulú debía de tener hambre, y que había prometido a Zeynab que cuidaría de la gata. También era consciente de que en cualquier momento del día siguiente podía aparecer el chófer de Abdo con una nota manuscrita en la que Adnan le comunicaría que el viaje había ido muy bien y que ya estaban en casa de la tía Abir, en Damasco. Si el conductor no lo encontraba en casa, Rashid no tendría forma de saber que Nada, Adnan, Tahani y Zeynab se encontraban a salvo. Por ese motivo debería dormir en casa, ya que Adel Barakat podía aparecer en cualquier momento. Y sin embargo Rashid había permitido que el tiempo se escurriera, había enviado a su casa a Jaled, se había impuesto a sí mismo la tarea del interrogatorio y la custodia del detenido. En la soledad de la sala de reuniones el doctor se sentía en paz, los espectros de Huda, Fátima y Nabil jugaban a sus pies, Nietzsche y Lou Andreas-Salomé conversaban sobre amor y sexo en el despacho del comisario Yalal y Schopenhauer divagaba sobre religión en el rincón en el que hasta hace pocos días atrás se encontraba la máquina de calentar agua donde los policías como Rashid se preparaban el té. En su compañía,

Rashid, con los ojos cerrados y el envase fotográfico entre sus dedos, consciente de que el sueño no le vencería hasta que su trabajo no hubiera terminado, incapaz de encontrar descanso para su cuerpo, afinaba su mente y construía el sendero por el que pretendía guiar a Hamilton hasta su confesión. El Shatt al Arab desembocaba en el calabozo del periodista americano.

Una explosión más potente y cercana que las otras recortó su silueta contra la pared. Ya era noche cerrada. Rashid encendió tres velas que Jaled había traído de su casa y bajó con parsimonia las escaleras que llevaban al calabozo. Encontró a Hamilton medio dormido, con su cabello pelirrojo despeinado y aspecto agotado y desconcertado. Rashid depositó las velas en un extremo del estrecho calabozo, fuera del alcance del detenido. Su débil llama dibujaba zonas oscuras en el rostro del periodista, lo que le confería un aspecto siniestro. Rashid supuso que lo mismo le sucedería a él.

—¿Qué quiere ahora? —dijo el periodista—. Esto es un abuso, me duele el brazo, soy un ciudadano de los Estados Unidos de América y tengo derechos.

Altivo incluso en esas circunstancias, las largas horas en el calabozo no habían borrado de su voz el tono orgulloso que tanto desagradaba a Rashid. El doctor extrajo de la sobaquera la Browning y la dejó en el suelo, en el exterior de la celda, y se sentó frente al reportero. Si Hamilton alargaba la pierna podría tocarlo, pero no golpearlo con fuerza.

—Una confesión —susurró Rashid—. Sé que usted mató a esos pobres niños, así que cuanto antes confiese, antes acabaremos con esta situación tan desagradable.

—Le repito que no tengo nada que ver con esos asesinatos de los que me habla.

Rashid observó que Hamilton seguía con la vista el envase fotográfico que el doctor movía entre sus dedos con deliberada lentitud. En el espacio que había entre los dos, el cadáver de Nabil se apareció tan real como si compartiera celda con ellos, las manos atadas a la espalda con un alambre, la lengua aprisionada por los dientes, el fino hilo de sangre que le caía por el mentón hasta el pecho, el pijama estampado con animales de la selva sucio de gruesas manchas de vómito.

—Sé que usted los mató, Hamilton. Tengo suficientes pruebas. Solo quiero escuchar de su propia boca cómo lo hizo. Por ejemplo, cómo sacó sin ser visto a Nabil de esa casa llena de mujeres y niños. Le confieso que ese punto me intriga.

—No sé de qué me habla. Yo no he matado a ningún niño, no sé cómo quiere que se lo diga.

El doctor permitió que un silencio incómodo tomara la celda. Hacía calor en el calabozo, a Hamilton la camiseta blanca se le pegaba en el pecho. Rashid le miraba de forma impertinente, quería comprobar cuánto tiempo era capaz Hamilton de aguantarle la mirada.

—¿Oye esos disparos? Son los soldados de mi país. Si me encuentran aquí, en un calabozo, esposado y torturado, su vida no valdrá nada, inspector o lo que sea. Aún está a tiempo de dejarme ir y que esto quede como un desafortunado incidente entre

usted y yo.

Nabil al Zarqa abrió los ojos. Estaban rojos e hinchados, había muerto con conjuntivitis y cianótico a causa de la acción del veneno.

—Hábleme de la muerte —susurró el doctor.

—Soy un representante de la prensa internacional en Bagdad y como tal tengo derecho...

—Hábleme de la muerte. Hábleme de *Muerte con vistas*.

La referencia a su libro pilló a Hamilton desprevenido.

—¿Qué sucede con *Muerte con vistas*? —preguntó, suspicaz.

—Es un libro que usted escribió.

—Sí.

—No lo he leído, pero su título me intriga. ¿De qué va?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Cuanto antes conteste a mis preguntas antes acabaremos. ¿De qué va?

—Está usted loco, ¿sabe?

—¿Por qué no me responde?

—Me secuestra el día en que las tropas entran en la ciudad y me pregunta por mi libro. Está usted loco.

—Bien, ya sabemos qué opina de mí, lo ha dicho muchas veces. ¿Me dirá de qué va su libro?

Hamilton suspiró con la exasperación con la que se trata a un niño pequeño. Cerca de él, Huda y Fátima tomaron asiento junto a Nabil. Se acomodaron en el suelo con las piernas cruzadas, y su aspecto era el de cualquier otro niño de su edad. Su mirada, penetrante, infantil, inteligente, plena de vida, se clavaba en Rashid, aunque de vez en cuando giraban la cabeza para observar al periodista americano. El doctor sintió que el sudor se le congelaba en la espalda.

—Es una selección de artículos. Los publiqué como una serie en una revista que ya no existe, *Wake Up*. Fue mi primer trabajo como periodista.

—¿Y de qué hablaba en esos artículos?

—Es un recorrido por varias azoteas de edificios en Chicago, algunos emblemáticos, otros muy altos, en algunos casos anodinos. Lo que tenían en común es que alguien había subido hasta allí arriba y había saltado al vacío. De ahí lo de *Muerte con vistas*.

—¿Cómo se le ocurrió un tema como ese?

Rashid se esforzaba en mantener firme la voz. Fátima, medias blancas manchadas de sangre, probablemente aburrida por la conversación de los mayores, había sacado una muñeca y jugaba a peinarla. La muñeca tenía medio rostro quemado y le faltaba un ojo. Nabil observaba con curiosidad a Fátima. Huda, en cambio, no desviaba la mirada de Rashid, su larga melena cuidadosamente acicalada le caía por encima de los hombros.

—La muerte siempre me ha interesado, solía escribir sobre ella —dijo Hamilton

—. Una vez fui a un cementerio, estaba haciendo un reportaje sobre los camposantos más peculiares de Chicago, y me encontré con un funeral: una mujer, madre de dos chiquillos, había saltado desde lo alto de un edificio de diez plantas. Me pregunté qué puede llevar a alguien a hacer algo tan terrible y al mismo tiempo tan valiente. Así se me ocurrió el tema.

—Y después, ¿cómo logró averiguar lo que sucedió en esas azoteas? Al fin y al cabo los protagonistas estaban muertos.

—Entrevisté a los porteros, busqué a familiares, leí las crónicas que publicó la prensa... Hay diferentes métodos. Se llama periodismo.

—Es usted un periodista peculiar. En Bagdad no le interesa la guerra y busca a niños. En Chicago, no le interesan los niños y busca la muerte.

—He escrito sobre muchas cosas —dijo el periodista, a la defensiva—. Una vez me pagaron muy bien por unos artículos sobre los canarios enjaulados en Chicago y los concursos de esta especie de aves.

—Ya. Y también le gusta escribir sobre sexo y violencia, tengo entendido.

—¿Perdón?

—Su novela, *Conjurados*. Tampoco la he leído, pero creo que va de sexo y violencia, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—Contésteme, por favor.

—No sé si está preparado para mi respuesta —musitó Hamilton, irónico y siempre desafiante.

—Le escucho.

—*Conjurados* trata sobre un hombre joven que se enamora de una mujer, Linda, en Nueva York. Ella es joven, guapa e inteligente y aficionada a las prácticas sexuales sadomasoquistas. Él no lo había probado nunca antes, y le gusta. La novela es una descripción de su difícil relación, con idas y venidas, una reflexión sobre el compromiso y los límites borrosos entre el sexo y el amor. También es, no le voy a engañar, una recopilación de explícitas relaciones sexuales sadomasoquistas. ¿Quiere que le describa lo que le hace Linda al protagonista?

—No es necesario.

—¿Por qué? ¿Acaso le he escandalizado? ¿O es que a los hombres árabes estas cosas no se las hacen?

Nada se sentó junto a Rashid en el suelo de la celda. Tenía diecisiete años, y llevaba el mismo vestido que la noche de su compromiso en el jardín de la casa de su padre en Amiriya. La luz de las velas dibujaba sombras trémulas en el techo del calabozo. Rashid sabía que Nada dibujaba con su dedo índice constelaciones en forma de corazón y que, al nombrarlas, las convertía en nuevas estrellas del firmamento.

—Déjelo estar, Hamilton —susurró Rashid.

—¿No le han azotado nunca en la cama, inspector?

—No puede evitarlo, ¿verdad?

—¿El qué?

—La arrogancia, la prepotencia con la que los americanos y su propio país suele proceder. Incluso cuando está siendo interrogado por asesinato no puede evitar tratar con arrogancia a su interrogador.

Rashid encendió un cigarrillo de un paquete que le había dejado Jaled. Las manos le temblaban. Pese a lo pequeño de la celda, Adnan, en pantalones cortos, jugaba al fútbol con el balón que el doctor le había comprado en el bazar de Kawit. Tahani, mayor que Adnan, leía en una esquina de la celda, y Zeynab jugaba con el camión de bomberos rojo de Nabil. Ese balón de Adnan, recordó Rashid, lo había comprado la mañana en que su colega Abdul Futuh había aparecido con un tiro en la sien en una cuneta de Basora.

—¿Es de eso de lo que se trata? —dijo Hamilton—. ¿Va a vengarse en mí por lo que hace mi país? ¿Me va a hacer pagar a mí esta guerra?

—Yo no busco venganza, sino justicia.

—¿Justicia?

—Así es.

—¿Las niñas muertas?

—Huda Lufti. Dígame qué sabe de ella.

—*Fuck you.*

—Dígame qué sabe de Huda Lufti.

—Es una de las niñas cuya dirección me dieron en el asilo Al Amal.

—¿Cómo fue a parar a ese asilo?

—Fue una casualidad. Podía haber empezado el trabajo por cualquier otra parte de Bagdad, pero Alí conocía el centro y me sugirió que lo visitara.

—¿Qué buscaba allí?

—Quería reunirme con niños. Inicialmente mi idea era escribir sobre personajes ordinarios, describir cómo se enfrentaban a la guerra, cómo superaban las necesidades cotidianas durante el conflicto, pero entonces vi a aquellos niños y me di cuenta de que el reportaje tendría más peso si me centraba en menores, y aún más si tenían una discapacidad mental. La combinación de las dos ideas, la discapacidad y el conflicto, me pareció un planteamiento original. Así surgió la idea.

—Huda Lufti.

—¿Qué sucede con ella?

—Cuénteme qué hizo en su casa.

—Nos presentamos Alí y yo, le explicamos a su padre lo que queríamos hacer, negociamos el precio y ya está. Tomé las fotos y me fui.

—Fátima Halabi.

—Fue más difícil. Su padre se negó, así que tuvimos que ir cuando el hombre se había ausentado. Fue barato, vosotros los iraquíes decís que odiáis a los americanos, pero en cambio os gustan mucho los dólares.

—Nabil al Zarqa.

—¿Nabil?

—Sí.

—Un ejemplo perfecto de lo que le decía. Su padre nos decía que no, que bajo ningún concepto iba a permitir que fotografiásemos a su hijo, mientras alargaba la mano y contaba los billetes de diez dólares.

—¿Con qué envenenó a Nabil?

—¿Perdón?

—¿Con qué envenenó a Nabil?

—Yo no he matado a ninguno de esos niños, ¿cómo tengo que decírselo?

Al otro lado de los barrotes, en el pasillo, Ibrahim había instalado el pequeño teatro de marionetas de su abuelo. El dueño del café Nayma estaba cubierto de polvo de pies a cabeza y tenía una brecha roja en la frente. Con una amplia sonrisa y un cigarro colgando de su labio inferior representaba las aventuras de Antara ibn Shaddad. Fátima y Nabil habían abandonado los juguetes y seguían con atención la narración. Huda, sin embargo, no dejaba de mirar a Rashid. «Cuando me vio, fui a su encuentro / Él descubrió sus dientes, pero no era ninguna sonrisa / Lo perforé con mi lanza y lo arrojé a tierra / Y con un sable indio de acero puro lo destripé».

—Usted, Hamilton, es lo único que tienen en común los tres chiquillos y el asilo Al Amal.

—¡A mí qué me cuenta! Hay cinco millones de habitantes en esta ciudad. La directora y los trabajadores del asilo conocían a las dos niñas y a Nabil. También Alí. Interróguelos a ellos.

—¿Por qué iban a matar ellos a los niños?

—Ah, claro, son iraquíes... Los iraquíes son incapaces de matar, ¿no? Se lo vuelvo a preguntar: ¿a cuánta gente ha matado usted con sus propias manos, inspector?

—¿Reconoce esto? —preguntó Rashid, mostrándole el envase del carrete.

—¿A cuánta gente ha torturado en esta misma comisaría?

—Dígame si reconoce esto.

—Cuando salga de aquí seré yo quien le vea a usted encerrado en una celda como esta.

—Conteste a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Reconoce este objeto?

—Es un bote para guardar los negativos.

—Lo encontré en el lugar donde mataron a Nabil.

—¿Y?

—Hamilton, no sé si se da cuenta de que tiene un grave problema. Este envase estaba junto al cuerpo de Nabil, en el descampado que hay cerca de la casa de su familia. Prueba que un fotógrafo estuvo allí, envenenó al pobre niño y lo dejó para

que muriera lentamente durante toda la noche. Tengo testigos que le sitúan en las tres casas, tengo su propia confesión de que estuvo allí, tengo las fotos que tomó, tengo el envase del carrete. Tengo que le gusta escribir sobre la muerte y la violencia, tengo que desprecia a los árabes, que nos considera inferiores, tengo que se cree con impunidad para hacer lo que le plazca porque su país ha invadido mi país, porque su ejército ha derrocado a mi gobierno y ahora son usted y sus compatriotas, son los americanos, quienes creen que imponen la ley. Dígame, Hamilton, en su país, en la bella América, ¿también ha asesinado a sangre fría a niños inocentes?

—Basta ya.

—¿O solo mata a niños iraquíes?

—Váyase a la mierda.

Un marine del Ejército de Estados Unidos entró en la celda. Era muy corpulento, y Rashid creyó oír chirriar la puerta de la celda al abrirse. Como Ibrahim, estaba polvoriento, pero en su caso se trataba del polvo del desierto, el poso de la guerra. Su rostro, huesudo y anguloso, estaba pintado con unas oscuras franjas verdes. Era muy joven, de rasgos aniñados, imberbe. Llevaba un fusil, un chaleco antibalas, la mochila reglamentaria y no se había quitado el casco. Se llamaba John o Mike o Tom, y consultaba su reloj, grueso, moderno, lleno de esferas que marcaban la hora en un puñado de ciudades del mundo.

—No sé si es usted un loco asesino en serie de los que produce su sociedad o uno de esos americanos que odia a los árabes y solo aspira a matar iraquíes, como las tropas que nos han invadido. Pero usted no es un militar, no es un soldado, e imagino que necesitaba matar iraquíes, así que optó por los más débiles, igual que ese ejército que bombardea desde el aire sin correr ningún riesgo, igual de valiente. ¿Es por eso por lo que mató a Huda, Fátima y Nabil? ¿Porque sintió la necesidad de exportar la democracia a Irak?

—¡Yo no los maté!

—¿Por qué los mató?

—¡Yo no los maté!

—¿Por qué los mató?

—Esto es una pesadilla...

—¡Dígame por qué los mató!

—Váyase a la mierda.

—¿Encuentra satisfacción sexual en el asesinato de niños?

—Se lo vuelvo a decir: váyase a la mierda.

—¿Disfruta matando a niños?

—Yo no soy un asesino como usted.

—O todo es más sencillo, y solo se trataba de matar a iraquíes.

—¿De verdad cree que yo los he matado?

—Estoy convencido.

—Y si fuera así, ¿a quién le importa? En estos momentos, en plena guerra, ¿a

quién coño le importa quién mató a esos niños?

Fátima se levantó, se puso de puntillas y susurró al oído de Rashid: «Me estás acusando de una cosa que estaba escrita en mi destino antes de mi creación». Fue como si le golpeará en el pecho. Angustiado, falto de aire, Rashid se incorporó de improviso, recogió la Browning y subió las escaleras de dos en dos. Pasó por la sala de reuniones y no se detuvo hasta llegar a la calle. Allí, Rashid contó hasta diez para devolver su respiración a su ritmo habitual. No era una noche fresca, pero el contraste le hizo bien. Oyó disparos muy cerca de la comisaría; varios helicópteros sobrevolaban el Tigris. Los combates se habían recrudecido. Trató de encender un cigarrillo pero se le cayó el mechero al suelo. Al tercer intento lo logró. Sentía que el mal, un mal puro, intenso e inabarcable le rodeaba y le impregnaba la ropa, se le introducía en el cuerpo al respirar y se le pegaba a la piel como el humo de las zanjas de petróleo en llamas. Con el mismo cigarro encendió otro, y después un tercero. «¿Adónde va?», le preguntó la interna del asilo Al Amal que vestía camisa roja y falda negra y agitaba los brazos como si fueran aspas de un molino. «La vida entera de cualquier persona y la del cosmos en su conjunto se repetirán hasta en sus más pequeños detalles a lo largo de la eternidad», razonaba Nietzsche en voz muy baja, sentado en el bordillo de la acera. En la esquina de la calle, protegidos por la noche, Bible John bailaba con una de sus víctimas, ella recatada, él depredador, sonaba una melodía que tan solo ellos dos podían escuchar. La travesía por el Shatt al Arab ya ha terminado. «¿Qué harás después, cuando haya confesado que él es el asesino?».

El doctor lanzó la colilla al suelo y la pisó. Regresó sobre sus pasos y bajó las escaleras que conducían a los calabozos. Ibrahim había recogido el teatro de marionetas y lo esperaba con aspecto circunspecto en la puerta de la celda de Hamilton, al lado del marine que se llamaba John o Mike o Tom. Dentro, Huda, Fátima y Nabil se habían tumbado en el suelo. Parecía que dormían, pero Rashid sabía que aguardaban a Munkar y Nakir. Nada, ya nunca más una joven de diecisiete años enamorada, abrazaba a sus hijos. Gladys, siempre una estudiante en Edimburgo, estaba sentada junto a Hamilton, y una lágrima le resbalaba por la mejilla. Leía una nota que Rashid, meses después de la ruptura, le había escrito pero nunca llegó a entregarle. Terminaba con un *Good luck and good bye, my Lou*<sup>[2]</sup>. Abu Yehiya, de pie, fumaba un enorme puro.

—¿Qué quiere ahora? —dijo Hamilton, con prudencia. Su mirada estaba centrada en la Browning, que Rashid sostenía en su mano derecha.

—Es posible que ahora en Irak no haya Estado, que no haya gobierno ni jueces —susurró Rashid—, pero aún quedamos hombres justos. ¡Levántese!

—¿De qué habla? No puedo levantarme con estas esposas.

—Por la autoridad que me confiere la Justicia, y en mi condición de defensor de la ley y la justicia de Irak, le declaro culpable del asesinato de Huda Lufti, Fátima Halabi y Nabil al Zarqa.

—¿Qué dice?

El doctor tragó saliva.

—En aplicación de las leyes de Irak, y dadas las circunstancias excepcionales en las que se encuentra el país, en nombre de la justicia y del pueblo de Irak, yo le condeno a muerte.

—¿Qué hace? ¡Soy inocente!

«Un país sano es un país justo», susurró Abu Yehiya.

—En el nombre de Alá, el Compasivo, el Misericordioso. Alabado sea Alá, Señor del Universo. El Compasivo, el Misericordioso. Dueño del Día del Juicio. A Ti solo servimos y a Ti solo imploramos ayuda. Dirígenos por la vía recta. La vía de los que Tú has agraciado, no de los que han incurrido en la ira, ni de los extraviados.

## 9 de abril

*Adamiya. 19:00 h.*

Solía sucederle a menudo, sobre todo cuando dormía profundamente. Rashid tardó algunos minutos en reconocer los contornos extraños pero al mismo tiempo familiares del cuarto donde había pasado la noche, la habitación en la casa de sus padres que había ocupado durante su infancia y adolescencia. Como acostumbra a ocurrir cuando se regresa ya adulto a un lugar en el que se vivió de niño, a Rashid le había sorprendido lo pequeña y estrecha que era la habitación en comparación con la gran estancia que moraba en sus recuerdos. El cuarto permanecía igual que el último día que había dormido allí, diecisiete años atrás, la noche antes de contraer matrimonio con Nada. Su madre lo había mantenido tal y como él lo había dejado y, tras la muerte de ella, su padre probablemente ni siquiera lo había pisado. En los estantes Rashid encontró algunos de los libros que había leído en su adolescencia, y al hojearlos se reconoció y se recordó, lleno de sueños, planes y enamorado de sí mismo. Durante los días que le había hecho esperar el general Abu Yehiya, Rashid había aprovechado para pasear por Bagdad y reencontrarse con algunos de los rincones favoritos de su ciudad, y para ver a su padre a pesar de que el anciano médico había extraviado la razón y la memoria en algún recodo del camino tras el fallecimiento de su esposa. También había tenido tiempo para releer dos de las novelas de su juventud, que llevaba en el bolsillo de su chaqueta allí donde iba como si volviera a ser el anglófilo y consentido hijo de un acomodado médico de Bagdad: *El signo de los cuatro* y *Asesinato en Mesopotamia*.

La mañana del cuarto día Abu Yehiya aceptó recibirlo. En el cuarto de baño de la casa familiar, Rashid dedicó mucho tiempo a afeitarse y a recortar el bigote hasta que se convirtió en una perfecta línea oscura encima del labio. El espejo del lavabo ya no devolvía el reflejo de un joven orgulloso e impetuoso, sino el de un hombre de mediana edad que se encaminaba, creía, hacia la quintaesencia de la derrota. Rashid se reconocía más en los libros del estante de su habitación que ante el espejo. Pero entonces pensó en Nada y en sus hijos, y con unas tijeritas volvió repasar los pelillos del bigote, algunos de ellos ya canos. Después se vistió con el uniforme verde del Baaz impecablemente planchado por una de las asistentes de su padre y se dirigió en taxi a la sede del Ministerio de Defensa, donde el general Abu Yehiya tenía su despacho desde su traslado desde Basora cuatro años atrás, en 1991.

Los soldados de guardia se deshicieron en atenciones hacia el doctor en cuanto supieron con quién iba a reunirse. Un teniente le condujo hasta una antesala muy amplia que estaba en la segunda planta del edificio, un palacio en realidad. El teniente le indicó que se sentara en una silla de madera con incrustaciones de

madreperla y desapareció. En la antesala solo había una muchacha, la secretaria probablemente, vestida con uniforme militar, tocada con *hiyab* y con los labios pintados de un rojo muy intenso. La joven apenas lo miró cuando Rashid la saludó. El lujo se desbordaba por todas partes, solo esa sala de espera era más grande que su casa entera en Basora. El mayor cuadro de la sala representaba a un Sadam Husein de uniforme y con el pecho cubierto con las condecoraciones que había obtenido y se había autoconcedido a lo largo de su prolongada carrera, relucientes medallas doradas en su mayor parte. Un colorido tapiz, quizá de origen persa, en el que dominaban los tonos rojizos y que representaba escenas de caza ocupaba buena parte de la pared que estaba a la izquierda del escritorio de la secretaria.

Había transcurrido más de hora y media cuando Abu Yehiya llegó a la antesala. Caminaba ligero y sonriente con su uniforme caqui y las botas negras, sin gorra, con las mangas arremangadas y con tres botones de la camisa desabrochados.

—*Salam aleikum* —dijo a la secretaria, que le devolvió el saludo con una sonrisa encantadora.

Abu Yehiya había engordado desde la última vez que Rashid lo había visto en Basora. Continuaba siendo un hombre menudo, pero no escuálido, y su figura ya no recordaba a un junco resistente. El general se había convertido en uno de los hombres fuertes del régimen, en parte gracias a la represión de las revueltas chiíes en el extremo sur del país. Ya era un hombre rico, pero con el tiempo lo sería aún más, puesto que fue uno de los muchos iraquíes que se enriqueció con el programa de la ONU «Petróleo por alimentos».

—Te he traído un regalo —dijo Abu Yehiya a la muchacha. Y le entregó una hermosa rosa blanca, que la secretaria aceptó, ruborizada.

—*Salam aleikum* —repitió el general, esta vez mirando a Rashid y haciéndole un gesto para que le siguiera.

—*Aleikum al salam* —dijo el doctor.

Rashid siguió a Abu Yehiya y, una vez que este hubo cerrado la puerta tras de sí, el doctor se enderezó y se cuadró. Su interlocutor hizo un gesto vago que indicaba que debía dejarse de formalidades y se sentó en una gran butaca de cuero. El despacho era aún más grande que la antesala, y Rashid sintió que le faltaba vocabulario para describir la suntuosidad y pomposidad de la decoración. Entre los objetos que reposaban en el escritorio reconoció una foto enmarcada que mostraba a Abu Yehiya y Sadam Husein fumando un puro, sonrientes, compartiendo confidencias. Esa foto fue tomada durante una visita al frente de Basora del *rais*. En el momento en que el fotógrafo inmortalizó a los dos hombres, Rashid no se encontraba lejos.

—Siéntate, doctor —dijo el general señalando una de las dos sillas que estaban frente al escritorio. Desde el primer día que se conocieron, Abu Yehiya siempre había llamado doctor a Rashid—. ¿Cómo está tu adorable esposa?

Rashid había olvidado uno de los rasgos más peculiares de Abu Yehiya: su agudo

timbre de voz, aflautado, incongruente con aquel carácter fuerte, rudo y cruel.

—Muy bien, gracias.

—¿Y tus hijos? ¿Cómo están tus hijos?

—También muy bien.

—Ya deben de ser mayores. ¿Cuántos años tienen?

—Adnan tiene ya dieciséis, Tahani pronto cumplirá nueve y Zeynab, seis.

—¡Adnan tiene ya dieciséis años! Parece mentira cómo pasa el tiempo...

Los ojos grises, metálicos, de Abu Yehiya no transmitían la misma impostada cordialidad que sus palabras. Rashid recordaba muy bien la última vez en que él y Abu Yehiya habían compartido una estancia. Había sido en un calabozo de los servicios secretos de Basora, y Abu Yehiya en persona le había golpeado hasta que le sangraron los nudillos. El doctor no había olvidado la frialdad de los ojos del militar, que bajo la bombilla que colgaba del techo de la celda habían adoptado una tonalidad más allá del gris, acuosa, casi blanquecina, como la superficie de un río instantes antes de que se desate la tormenta.

—Adnan ya es un hombre, así es. ¿Cómo está su familia?

—Mi mujer abusa de la generosidad de su marido y mis hijos se aprovechan de la devoción que su padre siente por ellos. Nada ha cambiado en eso, tampoco —dijo el general, profiriendo una risotada que murió casi en el mismo momento en que surgió de sus gruesos labios.

Rashid esbozó una ligera sonrisa.

—¿Qué quieres, doctor, después de tantos años? —agregó el militar. La cordialidad ya había desaparecido de su voz—. ¿Por qué has venido a verme?

—Mi madre ha muerto. Mi padre está muy enfermo.

—Que Alá tenga misericordia de sus almas.

—Necesito regresar a Bagdad para cuidar de él. He venido a pedirle humildemente que use sus influencias para que mi traslado sea autorizado.

Abu Yehiya se reclinó en su butaca y chupó su puro con placer. Rashid sintió unos acuciantes deseos de fumar, pero prefirió mantenerse erguido en la silla. Por una ventana abierta a espaldas del general se oyó la llamada a la oración procedente de los altavoces de una mezquita. Al punto se sumaron otras mezquitas en una cacofonía hermosa.

—¿Por qué debería ayudarte a conseguir un traslado? —susurró Abu Yehiya. Su voz aguda alcanzaba tonos incluso más altos de los habituales.

—Porque...

—Déjame terminar. ¿Por qué debería autorizar el traslado de alguien que acusó falsamente de un horrendo crimen a colaboradores de mi máxima confianza? ¿De alguien en quien yo había depositado grandes esperanzas y que me traicionó? ¿De un ex jefe de investigación criminal que creyó tener entre manos un caso muy delicado y, en lugar de acudir a mí, su amigo, su mentor, en busca de consejo, me ocultó lo que sucedía hasta que ya fue demasiado tarde? ¿Cómo puedo confiar en una persona así,

que me obligó a tomar medidas desagradables que podrían haberse evitado con una simple reunión?

Rashid tragó saliva. Pensó en Abdul Futuh, torturado y asesinado. Pensó en Fuad, de cuya suerte y paradero no tenía noticia. Pensó en las decenas y decenas de soldados que había visto morir en los hospitales de campaña y que podrían haber salvado la vida si hubieran contado con las medicinas adecuadas. Rashid pensó en ellos y sintió un fuerte impulso de abandonar aquel despacho, coger el coche y emprender el largo y agotador camino de regreso a Basora. Pero entonces se obligó a tener presente a su padre, su mirada extraviada, un reguero de saliva en la barbilla, y a Adnan, que pronto tendría que ir a la universidad, y a Tahani y Zeynab, que en un corto espacio de tiempo ya tendrían que ponerse el chador para pisar la calle de Basora, como hacía Nada.

—Cuéntame, doctor, por qué motivo que se me escapa debería permitir el trasladado del último policía de la última comisaría del último barrio de Basora, hijo de uno de esos intelectuales parásitos de Bagdad, un intelectual él mismo, que llegó a mi casa, ¡a mi casa!, y pretendió darme lecciones de justicia, de política, de cómo ser un policía. ¡A mí!

Abu Yehiya lograba que la palabra *intelectual* sonara como un horrible estigma. Rashid se obligó a contar hasta diez. En el calabozo de Basora, el doctor no había necesitado confesar nada. Antes de morir, Abdul Futuh ya había dado a Abu Yehiya y sus torturadores lo que necesitaban: los contactos, los testigos, los delatores, los implicados. Esa sesión en el calabozo fue solo un castigo, la venganza de Abu Yehiya contra él. Trece años después, constató Rashid, la ira del general continuaba tan candente como el primer día. No se trataba tanto de que Rashid y sus hombres hubieran descubierto la trama del robo de fármacos, sino del mismo hecho de que se hubieran atrevido a investigarla. «Dime que te equivocaste», le ordenó en ese calabozo Abu Yehiya. «Dime que te arrepientes de haberlo hecho, que nunca volverás a hacer nada parecido». Y bajo los golpes del militar Rashid dijo muchas cosas y corroboró otras, y bajo el dolor que nubla y anega los mejores propósitos no fue capaz de encontrar palabras que salvaran a colaboradores, contactos, testigos y delatores que de todas formas no tenían salvación porque no se apellidaban Al Said y porque sus padres no habían curado a Sadam en la cárcel de alguna inoportuna dolencia. «Dime que te arrepientes, pídemme perdón por menospreciarme, por pensar que eres más listo que yo, por mirarme por encima del hombro. Pídemme perdón y todo volverá a la normalidad, tú regresarás a tu trabajo y yo invitaré a tu hijo a jugar con los míos». Pero en aquella larga tarde Rashid jamás admitió que había cometido un error al investigar hasta el final un delito del que había tenido conocimiento. Una sociedad sana es una sociedad justa.

—No veo por qué debería interceder por alguien que nunca me ha mostrado el respeto que creo que me merezco —concluyó su discurso Abu Yehiya, levantándose de su butaca de cuero en un gesto con el que pretendía dar por terminada la audiencia.

Pero para Rashid la reunión no había concluido. Digno, se incorporó con lentitud y con idéntica parsimonia rodeó la mesa que lo separaba del general. Inconscientemente, Abu Yehiya dio un paso atrás, pero eso no evitó que Rashid se le acercara hasta que sus cabezas casi se rozaron. El doctor era más alto que el general, y en los segundos en que estuvieron en esa posición parecían dos hermanos a punto de abrazarse. Con premeditación, Rashid acercó sus labios al oído de su enemigo y susurró unas palabras. Después, lo besó tres veces en las mejillas y acto seguido se dispuso a abandonar el despacho.

«Volvemos a Bagdad», se limitó a decirle a Nada al llegar a casa. Y se sintió derrotado, vacío e indigno, y entonces creyó que no había mayor traición al joven que había regresado lleno de sueños de Edimburgo que aquellos tres besos en la mejilla del general Abu Yehiya. Pero estaba equivocado, errar parecía el único hilo conductor de su vida, porque sí había una traición mayor que esa, y una derrota más grave, y una rendición más dolorosa, aparatosa e irreversible.

Anochece sobre el Bagdad ocupado, ocho años después de su rendición ante Abu Yehiya, el mismo Abu Yehiya que había abandonado la ciudad con su familia y sus riquezas antes de que fuera demasiado tarde para él.

Con los brazos cruzados sobre el escritorio de su estudio, Rashid solo precisaba del tenue haz de luz de una vela a medio consumir para contemplar unas fotografías que había esparcido encima de la mesa. La ligera corriente de aire que entraba por la ventana del estudio hacía jugar caprichosamente la llama y lanzaba sombras y luces contra el techo y las cuatro paredes de la habitación. Rashid no miraba hacia la penumbra que reinaba más allá de la vela, sino que permanecía concentrado y absorto en las fotos, ajeno a lo que sucedía a su alrededor, ignorante de la escasa luz que regía su vida, al margen del aire que se colaba por la ventana. Y entonces llamaron a la puerta. Eran golpes vigorosos, proferidos con la palma de la mano abierta. Ruidosos.

En una esquina del escritorio reposaba una resma de folios en blanco con un bolígrafo negro encima. Eran las hojas sobrantes del último paquete que había comprado para hacer las fichas de su trabajo sobre Nietzsche. A su derecha descansaba un bote de spray verde y, junto a él, la Browning. Rashid había adquirido el arma muchos años atrás a un traficante clandestino, un conocido confidente de Basora que llevaba el negocio con cierto consentimiento de las autoridades. Nunca había tenido necesidad de usarla, pero ahora la pistola lo miraba con una sensación de vacío interior, con una bala menos en el cargador. El spray se lo había quitado a un niño en la misma puerta de su casa. Rashid no lo conocía, iba descalzo, vestía una túnica azul que le llegaba hasta los tobillos y llevaba un gorrito de ganchillo de hilo blanco. Rashid lo había sorprendido completando la pintada de su puerta. *Kafir, sanaktuluka*. Te mataremos, infiel. Por un momento, el niño, que no debía de tener más de diez años, y el doctor se habían estudiado, sin saber qué hacer. De repente, el chiquillo había echado a correr sin dar tiempo a Rashid a reaccionar. Tras de sí dejó la pintada recién hecha y el spray verde. *Kafir, sanaktuluka*. Rashid agradeció que

Nada estuviera lejos de allí.

A su espalda, sus libros descansaban en los estantes de la biblioteca. Allí estaban *El ocaso de los ídolos*, *El origen de la tragedia o Helenismo y pesimismo*, *Ditirambos de Dionisio*, *El Anticristo*, *Así habló Zaratustra*, las cuatro *Consideraciones Intempestivas*, *Sobre verdad y mentira*. Y también el grueso volumen azul de la biografía filosófica escrita por Julian Young, y el *Friedrich Nietzsche* de Curt Paul Janz, que tan trabajosamente había leído en francés, y el *Nietzsche in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten* de Ivo Frenzel, que había comprado en Edimburgo y en el que Gladys había garabateado unas pocas palabras de amor y una fecha ya remota, «para que cuando lo veas te acuerdes de mí». Si cerraba los ojos, Rashid podía situar prácticamente sin error todos los libros en los estantes. Pero el doctor no quería cerrar los ojos. Era más cómodo permanecer encima de la silla giratoria, con los codos apoyados en el escritorio, viendo las fotografías una a una, saboreando el tono magenta de las más antiguas, el blanco y negro de otras, o el color de las más recientes, deteniéndose algunos segundos en una u otra. Atrapado en el papel, esas imágenes remitían a un pasado truncado que ya no estaba vinculado al presente, que había terminado en sí mismo.

Miró distraídamente hacia la ventana y comprobó que el crepúsculo irradiaba una luz áurea sobre Bagdad. Desde la calle llegaba hasta el despacho el ruido de las armas automáticas, pero esta vez el estruendo no era consecuencia de los combates, sino de la alegría de la gente que celebraba la caída de Sadam Husein. Los golpes en la puerta volvieron a sonar, pero Rashid ni siquiera giró la cabeza. Eligió al azar ocho fotografías, las extendió sobre el escritorio y se dedicó a dejar que su vista fuese de la una a la otra, tratando de no pasar por alto ningún detalle pese a que en algunos casos ya habían adoptado ese tono característico de las fotos que soportan mal el paso del tiempo. En un gesto improvisado, agrupó las fotos y las extendió de nuevo, como si estuviera disponiendo naipes. Trató de relacionar las cartas entre sí pero no consiguió establecer dependencias. Se limitó a crear escaleras y cuando todas estuvieron sobre el escritorio se propuso interpretar su significado oculto, el sentido mismo de la existencia. Fracaso.

Lulú se contrajo en sus pies, maulló y se frotó el lomo contra el pantalón. «Cuida de Lulú», le había pedido Zeynab, y él le había prometido que así lo haría, pero desde que había regresado a casa él ni siquiera se había acordado de servirle un platito de leche. Y en esos momentos alguien seguía aporreando la puerta con la palma de su mano, con una intensidad que le transmitía que no tenía intención de irse, y Rashid temía que si se movía por la casa de alguna forma la inoportuna visita lo oiría y nunca se marcharía. Así que sorbió un poco de té, estaba frío, y se preguntó cuánto tiempo llevaba allí sentado observando aquellas fotografías. Pero dedicó pocos esfuerzos a pensar en ello, ya que pronto su atención se concentró en el reverso de las fotos. Empezó a disponer las fotografías boca abajo y entonces se dio cuenta de que en cada una de ellas alguien había escrito unos números. Un examen más detenido reveló que

eran fechas; cada foto tenía escrita la fecha correspondiente. Durante unos segundos sintió curiosidad, pero el interés desapareció al percatarse de que aquello no era más que un sistema de clasificación, anodino y sin ningún significado profundo. Y volvió a agrupar las imágenes. Y las barajó de nuevo. Y las extendió otra vez encima de la mesa. Y maldijo a quien fuera que estuviera golpeando la puerta con la palma de la mano y gritando su nombre.

«Lo siento. Me equivoqué», había susurrado Rashid al oído del general Abu Yehiya en su despacho del Ministerio de Defensa en Bagdad una mañana de 1995.

### *Comisaría de Karrada. 09:00 h.*

«Me estás acusando de una cosa que estaba escrita en mi destino antes de mi creación». Una sensación cálida de bienestar embargaba a Rashid y le arrullaba en su sueño. Los ángeles Munkar y Nakir se habían presentado ante él en la sala de reuniones, pero no sintió ningún temor. Confiaba en sí mismo, y sabía la respuesta a sus preguntas. Mi Dios es Alá. Mi profeta es Mahoma. Mi religión es el islam. Pero Munkar y Nakir no habían cumplido con su obligación, no le habían formulado las tres preguntas, se habían sentado en cuclillas junto a él y le habían hablado sin voz, con palabras no articuladas que solo Rashid podía escuchar. «Me estás acusando de una cosa que estaba escrita en mi destino antes de mi creación». Y Rashid asintió, y les dijo que él en su niñez había memorizado ese hadiz de Al Bujari atribuido a Mahoma sobre la discusión entre Moisés y Adán acerca de la expulsión del Paraíso. Yo, les dijo Rashid a Munkar y Nakir, no sé si estoy de acuerdo con Moisés cuando culpa a Adán de la expulsión del Paraíso. ¿Podía haber actuado de forma diferente Adán? ¿Puedes negarte a seguir el camino marcado en el muro en el que está escrita la existencia antes de llegar a ser? Pero los ángeles nunca le respondieron, se limitaron a mirarlo, hieráticos, y entonces alguien golpeó con fuerza la puerta, y gritó su nombre, y poco a poco, a regañadientes, Rashid fue emergiendo del profundo sueño que, después de varios días de insomnio, su cuerpo y su mente le habían permitido. Y cuando finalmente se incorporó y se sentó, con los huesos doloridos y fríos por haber permanecido varias horas tumbado en el suelo de la sala de reuniones con la chaqueta arrugada a modo de almohada como única comodidad, durante unos hermosos y fugaces instantes el doctor no recordó nada, como solía, no sabía dónde se encontraba, ni qué había sucedido, ni qué había hecho. Durante esos hermosos y fugaces instantes Rashid pensó que debía darse prisa en lavarse, porque Nada y los niños ya estarían en la mesa, esperándole para desayunar. Pero entonces regresaron los golpes, y los gritos, y Rashid reconoció a Jaled que le llamaba desde la puerta de entrada, asegurada por el candado y la cadena. El doctor se levantó, y de camino a la puerta golpeó involuntariamente con el pie la Browning, que se deslizó hasta el otro

extremo de la sala de reuniones.

Jaled estaba muy alterado. Se frotaba las manos y daba vueltas sobre sí mismo, nervioso, mientras aguardaba a que Rashid abriera la puerta.

—Tengo que explicarte algo —dijo aún desde la calle, incapaz de esperar a que el doctor acabara de franquearle el paso—. Es muy importante.

La escasa claridad que entraba del exterior dañó las pupilas aún soñolientas de Rashid. El doctor se protegió de la luz con el brazo. Tomó conciencia de que tenía un aspecto lamentable. Su camisa estaba arrugada y sucia. Los faldones le colgaban por encima del pantalón. Varias salpicaduras rojas manchaban la pechera. Se acarició el rostro y en sus mejillas notó la aspereza de la barba. La luz le lastimaba, y las manos le temblaban.

—¿Estás bien? —preguntó Jaled.

El asistente vestía ropas limpias y olía a loción de afeitado. Como un niño sorprendido en falta, Rashid se alisó la camisa y se peinó con los dedos. Sintió una necesidad imperiosa de orinar, de afeitarse y de darse un baño que durara horas. Jaled observaba al doctor con aspecto alarmado. Rashid sintió que podía ver las sospechas formándose dentro del cerebro de Jaled, las conjeturas sobre el silencio que reinaba en la comisaría, las teorías sobre el origen de las salpicaduras de sangre en la pechera del doctor.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el asistente.

Rashid sintió que la opresión regresaba a su pecho. El interrogatorio. El juicio. El veredicto. Quería explicarle a Jaled que John Hamilton era culpable, que él era el asesino de Huda, Fátima y Nabil, que no había confesado pero que era como si lo hubiera hecho. «¿A quién le importa quién mató a esos niños?». Rashid buscaba las palabras adecuadas para informar a Jaled de que Hamilton era un tipo inestable, voluble, incapaz de sentir dolor por el prójimo, sujeto a repentinas subidas y bajadas de temperamento. Quería explicarle que Hamilton era un racista que odiaba a los árabes y que había elegido a Huda, Fátima y Nabil para continuar por otros medios la guerra desatada por su país contra Irak. Buscaba la forma de hacérselo entender, mientras sus ojos recorrían la comisaría en busca del teatro de marionetas de Ibrahim, mientras alargaba la cabeza para escuchar lo que Nietzsche tenía que decirle a Schopenhauer sobre el ascetismo. Pero desvanecida la noche, los espectros se habían retirado a los sueños de Rashid, y lo único que quedaba en la comisaría era esa luminosidad criminal de Bagdad y las salpicaduras de sangre en la pechera de su camisa.

—Hamilton —susurró Rashid. Y calló, ya que en realidad no había mucho más que decir.

—¿Dónde está Hamilton? —preguntó Jaled.

El doctor se frotó los ojos vigorosamente.

—Era culpable —añadió, y señaló con el mentón hacia los calabozos.

El asistente del comisario Yalal salió corriendo hacia la celda. Rashid aprovechó

para recuperar parte de la compostura. Orinó, se refrescó, se aseó, se mojó el pelo y se lavó la cara con agua embotellada. Golpeó la camisa para alisarla; guardó la Browning en la sobaquera y, a pesar del calor de la mañana que empezaba a sentirse en el interior de la comisaría, se puso la chaqueta, aunque arrugada y sucia de polvo, para ocultar en la medida de lo posible las salpicaduras de sangre. Jaled se tomó bastante tiempo antes de regresar a la sala de reuniones, así que Rashid puso encender un cigarrillo y estirar las piernas. Desde la ventana de la estancia que solía ser el despacho del comisario Yalal echó un vistazo al exterior. No se veía a nadie en la calle, al menos en el tramo visible desde la ventana. En cambio, sí podía oír el ruido de varios helicópteros cerca. Rashid se asomó y estiró el cuello, pero fue en vano. Dedujo que debían de sobrevolar el Tigris.

—Era culpable —dijo cuando, a sus espaldas, oyó llegar a Jaled—. Era necesario hacer justicia e impedir que cometiera más asesinatos. Como muy bien dijiste, en esta situación por la que atravesamos no hay jueces a los que acudir. Y con los americanos ocupando la ciudad es muy probable que...

—¿Confesó?

Rashid se giró. El asistente se había sentado en la silla plegable y lloraba. Sus facciones se contraían en espasmos que le daban el aspecto de un niño grande.

—Todas las pruebas lo señalaban. Era culpable, Jaled. Sin ninguna duda.

—Necesito saber si confesó, Rashid. Necesito saber que no hemos ajusticiado a un inocente.

Al asistente le costaba un gran esfuerzo hablar, el llanto y el hipo se lo impedían. Rashid le acercó la botella de agua, pero lo único que logró Jaled fue derramársela por encima.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué dices que Hamilton era inocente?

Rashid sintió que una mezcla de ira y miedo se apoderaba de su estómago. Inocente. Hamilton no podía ser inocente. Plantearse la inocencia del periodista como una opción válida después de que la justicia ya hubiera sido administrada era cuestionar la cordura del doctor, la profesionalidad de su investigación, lo acertado de sus conclusiones. Había pruebas. Había testigos. El asesino no podía ser otro que Hamilton.

—Tú has seguido paso a paso esta investigación —murmuró Rashid—. Sabes que Hamilton es el asesino.

—Solo quiero saber si confesó haber matado a los niños.

—¿Por qué es tan importante saber si confesó?

—¿Lo hizo?

—¡Dime ya por qué estás tan alterado!

—¡Porque esta noche han matado a cuatro internos y a las dos trabajadoras del asilo Al Amal mientras Hamilton estaba aquí contigo!

A Rashid no le hubiera dolido más un disparo en el pecho. Noqueado, se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas y el rostro entre las manos. Jaled se levantó de la

silla. Atravesó la estancia a grandes zancadas, moviendo la cabeza de un lado a otro, y murmurando palabras inconexas que el doctor no entendía. Minutos después volvió a tomar asiento junto a Rashid. Los dos miraban a un punto indefinido de la sala.

—Esta mañana me he pasado por el asilo a llevar agua y un generador. Esta vez he ido solo, ya que no quería que mi mujer y los niños circularan por la ciudad.

Jaled encontró el primer indicio de que algo no iba como era debido en la misma entrada a la casona. La puerta estaba abierta de par en par, y sin duda aquello era muy irregular, ya que los internos no podían salir solos a la calle. A los pies de una de las canastas del patio encontró el primer cadáver. Era una interna, la mujer de la camisa roja y la falda negra que agitaba los brazos como si fueran aspas de un molino. Le habían disparado por la espalda desde una distancia cercana. La puerta de acceso a las dependencias estaba a unos tres metros, así que Jaled calculó que el asesino había abierto fuego desde allí.

El asistente dejó en el suelo las botellas de agua que cargaba y extrajo su pistola. Con movimientos muy lentos, entró en el asilo. El suelo y la pared estaban manchados de sangre. Había muchas huellas rojas, de pies descalzos pero también de zapatos. Lo único que se oía era un extraño zumbido. Jaled siguió las huellas, que lo llevaron a una de las habitaciones comunes que él y el doctor habían visitado unos días atrás. Era la estancia decorada con un gran dibujo de uno de los sobrinos del Pato Donald tocando la guitarra. Tumbados entre las camas de gruesos barrotes, Jaled encontró otros tres cadáveres. Uno de ellos era el niño que se golpeaba la cabeza contra la pared. Otro era el de la mujer vestida con una blusa azul y un pantalón de pijama color rosa a quien Rashid le había regalado la muñeca de Fátima Halabi. El tercer cadáver era el del niño de entre ocho y nueve años con quien Jaled había jugado con un coche de juguete. El zumbido que había oído desde que entró en la casona era el de las decenas de moscas que sobrevolaban los cuerpos. Ahuyentó los insectos como pudo y ocultó los cadáveres con varias de las mantas que cubrían las camas.

Jaled recorrió el resto del asilo, y aún encontró dos cuerpos más, el de las ayudantes de la directora Al Zahhar. Del resto de internos y de la propia directora no halló rastro. En la habitación del sobrino del Pato Donald, se sentó en una de las camas, abrumado. Intentó encender un cigarrillo, pero las manos le temblaban demasiado. Una náusea espesa se apoderó de él. Tenía la boca pastosa y la cabeza le daba vueltas. Intentó ver la situación desde un punto de vista profesional. La casona estaba llena de pruebas forenses. Las huellas más grandes que manchaban el suelo pertenecían al asesino, de eso Jaled estaba seguro, ya que los niños iban descalzos y la directora y las trabajadoras llevaban sandalias. Dedujo que el autor de la masacre no se había tomado la molestia de ocultar el rastro que pudiera llevar hasta él.

Se fijó en que varias huellas de pies desnudos manchados de sangre terminaban en el dibujo del sobrino del Pato Donald. Intrigado, Jaled se acercó a él. No tardó en descubrir que el dibujo no se había pintado encima de la pared, sino sobre una puerta

que, de esta forma, quedaba oculta. No le costó demasiado abrirla. Tras ella, encontró unas pronunciadas escaleras, muy oscuras. Iluminado por su mechero y blandiendo el arma, las bajó muy despacio. A mitad de la escalera escuchó las respiraciones, y supo lo que encontraría al final del camino: un sótano estrecho, lleno de polvo, cables, insectos y telarañas, el refugio donde se habían escondido el resto de internos y la directora Al Zahhar.

Le debían la vida a la falta de electricidad. En medio del caos, los gritos y los disparos, Al Zahhar había guiado hasta el sótano a tantos internos como había podido. El asesino no conocía los vericuetos del asilo, así que no supo encontrar el lugar donde se habían escondido. En estado de *shock*, Al Zahhar describió a Jaled las horas de angustia y pánico, la dificultad de hacer entender a los internos que no debían hacer ruido, que cualquier sonido podía delatarlos. Desde su escondite, escucharon al asesino pasear por el asilo, el crujido del suelo bajo sus pies, los disparos, los gritos. Y el *flash*.

—¿El *flash*? —preguntó Rashid, su voz irreconocible para sí mismo.

—Fue Alí al Itabi, Rashid, el chófer y traductor de Hamilton. La directora lo reconoció. Al Zahhar me contó que entró con un fusil y una cámara de fotos colgada del cuello, e iba tomando fotos a medida que disparaba. El *flash*, me explicó, aterrorizaba a los internos, era como un estallido de muerte en medio de la oscuridad, pero fue esa luz la que permitió a la directora identificar a Alí.

—Alí —murmuró Rashid. «Ah, claro, son iraquíes... Los iraquíes son incapaces de matar, ¿no?», había dicho, sarcástico, Hamilton.

—Él y Hamilton eran inseparables —musitó Jaled—. Allí donde iba uno estaba el otro. Lo sabíamos, incluso lo habíamos comentado, pero nunca nos planteamos que él pudiera ser el asesino, pese a que sabía lo mismo que Hamilton, pese a que también había estado en el asilo y en las casas de los niños muertos, pese a que es iraquí y, por tanto, conoce Bagdad y Hamilton, no.

—Alí —repitió Rashid. «Se lo vuelvo a preguntar: ¿a cuánta gente ha matado usted con sus propias manos, inspector?».

—He ido a buscar al imán de la mezquita más cercana al asilo para que se hiciera cargo de la situación y he venido tan pronto como he podido —continuó hablando Jaled, muy rápido, como si tuviera prisa en acabar lo que quería decir antes de que el llanto se lo impidiera—. Pero Hamilton ya está muerto. Él no estuvo ayer en el asilo, Rashid, no estuvo porque estaba aquí, contigo. Y ahora está muerto.

El doctor extrajo la Browning de la sobaquera. La sopesó. Sabía que no era posible, pero la notó más ligera en su mano. Una bala apenas pesa unos gramos. Pero, en cambio, es más que suficiente para abrir una falla entre el pasado y el futuro.

—¿Confesó?

Rashid seguía sin despegar los labios.

—Necesito saberlo, Rashid, necesito saber si Alí y Hamilton mataron juntos a Huda, Fátima y Nabil o si, por el contrario, nos hemos equivocado y hemos

ajusticiado a un inocente mientras el culpable cometía una masacre en el asilo.

Rashid cerró los ojos, pero sintió una intensa sensación de mareo que le obligó a volver a abrirlos. Rashid comprendía y compartía la angustia de Jaled. Necesitaba la respuesta que solo el doctor podía darle, la certeza que le permitiría seguir con su vida tal y como había sido hasta aquella mañana, la llave con la que podría cerrar para siempre la puerta del calabozo y dejar al otro lado los fantasmas del asilo Al Amal. Lo que Jaled quería, lo que Jaled imploraba, era que Rashid le permitiera seguir siendo él mismo, que le dejara seguir despertándose en mitad de la noche para comprobar si los mellizos dormían, para besar en la frente a su esposa, para beber agua, para abrir la ventana y ventilar la casa con un poco de aire fresco. Jaled necesitaba que Rashid encerrara el espectro de Hamilton allí donde nunca pudiera escapar y acecharlo cuando cerrara los ojos, allí donde solo habitan Hamilton y el propio Rashid.

—Lo confesó —mintió el doctor—. Y dio detalles de cómo mató a los niños que solo podía saber el asesino.

—¿Y no te habló de Alí? —preguntó Jaled, ansioso.

—No. Supongo que quiso protegerlo hasta el final.

—Alá tenga misericordia de su alma maldita —masculló el asistente.

«¿De verdad cree que yo los he matado?», había preguntado Hamilton.

—Estoy convencido —respondió Rashid al reportero.

—Y si fuera, así, ¿a quién le importa?

*Sadam City. 13:00 h.*

—¡Bush good! ¡Bush good!

En la glorieta de acceso a Sadam City, Jaled tuvo que frenar con brusquedad el Peugeot tras darse bruces con una multitud vociferante y eufórica. En el Ministerio de Comercio, una gran fotografía de Sadam Husein estaba siendo destruida por decenas de jóvenes. Del interior del edificio surgía a su vez una riada de gente, sobre todo hombres, cargados con material de oficina, ventiladores, aparatos de aire acondicionado, faxes, teléfonos y, en general, cualquier objeto que pudiera ser transportado. Fuera, mujeres y niños, familias enteras, les ayudaban a cargar el botín en picops. Los ojos de Rashid se detuvieron en un hombre que transportaba a pulso un gran mueble; le llevó algún tiempo caer en la cuenta de que se trataba de una fotocopiadora. Otro hombre aseguraba en la baca de un Citroën varios electrodomésticos, incluida una nevera blanca y enorme. Rashid dio una calada profunda al cigarrillo. En otra fotografía de Sadam alguien había pintado, con espray verde, «Ya Alí», en referencia al imán sagrado para los chiíes. Sadam City celebraba en las calles la caída del régimen y miles de personas se dedicaban al pillaje y al

saqueo por toda la ciudad. Como muchos otros edificios oficiales, la sede del Ministerio de Comercio estaba en llamas y expulsaba una negra columna de humo hacia el cielo de Bagdad.

La caída del régimen de Sadam Husein era ya un hecho. Los americanos controlaban ambas orillas del Tigris. Ahora se dirigían hacia el centro sin encontrar más resistencia que algunos francotiradores que eran abatidos rápidamente. En los puentes, los tanques Abrams separaban los dos sectores de la ciudad. En algunos lugares de la orilla oriental los comerciantes se habían agrupado en grupos armados para proteger sus comercios de la avidez de los saqueadores y de la anarquía que se expandía como una enfermedad. Los marines habían llegado por el este y a menudo se escuchaban fuertes explosiones y el zumbido de los cazas y los helicópteros que sobrevolaban la capital. Desde los tanques y blindados se indicaba a la población que se mantuviera alejada de los vehículos y en algunos casos los soldados disparaban al aire para alejar a grupitos de iraquíes, sobre todo niños, que se acercaban demasiado.

Con gran esfuerzo, Jaled y Rashid habían cargado el cadáver de Hamilton hasta el maletero del coche, envuelto en una manta que el asistente solía llevar para organizar improvisados *picnics* con su familia. Con precaución, tratando de evitar la cada vez más frecuente presencia de vehículos militares americanos, habían circulado por diferentes barrios de la ciudad. Allí por donde iban se repetían las escenas: jóvenes con aspecto peligroso, embozados con kufiyas, rompían los cristales de escaparates y lideraban el pillaje de comercios y edificios oficiales, al que después se sumaban personas de más edad y mujeres. En algunos casos los propietarios repelían a tiros a los asaltantes, o los mismos saqueadores se peleaban entre ellos. Sin embargo, nadie protegía los edificios oficiales, el corazón no solo del régimen, sino del propio Estado. Ni fedayines, ni la Guardia Republicana, ni el ejército iraquí, mucho menos policías como ellos. En un corto espacio de tiempo, Rashid y Jaled vieron a grupos de personas armadas detener coches en plena calle y asaltar a sus ocupantes, fueron testigos de palizas en los arcones, de tiroteos y de la destrucción que dejaban por doquier las turbas de saqueadores. Pero también se encontraron con gente que lloraba de felicidad y disparaba al aire para celebrar la caída del baazismo. Era irónico, pensó Rashid, que la llegada de los americanos que tanto había deseado Hamilton fuera la mejor cortina de humo para ocultar su muerte. Su ejecución. Su asesinato. «¿Oye esos disparos? Son los soldados de mi país. Si me encuentran aquí, en un calabozo, esposado y torturado, su vida no valdrá nada».

Detuvieron el coche en una calle vacía que ya había sido saqueada. Un descampado abierto entre dos edificios les llamó la atención. Tras unos metros, giraba hacia la izquierda en un recoveco invisible desde la calle. Hasta allí trasladaron el cuerpo de Hamilton. No era un trayecto muy largo, pero a Rashid se le hizo interminable. El cadáver parecía haber ganado peso, el sol caía sobre su espalda y le pegaba la ropa a la piel. Sus pies pisaron cristales rotos y casquillos de bala, y la Browning le colgaba de la sobaquera como otro peso muerto. Cargaban el fardo

cogiendo la manta por cada uno de sus extremos, y a través de la abertura Rashid podía ver la cabellera pelirroja del periodista, retazos de su rostro sin vida. «La muerte siempre me ha interesado, solía escribir sobre ella». Abandonaron el cuerpo del periodista como quien se deshace del cadáver de un perro. Una mujer apareció en un balcón situado justo enfrente de donde estaban. Era de mediana edad, llevaba *hiyab* y fumaba, aunque trataba de esconder el cigarrillo tras la barandilla del balcón. Desde donde se encontraba les había visto llegar y depositar el cadáver. La mujer y Rashid se miraron. El doctor trató de discernir si en ella había desafío, miedo o curiosidad.

—*Allahu akbar* —dijo finamente la mujer, vocalizando de forma exagerada para que, desde la distancia, Rashid entendiera lo que le decía. Después, abandonó el balcón.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jaled, jadeante.

—Sadam City.

Una comisaría en llamas, saqueada por decenas de jóvenes, les dio la bienvenida al arrabal. La muchedumbre se movía en sentido contrario al suyo: centenares de personas abandonaban el barrio, eufóricas, disparando al aire con sus fusiles, celebrando la caída del dictador. A la mezcolanza habitual de olores de Sadam City, la basura, el alcantarillado, la comida, las especias, se sumaba el aroma de la pólvora, el del sudor de miles de hombres y mujeres y el del polvo que levantaban al marchar juntos. Jaled conducía despacio, mientras Rashid miraba con avidez a través de la ventana. Buscaba a Alí en aquellos rostros sudorosos, excitados, alegres, muchos de ellos barbudos. Los puestos de fruta, ropa y comida habían desaparecido de las calles de Sadam City. Los hombres cantaban en honor del imán Alí y contra Sadam Husein. Las mujeres elevaban sus puños al aire. Los niños reían y corrían. Las niñas los imitaban.

—Te he traído el teléfono satélite —dijo Jaled.

Apenas habían hablado desde que habían salido de la comisaría. El asistente se concentraba en el tráfico y miraba de soslayo al doctor. Rashid se esforzaba por mantener bajo control a sus fantasmas.

—He perdido el papel con el número —respondió Rashid—. En algún lugar de la comisaría.

El Mercedes rojo de Alí no se encontraba aparcado frente a la puerta del edificio donde vivía con su familia. Rashid y Jaled subieron los escalones hasta la cuarta planta a buen paso. Al llegar, desenfundaron sus armas y Jaled apartó con un pie las decenas de zapatos amontonados junto a la puerta. Rashid golpeó con los nudillos, pero no obtuvo respuesta. Tras esperar un minuto, llamó de nuevo, con idéntico resultado. Jaled miró al doctor y este asintió, y entonces empujó la puerta con el hombro.

La hoja de madera conglomerada cedió con facilidad al tercer empujón. La madre de Alí gritó, asustada, desde la silla de ruedas en la que estaba prostrada. Rashid se

abalanzó sobre ella y le tapó la boca con la mano.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó.

La mujer negó con la cabeza.

—¿Su marido?

La inválida volvió a decir que no.

—¿Alí?

La mujer titubeó.

—¿Está Alí en casa?

La madre del chófer de Hamilton movió la cabeza con energía. No, Alí no estaba en casa.

—Le aconsejo que mantenga la boca cerrada.

Rashid y Jaled se dirigieron a la habitación donde Alí los había recibido días atrás. La encontraron igual que entonces, con las colchonetas pegadas a las cuatro paredes y la fea alfombra y la estantería como única decoración. Jaled cogió uno de los envases de carrete fotográfico que Alí guardaba en uno de los estantes y lo lanzó, frustrado, contra el suelo. Rashid apartó la colchoneta que ocultaba la puerta que había intentado abrir en su anterior visita a la casa. Estaba cerrada. La puerta era muy delgada y no muy resistente, así que dos fuertes cargas de Jaled bastaron para abrirla. Rashid titubeó. «Si me deja ir ahora, yo regresaré al Palestina, y nada habrá sucedido. Usted seguirá con su vida, yo con la mía, y todo el mundo será feliz».

Al otro lado había un diminuto cuarto oscuro. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad vieron que se trataba de un pequeño laboratorio de fotografía. Unas cuerdas de cáñamo iban de una pared a la otra, y de ellas colgaban, sujetas con pinzas de madera, algunas impresiones. En la mesa reposaban varias bandejas. La mayoría estaban vacías, pero algunas contenían un líquido que desprendía un penetrante olor. Rashid mojó el dedo índice en ese líquido y se lo acercó a la nariz. Era líquido de revelado.

—Nabil —murmuró.

Jaled analizaba las impresiones que colgaban de la cuerda cuando, de repente, abandonó corriendo la habitación con la mano en la boca. Rashid miró lo que había visto el asistente y comprendió: era una foto del cadáver del niño del asilo Al Amal con el que Jaled había compartido un coche de juguete. La foto lo mostraba tumbado en el suelo, aún vivo, con el cañón del fusil encima de su pecho. La instantánea, en realidad, era un golpe de *flash*: oscuridad y color. Muerte y vida.

En el laboratorio Rashid encontró mucho material, entre fotografías ya reveladas y negativos. Alí había fotografiado los asesinatos de Huda, Fátima y Nabil hasta el último detalle. De las dos niñas, primero había hecho retratos cuando aún estaban con vida. Eran imágenes muy similares a las que habían encontrado en el ordenador de Hamilton, pero de menor calidad, sin la fuerza expresiva que captaba la mirada del americano. Después, metódicamente, Alí había fotografiado sus muertes. Puñalada y foto, puñalada y foto, el joven inmortalizó los asesinatos. Instantánea a instantánea,

Rashid vio aparecer las heridas mortales en los cuerpos de las niñas, contempló cómo la sangre teñía de rojo los encuadres, observó el cuidado con el que, una vez que ya estaban muertas, Alí les cepilló el cabello y les arregló el vestido para que la carga dramática fuera aún mayor. La muerte en su esplendor.

Las fotos de Nabil eran nocturnas. En ellas se veía cómo el pequeño cuerpo se debatía contra la acción del veneno, espuma en la boca, ojos irritados cuya expresión de terror el *flash* acentuaba hasta tornarla insoportable. Alí se había fotografiado a sí mismo en el descampado. Sostenía la cabeza de Nabil por la mandíbula, como si fuera un trofeo. El *flash* había impreso dos luces rojas en sus pupilas. Rashid lo reconoció por lo que era, el puro rostro del mal.

—He encontrado esto —dijo Jaled.

El asistente le entregó una cámara de fotos pequeña y ligera. Tenía aún un carrete en su interior. Estaba manchada de sangre seca.

—Debe de ser la que usó anoche en el asilo —murmuró Rashid.

—¿Y ahora qué?

El doctor recogió todas las fotos y negativos que encontró y las introdujo en una bolsa que guardó en su chaqueta. Después, regresó al salón de la casa.

—¿Dónde está Alí? —preguntó a la mujer en silla de ruedas.

—No lo sé —respondió ella, sin mirarle a la cara.

—¿Cuándo se fue?

—No lo sé.

—Se lo vuelvo a repetir: ¿dónde está Alí?

La mujer lo miró desafiante.

—Yo no hablo con policías —masculló, con todo el desprecio que pudo acumular—. Yo no hablo con baazistas.

Rashid sintió que una descarga eléctrica le recorría el cuerpo. Jaled le sujetó del brazo.

—Su hijo es un asesino —gritó, a un palmo del rostro de la mujer—. Un asesino de niños discapacitados, indefensos, inocentes.

—Miente.

—Su hijo es el mal y Alá lo castigará.

—¡Usted es el mal! ¡Usted y su régimen asesino que ya no existe! Doy gracias a Alá por los americanos. Gracias a ellos hoy todos los chiíes celebramos la caída del tirano suní.

—Vámonos —propuso Jaled—. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Mientras bajaban por la escalera, Rashid sintió que la mirada de los retratos de Mohamed Sadeq al Sadr y el imán Alí lo censuraban en silencio. Al salir al exterior, buscó un cigarrillo pero no lo encontró. Jaled le ofreció uno, y le ayudó a encenderlo.

—Alí no está huyendo de nosotros —dijo Rashid, dando vueltas sobre sí mismo, pegando fuertes caladas al cigarro—. Se cree impune, de ahí que anoche asaltara de una forma tan violenta el asilo. Por eso hemos encontrado las fotos y los negativos en

su cuarto oscuro, ni se le pasó la cabeza que pudiéramos venir aquí. No cuenta con que vayamos tras él, que estemos sobre su pista. A sus ojos, los americanos son su pasaporte a la impunidad.

—Si no está huyendo, ¿dónde está? —preguntó Jaled.

Rashid señaló hacia las decenas de personas que marchaban por la calle.

—De celebración.

Condujeron hacia el centro entre la riada de gente que iba en la misma dirección desde el depauperado barrio chií. En poco tiempo los saqueos se habían extendido como la pólvora, y eran pocos los coches y picops que no cargaban objetos de lo más variopinto. En pleno caos, por las calles circulaban los tanques y blindados americanos. Los militares gritaban en inglés a los iraquíes que no se acercaran a ellos, pero ya no había forma de impedirlo. Algunos soldados se quitaron los cascos, y desde lo alto de sus torretas observaban la anarquía con aire divertido, sin hacer nada para imponer el orden, mascando chicle, sonriendo, con gafas de sol y el cabello muy corto, devolviendo el saludo a los iraquíes que gritaban «Bush good, Bush good» y «América, América». Ya fuera de Sadam City, un soldado que tal vez se llamara John o Mike o Tom se instaló en un cruce para intentar dirigir el caótico tráfico, pero era una tarea imposible y al final acabó charlando con los bagdadíes que se acercaban a él para posar para unos fotógrafos extranjeros ya libres de funcionarios del Gobierno, pertrechados, al igual que las tropas invasoras, con cascos y chalecos antibalas.

—En mi barrio, unos hombres armados han levantado de madrugada un *check point* —comentó Jaled, sin desviar la vista de la carretera—. Esta mañana, al salir, me han pedido que me identificara. Yo los conozco de vista, todos nos conocemos en el barrio. Son chiíes. Les he preguntado que por qué habían montado un *check point*, que con qué autoridad me pedían la documentación. Me han dicho que protegen el barrio de los elementos baazistas que planean llevar a cabo acciones de sabotaje y terrorismo para poner en peligro la convivencia. Yo les he contestado que soy policía, y que garantizar el orden es trabajo de la policía. ¿Sabes lo que me han dicho?

Rashid negó con la cabeza.

—Que ya saben quién soy. Que conocen y respetan a la familia de Hamidat, y que eso me protege. Pero que nunca más diga que soy policía. Que esconda el uniforme, que lo queme, que busque un nuevo trabajo.

—Detén el coche —pidió Rashid.

—¿Estás bien?

—¡Detén el coche!

Jaled frenó en seco y el doctor bajó rápidamente del vehículo. En la acera, apoyado en el bordillo, vomitó.

*Hotel Palestina. 17:00 h.*

La plaza Al Fardus, la plaza del Paraíso, estaba situada al lado del complejo que compartían los hoteles Palestina y Sheraton, y se convirtió en el lugar de encuentro de las tropas americanas que invadían la ciudad y de los iraquíes que querían celebrar la caída de Bagdad ante las cámaras de la prensa internacional. Tras deambular por la ciudad en busca de Alí, Jaled aparcó el Peugeot en la misma plaza donde veinticuatro horas antes habían metido a Hamilton en el coche con la cabeza cubierta por una chaqueta. Bajo las palmeras del aparcamiento, escondidos entre los coches, pululaban decenas de hombres vestidos con ropas militares. Eran árabes pero no eran iraquíes; tampoco eran militares. Eran yihadistas, voluntarios oriundos de los cuatro confines del mundo árabe que habían venido a luchar contra los americanos en las filas del ejército de Sadam Husein y ahora no sabían qué hacer en Bagdad. Algunos rezaban; otros se afeitaban sus luengas barbas.

El vestíbulo del Palestina estaba abarrotado de gente presa de una gran actividad. Los periodistas iban de un lado a otro, excitados, hablando entre ellos; en muchos casos se abrazaban y lloraban de felicidad. Habían desaparecido los funcionarios del Ministerio del Interior y en su lugar habían aparecido civiles, sin duda americanos, vestidos con colores claros y botas militares. Tenían el pelo corto, y el sol les había marcado en el rostro el contorno de las gafas oscuras. Discutían con los responsables del hotel, que veían desarrollarse la historia frente a ellos sin saber a qué atenerse, preocupados por las largas facturas acumuladas. Los recién llegados se cruzaban con los curiosos, familias enteras que se habían atrevido a acercarse a ver qué sucedía, y numerosos grupitos de gente, cada vez más, que pedían a los periodistas que les prestaran un minuto, tan solo un minuto, el teléfono satélite para llamar a sus parientes en el extranjero. Decenas de desertores del ejército habían abandonado sus escondites y también se dejaban ver en la recepción, pidiendo dinero a los periodistas para regresar a sus casas en Basora, Umm Qasr, Kerbala, Kirkuk. La mayoría vestían de paisano pero otros conservaban el uniforme de camuflaje y las botas negras, gastadas y cubiertas de polvo.

Rashid y Jaled decidieron dividirse para buscar a Alí. Jaled se dirigió hacia la plaza, donde decenas de iraquíes trataban de derribar una estatua de un Sadam Husein sonriente. Rashid optó por subir a pie las doce plantas del Palestina hasta la habitación de Hamilton. Al llegar golpeó con los nudillos y, al no obtener respuesta, intentó abrirla. Estaba cerrada. La planta estaba desierta, así que Rashid pudo forzar con tranquilidad la cerradura con una ganzúa que siempre llevaba en su cartera.

La habitación era como la había descrito Jaled: pulcra. La cama estaba hecha, apenas había polvo en los muebles, unas chinchetas sujetaban en la pared un mapa de Bagdad y casi toda la ropa limpia colgaba de los percheros en el interior del armario. Encima de la mesa había un ordenador y un escáner portátiles. Dos cámaras profesionales reposaban junto al ordenador, y Rashid recordó que en el Peugeot de Jaled estaba el macuto y la cámara que cargaba Hamilton en el momento de su arresto. Rashid encendió el ordenador. La habitación tenía un pequeño balcón con

vistas a la plaza Al Fardus. Un tanque había llegado y los soldados que lo conducían observaban con interés los intentos infructuosos de los allí congregados para derribar la estatua del dictador. Las televisiones de todo el mundo se habían apostado en los mejores lugares de la plaza y transmitían en directo lo que sucedía. Sentado en una butaca, el espectro de Hamilton miraba con atención profesional a través de la ventana. Tenía sangre seca entrelazada entre su cabellera pelirroja, y una herida terrible en la sien.

Junto al ordenador, Rashid vio una fotografía enmarcada. Era una mujer, rubia, inequívocamente americana, que sonreía a la cámara. Rashid supo que había sido el propio Hamilton el que había tomado esa fotografía. Reconocía en su forma de construir el plano algo parecido a la firma del reportero, un estilo que se encontraba presente en los retratos que había tomado de Huda, Fátima y Nabil cuando aún vivían, antes de que Alí acabara con sus vidas. Rashid se preguntó si esa joven americana, atractiva, bonita, se llamaría Linda, como el personaje de la novela que Hamilton había escrito. Rashid se la imaginó en ese preciso instante, en un apartamento de Nueva York, o en su trabajo, viendo por la televisión cómo esos torpes iraquíes trataban de derribar la estatua y preguntándose si John estaría cerca, fijándose mucho por si lo veía, tomando fotos de la multitud de iraquíes que celebraban el fin de la guerra y el inicio de la ocupación. Rashid casi podía verla, orgullosa de su pareja, que había ido a la guerra, que se estaba jugando la vida para explicarle a la opinión pública americana cómo sufrían los niños iraquíes bajo las bombas de Bush. En ese mismo instante Linda, si es que ese era su nombre, no podía saber, no podía ni siquiera imaginar que, doce plantas por encima de la escena que estaba viendo por televisión, era el asesino de su John quien observaba por la ventana lo que sucedía. ¿Podría enterrar Linda alguna vez los restos de Hamilton de una forma decente? Rashid lo dudaba, pero prefería no pensar en ello, era mejor no imaginar los días de angustia que aguardaban a aquella mujer, la preocupación que empezaría a embargarla probablemente aquella misma noche, cuando Hamilton no llamara por teléfono para comentar con ella los acontecimientos históricos de los que no había podido ser testigo. ¿A quién recurriría esa mujer para que buscaran al periodista? ¿Quién iba a molestarse en indagar para encontrarlo en ese Bagdad caótico y sin ley? ¿Alguien lo localizaría en ese descampado y le preguntaría a la mujer que fumaba a escondidas en el balcón si había visto quién había abandonado allí aquel cadáver con un tiro en la sien? ¿Y cuánto tiempo transcurriría hasta que eso sucediera? ¿Durante cuánto tiempo viviría Linda en la tortura de la incertidumbre?

El portátil acabó de encenderse. Rashid nunca había manejado uno, pero recordaba lo que había hecho Jaled para poder ver las fotos en el ordenador del comisario Yalal. En la pantalla vio varios archivos. Uno se llamaba *Diario*. Se sintió tentado de abrirlo, pero un griterío procedente de la calle lo distrajo. El tanquista americano había desplegado un cable y ahora unos iraquíes trataban de enlazarlo en el cuello de la escultura mientras los soldados americanos lo ataban al tanque.

«Es una buena metáfora, ¿no cree? Los iraquíes no pueden ni siquiera tirar por sí mismos la estatua al suelo. Hasta para eso necesitan la ayuda de los americanos», oyó Rashid decir al espectro de Hamilton.

Rashid se sentó en la cama, muy cerca de la butaca. Desde allí podía ver que, en efecto, el tanque aceleraba, que la estatua se tambaleaba y acababa cayendo al suelo, entre los vítores y aplausos de los centenares de iraquíes congregados.

—¿Qué quiere que le diga? —musitó Rashid—. ¿Que lo lamento? ¿Acaso le devolveré la vida si lo hago? Puedo confesar lo que usted quiera, que me obsesioné con usted, con su orgullo y su prepotencia americana, que me obcequé en ver la actitud de un culpable donde solo había la incomprensión, la perplejidad, de alguien sometido a una injusticia kafkiana. Cualquier cosa que pueda decirme es cierta: he sido un soberbio, cegado por el alto concepto que tengo de mí mismo. He manipulado los hechos, he visto las pruebas solo desde el punto de vista que yo quería verlas, las he considerado definitivas cuando había gente que me alertaba de que no lo eran tanto. Y aun así, me arrogué un derecho que no tenía, me creí con el derecho y la obligación de impartir justicia, yo, un policía local de Bagdad. Es cierto, puede decirme que en mi fuero interno lo condené desde el primer día, antes de contar con las pruebas, antes de manipularlas para que encajaran con el relato que yo ya había decidido que era el correcto. Me convencí de su culpabilidad desde que supe de su existencia. Su sangre clama contra mí, y lo entiendo. Pero ¿qué quiere que haga? Nada de lo que pueda hacer o decir cambiará el hecho de que usted está muerto.

Abajo, en la plaza Al Fardus, la estatua yacía ya sobre el asfalto y la muchedumbre la pisoteaba, la golpeaba con zapatos y trataba de arrancar de ella alguna pieza de bronce para guardarla de recuerdo. Los periodistas, muchos, casi tantos como jubilados iraquíes, tomaban fotos y entrevistaban a los que celebraban la caída del régimen. Rashid extrajo la Browning de la sobaquera y se la colocó en la sien.

—Dígame, Hamilton, ¿qué hacemos ahora? ¿Qué quiere que haga ahora? Nada de lo que yo haga podrá cambiar su destino ni modificar en un ápice el mío.

Entonces, a través de la ventana, Rashid vio a Alí. A pesar de la distancia, el doctor lo reconoció sin ninguna duda. Se había encaramado encima de la estatua y fotografiaba lo que sucedía a su alrededor, como si fuera uno más de los fotógrafos y cámaras de televisión que se peleaban para lograr la mejor imagen de un momento histórico. Sin perder ni un segundo, abandonó la habitación y bajó las escaleras tan rápido como pudo.

Llegó a la calle sin resuello. Con la pistola escondida en el bolsillo de la chaqueta se fue abriendo paso entre la gente, todos hombres, la gran mayoría contentos. También se cruzó con hombre llorosos, consolados por amigos, aunque el doctor no podía precisar si aquellas lágrimas eran de felicidad o de tristeza. Pronto vislumbró a Alí. Hablaba, muy erguido y serio, para una cadena de televisión extranjera. Se acercó y le escuchó describir en inglés la felicidad que embargaba en aquella jornada

histórica al pueblo iraquí, el día en que el tirano responsable de tantas muertes, represión y sufrimiento por fin había sido depuesto.

—Una nueva era empieza en Irak —dijo para finalizar su discurso.

Tras despedirse de la periodista, Alí se adentró de nuevo entre la multitud. De vez en cuando se detenía para fotografiar algo o a alguien que le llamaba la atención. Rashid lo seguía a pocos pasos, dándose tiempo para recuperar fuerzas después de la carrera desde la planta 12 del Palestina. Entre la muchedumbre, Alí parecía un muchacho más, joven, fuerte, el futuro del país, la viva estampa del nuevo Irak. Antes de abordarlo Rashid se preguntó si Alí había tenido tiempo de acordarse de Hamilton.

—Alí al Itabi —dijo Rashid, colocándose a su altura, la mano alrededor de la empuñadura de la pistola en el mismo bolsillo en que guardaba las fotos y los negativos que documentaban los asesinatos que había cometido el joven.

Alí tardó un tiempo en reconocerle. Cuando lo hizo, una sonrisa torcida se le dibujó en la boca.

—Usted es el policía —dijo, señalándole con el dedo—. El policía que me interrogó en mi casa.

—Alí al Itabi —insistió Rashid—. En nombre del Gobierno de Irak, quedas detenido por el asesinato de los internos del asilo Al Amal, y de Huda Lufti, Fátima Halabi y Nabil al Zarqa.

—¿Qué dice?

—Estás detenido, acompáñame.

Rashid tomó del brazo a Alí pero este logró zafarse y se apartó unos metros. El joven miró al doctor de arriba abajo, como si valorara sus fuerzas. Su mirada se detuvo en la mano que ocultaba en el bolsillo. A su alrededor, la multitud cantaba eslóganes políticos de la comunidad chií y pugnaba por subirse al tanque que había derrumbado la estatua del *rais*.

—¿Arrestado? ¿Y puedo saber quién le autoriza a detenerme? ¿Lo hace en nombre de Sadam Husein? —preguntó con sorna y sin contener la risa.

—Eso es lo de menos. Has matado a niños inocentes y pagarás por ello, de eso me encargaré yo. Represento a la justicia.

—¿Representa a la justicia? ¿A cuál? ¿A la de Sadam? ¿De qué justicia me está hablando?

—La justicia es igual para todos —susurró Rashid.

—Eso no es cierto.

—Esto no es un asunto político. Has matado a sangre fría a inocentes entre los inocentes. He visto las fotos, Alí, he estado en tu casa, en tu cuarto oscuro, y he visto las fotos.

Rashid lanzó la bolsa con las fotografías y los negativos contra el cuerpo de Alí. Algunas cayeron al suelo y se las llevó la ligera brisa que corría en Bagdad. El joven reconoció las instantáneas. Su rostro mudó y se tornó en algo apenas remotamente humano, algo muy similar a lo que se veía en la foto en la que había posado junto al

cuerpo agonizante de Nabil. La pura faz del mal.

—¿No le han parecido bellas las fotos? —murmuró Alí—. Dígame la verdad, ¿no le han parecido hermosos esos niños en su muerte? Sobre todo ellas, las niñas.

—Eres un demente.

—Esos pobres niños, condenados a una vida de privaciones y soledad, aislados del resto del mundo por una deficiencia que no era sino el capricho de un Dios cruel. Destinados a vivir una muerte en vida, yo me rebelé contra su destino, yo los liberé de su destino.

—¿Quién eres tú para arrogarte este derecho?

—Yo les hice conocer la belleza que en vida les fue esquiva. La muerte les amó y les dio la bienvenida y ahora están en un lugar mejor, y bello. Hay hermosura en la muerte, mucho más que en la vida, usted que es policía debería saberlo.

—No hay nada hermoso en la muerte, solo dolor y vacío.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cómo sabes tú lo contrario?

Una sonrisa volvió a iluminar el rostro de Alí, que se abrazó a la bolsa que contenía sus fotografías.

—Porque la he fotografiado, he atrapado a la muerte en un negativo y la he reproducido en un trozo de papel, ¿no la ha visto? Es fría, altiva, no tiene compasión, pero es bella. Y yo la he visto, la he capturado y la he domesticado.

—Basta ya. Acompáñame, estás arrestado —dijo Rashid empuñando la Browning.

Durante unos instantes pareció que Alí le dejaba hacer. Se acercó a Rashid y extendió las manos como si se aceptara ser esposado. Pero cuando el doctor se disponía a agarrarlo del brazo, el joven dio un paso atrás y empezó a gritar, con fuerza, con una impostada desesperación en su voz.

—¡Un baazista! ¡Un baazista!

Algunos curiosos miraron hacia ellos y vieron que Rashid empuñaba un arma.

—¡Es un policía baazista! —insistió Alí—. ¡Quiere detenerme!

Más curiosos miraron en su dirección, algunos de manera amenazadora. Un rumor informe empezó a alzarse entre decenas de personas. Rashid comprendió el peligro que corría y levantó el arma para que todo el mundo pudiera verla.

—Soy policía de Bagdad y este hombre está arrestado por asesinato —gritó.

Pero nadie lo escuchaba. Un círculo se había formado a su alrededor. Rostros desconocidos, marcados por el sudor, lo miraban con hostilidad.

—¡Es suní! —oyó decir a Alí—. ¡Es un baazista suní!

Alguien golpeó a Rashid en la cabeza, y el doctor sintió de inmediato otro golpe en la espalda, a la altura de los riñones. Con la pistola en alto, el dolor hizo que se le nublara la vista. El tanque americano estaba muy cerca, y el doctor era consciente de que si disparaba, aunque fuera al aire, se exponía a que los soldados abrieran fuego contra él. Pero Alí se había perdido entre la multitud, y no se le ocurría otra opción

que disparar al aire para que la gente se abriera y así poder capturarlo.

—¡Abrid paso! ¡No es un baazista! —oyó Rashid que alguien gritaba.

Era Jaled, que había logrado romper el círculo.

—No es un baazista —repitió el asistente—. ¡Dejadme pasar!

Cuando llegó a su altura, Jaled obligó suavemente a Rashid a bajar la pistola y a guardarla en el bolsillo. Después, cogió al doctor por el brazo y poco a poco lo condujo fuera del círculo que se había formado a su alrededor.

—No corras, Rashid, no corras —murmuraba Jaled—. Despacio.

Abandonaron la plaza, entre miradas amenazadoras y algún que otro golpe en la cabeza. En el aparcamiento, Jaled le arrebató la pistola a Rashid, le puso el seguro y se la guardó en un bolsillo.

—Devuélveme la pistola —dijo Rashid. Su mirada estaba extraviada y hablaba entre jadeos.

—Primero salgamos de aquí.

—¿Dónde está Alí?

—Se ha ido, Rashid.

—Vayamos tras de él.

—No, doctor. Aquí no, ahora no.

—Tenemos que detenerlo, juzgarlo. Es un asesino.

—Sabemos dónde vive. Cuando se aclare la situación lo arrestaremos.

—¿No lo entiendes? Entonces será demasiado tarde, habrá huido, matará a más niños, ¿no lo entiendes?

—Salgamos cuanto antes de aquí. Nos miran, este lugar no es seguro para nosotros.

Reteniéndolo vigorosamente del brazo, el asistente guio a Rashid hacia una calle cercana que estaba más tranquila. El doctor parecía confundido, indignado y frustrado a partes iguales.

—No podemos dejarlo marchar —repetía—. Ha matado a inocentes, no podemos dejarlo escapar...

—Cállate, por favor —imploraba Jaled—. Pueden oírte.

Con una energía que Jaled no sospechaba que el doctor aún atesorara, Rashid se soltó de su brazo.

—Dame mi pistola —ordenó.

El asistente le aguantó la mirada.

—Dame mi pistola. Te lo ordeno.

Unas lágrimas bañaron las mejillas de Jaled.

—Hamilton no confesó, ¿verdad? —preguntó.

—Dame la Browning.

—Necesito saberlo. Dímelo. No confesó, ¿verdad?

Rashid empujó a Jaled con tanta violencia que casi le hizo perder el equilibrio.

—La pistola.

—¿Confesó?

Rashid le dio un puñetazo. Un hilo de sangre manó del labio de Jaled. La pistola se le cayó al suelo. Rashid se agachó fatigosamente y la recogió.

—Y ahora vuelve a tu vida —susurró—. Regresa con tu familia y olvídate de mí, déjame en paz.

Rashid se alejó en dirección a los puentes del Tigris con la cabeza baja y la pistola en el bolsillo, arrastrando los pies. A su lado, Hamilton susurró: «Me estás acusando de una cosa que estaba escrita en mi destino antes de mi creación».

*Adamiya. 20:00 h.*

Tahani corrió a sentarse con ellos, murmurando una disculpa por llegar tarde. Una tormenta de arena azotaba Bagdad, y Rashid sabía que su hija se había demorado porque le fascinaba observar el cielo, de día y de noche. La casa nueva en Adamiya tenía un tejado comunitario, donde estaba instalado el depósito de agua caliente, y en los dos meses que llevaban en Bagdad Tahani ya se había acostumbrado a subir allí arriba a buscar las constelaciones que su madre le había enseñado y a estudiar los fenómenos meteorológicos. Cuando Adnan la había llamado ella estaba encaramada en el tejado, el polvo acumulado en su vestido la delataba.

—Cuéntanos el de los hijos del sultán de Yemen —pidió Adnan.

Rashid sonrió. El ritual de las lecturas familiares se desarrollaba igual desde que habían empezado, años atrás, cuando Adnan era un niño. Rashid cogía un libro, se sentaba en la alfombra y Nada se acomodaba en una silla. Habían pasado los años, Tahani y Zeynab se habían sumado a la familia y, a pesar de que Adnan pronto empezaría la universidad y de que Tahani se asomaba a la adolescencia, seguían disfrutando de las lecturas, ligeramente dramatizadas, de los cuentos de Scherezade.

—¿Por qué ese cuento en particular? No es el mejor, ni el más divertido, ni el más ejemplar —dijo Rashid.

—Porque Tahani no me cree —respondió Adnan—. Si se lo cuentas tú, entonces admitirá que es verdad. Es testaruda como el camello del cuento.

Tahani golpeó con el pie a Adnan y este le devolvió la broma con un tirón de una de sus largas trenzas.

—¿Qué es lo que no se cree?

—Que es la primera historia policiaca de la historia.

—Al menos de la que existe registro. Eso dicen algunos estudiosos, hija, es cierto.

—¿De qué va el cuento? —preguntó Tahani, aún incrédula.

—Sobre los tres hijos del Sultán de Yemen, que tras una disputa por la herencia de su difunto padre salen de viaje. En un alto del camino, son acusados del robo de un camello porque han sido capaces de describirlo sin haberlo visto jamás.

—No te entiendo.

—Describieron que un camello que había sido robado no tenía cola, era tuerto e iba cargado con dulces por un lado y especias por el otro.

—¿Cómo puedes describir algo que no has visto? —preguntó Zeynab.

—Puedes deducirlo.

—¿Y es muy difícil la deducción? —preguntó Tahani.

—Nada que mis hijos no sean capaces de hacer —dijo Rashid, con sorna.

—¿Cómo lo hicieron los hijos del Sultán? —dijo Tahani.

—Dedujeron que el animal no tenía cola porque los excrementos se acumulaban a lo largo del camino en montículos y, normalmente, los camellos los esparcen con la cola. El contenido de la carga lo dedujeron porque solo había moscas en uno de los dos lados del lugar donde el camello se había tumbado a descansar.

—¿Y cómo supieron que era tuerto? —preguntó Tahani.

—Porque solo había restos de la hierba que mordisqueaba en uno de los lados del camino.

—Brillante —susurró Adnan.

—Sí.

—¿Tú investigas así tus casos en la policía? ¿Te basas en la deducción? —preguntó Zeynab.

Rashid sonrió.

—En la vida real las cosas son mucho más difíciles que en *Las mil y una noches*.

La luz limitada de la vela alumbraba las fotografías que Rashid observaba con atención sentado frente al escritorio. Las fechas del dorso le permitían situarlas en el tiempo y rellenarlas con el contexto de su vida, aunque eso no siempre era fácil. En la fotografía que sostenía en la mano Zeynab no debía de tener más de ocho años, lo cual significaba que fue tomada cuando acababan de llegar a Bagdad. Su hija pequeña llevaba un vestido de flores e iba de la mano con su madre por Karrada. Según el informe, el policía encargado del seguimiento aquel día fue Faruq al Majid.

Aquella era una de las fotos más antiguas. La más reciente databa de tan solo dos meses atrás. En ella se le veía caminando despreocupado por una angosta calle de Karrada, vestido con el uniforme policial. Trató de recordar qué estaba haciendo pero no lo logró. Por las sombras dedujo que debía de ser durante el turno de la tarde. Tomó la foto con los dedos pulgar e índice y la acercó a la vela. Una llama azulada empezó a consumirla por una esquina y se extendió poco a poco por el resto de la imagen. La combustión dejó sobre el escritorio unas pequeñas partículas de ceniza, pavesas negras casi ingravidas. Rashid tomó otra pero esta vez no quiso saber cuál era. La acercó a la vela boca abajo y la llama azul prendió y se fue consumiendo muy despacio. El doctor solo tuvo tiempo de leer en el dorso que se tomó en marzo de 1998.

De nuevo regresaron los golpes a la puerta, vigorosos impactos con la palma de la mano, y las voces de alguien llamándolo por su nombre. Por unos instantes Rashid

había albergado la esperanza de que el desconocido se hubiera marchado. El doctor permaneció donde estaba, tomó otra fotografía del informe policial y la acercó a la vela. Pronto empezó a arder y la llama se fue extendiendo lentamente. La imagen que desaparecía era de Nada. Le dio la vuelta para mirar la fecha pero ya había desaparecido. Por el blanco y negro dedujo que haría unos quince años que fue tomada, y que debía de pertenecer a un archivo anterior, probablemente recopilado en Basora y enviado hasta la comisaría de Karrada. Poco a poco, una tras otra, fue quemando todas las fotos. Se quemó a sí mismo, y a Nada, y a sus hijos, en diferentes etapas de su vida. Quemó su vida vista por los otros. Y cuando ya no le quedaban más fotos, ni la carpeta con su nombre que las albergaba en el fichero del comisario Yalal, Rashid buscó en los bolsillos interiores de su chaqueta y extrajo el papelito doblado en el que Nada le había escrito el número de teléfono de la tía Abir en Damasco. Ardió aún más rápido que las fotografías.

—*Fursa saida. Ilaliqa.*

Ya era completamente de noche cuando se levantó de la mesa del despacho. Primero fue a la cocina y le sirvió un generoso plato de leche a Lulú. Después fue al dormitorio conyugal. Los disparos al aire de celebración resonaban en la casa. La oscuridad lo rodeaba, pero ese era un inconveniente menor. Se quitó la ropa, la camisa manchada con salpicaduras de la sangre de Hamilton en la pechera y la chaqueta arrugada, y se dirigió, desnudo, al baño. Allí, se lavó como pudo con agua embotellada. Se secó, se perfumó, se peinó y se afeitó a pelo, sin espuma. Con la simple iluminación de la vela, repasó con unas tijeritas los pelillos rebeldes de bigote, completamente cano desde hacía tiempo. A tientas, regresó al dormitorio, donde se vistió con el uniforme de gala del Baaz. Así vestido, con zapatos incluidos, se tumbó en la cama. Dejó la Browning encima de la mesilla de noche, a unos centímetros de su cabeza.

«¿Y tú? ¿Qué harás tú?», le había preguntado Jaled en la comisaría.

Se colocó en posición fetal y a los pocos segundos su madre se introdujo, casi de puntillas, en la habitación, convertida en la cocina de la casa familiar. Le preparaba una gran taza de leche, que él después se llevaba hasta el comedor a través de un largo pasillo y que por alguna razón se le escurría de las manos y se le caía al suelo. La taza de porcelana blanca se rompía en mil pedazos y la leche se derramaba en todas las direcciones. Entonces aparecía su madre y lo reprendía suavemente y volvía a la cocina a buscar una escoba y recogía la porcelana rota y luego regresaba a la cocina otra vez a por un cubo de agua y una bayeta y limpiaba el suelo, y finalmente le preparaba otra gran taza de leche, idéntica a la que se le acababa de caer, y le obligaba a bebérsela en la cocina.

Golpes en la puerta. La inoportuna visita gritaba su nombre a pleno pulmón. Y no llamaba, parecía que quería tirar la puerta abajo.

Lulú se acomodó a los pies del doctor. Rashid la escuchó ronronear. El primer día de escuela, su padre lo llevó a clase y lo dejó solo con una pequeña cartera marrón en

la que llevaba dos libretas y dos lápices por estrenar, y cuando sonó la campana su padre se despidió con un beso del niño que lloraba y quería volver a casa, y su padre lo consolaba diciéndole que pronto volvería a buscarlo, y luego, en el aula, se acostumbró a la presencia de los demás niños del primer curso y le gustaron los carteles de bienvenida a la escuela y dejó de llorar. Y las horas se le pasaron volando y, cuando salió, su padre estaba esperándole en la puerta, charlando con otros progenitores que se habían acercado a recoger a sus hijos.

Los golpes en la puerta resonaban como los augures de una tormenta lejana.

El doctor se acurrucó sobre sí mismo. Estaba desnudo, sentado en la cama de la habitación conyugal de su casa en Basora. Tenía grandes moratones en el pecho, en la espalda y en las lumbares. Dos hematomas azulados crecían alrededor de sus ojos, y un par de heridas abiertas se habían secado en la frente. Con hilo, gasas y desinfectante, Nada le curaba las heridas y las cubría de apósitos. El espejo que ocupaba toda la puerta del armario devolvía su reflejo: él, desnudo; Nada, curando sus heridas. Basora había sido la felicidad, ahora se daba cuenta.

Más golpes. La puerta de la casa no aguantaría mucho tiempo más. Rashid se acomodó boca arriba y se colocó la Browning encima del pecho. Pesaba menos que la cabeza de Nada, y era menos cálida y tierna, pero el arma era toda su compañía. Sus dedos acariciaban la empuñadura. Nadie respiraba a su lado. No se atrevía a cerrar los ojos, porque sabía que al otro lado de la oscuridad le aguardaban los ojos azules de Hamilton, tan profundos que uno podía ahogarse en ellos. Echó de menos la respiración de Nada. A lo lejos alguien continuaba golpeando la puerta y llamándole por su nombre. Sus ojos le traicionaron. Se cerraron, y Rashid se encontró a bordo de una barcaza en el Shatt al Arab, rumbo al mar. Al timón, desnudo de cintura para arriba y descalzo, se encontraba Hamilton.

*Jerusalén-Barcelona, marzo de 2014*

## Nota de los autores

Esta novela se ha nutrido de diferentes fuentes para convertirse en realidad. La línea de pensamiento de Rashid al Said sobre Friedrich Nietzsche se basa principalmente en la obra de Julian Young *Friedrich Nietzsche, A Philosophical Biography* (Cambridge University Press, 2010). Para los aspectos sociales e islamistas se ha consultado principalmente Sayyid Qutb, *Justicia social en el islam* (Almuzara, 2007). Para reconstruir la historia de Irak han sido básicos *Saddam Hussein. The Politics of Revenge*, de Saïd K. Aburish (Bloomsbury, 2000), e *Historia de Iraq*, de Charles Tripp (Cambridge University Press, 2003). Para detalles puntuales biográficos, históricos y del entramado urbano de Bagdad también se han usado fuentes enciclopédicas de Internet.

Al margen de desempolvar nuestros recuerdos, experiencias y notas periodísticas del Bagdad, el Irak y el Oriente Medio de 2003, la reconstrucción de los últimos días de la guerra ha requerido la consulta de diferentes fuentes. Muy útiles han sido los artículos y crónicas de las hemerotecas de la BBC *on line*, y los periódicos *Asharq al Awsat*, *El Periódico de Catalunya*, *The New York Times* y *The Times*. El detallado volumen de Stefan Aust y Cordt Schnibben (eds.), *Irak. Historia de una guerra moderna (Una investigación de la revista Der Spiegel)* (Galaxia Gutenberg, 2004) ha sido clave y extremadamente útil para narrar el desarrollo del día a día bélico. *The fall of Baghdad*, de Jon Lee Anderson (The Penguin Press HC, 2004), y *Ninguna guerra se parece a otra*, de Jon Sistiaga (Plaza y Janés, 2004), han sido de gran ayuda para reconstruir los acontecimientos de aquellos días.

Asimismo, agradecemos a nuestra editora, Elena García Aranda, y su equipo la atenta lectura del manuscrito y las observaciones efectuadas para mejorarlo. También agradecemos a nuestro agente, Víctor Hurtado, su indispensable trabajo para que la publicación de la presente novela haya sido posible.

# Notas

[1] No hay tropas británicas ni americanas en Bagdad. <<

[2] Buena suerte y adiós, mi Lou. <<